



Para Nancy, que me enseñó la importancia y la alegría de encontrar tiempo para bailar en la playa.

Eres una mujer increíble, y me siento muy agradecida por tenerte en mi vida.

Prólogo

Torre del castillo de Pembroke, Yorkshire

Invierno de 1844

Aquella noche iban a morir.

Con catorce años, Sebastian Easton, octavo duque de Keswick, habría deseado tener el valor suficiente para enfrentarse a la muerte con el estoicismo y coraje que habría esperado, y exigido, de él su padre, pero tenía tanto miedo, y su boca estaba tan seca, que ni siquiera era capaz de imaginar un insulto contra la persona que acudiría en su busca.

En la antigua torre, no había chimenea que proporcionara el menor ambiente hogareño, pero, aunque lo hubiera habido, dudaba que su tío, lord David Easton, les hubiera concedido la gracia de un fuego. Ni siquiera les había proporcionado una manta para soportar el helado viento que entraba del exterior. No tenían nada más que las ropas que llevaban puestas en el momento de ser llevados a la torre «por su propio bien», en cuanto los dolientes se hubieron marchado tras el entierro de su padre aquella mañana en el mausoleo familiar.

Supuso que su tío esperaba que se murieran solos, evitándole así el trabajo de tener que matarlos. Sebastian miró por la diminuta ventana. No había luna, solo estrellas. Una buena noche para hacer desaparecer a tres molestos muchachos.

—Tengo hambre —murmuró Rafe—. No sé por qué no podemos comer el estofado de cordero.

—Porque podría estar envenenado —contestó Tristan con voz pesarosa.

Todos tenían hambre y, aunque demasiado orgullosos para admitirlo, mucho miedo.

—Pero ¿por qué nos iba a envenenar la cocinera? Yo le gusto. Siempre me da una galleta más.

—La cocinera no, idiota —espetó Tristan—, el tío.

Los niños continuaron la discusión, aunque en voz baja para no molestar a Sebastian, que seguía con la mirada fija en lo que parecía la noche más oscura que hubiera visto jamás. No había señal de ninguna antorcha que indicara la presencia de algún guardia

o sirviente. Nadie vigilaba, tan convencido estaba su tío de que estaban seguros allí. Hacía un buen rato que los relojes habían señalado la medianoche. Sus hermanos y él deberían estar durmiendo, pero Sebastian no tenía ninguna intención de rendirse. Ya había comprobado los barrotes. No era probable que cedieran. Solo un gorrión cabría entre ellos.

Sus opciones de huida eran escasas. Jamás habría pensado que se alegraría de que su madre hubiera muerto de parto, pero al menos ella no tendría que soportar la agonía de perder a sus hijos. Aunque, quizás, lord David la habría incluido en el lote para evitarle el dolor.

—Es que tengo frío —la voz cargada de frustración de Rafe se elevó. Necesitaba hacer comprender a sus hermanos lo mal que lo estaba pasando, como si ellos no estuvieran sufriendo las mismas penurias. No era culpa suya. Solo tenía diez años y, siendo el pequeño, había sido mimado.

—Si no dejas de lloriquear, te daré un buen motivo para llorar en serio, una nariz sangrante —lo amenazó Tristan.

—Déjale, Tristan —ordenó Sebastian.

Apenas tenía veintidós minutos más de edad que su gemelo, pero esos veintidós minutos se traducían en poder, rango y responsabilidad. Le preocupaba no haber cumplido con sus hermanos, haber defraudado a su padre.

—Pero sus lloriqueos son irritantes.

—Debéis manteneros en silencio para que yo pueda pensar.

En la oscuridad oyó movimiento y, de inmediato, sintió a Tristan a su lado. No había velas ni antorchas ni lámparas, no le hacían falta para ver claramente a su hermano en su cabeza. Era idéntico a él. Alto para su edad, de cabellos negros que caían constantemente sobre los ojos azules. Unos ojos de fantasma, había dicho la gitana. Los ojos Easton, había asegurado su padre. Como los suyos... y los de su maldito tío.

Lord David había llevado a su padre a Pembroke, la mansión familiar, tras el accidente. Aseguró que su padre se había caído del caballo, a pesar de ser un extraordinario jinete. Jamás se habría caído de la silla. Sebastian opinaba que lo más probable era que hubiera desmontado por algún motivo y que alguien lo hubiera golpeado. Muy fuerte. Y

estaba bastante seguro de quién podría ser ese alguien.

—¿Y cuál es tu gran plan para sacarnos de aquí? —preguntó Tristan con calma—.

Jamás lo desvelaré, aunque me torture en las mazmorras.

Las mazmorras contenían toda clase de aparatos de tortura, remanentes de cuando el primer duque de Keswick había servido a Enrique VIII, cumpliendo algunos de sus más desagradables deseos. Al parecer, en la familia había cierta tendencia a la sed de sangre. Y

no podía evitar pensar que su tío envidiaba las posesiones de su padre, y eso implicaba tres muertes más.

—¿Tienes siquiera un plan? —insistió su gemelo.

—Tú y yo saltaremos sobre el primero que entre por esa puerta. Tú por abajo, derribándole por las rodillas. Yo atacaré por alto —él asumiría el mayor riesgo, en caso de que esa persona fuera armada.

—¿Y después?

—Ensillamos nuestros caballos y nos largamos.

—Yo propongo quedarnos y ocuparnos de tío. Lo matamos y todo solucionado.

—¿Eres tonto o qué, Tristan? ¿No te das cuenta? Si estamos aquí, es porque no tenemos ningún aliado.

—Alguno debemos tener. Eres el legítimo heredero.

—¿Pero quién? ¿En quién podemos confiar? Nuestra mejor opción es huir, y luego separarnos. Regresaremos cuando seamos hombres, para reclamar lo que es nuestro.

—¿Y cómo demostraremos que somos quienes decimos ser?

—¿A cuántos gemelos conoces que tengan nuestro color de ojos?
—además, llevaba el anillo de su padre colgado de una cadena alrededor del cuello. Aún le estaba grande. Pero algún día...

—No estoy... —comenzó Tristan.

—¡Silencio! —Sebastian acababa de oír un ruido—. Alguien se acerca —incluso en la oscuridad, encontró el hombro de su hermano para apretarlo.

La fuerza no estaría de su lado. Sus mejores armas serían la sorpresa y la agilidad.

—No dudes, sé rápido.

Oyó a su hermano tragar nerviosamente y lo sintió asentir.

—Rafe, tú al rincón más alejado.

—¿Por qué?

—No preguntes, hazlo, hermano —ordenó Sebastian con brusquedad. Rafe era demasiado joven para ser de ayuda. Además, era deber de Sebastian protegerlo.

Rápidamente se acercó a la puerta, sintiendo a Tristan a sus espaldas. El único mobiliario de la estancia era una pequeña mesa y dos taburetes en el centro. Un buen lugar

para firmar una confesión, pensó con amargura.

Contuvo la respiración y se apretó contra la pared, sintiendo cómo se le clavaba la piedra. Oyó la llave introducirse en la cerradura y girar. La puerta se abrió, inundando todo de luz. Y entonces avanzó.

La chica saltó sobre él, rodeándole la cintura con las piernas y el cuello con los brazos.

—¡Estáis vivos! —exclamó—. Tenía miedo de que fuera demasiado tarde.

Abrazándola con fuerza, la sintió temblar. Una antorcha en el suelo del pasillo les iluminaba con su pálida luz. Ella debía de haberla llevado consigo, dejándola allí para abrir la puerta.

—Calla, Mary —urgió Sebastian con ternura—, habla en voz baja. ¿Qué haces aquí?

Lady Mary Wynne-Jones, hija del conde de Winston, su vecino, hipó y moqueó, enterrando el rostro en el hombro de Sebastian.

—Os estaba buscando y le oí decir que os iba a matar.

—¿Oíste a quién?

—A vuestro tío.

—¡Maldito canalla! —rugió Tristan—. ¡Lo sabía!

—Silencio —ordenó Sebastian.

Con rapidez, pero con ternura, se soltó del abrazo de Mary, la sujetó por los hombros y miró en las profundidades de sus ojos verdes. Dos años menor que él, era una criatura salvaje que, a menudo, se escapaba de casa de su padre para ir a verlo. Sin carabina. Fingían ser aventureros y exploraban diversas ruinas. Su lugar preferido era la casi derruida abadía. La semana anterior, ella lo había besado en ese lugar. Sebastian sabía que, si su padre hubiera descubierto que le había devuelto el beso, se habría metido en un lío. Él no podía besar a la hija de un lord, a no ser que tuviera intención de casarse con ella.

Su padre se lo había recordado infinidad de veces.

Pero Mary no era solo la hija de un lord. Era su mejor amiga. Él la había enseñado a moverse con sigilo y, en muchos aspectos, era tan habilidosa como un chico. Era lo que le gustaba de ella, no le temía a nada. O a casi nada, pues en esos momentos era evidente que estaba pálida como un fantasma.

—¿A quién se lo dijo?

—No pude verlo —contestó ella—. Corrí a tu habitación y, al no encontrarte, se me ocurrió buscar aquí.

—¿Está tu padre contigo?

—Vine cabalgando yo sola —Mary sacudió la cabeza—. Sabía que estarías triste por la muerte de tu padre y quería estar contigo, como tú estuviste conmigo cuando mi madre se fue al cielo —su madre había muerto de fiebres cuando ella contaba diez años.

Aquella noche, Sebastian había cabalgado hasta su casa, trepado por el árbol bajo su ventana, y se había colado en sus aposentos, en su cama, abrazándola mientras lloraba—.

Te estaba buscando cuando le oí hablar.

—Entonces debemos darnos prisa. Tristan, no te separes de Rafe.

—No necesito que nadie me cuide —protestó el pequeño.

—Cállate —espetó Tristan—. Esto no es ningún juego. Tío quiere matarnos.

—¿Por qué?

—Porque somos lo único que se interpone entre él y todo. Y ahora vámonos.

Sebastian agarró la mano de Mary y salió de la estancia. Agachándose, ella recuperó la antorcha y corrieron escaleras abajo. Sus hermanos los seguían de cerca. Al llegar abajo, encontraron al guarda tirado en el suelo junto a una enorme rama.

—Me acerqué por detrás y le golpeé en la cabeza —explicó Mary.

—Bien hecho, Mary.

La niña sonrió resplandeciente y sus ojos verdes emitieron un fugaz destello antes de que la preocupación los nublara de nuevo. Pero no había tiempo. Sin soltarle la mano, Sebastian corrió al exterior. Las piernas de Mary eran lo bastante largas para mantener su paso. Eran amigos de toda la vida y él jamás había visto a nadie con un cabello tan rojo como el suyo. Lo llevaba recogido en una larga

trenza que le golpeaba la espalda rítmicamente mientras corrían hacia los establos.

Una vez allí, Sebastian y sus hermanos ensillaron sus caballos.

—Os alcanzaré, Tristan. Primero voy a acompañar a Mary a casa.

—No. Mientras podamos, permaneceremos juntos.

—De acuerdo entonces. Cabalguemos como el viento.

La antorcha de Mary los guio. Habían recorrido la mitad de la propiedad cuando

Sebastian sintió una irrefrenable urgencia de parar.

—Un momento —gritó.

Todos obedecieron. A fin de cuentas era el duque. Sebastian desmontó y se acercó a Mary.

—¿Me das tu lazo?

Ella se lo entregó sin dudar. Así era ella. Confiaban ciegamente el uno en el otro.

Sacando del bolsillo el pañuelo que su padre siempre decía debía llevar un caballero, Sebastian se arrodilló.

—Sebastian ¿qué demonios haces? —preguntó Tristan—. No tenemos tiempo para tonterías.

Pero Sebastian no podía marcharse sin llevar consigo un poco de su hogar. Arañó el suelo y llenó el pañuelo con un puñado de esa tierra sobre la que habían cabalgado otros duques, varios reyes y reinas. Tras atar el pañuelo con el lazo de Mary, lo guardó en su bolsillo. Volvió a montar y se pusieron en marcha.

No pararon hasta llegar a los establos del conde. Sebastian desmontó y se acercó a Mary.

—Pasad. Mi padre podrá ayudaros —insistió ella.

—Sería demasiado peligroso para ti y tu familia —«y seguramente también para nosotros».

—Entonces voy con vosotros.

—No, adonde nosotros vamos no puedes acompañarnos.

—¿Adónde vais?

—Si no lo sabes, no podrás decirlo —«y nadie podrá sacártelo con torturas».

Sebastian la agarró por la cintura y la ayudó a desmontar.

—No me dejes Sebastian —Mary se aferró a él—. Llévame contigo.

—Ahora soy un Keswick. Y no puedo llevarte conmigo, pero te prometo que volveré. Tal día como hoy dentro de diez años, en las ruinas de la abadía —agachando la cabeza, la besó suavemente en los labios—. Gracias, Mary. Jamás olvidaré lo que has hecho por mí y mis hermanos.

—Ten cuidado.

—Siempre —asintió Sebastian con una confianza que desafiaba su juventud, y su miedo, pues desconocía lo que el futuro le tendría reservado.

—Envíame un mensaje cuando estés a salvo —suplicó ella.

Sebastian comprendió que su amiga no era consciente de los peligros que acechaban.

—Pase lo que pase, Mary, jamás le digas a nadie lo que oíste o hiciste. Debe permanecer en secreto. Por nuestro bien.

—Lo prometo.

Sebastian tenía la sensación de que quedaba algo por decir, aunque no sabía el qué.

Montando de nuevo, lanzó al caballo a galope junto a sus hermanos, dejando a Mary atrás.

Mientras cabalgaban hacia la noche, hacia la oscuridad y lo desconocido, Sebastian se juró que algún día regresaría a Pembroke para reclamar lo que era suyo. Nada importaba más.

Y fue un juramento que moldearía al hombre en el que iba a convertirse.

Capítulo 1

Londres

Julio de 1856

Si la curiosidad mató al gato, lady Mary Wynne-Jones estaría muerta antes del amanecer. A fin de cuentas había sido curiosidad lo que la había llevado al baile de lady Lucretia Easton. Sabía muy poco de esa mujer, salvo que se había casado con lord David Easton aquella primavera. Y eso había despertado la curiosidad de Mary, y por eso estaba sentada en un rincón del salón de baile junto a su prima, Alicia, y otras dos jóvenes. Allí podrían ver y ser vistas.

—Lord y lady Wickam.

Mary apenas prestaba atención al anuncio de los recién llegados. Estaba mucho más interesada en los anfitriones, en descifrar sus intenciones, en comprobar su aceptación en sociedad. No había visto a David en años. Poco después de la desaparición de sus sobrinos, había abandonado Pembroke, seguramente para

instalarse en cualquiera de sus otras propiedades. Aunque también era posible que viviera permanentemente en Londres.

Normalmente, el segundo hijo de un duque no despertaría tanto interés, pero lord David poseía un trágico pasado: la desgraciada muerte de su hermano mayor. La inexplicable desaparición de sus tres sobrinos. ¿Se escaparon? ¿Fueron raptados para pedir un rescate y luego asesinados? ¿Les habían enviado lejos en un barco? ¿Vendidos como esclavos? Nadie lo sabía.

Se habían convertido en una leyenda. Los tres lores perdidos de Pembroke.

—¿Habías asistido alguna vez a un baile tan aburrido como este? — se quejó lady Alicia con su habitual dramatismo, como si estuviera anunciando el fin del mundo.

Mary sonrió a su prima. Alicia tenía los cabellos rojizos, aunque más moldeables que los suyos, y los mismos ojos verdes. Lógico, dado que sus madres eran hermanas y todas las mujeres de la familia tenían los ojos verdes.

—Lord David no es conocido por sus dotes para las fiestas. ¿Cómo puede ser divertido un hombre con su desgraciado pasado?

El sarcasmo en su voz arrancó una mirada de su prima, pero apenas llamó la atención de las otras dos damas que les acompañaban. Estaban demasiado ocupadas buscando una presa.

—Es la primera fiesta que ofrece —explicó distraídamente lady Hermione.

Era su segunda temporada en sociedad y estaba al tanto de la actualidad, mientras que Mary y su prima estaban en situación de desventaja, pues era su primer verano en Londres.

—Es que hasta ahora no estaba casado —murmuró lady Victoria enarcando una ceja negra—. Mi madre me dijo que su prima le dijo

que lady Lucretia se casó con él porque espera que le nombraran duque antes del fin de la temporada, y así ella se convertirá en duquesa. Nadie quiere enemistarse con un duque, de ahí la absurda cantidad de invitados presentes aquí.

El padre de Mary le había contado a su hija que lord David había reclamado el título ante la Corte Suprema, ya que sus sobrinos seguían sin aparecer. Había pasado poco más de un año desde que el pequeño de los tres había alcanzado la mayoría de edad. Dado que ninguno había aparecido para reclamar el título, era evidente que estaban muertos.

La lógica del argumento era indiscutible, por mucho que a Mary le doliera tener que aceptarlo. Durante todos los años transcurridos, no había recibido ni una sola noticia de ninguno de ellos. Aunque, de haberlo hecho, era más que probable que su padre se la hubiera ocultado.

Porque Mary había roto la promesa hecha a Sebastian. Aquella noche le había contado a su padre lo sucedido y cómo había ayudado a escapar a los muchachos. Había esperado que el hombre se hiciera cargo de todo, enfrentándose a su vecino. Pero había descubierto que su padre temía hasta a su propia sombra. Y la había encerrado en un convento donde podría meditar sobre el mal cometido.

Su padre ni siquiera consideraba la posibilidad de que alguien intentara conseguir un título por medios ilícitos.

—Eso sencillamente no se hace —había declarado.

Cuando al fin se le permitió regresar a Willow Hall aquella primavera, Mary había acudido a las ruinas de la vieja abadía. Sabía por qué Sebastian había elegido aquel lugar para reunirse con ella. Era un lugar mágico, especial. Allí lo había besado, preocupada por ser descubierta por su padre y desterrada por su descarado comportamiento. A pesar de que solo tenía doce años, sabía que

jamás olvidaría la sensación de los labios de Sebastian contra los suyos, lo dulce y aterrador que había sido.

—Es muy triste que los sobrinos fueran devorados por los lobos — observó lady Alicia.

El hallazgo de sus restos parciales entre las ruinas de la abadía era uno de los rumores que circulaban. La historia de sus horribles muertes había sembrado relatos que pretendían mantener a los jóvenes alejados de aventuras nocturnas. Otra versión aseguraba que habían fallecido de fiebres. Sin embargo, los cuerpos nunca habían sido encontrados.

De vez en cuando alguien aseguraba haberlos visto en Londres, en la costa, en un bosque, pero sin pruebas. Su verdadero destino seguía siendo un misterio.

Mary, sin embargo, estaba segura de que habían muerto. De lo contrario, habrían regresado tal y como habían prometido. Sebastian habría ido en su busca. Nada le impediría cumplir su promesa, salvo la muerte. Ya había perdido la cuenta de las noches que había llorado por su muerte, y luego despertado a la mañana siguiente convencida de que seguían vivos. Había infinidad de motivos para explicar que no hubieran aparecido aún. Pero cada año que transcurría, le parecía menos probable que regresaran, que hubieran sobrevivido.

Por el rabillo del ojo vio a lord David alejándose por un pasillo. Vestido con elegantes ropajes, ese sapo resultaba hasta apuesto, y eso le enfurecía. Lo justo sería que fuera un hombre feo, gordo, hasta jorobado, como Ricardo III, que con el fin de reinar había encerrado a sus sobrinos en la torre de Londres.

Había requerido de toda su fuerza de voluntad para no cantarle las cuarenta cuando, hacía un rato, él le había sonreído al pasar. Su mirada encerraba una astucia que solo ella parecía percibir. Todos los demás se derretían, enamorados de sus encantos. Al menos había tenido el sentido común de no tomar su mano enguantada

para besarla, tal y como había hecho con su tía. De haberlo hecho, Mary no habría podido controlar su pie que habría aterrizado en la pierna de su anfitrión.

—Lord y lady Westcliffe.

Mary se preguntó si Alicia y ella no deberían marcharse. Ya no estaba segura de sus propósitos al acudir al baile. Hasta ese momento, lo único que había conseguido era que se le cortara la digestión cuando pensaba en cómo lord David había conseguido esa residencia y que pronto, si su petición era concedida, conseguiría mucho más. Lo conseguiría todo.

No podía permitir que sucediera. Escribiría una carta a la Corte y explicaría lo ocurrido años atrás, la conversación que había oído, lo sucedido aquella noche cuando los muchachos desaparecieron. ¿La creerían o lo tomarían por otro fantástico relato a añadir a los que ya rodeaban el misterio de los lores de Pembroke?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por dos caballeros que invitaron a bailar a lady Hermione y lady Victoria.

—No me puedo creer que a finales de mes estarás casada — cuando las dos parejas se hubieron alejado, Alicia se volvió hacia su prima.

Mary tampoco se lo podía creer. Durante su primera fiesta había llamado la atención del vizconde Fitzwilliam. Le había seguido un intenso cortejo, con abundancia de flores,

paseos por el parque y largas tardes en el salón. Ambos compartían los mismos intereses musicales, artísticos y literarios. Las conversaciones siempre resultaban agradables, aunque en ocasiones ella echaba en falta un poco más de fuego.

—Me siento un poco culpable. Se suponía que era tu temporada, no la mía —le recordó Mary a su prima.

Su padre le había negado su presentación en sociedad, obligándola a languidecer en el convento. Y aquello solo acabó cuando su tía, la madre de Alicia, había decidido tomar cartas en el asunto, e insistido en que la liberaran de su suplicio para que pudiera compartir la temporada con Alicia. Era la primera vez que Mary tenía la oportunidad de disfrutar del glamour de Londres, y se había enamorado del ambiente.

—El señor Charles Godwin —se oyó anunciar.

—Aún no ha terminado. Todavía puedo encontrar al amor de mi vida —contestó Alicia, en un tono que indicaba que no había perdido la esperanza.

Mary sintió una nueva punzada de culpabilidad, pues no podría asegurar que Fitzwilliam fuera su amor verdadero. Ciertamente sentía cariño por él. Sus modales y sus maneras de vestir eran impecables. Sospechaba que, de estar vivo Sebastian, se habría parecido bastante a él: respetuoso, encantador, ingenioso. También le gustaban sus padres, el marqués y la marquesa de Glenchester. Y ellos parecían estimarla, incluso eran de la convicción de que el tiempo que había pasado en el convento le había enseñado misericordia y gracia, aunque lo cierto era que lo único que había aprendido era a jamás volver a confiarle un secreto a su padre.

—Cualquier caballero se consideraría afortunado por tenerte —le aseguró a Alicia.

—Eres demasiado generosa. Y hablando de hombres afortunados, ahí está el tuyo.

Volviéndose en la dirección que indicaba la mirada de su prima, Mary vio acercarse a su prometido. El vizconde Fitzwilliam tenía algunos años más que ella, lo que le confería un aspecto de madurez y sofisticación del que carecían no pocos lores más jóvenes. Alto y delgado, de piel clara y sonrisa fácil, le ofreció una amplia sonrisa. Su padre estaba encantado con la unión, a pesar de

que la propiedad que heredaría Fitzwilliam estaba en Cornualles, lejos de su hogar en Yorkshire.

—Lord y lady Raybourne.

Lord Fitzwilliam se detuvo frente a ella, contemplándola con gesto complacido.

—Está usted encantadora, lady Mary.

—Gracias, milord —susurró ella al recién llegado que había capturado todas las miradas del salón de baile.

—Y usted también, lady Alicia.

—Es usted amable en exceso, milord.

—En absoluto. Me limito a constatar lo evidente —Fitzwilliam devolvió toda la atención a su prometida—. ¿Me ha reservado el baile de rigor?

El séptimo. Era un hombre receloso y Mary se sintió aún más encariñada con él. Era el número de la suerte de su prometido. Había bailado con ella el séptimo baile en cada ocasión desde que, según sus propias palabras, ella lo había hechizado con su belleza.

—En efecto.

—Espléndido. ¿Nos disculpa, lady Alicia?

—Por supuesto, milord.

A Mary no le gustaba la idea de dejar a su prima sola y no entendía por qué los caballeros presentes no se arremolinaban a su alrededor. Fitzwilliam apoyó una mano en la espalda de su prometida y la condujo hacia la zona de baile.

—¿Querrás bailar el siguiente con ella?

—¿Con quién?

—Con lady Alicia, mi prima.

—Si eso te complace.

—Enormemente.

—¿Y no te hará sentir algo celosa? —preguntó él con cierto tono de broma.

—Lo hará, pero sobre todo me hará feliz. No entiendo por qué los caballeros no se sienten atraídos por ella.

—Porque a tu lado, palidece.

Un cálido rubor ascendió a las mejillas de Mary. Se sentía un poco egoísta al soñar con que esos elogios que su prometido le regalaba continuaran tras la boda. Las notas de un vals empezaron a sonar y él la tomó en sus brazos. La sujetaba con ternura, sin ninguna promesa de pasión o aventura, pero eso pertenecía a su infancia. Muchos pensaban que quedaría para vestir santos, pero allí estaba con un admirador con el que jamás habría soñado tras años de aislamiento en el convento.

Poco le había ayudado el temor de que lord David fuera tras ella, tal y como había

hecho con sus sobrinos. Conocía sus secretos, sus pecados, y era consciente de ser bastante impulsiva, de actuar en ocasiones sin reflexionar. Sin embargo, de no haber confiado en su instinto aquella noche...

—Su Excelencia, el duque de Keswick.

El inesperado anuncio sobresaltó a Mary.

—¡Dios santo! —exclamó Fitzwilliam, casi deteniéndose—. ¿De eso trata todo esto?

¿Ya le han concedido su petición? Lord David desde luego acostumbra a sorprendernos con toda su pompa.

Mary apenas soportaba escuchar la insinuación de su prometido. Si lord David ya estaba en posesión de los títulos, entonces los tres hermanos habían sido declarados muertos.

—Lord Tristan Easton.

Mary sintió flaquearle las rodillas.

—Lord Rafe Easton.

El mundo se estrechó a su alrededor y empezó a oscurecerse por los bordes. Con el corazón acelerado, ella se volvió hacia la escalera que conducía al salón de baile. La música se había interrumpido y las parejas habían dejado de bailar. Los suaves murmullos pronto aumentaron en intensidad a medida que los invitados susurraban y varias damas daban un respingo.

Tres hombres de imponente estatura, cabellos largos, negros como la noche, estaban parados en el rellano. La elegante ropa a medida no ocultaba el aspecto salvaje de sus rostros mientras las gélidas miradas azules buscaban entre la multitud, pasaban de una persona a la siguiente. Con evidente desprecio, dejaban bien claro que todos estaban por debajo de ellos. Uno apuntaba al mayordomo con una pistola, sin duda el motivo por el que el desdichado les había anunciado con el título que su jefe pronto esperaba ostentar.

Mary reconoció a Rafe en el hombre armado. Aunque era alto, no había alcanzado la estatura de los gemelos. También reconoció a Tristan, por su inconfundible sonrisa ligeramente torcida a la derecha.

La sonrisa de Sebastian siempre se torcía a la izquierda, o al menos así solía ser. En esos momentos no sonreía y, considerando la tremenda cicatriz que cruzaba ese lado de su rostro, Mary dudó que

fuera siquiera capaz de sonreír. Un parche negro cubría uno de sus ojos. Por Dios santo, ¿qué le había sucedido?

Mary dio un paso al frente, pero enseguida fue retenida por Fitzwilliam.

—Con calma, querida —susurró—. No sabemos qué peligros nos acechan.

Ella sospechó que unos cuantos. Los lores de Pembroke habían regresado de entre los muertos.

Y no pudo evitar pensar que el aburrido baile estaba a punto de convertirse en el acontecimiento más memorable de la temporada.

Capítulo 2

—Creo que hemos llamado su atención —observó Tristan con la confianza de un hombre acostumbrado a mandar.

A pesar de todo lo que había sufrido, no parecía haber perdido su sentido del humor.

Sebastian no podría decir lo mismo, pero él había perdido mucho más en Crimea. Allí había dejado su atractivo. Su ojo. Y otras partes de su cuerpo no tan fácilmente identificables.

Los médicos aseguraron que debería haber muerto por culpa de las heridas. Pero él era un hombre movido por su necesidad de venganza, de modo que se negó a permitir que su corazón dejara de latir. Aferrado al pañuelo que contenía la tierra que había recogido antes de marcharse, llenó su nariz con la intensa fragancia y soportó el dolor y la agonía.

Sobrevivió, porque no hacerlo habría sido impensable.

Era el duque de Keswick, el legítimo heredero de Pembroke y cinco propiedades más, así como de otros tres títulos. Y, por Dios, que iba a reclamar lo que era suyo.

Su tío estaba a punto de descubrir que los tres muchachos se habían convertido en hombres de cuidado. Incluso él se había sorprendido al ver la transformación de sus hermanos. No se parecían al típico segundo y tercer hijo que solían entregarse alegremente a los placeres. El duque no podría haberse sentido más orgulloso, ni tranquilo, de tenerlos a su lado, guardándole las espaldas, preparados para batallar por él.

Recorrió el salón de baile con la mirada. Su padre le había presentado a numerosos lores en las fiestas campestres que solía ofrecer, pero a él le había interesado más jugar a las batallas con sus hijos. Y allí estaban esos hijos, aunque la identificación no era tarea sencilla, pues hacía años que nadie de los que estaban ahí los había visto.

—Un momento —un caballero de más edad dio un paso al frente—. No se puede entrar en la casa de un hombre, interrumpir una velada y agitar una pistola en el aire.

En realidad podrían haber sido dos más. Los tres iban armados, pero solo Rafe había sacado la suya cuando el mayordomo se había negado a anunciar a Sebastian como se lo había pedido, porque no tenía invitación. Rafe parecía haber desarrollado un carácter impaciente con los años.

—Esta casa es mía —proclamó él—, y entraré en ella cuándo y cómo me plazca.

El caballero pareció escandalizado y Sebastian lamentó el tono empleado con él. Sin

embargo, disculparse le haría parecer débil y aún le aguardaban los retos más importantes.

¿Dónde demonios estaba su tío? Seguro que el muy cobarde se había escabullido por la puerta trasera y, en esos momentos, huía como la sabandija que era.

Una mujer joven y de baja estatura subió las escaleras con determinación, deteniéndose a medio camino. Llevaba un vestido de seda color violeta. Una gargantilla de perlas rodeaba su cuello y los cabellos rubios estaban decorados con peinetas de diamantes.

Su cuerpo era bastante voluminoso, consecuencia de los placeres culinarios a los que, sin duda, se entregaba. Un destello de duda brilló brevemente en su mirada antes de decidirse a hablar.

—Soy lady Lucretia Easton, esposa de lord David, futura duquesa de Keswick...

—No, señora, lamento informarle de que no está usted destinada a convertirse en duquesa. Y si mi tío la engañó para casarse con usted, debería ir al infierno.

La mujer abrió los ojos desmesuradamente y su mandíbula se desencajó. A Sebastian le sorprendió que nadie acudiera en su ayuda. Quizás todos estaban igual de anonadados, o quizás se limitaban a aguardar acontecimientos. Sin duda les estaba ofreciendo un buen espectáculo. No le agradaba especialmente, pero su éxito se basaba en exponer su situación ante testigos.

—No sé quién es usted, señor, pero...

—Soy el duque de Keswick.

—Eso es imposible.

—Le aseguro, señora, que lo soy.

—Miente —la mujer dio dos palmadas hacia un criado—. Sacad de aquí a este farsante y a sus amigos bribones de inmediato.

—¡Dice la verdad! Es el duque de Keswick —una voz femenina surgió de entre los invitados y una joven, alta y delgada, se abrió paso hasta la escalera.

A medida que ascendía los peldaños, mostraba la punta de unas zapatillas rosas, a juego con el vestido de baile. Se detuvo a corta distancia de Sebastian y se agarró a la barandilla, como si corriera peligro de desmayarse al contemplar al hombre que tenía frente a ella.

Sebastian sabía lo que esa mujer estaba viendo. Lo que todos veían. Carne mutilada, gruesas cicatrices que cruzaban la mejilla y seguían por el cuello hasta desaparecer bajo la ropa.

Y al mismo tiempo que ella lo veía con claridad, él la vio también.

Tenía los cabellos de un familiar color rojo. Un recuerdo lo asaltó. Recuerdo de cabalgar por el campo persiguiendo a una chiquilla que, debido al color de sus cabellos, jamás lograba camuflarse. Su presencia lo había impregnado todo de una energía que rivalizaba con el sol.

Pero esa mujer de pie ante él no podía ser la que él creía. ¿Dónde demonios estaban las pecas? Conocía esas pecas, verdaderas constelaciones, como conocía las estrellas en el firmamento. Además, aquella niña era plana como una tabla, mientras que la mujer que tenía delante poseía unas curvas que invitaban a un hombre a explorarlas. Los hombros y el cuello desnudos revelaban una sedosa piel. En el borde del escote descubrió una peca y se preguntó cómo había llegado el sol hasta ese lugar. Sintió la boca seca. ¡No podía ser!

—¿Mary? —preguntó con voz ronca.

Ella sonrió a modo de respuesta. Una sonrisa familiar.

Pero entonces vio la piedad reflejada en la mirada verde y las lágrimas que llenaban sus ojos. El estómago de Sebastian se encogió. Había deseado y temido a partes iguales ese momento. Y un dolor como no había sentido en el campo de batalla le atravesó el corazón.

Sabía muy bien en qué se había convertido. Había destrozado el espejo que se lo había revelado. Con gusto habría privado a Mary del horror, pero, para desenmascarar a su tío, tenía que mostrarse.

—No lo hagas —le ordenó, apenas moviendo los labios.

—Tu tío solo sabía que habíais desaparecido —Mary contuvo las lágrimas, asintió y se cuadró de hombros—. Nadie sabía dónde estabais, qué os había sucedido. Había numerosas especulaciones sobre vuestra muerte. Lobos, enfermedades, asesinatos. Pero yo sabía que todas eran mentira. Sin embargo, después de tanto tiempo, lo más lógico era pensar que estabais muertos.

—Bueno, pues parece que el anuncio de nuestro fallecimiento fue un poco prematuro, ¿no? —intervino Tristan.

—De lo cual todos nos alegramos —Mary asintió.

Sebastian dudaba que su tío se mostrara tan encantado. Su mirada se posó en la anfitriona de la velada. Ella también se aferraba a la barandilla. Parecía un pajarillo expulsado del nido. Pero no podía mostrar ni un ápice de misericordia. Era el juguete del demonio y, aunque quizás fuera inocente, podía resultar muy peligrosa.

—¿Dónde está, señora? ¿Dónde está su esposo?

—Seguramente jugando a las cartas —la mujer frunció el ceño.

—Pues que alguien vaya a buscarlo.

—¡Un momento! —la indignación hizo que Lucretia se recompusiera—. Nadie me da órdenes en mi propia casa.

—La casa es mía —rugió Sebastian, descendiendo dos escalones.

—¡Lord David! ¡Lord David! —la noble dama corrió escaleras abajo.

—Yo soy el verdadero duque de Keswick —él bajó dos escalones más—. Mis hermanos y yo reclamamos lo que nos fue robado.

—Te pareces a tu padre —observó un caballero.

—Ya no —Sebastian casi soltó una carcajada—, pero Tristan sí. Muchísimo. Como mi gemelo, servirá como prueba viviente de que somos quienes aseguramos ser. Además, llevo el anillo de mi padre.

Parecía que el salón de baile no hubiera podido estar más en silencio, pero lo estuvo.

El ambiente era más parecido al de un funeral. Sebastian no había esperado unos alegres vítores de regocijo, pero sí un poco más de aceptación. Sentía las miradas sobre él, las especulaciones. No le gustaba airear los trapos sucios delante de extraños y había considerado enfrentarse a su tío en privado, pero ese hombre se merecía un escarnio público.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Allí estaba al fin el usurpador, abriéndose paso con arrogancia entre los casi trescientos invitados. Al llegar a las escaleras, su tío levantó la vista y se paró en seco.

Sebastian se sorprendió al contemplarlo. Por algún motivo, había esperado que el hombre mantuviera el mismo aspecto de siempre, pero obviamente no había sido así. David no era particularmente alto, pero su aspecto era más voluminoso que el de su juventud. Estaba claro que había disfrutado del fruto de su traición. Las gruesas manos estaban adornadas con anillos y los cabellos se habían vuelto canosos. Convencido de ser el dueño de algo que no le pertenecía, la nariz apuntaba demasiado alto.

—Saludos, tío.

Lord David sacudió la cabeza incrédulo antes de mirar a su alrededor con ojos desorbitados.

—Mis sobrinos están muertos.

Sebastian soltó una carcajada, más parecida a un ladrido. No recordaba la última vez que había reído de verdad, pero sí que había sido antes de la muerte de su padre.

—¡Has terminado por creerte tus propias mentiras!

—No sé quién eres...

Sebastian bajó las escaleras tan deprisa que su tío apenas tuvo tiempo de recular dos pasos antes de que la mano de su sobrino lo agarrara por el cuello. A su alrededor oyó exclamaciones de sorpresa, pero nadie dio un paso al frente para desafiarlo. Sin duda, la amenaza que reflejaba su maltrecho rostro había transmitido el mensaje. Ni él ni sus hermanos permitirían que nadie interviniera. Habían conseguido comunicar sus mensajes de amenaza sin necesidad de molestas palabras, un talento muy útil a la hora de enfrentarse a un enemigo. Y lord David Easton era un enemigo.

Siendo un muchacho, su tío le había parecido alto, temible e invencible, pero en esos momentos él lo superaba con creces en estatura. Su vida no había sido fácil. Poseía unos músculos de acero, el cuerpo endurecido por las guerras. Era capaz de derribar a un hombre con la espada, el rifle o la pistola. Si era necesario, era capaz de destrozar a un hombre con las manos desnudas, y la tentación de hacerlo en esos momentos era casi irresistible.

—Sabes muy bien quién soy —anunció Sebastian con calma, aunque su voz traslucía una intensa furia que amenazaba con desbordarse. Sabía que no iba a serle fácil comportarse como un caballero, y estaba a punto de estallar. Debería haber vivido una vida despreocupada, asistido a la escuela, ser educado como un futuro duque.

En cambio había sufrido penurias, sangre y horror. Sus hermanos habían experimentado algo parecido. Su misión era la de protegerles, cuidarles, y solo había conseguido llevarlos al mismo infierno. Les había traicionado. Su padre se habría sentido

profundamente defraudado, pero no más de lo que estaba él consigo mismo.

—Si lo deseas, podemos acudir a la Corte Suprema, pero de un modo u otro recibiré los títulos que mi padre me cedió. Puedes retirarte discretamente o luchar contra mí.

Aunque te advierto, fui capitán del ejército de Su Majestad. Cuando tengo un objetivo, nada me impide alcanzarlo. Tristan ha navegado los mares. Para él no eres nada. Y Rafe, bueno, digamos que conoce un lado oscuro de Londres que incluso a mí me aterroriza.

Su tío clavó las uñas en las muñecas de Sebastian y boqueó con ojos desorbitados.

—Te concedo un día para recoger tus pertenencias y marcharte. A nosotros nos diste mucho menos tiempo para huir de Pembroke para salvar nuestras vidas. Si osas llevarte un solo objeto que no te pertenezca, Tristan se ocupará de ti como vio hacer con los ladrones en el Extremo Oriente. Te cortará las manos.

—Y me encantará hacerlo —anunció su gemelo como si la tarea no requiriese más esfuerzo que el de espantar una mosca.

Su tío seguía debatiéndose, entre borboteos, para respirar.

Sebastian sabía que debería soltarlo, pero era incapaz de ello. Ese hombre era el responsable de los últimos doce años de miseria. En su ausencia, había disfrutado de una vida de lujos que debería haber sido para él y sus hermanos. Había robado. Seguramente matado. No merecía el aire que respiraba. No merecía...

Un ligero toque en el hombro, como el aleteo de una mariposa, llamó su atención.

—Lo estás matando —observó Mary con calma—. Después de todo lo que has padecido, no querrás acabar en el calabozo.

No, y, de repente, lo que hacía no le resultaba satisfactorio. Había soñado con ese momento, lo había anticipado y, aun así, no le estaba colmando. Su tío no era un digno adversario. Era poco más que escoria. Sebastian soltó a su tío con fuerza. El hombre aterrizó de espaldas sobre el suelo.

—Mañana, al amanecer, espero que ya no estés aquí, tío. No quiero volver a verte jamás. Y lo mismo opinan mis hermanos. Nuestra compasión ha llegado a su límite.

Atrévete a desafiarnos, y sobre ti se desatará el infierno.

Mirando a su alrededor, vio expresiones de horror, confusión, incredulidad. Y de nuevo la compasión en los ojos de Mary. Una compasión que le hacía sentir como una bestia inmundada, porque ya no estaba seguro de si eran sus destrozadas facciones las que despertaban ese sentimiento en la joven, o más bien sus acciones, sus palabras. No se había comportado como un caballero. Debería haber hablado con su tío en privado, aunque, a juzgar por la reacción de los invitados, no gozaba de muchos favores. Y bien poco que le importaba.

Su tío merecía pudrirse en el fondo de un pozo.

Sebastian asintió casi imperceptiblemente hacia Mary antes de subir las escaleras.

Salió de la casa con la esperanza de haber dejado bien claro que el duque de Keswick había regresado a su hogar.

Desgraciadamente aún le quedaba lo más difícil: convencerse a sí mismo.

Capítulo 3

En el salón de baile se desató la locura.

En cuanto los hermanos desaparecieron por la puerta, se inició un creciente murmullo de objeciones, protestas y especulaciones.

Mary permaneció aferrada a la barandilla, el único modo de impedirle correr tras ellos. Sería un desastre y su reputación quedaría en entredicho. Una dama no corría detrás de unos caballeros que huían, sobre todo cuando su comportamiento había sido de todo menos caballeroso. Y, sin embargo, tenía tantas preguntas... ¿Dónde habían estado todos esos años? ¿Qué había retrasado su regreso? ¿Qué les había sucedido?

Se habían convertido en hombres, pero sin duda el trayecto no había resultado placentero. Sus miradas glaciales, desprovistas de toda compasión, helaban la sangre.

Tampoco podía culparles. Habían sufrido la peor de las traiciones, pues uno de su propia sangre había buscado su muerte.

—Creía que estaban muertos —balbuceó lord David ante la mirada inquisitiva de uno de los lores—. No he sabido nada de ellos durante todos estos años. He cuidado de los bienes del duque porque así lo habría deseado mi hermano. Su desconfianza y acusaciones están fuera de lugar.

«No, no lo están», quiso gritar Mary. «Los encerraste en la torre. ¿Por qué hacer algo así si no tenías intención de matarlos?».

Lord David sudaba copiosamente, respirando con dificultad, contemplando los rostros de quienes habían esperado que ascendiera en la nobleza.

—Os digo —continuó—, que no habría reclamado el título de haber sabido que seguían vivos. Hice todo lo posible por encontrarlos. Pero ellos no querían ser encontrados.

Todos vosotros creáis que estaban muertos. Habéis oído los rumores: lobos, enfermedad, asesinato. ¿Cómo iba a saber yo la verdad? ¿Acaso la sabíais vosotros? ¿Alguno de vosotros?

Su feroz mirada se posó en Mary y ella vio odio, como si lord David sospechara, supiera, lo que había hecho. Un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo, pero, desafiante, le sostuvo la mirada.

De repente, David empezó a zarandear a los invitados.

—¡La fiesta ha terminado! ¡Marchaos y dejadme en paz!

Corrió pasillo abajo, seguido de cerca por su esposa, que se retorció las manos enguantadas mientras lloriqueaba. Mary sufrió un sobresalto. No le gustaría vivir una situación parecida.

—¿Qué sientes por él? —sin previo aviso, Fitzwilliam la agarró de un brazo.

—¿Disculpa?

—Ese hombre que asegura ser el duque de Keswick. Lo mirabas... embelesada.

—Feliz —admitió ella—. Porque están vivos. Hasta hoy temía que estuvieran muertos. Y lo que dice es la verdad. Crecimos juntos hasta que desaparecieron, pero los reconocería en cualquier lugar.

Al menos juntos, pues Mary no estaba segura de haberlos reconocido por separado.

Tenían muy poco de caballeros y su carácter exudaba una rudeza que hablaba de las penurias sufridas. Durante años había soñado con volverlos a ver, pero jamás se había imaginado encontrarse con lo que había visto.

Los invitados pasaban a su lado. El drama parecía haber concluido. Al menos de momento. Ella ignoró los susurros y murmullos, centrándose en el hombre que tenía delante.

—Me crees, ¿verdad?

—Lo que yo crea no importa —Fitzwilliam parecía incómodo—. Mi título carece de peso.

—Entre tus amigos sí lo tiene —algunos de los amigos de su prometido ostentaban importantes títulos y podrían ser buenos aliados de los hermanos en caso de necesidad.

—Vamos —ordenó él—. Será mejor que nos vayamos. No me fío de que esos rufianes no regresen para desatar el caos. He oído hablar de sed de sangre, pero por Dios bendito que hasta esta noche no la había visto.

—No son rufianes y tienen derecho a estar furiosos. Lord David fue el motivo de su huida —Mary apretó la mano de Fitzwilliam, ansiosa por hacerle comprender. Los invitados pasaban cada vez más despacio junto a ellos, deseosos de captar partes de la conversación, pero no estaba dispuesta a alimentar su curiosidad—. He venido con Alicia y la tía Sophie.

—Viajaréis en mi carruaje.

—Hemos traído el nuestro.

—No me gusta cómo te miraba ese hombre. Teniendo en cuenta el giro de los acontecimientos, no puedo permitir que tres damas viajen sin protección.

El conductor y el lacayo no debían ser bastante protección para él, reflexionó Mary.

Tampoco podía negar que le gustaba que se mostrara tan preocupado por ella.

—Tenemos que encontrar a mi prima y a mi tía.

—Me pondré a ello de inmediato —asintió Fitzwilliam—. No te muevas de aquí.

—Ni se me ocurriría.

Mary lo contempló con ternura. Iba a ser un marido excelente, siempre pendiente de sus necesidades. La iba a cuidar, a proteger. No podría pedir un hombre más atento.

Se apretó contra la barandilla para dejar más espacio a los invitados que seguían marchándose. Todos hablaban a la vez y las damas tenían los ojos brillantes. Era evidente que estaban entusiasmadas con lo sucedido.

—¿Sabes si están casados? —preguntó lady Hermione al pasar junto a ella.

—No lo sé —la pregunta le irritó, aunque no debería.

—Pero tú les conoces.

Mary ya no estaba tan segura. Conocía a los muchachos que habían sido, pero en cuanto a los hombres en los que se habían convertido...

—Lo que sé es que son quienes dicen ser, los lores de Pembroke.

—Unos diablos muy atractivos —los ojos de lady Hermione chispeaban—. Bueno, salvo el duque. ¿Qué crees que le sucedió?

—En serio, yo... —Mary sacudió la cabeza.

—¡Hermione! —llamó su padre—. Vamos.

—Mañana tomamos el té —lady Hermione apretó el brazo de Mary—. Tenemos que hablar.

Antes de que Mary pudiera responder, la joven dama había desaparecido escaleras arriba. Nunca habían tomado el té juntas. De repente parecía haberse convertido en una celebridad. Pero se contuvo de explicarles que habían sido vecinos. Que les había ayudado a huir.

«¡Les encerró en la torre!», quería gritar.

Pero se limitó a aguantar las miradas y a asentir amablemente a otras dos invitaciones para tomar el té. Por fin su prima la agarró de un brazo y la condujo escaleras arriba, seguida de su tía y Fitzwilliam.

—Tenemos mucho de qué hablar —observó lady Alicia.

—No sé mucho más que tú —contestó Mary mientras alcanzaban el último peldaño.

No tuvieron más oportunidad de hablar hasta que se instalaron en el carruaje de Fitzwilliam.

—Bueno, bueno —empezó su tía—. Yo diría que se ha producido un interesante giro en los acontecimientos, aunque no puedo aprobar el método. Ese despliegue público de enemistad familiar no es de buen gusto. La situación exigía discreción y mucho más decoro.

—Vamos, mamá —intervino Alicia—. No puedes negar que resultó un espectáculo fascinante. Esos lores tienen muy buena presencia. Mañana serán la comidilla en Londres.

—Lo son ya esta noche —murmuró la tía Sophie.

—Su método encerraba un propósito, lady Sophie —observó Fitzwilliam—.

Humillar a lord David.

—Y bien que merecía esa humillación, milord —espetó Mary sin poder refrenarse

—. Y sospecho que manejaron el asunto como lo hicieron para tener testigos.

—Ese hombre está arruinado —lamentó su tía—. Y su pobre esposa. Solo llevan casados tres meses.

—Yo también lo siento por ella —asintió Mary—. ¡Qué horrible debe ser descubrir que el hombre con el que te has casado no es el hombre que creías que era!

—Y la ha arrastrado con él en su caída. No sé si yo podría perdonarle algo así —

continuó Sophie.

—No debería ser perdonado por nadie —le aseguró ella.

—No te imaginaba tan dura —su tía dio un respingo.

—Pretendía matarlos.

—¿En serio? —preguntó lady Alicia con entusiasmo.

—¿Y cómo sabes tú eso? —intervino Fitzwilliam.

—Le oí dar la orden.

—¿Y a quién se la dio?

—No lo vi. Pasaba junto a la estancia y oí la conversación. Yo tenía doce años y estaba aterrada. Corrí en busca de Sebastian.

—¡Cielo santo! —exclamó su prima—. Nunca me lo habías contado. Me ocultaste ese delicioso secreto.

—Prometí a Sebastian que no se lo contaría a nadie —había roto su promesa una sola vez, y bien caro le había costado.

—Eras una niña —insistió Fitzwilliam—. Debiste entenderlo mal.

—No. Estoy segura de que no.

—Mary, querida, es absurdo pensar que lord David recurriría al asesinato para hacerse con un título. Habría tenido que matar a los tres muchachos.

Mary intentó no sentirse herida por las palabras de su prometido. Él, más que nadie, debería creerla.

—Ricardo III mató a dos.

—No hay pruebas de eso. Además, eso sucedió hace cuatro siglos. Me gustaría creer que ahora somos algo más civilizados. Y él aspiraba a un reino, no a un ducado.

—A uno de los ducados más importantes de Gran Bretaña.

—Lo era, pero desde la muerte del séptimo duque, ha perdido mucha influencia. Su importancia reside en quien lo ostenta, y nadie lo ha hecho en años.

—Eso va a cambiar. Sebastian ha vuelto.

—Yo no estaría tan seguro. A mí me ha parecido un bárbaro.

Mary no podía negarlo, de modo que se limitó a mirar por la ventana. En el carruaje se hizo un incómodo silencio, como si todos estuvieran asimilando los acontecimientos de aquella noche.

Y ella agradeció ese silencio que le permitía deleitarse en la alegría que la embargaba. Habían vuelto. Al fin.

Sentada en la biblioteca, Mary observó a su padre que contemplaba el fuego de la chimenea con un vaso vacío en la mano. Había apurado el whisky de un solo trago después de que ella le relatara lo sucedido en el baile. Siempre había sido un ermitaño que prefería la compañía del alcohol a la de los hombres. Jamás asistía a eventos sociales, aunque a veces acudía a algún club. Si había viajado a Londres había sido solo para vigilarla de cerca.

—No debes intervenir en este asunto —le advirtió—. Estás prometida a un respetable lord de impecable linaje familiar. Deja que los lores Pembroke y su tío solucionen sus problemas. No quiero que te acerques a ellos.

—Pero son nuestros vecinos.

—Aquí en Londres no. Y en Cornualles tampoco lo serán.

—Pero si contara lo que oí...

—No tienes ninguna prueba de que lord David los hubiera matado. A lo mejor se habían portado mal y recibido como castigo pasar unas horas en la torre.

—¿De mismo modo que tú me castigaste con el convento?

Su padre palideció y bebió otro trago.

—No harás nada que ponga en peligro tu compromiso con Fitzwilliam. No tienes ningún hermano que vele por ti cuando yo haya muerto. Y no puedo confiar en que mi sobrino, mi heredero, se muestre generoso contigo. Tiene cinco hermanas a las que casar.

Mary solo conocía de pasada a la familia de su padre. No les gustaba el clima del norte y preferían residir en el sur. Sabía que su padre estaba preocupado por su futuro y le había adjudicado una considerable dote. Pero se negaba a preguntarse hasta qué punto esa dote había influido en Fitzwilliam.

—Para cuando te reúnas de nuevo con mamá, seguro que sus hermanas ya estarán casadas.

—La mayor tiene solo nueve años. Mi hermano tardó mucho en formar una familia

—y luego murió de tifus—. Puede que tengas razón —el hombre sonrió—. Me preocupo demasiado, pero no quiero que pierdas esta oportunidad para hacer un buen matrimonio. Y

ahora a la cama.

Casi una hora después, Mary seguía sentada frente a la ventana de su habitación.

Consideró desobedecer a su padre, vestirse y salir en busca de Sebastian y sus hermanos. Se preguntó dónde vivirían, por qué no la había buscado para decirle que estaban a salvo.

Supuso que quería mantener su regreso en secreto hasta hacer su gran aparición, pero debería haberla tranquilizado. No debería haberla dejado allí para preocuparse por él.

En el transcurso de los años, muchas veces había pensado en huir del convento, pero no disponía de fondos, ni habilidades que le permitieran ganarse la vida.

Podría haberse marchitado en ese convento de no haber sido por su tía.

Y durante el primer baile había conocido a lord Fitzwilliam, quien poco después le había pedido que se casara con él. Antes de concluido el mes quedaría libre de su padre y sus manipulaciones. Fitzwilliam la consideraba fuerte y capaz. Alguien que podría proporcionarle una agradable vida hogareña. No era un lord especialmente codiciado, lo cual equilibraba la situación, ya que no había cola frente a la puerta de su padre para pedir su mano. Fitzwilliam era su caballero andante.

En medio de la noche, cuando el sueño la vencía, en ocasiones soñaba con Sebastian y se preguntaba qué pasaría si regresara.

Había dedicado muchos ratos a imaginárselo de adulto, pero el caballero que había encontrado en lo alto de la escalera se parecía más a una pesadilla que a un sueño.

—Mañana vamos a estar en boca de todos —se lamentó Tristan, sentado en una silla del salón de la suite privada de Rafe de su casa de apuestas. Los tres hermanos se habían instalado allí tras regresar de la fiesta de su tío. Las estancias eran cómodas y Rafe disponía de una buena selección de licores.

Sentado en otra silla, bebiendo a sorbos un brandy, Sebastian tenía la mirada fija en la chimenea. No conseguía quitarse de la cabeza la imagen de Mary. Durante los años de exilio había pensado en ella, recordándola como la última vez que la había visto: una chiquilla con trenzas, piernas larguiruchas y una sonrisa que ocupaba todo el rostro. Y las pecas. Tenía tantas pecas que a menudo le gastaba bromas, aunque le gustaba el aspecto de pilluelo que le daban.

Recordó cómo la joven había hablado en su favor. Siempre había sido más osada que él, y siempre lo había desafiado. Ella había sido la razón por la que se había subido a aquel viejo roble, rompiéndose un brazo al caer. La razón por la que había aprendido a escalar muros. La razón por la que él y sus hermanos estaban vivos.

—Me pregunto por qué no me siento más satisfecho —comentó Rafe.

Solo tenía veintidós años, pero no le había ido mal. Cuando Sebastian lo había dejado en el hospicio había temido que la vida acomodada de la que habían disfrutado hasta

ese momento hubiera debilitado a su hermano pequeño. Y quizás al principio había sido así.

Rafe no hablaba mucho sobre cómo se había hecho con ese antro de perdición, pero Tristan ya no se atrevería a acusarlo de ser un llorica.

—Porque ese bastardo sigue respirando —contestó Tristan.

Él era igual de reservado a la hora de relatar su vida. En los muelles, Sebastian había encontrado a un capitán dispuesto a contratar a un mozo de cabina. El dinero le había permitido adquirir su primer nombramiento en un regimiento. Pero Sebastian no podía evitar preguntarse a qué coste. Había visto su espalda. Un buen trabajo hecho con un látigo de nueve colas. Su gemelo siempre había preferido estar al mando antes que realizar el trabajo. No era de extrañar que al final hubiera comprado su propio navío. El

transporte de mercancías le había convertido en un hombre rico. Sebastian no quería ni pensar en la procedencia de algunas de esas riquezas.

—Mary se ha convertido en toda una belleza —observó Tristan, tan asombrado como lo había estado Sebastian al reconocerla.

No le había sorprendido tanto su transformación en mariposa como el hecho de que fuera una adulta. Era evidente que se le había pasado la edad para casarse, pues tenía veinticuatro años. ¿Tenía marido? ¿Quién demonios era? ¿Por qué no había estado a su lado?

—Quizás deberíamos haberle advertido de nuestros planes —continuó Tristan—. No parecía preparada para lo sucedido.

—Lo cual, sin duda, la ha salvado —conjeturó Sebastian antes de apurar la copa y volverla a llenar.

Seguía viéndola como a una cría y deseaba protegerla. No había considerado cómo le afectaría volver a verlos. En su mente, ella seguía igual que la última vez que la había visto en Pembroke. Los cambios producidos por el tiempo nunca eran sutiles, y los de Mary tampoco. Le pareció inapropiado recordar las curvas y redondeces que el vestido había revelado, la inmaculada piel desnuda de sus hombros que algún hombre tendría la fortuna de acariciar.

Qué sedosa parecía. Y qué cálida.

Sebastian se permitió imaginarse a sí mismo quitándole las horquillas del cabello.

¿Hasta dónde le llegaría? ¿Podrían perderse sus dedos en él con la facilidad con la que un hombre podría perderse en ella?

Incluso sus ojos habían cambiado. Seguían tan verdes como el campo, pero ya no reflejaban ese toque travieso. Si los ojos encerraran la capacidad para reír, los suyos lo habrían hecho de

niña. Pero no esa noche. Claro que esa noche había habido pocos motivos para reír. Aun así, su mirada encerraba demasiado conocimiento, quizás sabiduría. ¿Qué

había visto Mary en los años transcurridos?

¿Cómo era posible que no hubiera caído en que ella también se había hecho adulta?

Quizás porque él se había convertido en hombre el día en que su padre murió. Siempre había disfrutado explorando el mundo con Mary, pero en esos momentos solo le apetecía explorarla a ella.

Sebastian se recriminó esos pensamientos, inquietantes e intolerables. Su papel era el de amiga, no amante.

—¿Alguna idea de con quién estaba bailando cuando hicimos nuestra gran entrada?

—Tristan interrumpió los pensamientos de su hermano.

—¿La viste bailar? —preguntó Sebastian. Se imaginaba la gracia y elegancia con la que se movería por la pista de baile en brazos de otro hombre.

—¿Tú no? —preguntó incrédulo su gemelo.

—Estaba ocupado en otros asuntos. Convencer al mayordomo para que nos anunciara correctamente me llevó un poco más de lo esperado —el hombre no había trabajado nunca para su padre y no les había reconocido, ni sabido de su existencia, al parecer.

—Ahora que lo pienso —Tristan pareció de repente incómodo—, creo que estaba fuera de tu campo de visión. En fin, puede que la hayamos herido al ocultarle nuestro regreso. Sin ella...

—Ya sé cuánto le debemos —espetó él. No sabía por qué las reflexiones de Tristan, o el que la joven se hubiera convertido en

una espectacular mujer, le irritaban tanto. Quizás porque verla le recordaba los años perdidos.

—Es una mujer prometida —intervino Rafe ante la sorprendida mirada de sus hermanos—. Os estáis comportando como dos perros en celo. No veo ningún sentido en discutir lo que deberíamos haber hecho. Su belleza, y nuestra deuda con ella, son irrelevantes. Está prometida al vizconde Fitzwilliam, el caballero con el que bailaba. Lo vi anunciado en el periódico.

—Es un poco mayorcita para estar únicamente prometida —Tristan verbalizó las reflexiones que se hacía Sebastian.

—No creo que nuestra Mary se conforme con cualquiera —insistió Rafe—.

Sospecho que necesitó un poco más de tiempo para encontrar a un caballero digno de ella.

«Nuestra Mary». Mary no les pertenecía a los tres, solo a...

La verdad lo golpeó en la frente. No pertenecía a ninguno de los tres.

—Quizás —asintió Tristan—. Aun así, ¿un vizconde? ¿Qué sabes de él?

—Él no tiene importancia. Mary no es nuestro motivo de preocupación —espetó Sebastian con impaciencia.

No quería pensar en ella junto a otro hombre. Jamás la había reclamado como suya.

En el momento de la huida no eran más que unos críos. Ya de adulta, quizás ella no tuviera nada en común con él. A lo mejor era totalmente inadecuada para ser duquesa. Sebastian se pasó una mano por la barbilla y se detuvo en seco. Las cicatrices. Era muy

posible que ninguna mujer considerara siquiera la posibilidad de ser su duquesa. Pero ya se ocuparía de eso en otro momento.

—Lo que debemos hacer ahora es instalarnos —informó a sus hermanos—, asegurarnos de que nuestra reclamación sobre Pembroke no sea cuestionada, allí están nuestros enemigos. ¿No os fijasteis en las dudas que reflejaban los rostros en ese salón?

Estamos lejos de haberlo logrado.

—Quizás Mary pueda sernos de utilidad —observó Rafe—. Ella permaneció en el mundo del que fuimos expulsados.

—¿Serías capaz de utilizarla? —preguntó Tristan.

—Sería capaz de utilizar a cualquiera que me permita conseguir lo que quiero.

La frialdad de sus palabras provocó un estremecimiento en Sebastian. ¿Quién era ese hombre despiadado al que llamaba «hermano»? Por otro lado, entre ellos existía un vínculo que no podía ser roto. Ciertamente sabía muy poco sobre él, pero no podía considerarle un extraño porque confiaba ciegamente en él. Le quedaban muchas cosas por averiguar sobre su hermano, aunque no estaba muy seguro de querer saberlas todas.

El silencio se instaló entre ellos, como si los tres necesitaran sopesar las repercusiones de sus actos de aquella noche. Sebastian había esperado la protesta de algunos de los lores, pero no se había producido. Quizás se consideraban demasiado dignos para protestar, o quizás su tío les importaba tan poco como a él mismo. O quizás se limitaban a esperar acontecimientos.

—¿Cuál será tu siguiente paso? —preguntó Tristan al fin.

—Instalarme en Easton House en cuanto ese impostor se haya marchado. Los dos estáis invitados a vivir allí.

—Yo me quedo aquí —contestó Rafe de inmediato—. Aquí me siento en casa.

—Tienes un alojamiento muy cómodo —asintió Sebastian—, pero ahora que volverás a ser reconocido como un lord, puede que consideres vender esto. No es una propiedad digna de un caballero.

—Jamás he reclamado ser un caballero.

—Pero lo eres —insistió Sebastian.

—Créeme, hermano —Rafe se puso de pie de un salto—, he hecho cosas que ningún caballero haría. A la buena sociedad no le parecería muy... bueno. Mi riqueza y mis recursos, más que cuestionables, están a tu disposición. Ya he enviado a dos hombres para que vigilen Easton House y a su actual residente. Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarte el título, pero mi lugar está aquí —Rafe hizo ademán de abandonar la habitación.

—Rafe —lo llamó Sebastian.

Su hermano se detuvo, pero no se volvió.

—Hace doce años no pude llevarte conmigo, pero ahora sí.

—Es demasiado tarde —la voz de su hermano pequeño carecía de toda emoción, pero las palabras golpearon a Sebastian con fuerza—. Quizás tú puedas recuperar lo que perdiste, pero yo no. Ni quiero hacerlo. Considérate en tu casa.

El pequeño de los lores abandonó la estancia sin mirar atrás. Le alcanzaría, le haría comprender...

—Déjalo —le ordenó Tristan.

Sebastian no quería que se infectaran las heridas que empañaban la relación con Rafe, pero sospechaba que su testarudo hermano no estaba de humor para escuchar. De modo que se concentró en su

gemelo que seguía recostado en la silla. No era fácil mirarlo y recordar lo atractivo que había sido él mismo, tiempo atrás.

—¿Sabes tú qué le pasó?

—A mí me cuenta lo mismo que a ti.

—Yo creía que le darían comida, ropa y cobijo.

—Pasara lo que pasara, no fue culpa tuya. Toda la culpa es de tío. Ojalá me hubieras dejado matarlo.

—¿Para que te ahorcaran? —Mary ya lo había insinuado, aunque en su dulce voz no había sonado tan grave. Sebastian se preguntó si ella se había dado cuenta de lo cerca que había estado de no soltar a su tío. Se preguntó si Mary se hubiera sentido defraudada al descubrir ese lado oscuro de su persona.

—Mi barco es veloz, y el mar mi elemento —contestó Tristan.

—¿Te quedarás conmigo en Easton House? —él se frotó una ceja, justo por encima del infame parche.

—No lo creo. Llevo demasiado tiempo solo. Lo prefiero así, Keswick.

Sebastian se sobresaltó. No le habían vuelto a nombrar por su título desde que los hombres de su tío le escoltaran hasta la torre. Se lo susurraba a sí mismo cada noche antes de ir a dormir, un recordatorio, un solemne juramento. No quería olvidar quién era, qué era, lo que le debían. Todo lo que había hecho desde el instante en que Mary había abierto aquella cerradura solo había tenido un propósito, recuperar lo que era suyo y, al hacerlo, devolver a sus hermanos al lugar que les correspondía.

Sintió un nudo en la garganta. Había pagado un elevado precio, pero ellos también.

Sus hermanos ya no lo necesitaban y eso le hizo sentirse poco digno, como si les hubiera fallado. Al igual que él, deberían haber

vivido vidas acomodadas. Deberían haber sido como los caballeros que acudían al club de Rafe y que no tenían otra cosa que hacer que dedicarse a sus vicios. No deberían lucir cicatrices, ni visibles ni ocultas.

—No te equivoques, hermano —Tristan se acercó lentamente—. Querer verte ocupar el lugar de papá hizo crecer en mí el deseo de venganza. Lo volvería a soportar todo mil veces, sin reproches, para asegurar que vuelvas a ser duque.

—Me siento honrado, Tristan —Sebastian soltó una carcajada llena de amargura—.

Por tu devoción y la de Rafe. He sido bendecido con hermanos que harían lo que fuera para que yo ostentara el título que me corresponde. Nuestro padre fue maldecido con uno dispuesto a lo que fuera para que no lo lograra.

—¿Sigues pensando que lo mató?

—No me cabe la menor duda —él sacudió la cabeza—. Pero demostrarlo es casi imposible. La justicia no puede dejarse en manos de otros. He pasado años planeando cómo ser juez, jurado y ejecutor. Y esta noche creo que le he arrebatado su lugar en la sociedad.

—Puede que sí, pero aún podemos hacer más. No necesitamos pruebas para hacer que su vida resulte miserable.

—Eso pasará en cuanto abandone Easton House. No tendrá dónde meterse.

—Entonces deberíamos aliviar su sufrimiento y matarlo enseguida

—Tristan mostró una sonrisa lobuna.

—Ya he matado antes. Y no es tarea agradable.

—Yo también, aunque no me siento tan reacio a enviar al infierno a alguien que se lo merezca.

Sebastian lo miró atentamente. Solo habían transcurrido quince días desde que los hermanos habían logrado reunirse. Se habían despedido con la promesa de encontrarse en diez años en las ruinas de la abadía cercana a Pembroke, en el aniversario de su huida de la torre. Pero la guerra y las heridas lo habían retrasado a él. Y el mar había obstaculizado a Tristan, que tampoco había llegado a tiempo.

Rafe había contratado a un hombre para que permaneciera en aquel lugar hasta que aparecieran sus hermanos. Ni se le había ocurrido que pudieran estar muertos. Tras meses recuperándose de las horribles heridas, Sebastian al fin había logrado llegar a la abadía. El hombre allí apostado le había proporcionado las señas del club Rakehell y un mensaje de Rafe. Allí estaría a salvo.

Ya en Londres, él y sus hermanos habían planeado su regreso a la sociedad. Una gran entrada, espectacular. Esa parte del plan se había logrado con bastante éxito.

Pero el telón aún no había caído. Quedaban varios actos por interpretar.

—No quiero mancharme las manos con más sangre —aseguró Sebastian.

—Pues mancharé las mías.

—Te has vuelto bastante sediento de sangre —no le gustaba la celeridad con la que Tristan había respondido.

—He aprendido a sobrevivir a cualquier precio —su gemelo se encogió de hombros

—. También he aprendido a disfrutar cuando puedo. Rafe tiene trabajando para él a una encantadora muchacha, muy dotada para

hacer disfrutar. De modo que, si me disculpas, creo que voy a buscarla. Estoy seguro de que tendrá alguna amiga.

—Esta noche no.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Una vez solo, se dejó caer en la silla y volvió a llenar la copa con brandy. Hundió la mano en el bolsillo y sacó el pequeño atadillo. La cinta amarilla se había desteñido con el tiempo, pero seguía sujetando el contenido del pañuelo.

Sebastian se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente. El intenso aroma de la tierra lo hechizó, lo espoleó, hizo crecer su deseo de regresar al hogar. Pronto lo haría, en cuanto hubiera recuperado su posición en sociedad.

«Soy el duque de Keswick», le aseguró a la hoguera que respondió con un simple chisporroteo, como si no creyera sus palabras más de lo que las creía él mismo.

Capítulo 4

«¡Imbécil! Lo tenías tan cerca. No deberías haber esperado tanto tiempo».

—¿Y qué elección tenía? Tenía que acallar las sospechas.

«Pero ¿doce años? ¡Imbécil!».

Lord David Easton se movía de un lado a otro con agitación. Tan cerca. Tan cerca.

Doce años atrás había enviado a su hombre a la torre para deshacerse de los molestos sobrinos. Iba a anunciar un accidente de caza, una pobre excusa, pero la creatividad nunca había sido lo suyo.

Pero de algún modo los muchachos habían conseguido escapar. Las partidas de búsqueda no habían tenido éxito. Los chicos habían

eludido hábilmente a lord David hasta que él mismo había empezado a creerse los rumores sobre su muerte.

No debería haber esperado tanto para reclamar los títulos, pero no había querido que nadie sospechara. De todos modos no le habría servido de nada. Hasta un ciego percibiría la extraordinaria semejanza de los gemelos con su padre.

«Solo uno de ellos. El otro está tuerto, una debilidad que les convertirá en una presa más fácil».

—Después del fracaso de esta noche, no pensarás que puedo matarlos y librarme por ello.

«Pero tienes que hacerlo. Lucretia te abandonará si vuelves a ser un don nadie, igual que hizo la madre de tus sobrinos cuando eligió a su padre. Porque ella era tuya, pero una sonrisa de Randall bastó para que lo eligiera a él. Dijo que lo amaba, pero lo único que amaba era el título. Las mujeres son así».

—Pero tres asesinatos...

«Accidentes. Como el que sufrió su padre. Están malditos».

—Nadie lo creerá.

«Creyeron que tu padre murió de enfermedad. Le demostraste lo hábil que eres».

—Tú no eres tan listo como tu hermano —le había repetido su padre una y otra vez.

—Soy listo —la risa de lord David retumbó a su alrededor—. Incluso mi padre tuvo que admitirlo al final, cuando el veneno surtió efecto y todos pensaron que había enfermado.

Pero cuando murió, fue Randall quien se convirtió en duque, y le robó a su amor.

«Tenía que pagar por su traición, por sus robos».

—Jamás debería haberte hecho caso —susurró a las sombras que siempre lo acompañaban.

«Y Eva nunca debería haber mordido la manzana. Ya has saboreado la venganza.

No querrás perderte el festín».

Lord David se lamió los labios, sintiendo ya el dulce sabor.

Capítulo 5

La mañana que siguió al baile más emocionante de la temporada, Mary leía *Jayne Eyre* en el salón cuando un mayordomo entró e hizo una reverencia.

—Milady, tiene visita.

—Dígale a la joven que no estoy en casa —ella gruñó para sus adentros. Lady Hermione no había perdido el tiempo.

—No es ella, milady, sino el duque de Keswick.

—Hazle pasar —el corazón de Mary inició un alocado galope y rápidamente se puso en pie.

—Está en la biblioteca con su padre. Debo conducirla hasta allí.

—¿Y por qué no lo has dicho? Entonces ha venido a ver a mi padre, no a mí —¿para qué querría ver a su padre? ¿Por qué no había ido a verla a ella? ¿Por qué le dolía tanto que no lo hubiera hecho? No eran más que amigos. Nada más.

—Mis disculpas, milady. Solo sé que me enviaron a buscarla porque el duque desea hablar con usted.

—Sí, lo siento, no pretendía mostrarme tan irascible —¿y por qué demonios se estaba disculpando ante un sirviente? Porque estaba nerviosa por la visita de Sebastian.

No queriendo que el mayordomo la escoltara, corrió por el pasillo. No estaba segura del motivo de esa urgencia que sentía, ni quién necesitaría más su protección: Sebastian o su padre.

Al llegar al estudio de su padre, un lacayo le abrió la puerta con una pequeña reverencia. La estancia era pequeña. Una pared cubierta de libros, varias sillas y un enorme escritorio. De niña, solía sentarse en su regazo mientras él leía los informes del gestor de sus propiedades.

Pero en esos momentos estaba de pie frente a la chimenea con un vaso vacío en la mano. Mary sospechaba que se moría de ganas de volverlo a llenar, pero Sebastian miraba por la ventana más próxima al mueble donde estaban la mayoría de las bebidas. La elegante

chaqueta de color azul marcaba los anchos hombros. Incluso desde su posición era evidente la fuerza de esa espalda. Alto y erguido, su porte era militar, o quizás solo una evidencia de autodisciplina, una disciplina que había estado a punto de perder la noche anterior. Mary ni siquiera quería pensar que, de no haber intervenido, podría no haber soltado a su tío. La furia que había distorsionado sus rasgos también había sido muy inquietante.

Ante el sonido de sus pisadas, él se volvió para mirarla, aunque la parte desfigurada de su rostro quedaba oculta a la joven. Sin duda había elegido esa posición cerca de la ventana con ese propósito. Por el rabillo del ojo vio estremecerse a su padre, porque él sí veía lo que ella no. Nunca había sido un hombre fuerte, pero su reacción la irritó. Según la información que Sebastian había dado la noche anterior, había sido soldado. Como mínimo, se merecía su gratitud y consideración.

Parándose a escasos pasos de su amigo de la infancia, ella hizo una reverencia.

—Excelencia...

—Vamos, Mary, no creo que sean necesarias tantas formalidades entre nosotros.

Tenía la voz ronca, ya lo había advertido la noche anterior, pero, por algún motivo le parecía más ronca en esos momentos. Seguramente otro tipo de vida le habría proporcionado otro timbre a su voz.

—Me alegra verte, Keswick.

—Eres la primera persona, fuera de mi familia, que se dirige a mí por mi título —él soltó una carcajada.

El padre de Mary se sonrojó visiblemente mientras posaba una mirada cargada de deseo sobre las botellas de licor.

—A mí me parece de lo más apropiado.

—Bastante. Esperaba que pudiésemos dar un paseo por el jardín.

—Eso no sería apropiado —intervino su padre—, está prometida.

—Eso me han dicho —Sebastian asintió sin apartar la mirada de ella—. Aunque no he tenido el honor de conocerlo, sé que Fitzwilliam es un hombre afortunado.

—Eres muy amable —Mary sintió que le ardían las mejillas.

—No, Mary, me temo que no lo soy —su único ojo reflejaba tristeza.

—Supongo que estar al servicio de la reina te ha debido cambiar.

—Muchas cosas me han cambiado.

Ella asintió, de repente sin saber qué decir, deseando que su padre no estuviera tan cerca como para oír sus palabras.

—Iré a buscar mi echarpe, y a mi doncella. Nos servirá de carabina. Si me perdonas un momento.

—Por supuesto.

—Me reuniré contigo en el jardín.

Sebastian asintió.

—No te importa, ¿verdad, padre?

—No, claro que no —contestó el hombre al fin.

Mary no podía negar que Keswick podía ser bastante intimidante. De haber sido testigo de la escena en el salón de baile, su padre estaría temblando de miedo.

Salió del estudio con la mayor calma que pudo fingir y, en cuanto la puerta se cerró tras ella, echó a correr por el pasillo. Tenía miles de preguntas que hacerle, y esperaba que le proporcionara miles de respuestas, aunque lo dudaba. Su amigo había cambiado mucho, pero seguro que en alguna parte aún quedaba un pedacito de ese chico con el que solía cabalgar por el campo.

Una vez en su habitación, llamó a la doncella y se echó el echarpe por los hombros.

Después se aplicó un par de gotas de perfume detrás de las orejas. Era una tontería, pero no pudo evitarlo. Quería que la viera como una mujer, no como una niña. No es que tuviera ningún interés en él, al margen de la amistad, pero, si no la veía como a una igual, era poco probable que le contara lo que había vivido durante todos esos años. Hubo un tiempo en que entre ellos no había habido secretos. Pero sospechaba que, desde entonces, se habían acumulado unos cuantos.

Mientras Sebastian esperaba en el jardín, temió haber cometido un terrible error al ir allí. Lord Winslow lo había mirado como si

estuviese contemplando a un fantasma. Sin duda ya sabía de su triunfal regreso a la sociedad, de modo que su visita no debía ser la responsable del horror reflejado en su rostro, sino más bien sus cicatrices. Lo cierto era que tenía ganas de encerrarse en Pembroke y vivir su vida en soledad, pero al realizar su aparición pública había decidido ocuparse de otro asunto mientras estuviera en Londres.

Buscarse esposa. Porque, que Dios lo ayudara, necesitaba un heredero. Y eso implicaba

seguir apareciendo en público hasta realizar la tarea. Ni siquiera esperaba que ella lo amara.

No pensaba que fuera posible cuando era incapaz de amarse a sí mismo, pero, en cuanto le hubiera dado un heredero, la dejaría libre. Sería su recompensa por soportar su presencia en el lecho.

Era un amante experimentado. Al menos lo había sido antes del día en que despertó y descubrió que ignorar la orden de retirada y quedarse para salvar la vida de un hombre herido había sido una estupidez. El soldado no había tenido ninguna posibilidad de sobrevivir. A veces Sebastian se preguntaba si, de haber sabido las heridas que sufriría, habría cambiado de decisión. Seguramente no. En el fragor de la batalla, todos los hombres se creían invencibles. ¿Por qué si no se lanzarían con tal entusiasmo al mismísimo infierno?

Se volvió al oír unas suaves pisadas. Mary sonrió y él sintió una opresión en el pecho. En efecto, había sido un error presentarse allí, tener la oportunidad de memorizar cada curva, cada rasgo, poder buscar esas pecas que ya no estaban, aspirar la fragancia floral que, curiosamente, parecía más intensa al aire libre de lo que había sido en el estudio.

Se había colocado de modo que, cuando ella se acercara, no tuviera otra opción que situarse a su derecha. No quería ofender su delicada sensibilidad ofreciéndole el lado izquierdo. Aunque la

chiquilla que había conocido seguramente no hubiera vomitado ante la espantosa visión, ya era una dama. Y había una gran diferencia.

Emprendieron la marcha, seguidos por la doncella. No le ofreció su brazo a Mary.

No tenía mucho sentido tocar algo que jamás iba a poseer.

—¿Cuánto tiempo llevas en Londres? —preguntó Mary.

—Algo más de quince días.

—¿Y no pensaste que me gustaría saber que estabais vivos?

En su voz se reflejaba enojo, dolor. Años atrás habían sido amigos y Sebastian maldijo a Tristan por tener razón. Deberían habérselo dicho.

—Pensamos que sería mejor mantener nuestra presencia en secreto hasta que llegara el momento oportuno.

—Yo habría guardado el secreto.

—Pero contactar contigo podría habernos puesto en peligro de ser descubiertos.

Rafe lleva algún tiempo en Londres, pero utilizaba otro nombre y no se encontró con nadie que pudiera reconocerlo. Teniendo en cuenta la edad que tenía cuando nos fuimos, estaba relativamente a salvo de ser identificado.

—Pero Tristan y tú, siendo gemelos...

—Sí, nosotros somos un poco más llamativos —o al menos lo habían sido.

Sebastian supuso que ya no era fácil, salvo para un ojo avezado, identificar las similitudes, pero no habían querido correr el riesgo.

—Pues anoche sí que se fijaron en vosotros —ella esbozó una tímida sonrisa—. No sabía yo que tuvieras esa inclinación por el dramatismo.

—Pues yo pensaría que serías la última persona en sorprenderse. ¿Acaso no era yo Lanzarote y tú, Ginebra? Si no recuerdo mal, ahuyenté al enemigo valerosamente con mi espada de madera.

—Eso fue hace mucho tiempo y casi lo había olvidado —la sonrisa de Mary se marchitó—. ¿Por qué no le hiciste arrestar por lo que os hizo?

—¿Y exactamente qué hizo, Mary? Nos encerró en una torre. Podría argumentar que nos estaba amonestando por portarnos mal.

—Yo testificaría ante la corte, la Cámara de los Lores, o quien sea, que oí a tu tío dar la orden a alguien de mataros.

—Eras una niña. Han pasado muchos años. Él podría decir que te falla la memoria.

Sería una batalla dialéctica, Mary. Jamás te sometería a una situación tan desagradable.

—Pero lo que hizo no está bien.

—Ya lo sé. Mis hermanos y yo nos ocuparemos de él.

—¿Qué tenéis pensado?

—Tienes unos jardines preciosos.

—¡Sebastian! —Mary se detuvo y a su rostro asomó la familiar expresión testaruda

—. ¿Por qué no quieres revelarme tus planes?

—No quiero ponerte en una situación comprometida sin necesidad.

—Busco la venganza tanto como tú.

—No se trata de venganza sino de retribución —Sebastian dudaba que nadie pudiera desearlo más que él—. Para serte sincero, aún no he terminado de trazar mi plan, y no he venido para hablar de mi tío —le apetecía mantener una conversación que no girara en torno a ese hombre.

—¿Qué pasa con su esposa? —preguntó Mary.

—¿A qué te refieres?

—Siento lástima. Podrías haber sido un poco más amable con ella.

—Doce años, Mary. Ya no me queda amabilidad.

Ella desvió la mirada mientras él se preguntaba si tenía miedo de mirarlo de cerca.

Había adoptado la costumbre de evitar los espejos, no tanto por las cicatrices, sino por lo que veía en su ojo. Si los ojos eran de verdad la ventana del alma, no le gustaba lo que veía en la suya.

—Anoche, cuando te enfrentaste a tu tío, dijiste que eras un soldado —tras unos minutos de reflexión, ella retomó la conversación.

—Sí. Mi intención no era la de permanecer ausente tanto tiempo, pero nunca parecía el momento adecuado para abandonar mi puesto. Entonces declaramos la guerra a Rusia y, si me hubiera marchado, habría sido visto como un cobarde.

—Presiento que se te puede acusar de cualquier cosa menos de ser un cobarde. ¿Nos sentamos?

Mary señaló un banco de hierro forjado. Sebastian hubiera preferido seguir caminando, pero asintió y la siguió. Siendo niña, había sido muy traviesa, y ese era uno de los motivos por los que había descubierto el plan de su tío. Y en esos momentos se sentaba en el

lado del banco que le daría una mejor vista del mutilado rostro. No era tonta y, sin duda, había tomado la decisión conscientemente.

—Cámbiame el sitio —ordenó él—. Me gusta sentarme ahí.

Aunque no la miraba de frente, y ella no podía verle el rostro al completo, lo estudió con tal intensidad que Sebastian tuvo la sensación de que lo veía todo, hasta las profundidades de su negra alma.

—¿Te hirieron en la batalla?

Él asintió y, para su horror, Mary se levantó y se acercó a él. Debería haberla evitado, pero el desafío en los ojos verdes lo inmovilizó.

—No tienes por qué esconderte de mí —susurró ella. Apoyó una delicada mano en su hombro y, lentamente, deslizó un dedo hasta la barbilla.

Sebastian sentía la presión de su mano, pero no la suavidad de su piel. Y tuvo un irrefrenable deseo de hundir las manos en los rojos cabellos y soltarlos para verlos caer sobre los hombros. Deseaba rodearle la cintura con un brazo, atraerla hacia sí para sentir cada curva de su cuerpo, para cubrir los dulces labios con los suyos. Perderse en la sensualidad de un beso. Quería sentir el calor de su cuerpo. Y, a la vez que tenía esos tumultuosos pensamientos, le asqueaba la ferocidad de su deseo. Por Dios santo, se trataba de Mary. Ella se merecía algo más que esa incontrolable lujuria. Pero no había estado con

una mujer desde antes de resultar herido. Deseaba sentir la suavidad de unas caricias femeninas, deseaba ser abrazado.

Y entonces vio los verdes ojos anegados en lágrimas. Y esas lágrimas consiguieron lo que él no podía lograr: apagar el deseo.

—No llores —masculló entre dientes.

—Debe haberte dolido muchísimo.

Había sido insoportable. De no ser por su obsesión por reclamar Pembroke, habría sucumbido al arrullo de la muerte. Pero jamás lo admitiría, no revelaría su debilidad, ni siquiera a ella.

—A otros les fue peor.

—Tu ojo...

—No está —se había quedado en un desolado campo de batalla.

No recordaba el instante preciso, ni el dolor que, sin duda, lo había acompañado. La agonía lo había superado todo. Habían pasado meses antes de poder identificar los puntos concretos donde sentía dolor.

—¿Te sigue doliendo? —ella apartó la mirada.

—A veces, pero no es gran cosa.

—Así habla un verdadero soldado —Mary soltó una carcajada, teñida de tristeza y quizás un toque de admiración.

—Es lo que soy. Un soldado. Me queda por aprender a ser un duque.

—Estoy segura de que serás un duque excelente.

Al menos sería mejor que su tío.

—Y tú una excelente vizcondesa.

—Lo intentaré —Mary se retorció las manos—. Aunque no creo que me conozcas lo bastante bien como para opinar sobre mis cualificaciones.

Sebastian comprendió que seguía molesta por no haber tenido noticias suyas antes, por haber descubierto su regreso al mismo

tiempo que todos los demás. Lamentó la impulsividad que lo había dominado, y su incapacidad para confiar en ella, una mujer que ya le había salvado la vida a él y a sus hermanos. Lamentaba haberle hecho daño, pero al

mismo tiempo, le parecía la mejor decisión. No podía correr el riesgo de perder Pembroke o sus títulos. Reclamarlos para sí era el único propósito en su vida.

—¿Tanto has cambiado? —preguntó él.

—¿Y tú? —ella se volvió para mirarlo de frente.

Mucho más de lo que le gustaba admitir, mucho más de lo que quería que ella supiera. A pesar de todo lo que había logrado, de repente se sintió indigno. Mary no lo juzgaba, aunque quizás debería hacerlo.

—Lamentablemente sí. Pero supongo que los años pasan factura a todo el mundo.

No esperaba encontrarte adulta.

—¿Y qué esperabas?

—No estoy seguro —Sebastian quiso reír como un loco ante su propia ingenuidad

—. Regresar al pasado, supongo.

—¿Has estado en Pembroke?

En los ojos de Mary él leyó tristeza, como si le hubiera gustado poder evitarle lo que había tenido que ver.

—Sí. Fue como visitar una casa llena de fantasmas. Padre nunca la cerró ni cubrió los muebles, las estatuas o los cuadros con sábanas. Siempre estaba preparada para ser habitada, pero ahora está cubierta de polvo y los campos vacíos de ovejas.

—Antes de venir a Londres, cabalgué hasta la colina más elevada de la propiedad de tu padre para poder ver Pembroke —ella le apretó cariñosamente la mano—. Su aspecto era oscuro, funesto. No fui capaz de acercarme más, no sin ti. Ahora que has regresado, seré yo quien no vivirá en Yorkshire.

Sebastian no podía ni imaginárselo y una opresión se apoderó de sus entrañas.

Durante todos esos años sus pensamientos habían girado en torno a Pembroke, pero jamás se le había ocurrido que no oiría la risa de Mary, o que no vería los destellos que el sol arrancaba a sus cabellos.

Fitzwilliam era un hombre afortunado, pero eso ya se lo había dicho. ¿Qué demonios le sucedía? ¿Por qué no se le ocurría nada más que decir?

—Me he apartado de mis intenciones al venir aquí —las palabras sonaban muy lejanas.

—Yo pensaba que habías venido de visita —observó ella con dulzura.

—No, yo, yo vine para agradecerte lo que hiciste hace años — Sebastian sacó un paquetito del bolsillo de su chaqueta y lo tendió hacia ella.

En el rostro de Mary vio aparecer un intenso dolor. ¿Estaba condenado a hacerle daño siempre?

—No me debes nada. Lo que hice aquella noche no buscaba recompensa.

Una vez más, él no supo qué responder. Debería haber aguardado el regreso de Tristan de los muelles para que lo acompañara a entregar el regalo. Su hermano sí sabría qué decir. Pero no había querido esperar, y lo cierto era que había soñado con pasar un rato

a solas con Mary, aunque no sabía por qué. Quizás porque había sido más amiga suya que de sus hermanos. Y no le gustaba que admiraran la belleza de la mujer en la que se había convertido, ni que se hubieran dado cuenta antes que él.

—No es más que una muestra de nuestro aprecio —le aseguró.

—Entonces, ¿es de parte de todos vosotros? —Mary parecía decepcionada.

A Sebastian le costaba comprender su humor voluble. A lo largo de los años había conocido a muchas mujeres, pero lo único que le había interesado realmente de ellas era saber con qué rapidez podría desnudarlas. De repente se sentía perdido, ahogándose en una marea de incertidumbre. ¿Qué quería Mary que le dijera? Con tal de agradarla, se lo diría, con tal de devolver la sonrisa a su rostro.

—Sí, de todos nosotros. Pero yo lo elegí.

La respuesta debió ser acertada, pues la decepción desapareció del rostro de la joven. Menos mal. Resultaba inquietante que le preocupara tanto ofenderla. Siendo niños, estaba acostumbrado a que ella estuviera allí. Nunca había tenido necesidad de medir sus palabras o acciones. Pero en esos momentos, medía cada palabra y ninguna le parecía adecuada.

Sus escasas habilidades para la conversación no le harían ningún favor a la hora de buscar esposa. Podría echarle la culpa a su desfigurado rostro, o al trauma provocado por sus heridas, pero temía que la verdadera culpa se hallara profundamente anclada en su interior.

—Una dama no debería aceptar regalos de un caballero —ella bajó la mirada.

—Es un regalo de tres amigos. Y no puede decirse que seamos precisamente caballeros.

Ella lo miró. Los ojos verdes le recordaban las colinas de su hogar. Podría contemplarlos infinitamente sin cansarse. En una de las mejillas vislumbró una peca y quiso deslizar un dedo sobre ella. Sin embargo, temía que el gesto no se detuviera allí. A la

mejilla le seguirían los jugosos labios, sobre todo el inferior, de aspecto tan acogedor como una almohada. En su vida no había experimentado mucha dulzura y la tentación era casi insoportable. Según le había contado Rafe, que lo había oído de boca de alguno de sus clientes, que también habían asistido al baile, los tres hermanos eran considerados poco menos que unos bárbaros. Y los pensamientos que Mary despertaba en él no hacían más que confirmarlo. De no ser por la doncella que se mantenía a una prudente distancia, no estaría seguro de poder controlarse. Era la tentación en estado puro, dulce, inocente, de una belleza inconmensurable.

Y pertenecía a otro hombre. La noción, que debería haberle hecho marcharse de allí, le mantuvo pegado al sitio.

—Han desaparecido casi todas tus pecas —observó con calma, consciente de que desviaba la conversación a un terreno que podría resultar aún más peligroso.

—Sin ti ya no tenía muchas ocasiones de jugar al sol. Y, claro está, una dama jamás debería salir sin sombrero o parasol.

—Me gustaban esas pecas.

—Yo las aborrecía —Mary sonrió y sus facciones se transformaron en una sobrecogedora exquisitez—. Y sí eres un caballero. Puede que anoche te mostraras algo brutal, pero la situación lo requería.

Las palabras de la joven recondujeron los pensamientos de Sebastian al buen camino. Lo malo era que una parte de él utilizaba por sistema esa brutalidad para protegerse. No se sentía orgulloso de ello, pero tenía que sobrevivir, hacer lo que fuera para recuperar Pembroke.

—Por ser nuestra amiga —afirmó él mientras le ponía la cajita en la mano.

Aliviado, contempló cómo ella abría el paquete y daba un respingo al ver la sencilla gargantilla con un colgante de esmeralda, a juego con sus ojos.

—Es precioso —Mary sonrió y sostuvo la cajita en alto—. ¿Me la pones?

Para ello tendría que quitarse los guantes. Con manos temblorosas, él pensó en lo cerca que estarían los dedos de su suave piel.

De un salto se puso en pie, antes de que una parte de su anatomía revelara la naturaleza de sus pensamientos. Por Dios, se trataba de Mary. Se merecía más que un semental, más que un hombre con la mente llena de lascivos pensamientos al que nada le apetecería más que hacerla suya detrás de uno de esos arbustos. Era una dama, y estaba prometida. No era merecedora de la bestia en la que él se había convertido.

—Estoy seguro de que la tarea es más adecuada para tu doncella. Ha sido un placer

volver a verte, Mary. Te deseo todo lo mejor en tu matrimonio.

Y antes de que ella pudiera responder, antes de poder reconocer las emociones que quizás se dibujarían en el bello rostro, se dio media vuelta y chocó contra la doncella, a la que no había visto porque estaba en su lado ciego.

—¡Apártate de mi camino, mujer!

Sebastian salió del jardín como si lo llevaran los demonios. ¿Cómo era posible que una sencilla petición le hubiera descolocado de esa manera?

¡Era el duque de Keswick, por el amor de Dios! Pero en ese instante deseó estar de regreso en el campo de batalla. Era mucho más sencillo luchar contra un enemigo que contra uno mismo.

¿Qué demonios acababa de suceder?

Mary se levantó del banco, miró en la dirección en la que había huido Sebastian, y volvió a sentarse. ¿Lo había ofendido? Su reacción había sido de lo más extraña. La había mirado con tal intensidad que a ella casi le había faltado el aire. Durante una fracción de segundo había creído que iba a besarla. Durante una fracción de segundo había deseado que lo hiciera.

¡Qué desastre! Había olvidado al dulce y amable Fitzwilliam. Sebastian había ocupado todos sus sentidos. Su estatura, su envergadura. El aroma que desprendía. Siempre había olido como la tierra de Pembroke: terrosa e intensa. Durante un instante le pareció estar allí, como si el dolor y la separación de tantos años no hubiera sido real.

Pero sí lo había sido, y Sebastian tenía sumo cuidado en no obligarla a mirar sus cicatrices. ¿Tan superficial la creía?

La idea le resultaba decepcionante, y muy dolorosa. Sabía tan poco de él como él de ella. Una vez más se preguntó por qué la petición de que le abrochara la gargantilla alrededor del cuello lo había alterado tanto.

—¿La ayudo a ponérsela, milady? —se ofreció Colleen.

—No —Mary sonrió—. Creo que la guardaré para ponérmela en el siguiente baile.

—¿Con el vestido rosa del ribete verde?

—Sí.

—Quedará precioso.

—Estoy de acuerdo. Puedes volver adentro. Creo que me quedaré un rato aquí sentada a disfrutar del jardín.

—La casa no será la misma sin usted.

—Intentaré venir de visita a menudo. Ahora, márchate.

—Sí, milady.

Sintiéndose como una bruja desagradecida, Mary la vio marchar antes de fijar su atención en los macizos florales que estallaban en colorido. Debería cortar algunas flores para su habitación, pero solo tenía fuerzas para pensar en Sebastian mientras acariciaba la pequeña esmeralda. Años atrás, se había sentido muy cómoda en su compañía. Podía contarle cualquier cosa, desnudar su alma ante él. Pero el hombre que acababa de marcharse era un total desconocido. No sabía qué caminos había transitado, qué peligros había corrido. Su vena romántica lo veía sentado frente al fuego, compartiendo con ella todos los detalles de los últimos doce años. Pero no era más que una fantasía.

Los doce años les habían separado de verdad. Parecían poco más que dos extraños que acababan de conocerse. Habían transitado caminos separados, aumentando aún más la distancia entre ellos. Qué triste pensar que sus caminos quizás nunca volverían a encontrarse.

Durante una horrible noche habían compartido experiencias que habían forjado un vínculo indestructible entre ellos. Siempre estarían unidos. Pero una conexión no aseguraba un final feliz. En esos momentos, ni siquiera estaba segura de que le gustara el hombre en el que se había convertido. Era irascible y brusco. Todavía no lo había visto sonreír, y sus carcajadas recordaban más a un ladrido que a la felicidad. Había dado por hecho que regresaría sin un rasguño, y temía que ya no quedara nada de ese chico que había conocido, porque seguía echándolo de menos, seguía deseando volverlo a ver.

Capítulo 6

A lord Tristan Easton le gustaba oír su nombre en voz alta, aunque capitán Easton tampoco sonaba mal. Había ido a los muelles para echar un vistazo a su barco y a la tripulación, y todo parecía estar bien. Y luego había contratado a un par de tipos más para vigilar. Ojalá Sebastian no hubiera anunciado que había estado embarcado. Dudaba que El Puerco, sobrenombre que le había dado a su tío la primera vez que un látigo de nueve puntas le había mordido la espalda, tuviera la inteligencia mínima para comprender que Tristan poseía un barco e intentar hacerle algo, pero no iba a correr riesgos.

Entró en el despacho de Rafe y sonrió al verlo sentado tras el escritorio rodeado de una montaña de libros de cuentas. De niño, Rafe había sido un llorica. Su parecido con su difunta madre había sido tal que su padre lo había mimado mucho más que a su heredero, o su gemelo. Sin embargo, no podía negarse que en algún momento había acumulado no pocas agallas.

El pequeño de los lores alzó la cabeza y posó una impaciente mirada en Tristan, que se sintió de inmediato irritado. De pequeños era él quien nunca tenía paciencia con Rafe.

—¿Ha vuelto Sebastian de visitar a Mary?

—Sí.

Su hermanito también se había convertido en un hombre de pocas palabras. Sin embargo, no podía negarse que había triunfado, aun a costa de convertirse en un tipo lúgubre. Aunque en el fondo, los tres lo eran en mayor o menor medida.

—¿Sabes dónde puede estar? En su habitación no estaba.

—Necesitaba una mujer. Le envié con Flo.

—Excelente elección.

Rafe devolvió su atención a los libros. Era muy protector con sus chicas, con todo en realidad.

Tristan deambuló por el despacho. En su anterior visita allí se había fijado más en su hermano, pero, en esos momentos, la decoración le pareció muy reveladora. En una esquina descansaba un inmenso globo terráqueo sobre un pedestal de madera. Se acercó y lo hizo girar. Ante sus ojos pasaron todos aquellos lugares a los que había navegado.

En la otra esquina, había una enorme estantería repleta de libros que alternaban con globos terráneos de distintos tamaños. Tristan se preguntó si su hermano los coleccionaría para poder seguir sus viajes por el mundo, a pesar de que nunca había sabido dónde se encontraba. O quizás representarían el testamento de lo que había dejado atrás. Soltó un bufido contra sí mismo, harto de su mente analítica que todo lo quería comprender. A lo mejor a su hermano simplemente le gustaban los globos.

—¿No te parece raro? —preguntó mirando hacia atrás.

—¿El qué? —Rafe ni se molestó en levantar la vista.

—Que vaya a visitar a Mary y regrese buscando una mujer.

—Es evidente —su hermano suspiró ruidosamente y arrojó la pluma sobre la mesa

— que piensas equivocadamente que me interesan estos banales asuntos.

Tristan no se amilanó. Se acercó a la silla que había frente al escritorio y se hundió en ella con tranquilidad. Le gustaba ver cómo su hermano encajaba la mandíbula, como cuando eran pequeños y lo enfadaba a propósito para que explotara y su padre lo regañara.

Sin embargo, el que solía terminar castigado era el propio Tristan.

—En una ocasión conocí a una mujer con la que quería acostarme desesperadamente, pero era la hija del jefe de una tribu de una de las islas a las que habíamos arribado. No pude hacerla mía, pero casi morí ahogado en cuerpos femeninos.

—Me estás diciendo que eres un canalla sin moral ni conciencia.

—Considerando la clase de negocio que regentas, yo no juzgaría mi carácter tan alegremente —Tristan alzó las manos al ver asomar la ira a los ojos de Rafe—. Perdóname, no te estoy juzgando. Lo que intentaba decir era que si Sebastian ya deseó a Mary, puede que regrese para saciar ese deseo.

—¿Y por qué debería preocuparme por eso?

—¿No te has dado cuenta de que ya no es el tipo atractivo que solía ser? Siendo sinceros, puede que no le resulte del todo sencillo encontrar una esposa.

—¿Y quieres hacer de casamentero?

Tristan sintió un escalofrío. ¿Tenía razón su hermano? Para él, el matrimonio significaba lazos, cadenas, cautividad. ¿De verdad deseaba eso para Sebastian?

—Yo no diría tanto, pero estaría bien ver cómo vuelven a ser los amigos que fueron.

Mary y él siempre estaban juntos. Ella se ha convertido en una espléndida mujer, mientras que él...

—¿Es un monstruo?

La voz de Sebastian rugió a sus espaldas. Tristan ni siquiera se inmutó, limitándose a mirar furioso a Rafe.

—Gracias, hermano, por avisarme.

Los labios de Rafe dibujaron una sonrisa torcida y sus ojos lanzaron un brillo travieso. Y por un instante regresó la sombra del niño que había sido.

—Ya te dije que te equivocabas si pensabas que tenía tiempo para estas tonterías.

—¿Qué tal Mary? —Tristan se volvió hacia su gemelo. Era increíble lo expresivo que resultaba su único ojo de gélida mirada.

—Bien.

—¿Y Flo?

La mirada de Sebastian fue aún más amenazante.

—Voy a Easton House para ver cómo tío recoge sus cosas —la mirada de Sebastian se volvió aún más amenazadora—. Pensé que a lo mejor os gustaría acompañarme.

—Tengo asuntos más urgentes que atender —se excusó Rafe.

—¿Más urgentes que reclamar lo que es nuestro? —preguntó Tristan que miraba a su hermano pequeño como si no lo conociera.

—Cumplí con mi parte al acompañaros al baile. No necesito verle hacer las maletas.

—Rafe tiene razón —intervino Sebastian—. Estuvo con nosotros cuando más lo necesitábamos. Ahora queda poco más que saborear el resultado.

—Pues vayamos a saborearlo —Tristan se levantó de la silla.

Con miradas traviesas y sonrisas de complicidad, lady Hermione y lady Victoria llegaron a las dos y media en punto. Aunque Mary asistía a bailes, fiestas y veladas, nunca había hecho una presentación oficial en sociedad. Se había limitado a empezar a aparecer en distintos eventos, junto con su tía y su prima. Su

compromiso con Fitzwilliam había elevado su estatus, pero sin ningún hermano que heredara el título de su padre, su compañía no era de las más buscadas. A las damas sentadas en su salón no podía importarles menos.

Su mira estaba puesta en una presa mucho más grande.

—¿Entonces esos lores de anoche son amigos tuyos? —preguntó lady Hermione.

Tanto ella como Victoria aguardaban expectantes la respuesta de Mary, como si su futuro dependiera de ella.

—Nuestras propiedades en el campo eran colindantes, de modo que crecimos cabalgando por las mismas colinas y explorando los mismos bosques —la respuesta no pareció impresionar a sus invitadas. En realidad parecían desconcertadas pues, seguramente, ellas habían crecido cuidando de sus muñecas de porcelana.

Mary había disfrutado mucho más de la vida al aire libre, sobre todo cuando conseguía apartar a Sebastian de sus estudios. A menudo Tristan o Rafe se unían a ellos, pero enseguida se aburrían, a diferencia de Sebastian y ella que siempre descubrían algo interesante.

—Estuvo muy mal por su parte el marcharse —observó lady Victoria con su voz chillona.

—Su tío pretendía hacerles daño.

—Papá dice que eso no lo sabemos con seguridad.

Mary la miró, incapaz de creer que, después de lo sucedido la noche anterior, alguien pudiera albergar dudas. Claro que ¿en realidad qué habían visto? Tres jóvenes zarandeando a su tío mientras proclamaban sus intereses. Sebastian estaba en lo cierto al aconsejarle no decir nada, pues, además de que quizás no creyeran

sus palabras, podrían ocasionarle más mal que bien. De modo que se contuvo a pesar de desear contarle todo.

—El motivo de su huida no tiene importancia —añadió lady Hermione para mayor confusión de Mary—. La cuestión es que no se parecen a ningún caballero que conozcamos. Atterradoramente fascinantes a su manera. Y endemoniadamente atractivos con un toque de travesura. Mientras el duque se enfrentaba a su tío, yo me fije en lord Tristan, y juro que me miró como si me estuviera imaginando sin...

Mary hubiera querido explicarle que flirtear era, seguramente, lo último en lo que habrían pensado los lores mientras reclamaban sus derechos en lo alto de la escalera. Pero esas estúpidas habían crecido tan protegidas e inocentes que se sintió una anciana a su lado.

Para ellas, los lores no eran más que el último de sus entretenimientos.

—¿Tienen posibles? —preguntó lady Victoria.

Bueno, quizás los vieran como algo más que un entretenimiento.

—No estoy familiarizada con sus fortunas individuales, pero Keswick ha heredado

un ducado. Hubo un tiempo en que Pembroke era clave en la industria maderera. Y

sospecho que volverá a serlo.

—Sus ropas estaban bien cortadas, y a la moda. Y los zapatos brillantados. Sin embargo, llevaban los cabellos un poco demasiado largos para mi gusto.

De nuevo Mary quedó sin habla. A esas damas solo parecían importarles asuntos triviales. Se habían preparado para el

matrimonio y, de repente, un trío de hombres fascinantes había aparecido en el escenario matrimonial.

—Te explicaré el motivo de nuestra visita —lady Hermione probó el té antes de dejar la taza a un lado—. Nos gustaría hablar con el duque y pensábamos que tú podrías presentarnos.

—No tengo ninguna intención de organizar visitas guiadas a su residencia.

—Por supuesto que no, pero seguro que querrás visitar a tus viejos amigos y, si te acompañásemos, podría resultar una experiencia agradable para todos.

—¿Conoce vuestra madre este plan?

—Desde luego que no —lady Hermione se mostró sorprendida por la pregunta.

—Para ser sincera —intervino lady Victoria—, se nos advirtió de que nos mantuviésemos alejadas. Papá los considera problemáticos.

—Lo cual les hace aún más atractivos —observó lady Hermione—. Si no quieres llevarnos a su casa, quizás puedas convencerles para que asistan a mi baile la semana que viene. Me harías un inmenso favor. Se hablaría de mi baile casi tanto como del de lord David.

—He oído que su mujer regresó a casa de su madre esta mañana —anunció lady Victoria—. Mal asunto para ella.

—No me gustaría estar en su lugar —asintió lady Hermione—. Claro que jamás comprendí por qué se casó con él.

—Por el título, la riqueza y el poder —le explicó lady Victoria—. El mismo motivo por el que una dama podría acceder a casarse con el horroroso duque de Keswick actual.

—¡No es horroroso! —espetó Mary.

—Querida —los ojos azules de lady Victoria se abrieron desmesuradamente—. ¿No le has visto la cara?

—Hay más en un hombre que sus rasgos.

—Cierto, pero hay que pensar en que esos rasgos te saludarán en el desayuno cada mañana. Estoy segura de que se me cortarían la digestión.

—Creo que ya habéis superado el tiempo de visita —Mary se puso en pie de un salto

—. Haré que el mayordomo os acompañe a la puerta.

—Pero nos lo presentarás —las palabras de lady Hermione estaban a medio camino entre una pregunta y una afirmación.

—Después de las poco amables palabras que se han vertido aquí sobre el duque,

¿para qué queréis que os lo presente?

—No estamos interesadas en el duque, querida, sino en los lores Tristan y Rafe Easton.

—Me temo que ellos recibirían de muy mal grado los sentimientos que manifestáis hacia su hermano —Mary sacudió la cabeza.

—¿Lo quieres para ti? ¿El duque?

—Estoy prometida a lord Fitzwilliam —ella miró boquiabierta a sus invitadas.

Fitzwilliam se merecía su lealtad, y la tendría.

—Espérame en la entrada —lady Hermione se volvió hacia lady Victoria.

—Pero...

—Por favor.

En cuanto lady Victoria se hubo marchado, lady Hermione se volvió hacia Mary.

—Ha dicho cosas muy poco amables, pero yo no debería pagar las consecuencias simplemente por haber viajado en la misma carroza. Lord Tristan despertó mi interés y me encantaría que él se sintiera atraído hacia mí. Si crees en el amor, hazme ese favor.

—Nunca has hablado con él. ¿Cómo puedes amarlo?

—El corazón no precisa de un intercambio de palabras —la joven se llevó una mano enguantada al pecho—. Lo sabe.

—No puedo garantizarte nada —Mary suspiró—, pero, si me vuelvo a encontrar con el duque, hablaré con él.

—No puedo pedirte más. Gracias.

Mary se preguntó si Sebastian sería consciente de que enfrentarse a su tío había sido,

quizás, la tarea más sencilla. Ser aceptado por la nobleza podría ser todo un desafío.

Capítulo 7

Agazapado entre las sombras del parque frente a la residencia, Sebastian observaba la incesante actividad. Tristan y él habían acudido a ese lugar en varias ocasiones desde el día anterior, pero en esos momentos aguardaban la salida del sol, límite marcado por el duque para que su tío abandonara la residencia. No iba a permitir que permaneciera en su casa ni un minuto más. Al parecer lord David había comprendido la gravedad de las amenazas, pues dos carruajes cargados hasta arriba aguardaban con los caballos golpeando impacientemente el empedrado y relinchando. Con los años, su tío había acumulado una gran cantidad de posesiones.

—Doy por hecho —murmuró Tristan— que, si utilizó la fortuna Keswick para comprar todos esos trastos, son tuyos.

—Se los regalo. No tengo intención de objetar, siempre que no se lleve nada que perteneciera a padre. Por ahora, lo único que quiero es que se largue.

—¿Y después?

—Destruirle. Su honor, su credibilidad. Quiero que acabe mendigando por las calles.

—A mí sigue sin gustarme que aún respire.

—Matarlo solo acortaría su sufrimiento. Yo quiero prolongarlo.

—Supongo que resultará satisfactorio. ¿Y qué planes tienes para ti mismo?

—Desgraciadamente, tendré que quedarme aquí el tiempo necesario para afianzar mi posición y buscarme una esposa.

Sebastian era consciente de que no sería una tarea fácil, pero había que hacerlo. No se engañaría aspirando a una unión por amor. Ni siquiera estaba seguro de su capacidad para amar. Ya no. Durante los años que había permanecido lejos de allí no había desarrollado sentimientos hacia ninguna mujer, aparte del de la lujuria. De eso parecía tener de sobra, incluso con respecto a Mary. Aunque no cuando Rafe le había enviado a esa mujer.

Flo. Solo recordaba su nombre porque Tristan lo había mencionado en varias ocasiones en sucesivos intentos por averiguar si había quedado satisfecho. El interés de Tristan se le escapaba. Había olvidado el nombre de esa mujer dos segundos después de

que ella se lo hubiera dicho. Y diez minutos después, había sido evidente que la joven no conseguiría, a pesar de sus esfuerzos, satisfacer sus necesidades. Después, le había llevado a una

preciosa mujer de cabellos negros, que tampoco había despertado su interés. A la tercera, pelirroja, le había pedido que se marchara de inmediato. De no haber sufrido una reacción tan intensa a la cercanía de Mary, habría pensado que la guerra le había arrebatado algo más que un ojo. Pero había reaccionado, por primera vez en muchísimo tiempo, con una ferocidad casi bárbara.

—Estoy de acuerdo en que tenemos mucho tiempo que recuperar, pero ¿no crees que te estás apresurando un poco al buscar una esposa? —preguntó Tristan—. Por Dios, solo tenemos veintiséis años. No tengo intención de casarme hasta cumplidos los cuarenta, si es que me caso.

¿Veintiséis? ¿Cómo podía ser tan joven? Sebastian se sentía más próximo a la cuarentena.

—Quiero mostrarme el menor tiempo posible.

—¿Y has pensado en alguna dama en particular?

—De haberlo hecho, ya estaría camino de Pembroke.

—Puede que corras demasiado.

—Por el amor de Dios, Tristan, he tenido doce años para pensar en ello. Para trazar un plan, para soñar. Sin duda tú has hecho lo mismo.

—Si bien reconozco que he disfrutado de mi independencia —el gemelo mantenía la mirada fija en el otro lado de la calle—, solo pensaba en regresar a la sociedad. Me gusta volver a ser un lord, tener a cualquier mujer a mi disposición.

—¿Tienes a alguien en mente?

—No, pero mis años en el mar despertaron en mí el gusto por descubrir tesoros ocultos. Aunque admito que hallo tanto placer en la búsqueda como en el descubrimiento

—asintió hacia la residencia—. Al parecer el impostor se dispone a marcharse.

Sebastian desvió la mirada hacia los carruajes que partían. No llevaban el distintivo ducal. Su tío se había tomado en serio sus amenazas y no iba a llevarse nada que no le perteneciera. Los caballos se alejaron mientras los primeros rayos de sol iluminaban la ciudad. Cuando el sonido de los cascos casi hubo desaparecido, hizo una seña a un hombre montado a caballo oculto en las sombras que, de inmediato, partió al trote en la misma dirección que lord David.

—¿Para qué quieres saber adónde va? —preguntó Tristan.

—Para saber dónde buscarlo cuando esté preparado para saborear su caída —lo primero que haría sería cortarle todos los fondos.

—¿Cuándo vamos a entrar en la casa?

—Quiero disfrutar el momento.

—No va a venir.

Rafe. Tenía unos horarios infernales. Trabajaba de noche y dormía de día. Y aunque era consciente de que su hermano tenía cosas importantes que tratar, Sebastian había esperado que encontrara tiempo, que hiciera el esfuerzo, de acompañarles aquella mañana para recoger los frutos de sus esfuerzos.

—Creo que me desprecia.

—Tenía diez años. Era demasiado joven para comprender lo que estaba sucediendo, el peligro que nos acechaba. Nos vio marcharnos juntos y no entendió que nosotros también nos separaríamos. Pensó que, como siempre, los gemelos se habían unido contra él.

—¿Eso fue lo que te contó?

—Claro que no, pero no hay que ser un genio para deducirlo.

—Te has vuelto un buen observador de hombres.

—Y de mujeres —Tristan sonrió—. Aunque debo admitir que prefiero observar a las mujeres. Los hombres son demasiado fáciles de comprender. Pero las mujeres... me gusta el desafío que representan.

—¿Alguna vez te tomas algo en serio?

—En contra de lo que puede parecer, me lo tomo todo muy en serio —Tristan asintió hacia la residencia—. ¿Ya has saboreado bastante?

Sebastian miró a su alrededor y sintió una opresión en el pecho ante la vista que le había sido ocultada, pues esa parte de la calle no había estado en su línea de visión.

—Un poco más —insistió él con calma, aunque incapaz de ocultar el júbilo que lo invadía.

—Bueno, que me aspen —Tristan miró hacia atrás—. Menos mal que no aposté nada.

Por la calle se acercaba Rafe. Siempre vestía muy correctamente, pero en esos momentos el atuendo era impecable. Traje negro, camisa blanca, chaleco gris, y se

acompañaba de un bastón al caminar. Podría ser un lord cualquiera de paseo matinal. Y, en efecto, eso era.

—¿Me he perdido la marcha de tío? —preguntó al detenerse junto a sus hermanos.

—Desgraciadamente sí —contestó Sebastian.

—Nada de desgracia. Se ha ido y eso es lo único que importa.

—Lo que importa es que estamos aquí los tres —le corrigió Sebastian—. Me alegra que al final pudieras unirte a nosotros.

—Terminé las cuentas antes de lo esperado —Rafe se encogió de hombros—.

¿Cruzamos la calle para que puedas tomar posesión de la residencia?

—Desde luego. Vamos a reclamar Easton House para nosotros.

Las pisadas de los tres hermanos resonaban en el suelo y la niebla parecía levantarse a su paso. Sebastian se imaginaba el aspecto que debían ofrecer a cualquiera que mirara por la ventana. Tres hombres, con él en el centro y flanqueado por sus hermanos, los bastones golpeando el suelo en perfecta sincronía. Cruzaron el portón de hierro que su tío había dejado abierto con las prisas. No sabía cómo les recibiría el servicio. La noche del baile no había reconocido a nadie. Si su tío había cambiado a todos los empleados, él podría hacer lo mismo. No quería tener a su alrededor a nadie en cuya lealtad no pudiera confiar.

Los tres subieron los escalones que conducían a la puerta. La pesada puerta de roble se abrió y el mayordomo apareció en la entrada. Su rostro sí era familiar. Sus cabellos habían comenzado a encanecerse, pero seguía conservando el mismo porte erguido y orgulloso.

—Excelencia —el hombre hizo una pequeña reverencia.

—Thomas.

—Se acuerda de mí, señor —la mirada del mayordomo se iluminó.

—¿Cómo olvidarte? Me dabas caramelos de limón cuando mi padre no miraba.

—Pensaba que solo lo hacía conmigo —intervino Tristan.

—Lo hacía con todos. Bienvenidos de vuelta a Easton House. Anticipándome a su regreso, he convocado a los empleados. Algunos no estarán a la altura de sus exigencias, pero creo que encontrará a casi todos dispuestos y ansiosos por servirles.

—Te lo agradezco —Sebastian entró en el vestíbulo de la casa y arrugó la nariz al reconocer el rancio olor de su tío. De inmediato oyó varios respingos y pequeños gemidos.

Tres de las doncellas habían bajado la mirada. Con qué facilidad olvidaba el espanto que producía su rostro para quienes lo miraban por primera vez.

—Soy el duque de Keswick —anunció—. Mis hermanos, lord Tristan Easton y lord Rafe Easton. Hemos venido a tomar posesión de lo que es nuestro. Si dudáis de nuestros derechos, os ayudaré a encontrar un empleo en otra casa. No toleraré ninguna deslealtad hacia mí o mis hermanos. Os pido que seáis sinceros si no os creéis capaces de servirnos, pues descubriréis que perdonar no es uno de nuestros puntos fuertes.

Nadie habló. Nadie se movió.

—Excelente. Quiero que la residencia sea limpiada, aireada, a fondo hasta que parezca todo nuevo. No quiero encontrar ni un cabello del anterior residente. ¿Ha quedado claro?

Las cabezas se movieron en señal de asentimiento.

—Lo supervisarás todo —Sebastian se volvió hacia Thomas—. Quiero que te reúnas conmigo en el estudio dentro de una hora para hablar del funcionamiento de la casa.

—Como guste, Excelencia.

Junto con sus hermanos, Sebastian comenzó a recorrer la casa. La sensación de familiaridad crecía por momentos. No le pasaron desapercibidos ocasionales huecos vacíos en las paredes. Allí

habían estado los retratos de su familia. Recordaba haber posado junto a Tristan, cada uno mirando hacia un lado, para un cuadro. También se habían hecho otro junto a sus padres y hermano pequeño. Todo había desaparecido.

—¿Dónde estarán los cuadros? —preguntó sin necesidad de aclarar nada.

—Esperemos que en el desván —contestó Tristan—, aunque tampoco me extrañaría que el tío los hubiera quemado.

—Me sorprende que viviera aquí —intervino Rafe—. Y no tuviera miedo de que el fantasma de padre pudiera aparecersele.

—Solo un hombre con la capacidad de sentirse culpable por sus acciones puede sentirse embrujado —le explicó Sebastian. Hablaba por experiencia.

Un lacayo abrió la puerta del estudio. Por algún motivo, entrar allí les resultó más difícil. Quizás porque aquellos habían sido los dominios de su padre. Su madre había tenido otro estudio, más pequeño, más parecido a una pequeña salita, decorada con colores brillantes. Pero el estudio de su padre era casi lúgubre. Las estanterías de caoba estaban repletas de libros encuadernados en cuero. Varias sillas estaban dispuestas por la estancia.

Y en medio, una mesa con licoreras de cristal. Allí era donde su padre recibía a las visitas.

Sebastian no quería ni pensar que su tío también lo había hecho. Se acercó a la mesa junto al escritorio de su padre y llenó tres vasos con whisky. Cada uno de los hermanos tomó un vaso y el duque levantó el suyo.

—Por padre y por reclamar lo que era suyo.

—Y que ahora te pertenece —Tristan se unió al brindis.

—A todos nosotros —le corrigió su gemelo—. Puede que el título sea mío, pero no os equivoquéis, os considero igualmente dueños de todo.

El entrechocar del cristal llenó el silencio. Sin embargo, Sebastian aún no se sentía en casa.

Bebió la copa de un trago y agradeció el calor que le produjo. Y se juró que jamás volvería a abandonar su legado, o a sus hermanos.

La puerta se abrió y Thomas entró con una bandeja de plata en la mano.

—Acaba de llegar una nota, Excelencia.

Sebastian tomó la nota y despidió al mayordomo antes de disponerse a leer la elegante letra con una cierta sensación de temor.

—¿Qué es? —preguntó Tristan.

—Hemos sido invitados a una pequeña cena en casa de lady Ivers esta noche.

—¿Lady Ivers? ¿No es esa la tía de Mary?

—Sí.

—Entonces no podemos rechazar la invitación.

Capítulo 8

Los carruajes alineados deberían haberle dado una pista. Aun así, Sebastian se asustó cuando fue escoltado junto a sus hermanos hasta un salón repleto de gente.

—Por Dios santo —murmuró Tristan—. Aquí debe haber al menos cincuenta personas. Si esta es una pequeña cena, me gustaría saber cómo serán las grandes.

El duque debería haber supuesto que toda conversación cesaría, y todos los ojos se posarían en ellos cuando los lores de Pembroke hicieron su entrada. Enfrentarse a los cosacos casi le había resultado más sencillo.

Una mujer de estatura media con cabellos que el paso del tiempo había dotado de un tono rojizo desvaído se acercó a ellos. Unos chispeantes ojos verdes la hubieran delatado sin necesidad de ver a Mary pegada a ella.

—Excelencia, milores, estoy encantada de que hayan podido unirse a nosotros esta noche —la mujer tendió una mano.

—Lady Ivers —Sebastian tomó la mano y se inclinó sobre ella—, es un placer haber sido invitados.

—No crea que no he comprendido el significado de sus palabras —la tía de Mary le guiñó un ojo—, pero le aseguro que asistir también va a ser un placer.

—Sus invitados no parecen tan encantados como usted con nuestra llegada.

—Al contrario, simplemente están boquiabiertos porque he sido yo la primera en conseguir que estos caballeros acepten una invitación. Permítanme presentarles a mi hija, lady Alicia.

La joven era ligeramente más alta que su madre y bastante más delgada. Sus cabellos eran de color rojo, aunque menos vibrante que el de Mary. Sebastian se preguntó si su sino era comparar a todas las mujeres que conocía con ella. ¡Menuda ridiculez! Se debía a que la conocía tan bien...

Y sin embargo no la conocía realmente. Sabía muy poco de su vida durante los años que habían estado ausentes.

—Excelencia —la joven hizo una reverencia—, milores.

—Lady Alicia.

—Es una virtuosa del pianoforte y nos ofrecerá un recital después de cenar. Y, por supuesto, ya conocen a mi querida sobrina, lady Mary —añadió la condesa.

—Sí —Sebastian constató para sí mismo que ninguna de las otras damas le hacía siquiera sombra a la belleza de Mary—. Me alegra volver a verla, lady Mary.

—Lo mismo digo, Excelencia. Milores...

—Permítanme presentarles al vizconde Fitzwilliam —continuó lady Ivers.

Sebastian sintió un casi irrefrenable deseo de gemir. La velada iba a estar repleta de tediosas presentaciones.

—Es usted un hombre afortunado, milord, por haber conquistado a lady Mary.

—No le habría pedido matrimonio si no fuera de esa misma opinión.

«De acuerdo, veo que no vamos a llevarnos bien». En realidad, Sebastian se alegraba. No quería que ese hombre le gustara, aunque no sabía por qué. Por descontado, deseaba que Mary fuera feliz, pero no estaba seguro de que quisiera que lo fuera con ese hombre. Ni él mismo era capaz de comprender sus extraños pensamientos.

—Excelencia —intervino lady Ivers—, pronto descubrirá que no soy nada convencional, y bastante conocida por mis excentricidades. Esta noche he dispuesto el lugar que ocupará cada comensal. Si fuera tan amable de acompañarme a la mesa cuando llegue el momento...

La mirada de la mujer dejaba bien claro que no aceptaría una negativa por respuesta.

—Será un honor.

—Espléndido. Lord Rafe, mi hija entrará en el comedor de su brazo y, lord Tristan, le ruego sea tan amable de escoltar a lady Mary. No te importa, ¿verdad, Fitzwilliam?

El vizconde abrió la boca.

—Bien, eso pensaba. Acompáñame, Fitzwilliam, quiero presentarte a la joven a la que acompañarás durante la cena. Caballeros, nos vemos dentro de un rato.

La mujer se dio la vuelta y Fitzwilliam se inclinó para susurrarle algo a Mary, que asintió y le respondió, igualmente, en un susurro. La intimidad del gesto golpeó a Sebastian como un puño en el pecho. Aquello era ridículo, pues él no tenía ningún derecho sobre su

amiga de la infancia. Apenas había pensado en ella durante todos esos años. Pembroke era lo único que había ocupado su mente.

—Espero que no os hayan molestado las artimañas de mi tía — Mary se volvió hacia ellos en cuanto Fitzwilliam se hubo alejado—. Puede mostrarse bastante entusiasta.

—Yo la describiría más bien como una tempestad en el mar — observó Tristan.

—Espero tener la mitad de esa energía cuando llegue a su edad — lady Alicia sonrió.

—Yo ni siquiera tengo esa mitad ahora —intervino Mary—. Estamos encantadas de que aceptarais la invitación de la tía Sophie. Si nos acompañáis, lady Alicia os presentará a los invitados.

Le siguieron diez minutos de asentimientos, inclinaciones, y besamanos. Y solo cuando al fin sonó la campana que anunciaba la cena, a Sebastian se le ocurrió que debería haber prestado más atención a las jóvenes damas que le habían sido presentadas con el

fin de determinar si alguna podría encajar como esposa. Pero también comprendió que se le habían olvidado sus nombres y decidió que, seguramente, no serían adecuadas para él. De haberse sentido mínimamente atraído hacia alguna, ¿no habría recordado su nombre?

Por suerte fue rescatado por la magnífica anfitriona a la que escoltó hasta el comedor. Había temido el momento de sentarse a la mesa. Sin embargo, lady Ivers lo había sentado a su derecha y únicamente ella, sentada a la cabecera de la mesa, la pared, Tristan y Mary, ambos sentados frente a él, tendrían que soportar sus cicatrices. Lady Alicia estaba a su derecha. A pesar de la gran cantidad de invitados, lady Ivers había conseguido disponer los asientos de tal modo que había cierto aire de intimidad. Después de dos copas de vino, empezó a sentirse algo más relajado.

Fitzwilliam estaba sentado al otro lado de Mary de modo que, si bien no era su acompañante para la cena, se le veía algo más tranquilo al sentarse junto a su prometida. La pobre chiquilla a la que había escoltado hasta la mesa fue totalmente ignorada por el vizconde, que a menudo intentaba entablar conversación con Mary. Cada vez que conseguía llamar su atención, Tristan la recuperaba hábilmente y Sebastian sospechaba que su amiga sufriría un severo dolor de cuello antes de que terminara la velada.

Sin embargo, no podía negar que estaba encantado con la vista que tenía de ella.

Cuando lo miró, Sebastian habría jurado que sentía como si ella hubiera alargado la mano por encima de la mesa para tocarlo. Él levantó su copa en un silencioso brindis y ella le devolvió una tímida sonrisa. Sin poderlo evitar, su mirada se deslizó por el delicado cuello hasta el inicio del escote. Tenía una piel suave que llamaba la atención, claro que todo en esa mujer llamaba la atención.

Mary giró la cabeza, de nuevo reclamada por Fitzwilliam y el duque se preguntó si ese hombre sería un conversador excepcional o si

era tan aburrido como su ropa. Blanca y negra, sin el más mínimo toque de color.

—Es increíble, ¿verdad? —le susurró lady Ivers al oído, haciéndole sonrojar al haber sido descubierto mirando a Mary—. Nadie diría que no tuvo ninguna preparación formal para su presentación en sociedad. Pero, claro, ¿qué saben las monjas de la etiqueta fuera de la iglesia?

—¿Monjas? —la incomodidad de Sebastian se esfumó de golpe y miró perplejo a la condesa.

—Sí —la mujer sonrió tímidamente antes de parecer desconcertada—. ¡Oh, cielos!

—el susurro se hizo casi inaudible—. ¿Me he ido de la lengua? Pensaba que ella se lo habría contado, aunque me imagino que no es algo de lo que una va por ahí presumiendo, ni siquiera ante un viejo amigo. Pero sí, su padre la envió a un convento cuando apenas tenía doce años, y a pesar de mis insistentes protestas. Cuando lo descubrí, ya estaba encerrada entre esos muros. Era uno de esos conventos que no permiten visitas. Yo quise llevármela a casa, pero mi esposo insistió en que no era asunto mío. ¡Menuda desfachatez!

Decir que la hija de mi hermana no era asunto mío. Le aseguro que pasaron meses antes de que volviera a dormir en una cama caliente.

De no sentirse tan horrorizado por la revelación, Sebastian habría sonreído ante el comentario.

—¿Se imagina a una niña con su energía, encerrada en un lugar tan rígido? —

preguntó la condesa.

Sebastian estuvo a punto de preguntar por qué el conde de Winslow le haría algo así a su única hija, pero ya lo sabía. No estaba seguro, pero lo sospechaba seriamente. Por suerte para el hombre, Sebastian no lo había sabido cuando había acudido de visita a su residencia. No se imaginaba un castigo más cruel para la chiquilla que solía cabalgar con él por los páramos.

—Al final me harté y este año le dije a lord Winslow que iba a traer a mi hija a Londres para su presentación en sociedad y que haría lo mismo con mi sobrina. Su querida madre habría querido para ella un pretendiente adecuado.

—¿Y lo es? ¿Fitzwilliam es un pretendiente adecuado?

—Desde luego —la mujer se irguió como si tuviera algo que ver con el arreglo de esa unión—. Es el heredero de Glenchester.

Sebastian intentó ubicar ese nombre.

—Un marquesado —le aclaró ella.

—Al parecer estoy menos preparado que lady Mary para una velada como esta.

—No se preocupe. Ya se pondrá al día. Sospecho que su padre debió de enseñarle

muchas cosas y que estarán por ahí guardadas en su mente.

—Su marido —él sí recordaba las ocasiones en que la tía de Mary y su familia les habían visitado—. No está aquí. ¿Debo presentar mis condolencias?

—¡No, por Dios! Eso sería prematuro. Desgraciadamente surgió un desafortunado problema con sus arrendatarios y tuvo que marcharse. Aunque, sinceramente, él prefiere el campo.

—En eso le alabo el gusto.

—Sospecho que la mayoría de los hombres lo harán —la mujer sonrió—, pero de vez en cuando deben plegarse a los deseos de las mujeres. Hace que el matrimonio resulte más agradable.

Sebastian miró de nuevo a Mary mientras se preguntaba qué toleraría su esposo de ella. ¿Le daría la libertad que necesitaba? Y, si no lo hacía ¿qué recursos tenía él mismo para garantizar su felicidad? Ninguno, supuso.

La alegre y musical risa de Mary llegó hasta sus oídos. Tristan había dicho algo muy gracioso, al parecer. Su hermano era todo un seductor.

Deseó verla en Pembroke cuando regresara a su hogar. ¿Dónde demonios estaban las tierras de Fitzwilliam? Sabía muy poco de ese hombre, muy poco de ninguno de los invitados. Por otro lado, ellos no sabían nada de él.

—¿Le gustó su paso por el Ejército, Excelencia? —preguntó lady Alicia.

Sebastian sintió la sutil caricia de la mirada de Mary, conteniendo la respiración, anticipando la respuesta, y se preguntó si ella era tan consciente de él como él de ella.

Aunque no conseguía oír sus palabras, sí oía su voz. Los deliciosos aromas de la fiesta flotaban en el ambiente, pero él solo percibía el aroma a orquídeas, cuando no había ni una sola flor en toda la estancia.

El aroma provenía de ella, no le cabía la menor duda. Lady Alicia y su madre llevaban un perfume de rosas.

—Me proporcionó algunas experiencias... interesantes —contestó secamente. Muy secamente.

La joven se sonrojó con tal violencia que Sebastian deseó poder retirar sus palabras, o al menos el tono. Pero no soportaba que lo

diseccionaran como si fuera el último ejemplar descubierto de algún insecto.

—¿Sirvió en Crimea, Excelencia? —inquirió Fitzwilliam con un tono desafiante en la voz que indicaba que dudaba de las afirmaciones de Sebastian.

No tenía ninguna intención de revelar que había mentido sobre su edad. Hacía falta tener dieciséis años para alistarse, pero él había querido perderse en la vida militar. Había falsificado una carta de un padre ficticio y jamás había revelado su pertenencia a la aristocracia. Le habían tratado como a un hombre común, lo que le había dado una perspectiva que muchos de sus iguales jamás tendrían. Había comenzado su carrera como alférez a las órdenes de un capitán.

—Sí, en Balaclava. Tennyson inmortalizó la batalla.

—¿*La carga de la brigada ligera*?—preguntó lady Alicia impresionada—. ¿Estuvo allí?

—Desgraciadamente.

—Un asunto muy feo —asintió Fitzwilliam.

—La guerra siempre es un asunto feo, milord.

Entre ambos hombres la tensión era palpable.

—Opino que todos nuestros soldados deberían recibir una mención por servir a nuestro país —observó Mary.

—Brindo por eso —Sebastian alzó la copa.

—Creo que todos deberíamos hacerlo —intervino Tristan—. ¡Por nuestros soldados, que mantuvieron al demonio lejos de nuestros hogares!

Todos, incluso Fitzwilliam, se sumaron al brindis. Sebastian no entendía por qué le había arrojado un guante, pero estaba bastante seguro de que así había sido.

«Reza para que no lo recoja, Fitzwilliam», pensó. A juzgar por las sonrisas que veía, a Mary le gustaba ese tipo. Y teniendo en cuenta su deseo de hacerse perdonar por ella, lo mejor sería que dejara el guante donde estaba. De momento.

En la sala de música, mientras los dedos de lady Alicia recorrían alegremente el teclado, Mary miró de reojo a Sebastian y sus hermanos. Su tía había esperado lograr que se fundieran con la aristocracia, pero permanecían apartados de los demás. No parecían muy cómodos. Simplemente no se sentían parte de todo aquello.

Entendía perfectamente lo que sentían. La primera vez que había ido a Londres, había tenido la impresión de que todo el mundo la miraba y juzgaba cada uno de sus

movimientos. Sin una adecuada presentación en sociedad, había sido un objeto de curiosidad. Sabía que se había ganado a muchas personas, pero otras seguían sin saber cómo catalogarla.

Miró a su alrededor. Fitzwilliam se había ausentado, sin duda para fumar un puro con algún amigo. Le sorprendía que la hubiera dejado sola. Había pasado toda la velada vigilándola, como si esperase que hiciera algo inapropiado. ¡Qué hombre tan tonto! Jamás haría nada que avergonzara a su tía, que tan amable se había mostrado.

Sabía que su prometido no aprobaría lo que estaba a punto de hacer, pero no podía dejar a los tres hermanos tan solos. Se acercó a ellos y se paró junto a Sebastian. A su nariz llegó el fuerte aroma masculino, mucho más terroso que el de Fitzwilliam, como si Pembroke fluyera por sus venas. Una tontería, pero ella siempre lo asociaba con la tierra, la naturaleza salvaje. Fitzwilliam era la ciudad, las luces de las farolas y los recitales de piano.

—Hay algunas sillas vacías al otro lado de la sala —le informó ella.

—Aquí estoy bien.

—Si este eres tú cuando estás bien, no quisiera verte cuando no lo estés.

—Veo que los años no han mermado tu vivacidad —Sebastian sonrió fugazmente.

No era del todo cierto, pero con él podía ser ella misma. Ya no era lady Mary, era simplemente Mary. Si no se comportaba adecuadamente, Sebastian sería el más inclinado a perdonarla.

—Soy más prudente con los demás —admitió Mary. Sobre todo lo era con Fitzwilliam, comprendió de repente, aunque no debería ser así.

Se preguntó si Sebastian se ofendería si ella observaba que le parecía que estaba manteniéndose apartado de los demás. Años atrás, no había tenido nunca en cuenta lo que le decía. Ya riera, se enfadara o discutiera, Mary siempre se había sentido libre para hablar con sinceridad. A la mesa había sentido la tensión, y sabido que Sebastian se ofendía ante las palabras pronunciadas.

—No me contaste que habías estado en un convento —susurró él para que nadie más pudiera oírlo.

—La buena de tía Sophie —la sonrisa de la joven murió en sus labios—. Supongo que ha sido ella, puesto que no es un hecho muy conocido por aquí.

—Ella creía que ya lo sabía, que me lo habías contado. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Y de qué serviría, salvo para hacerte sentir culpable?

—Te enviaron allí por nosotros.

No había sido una pregunta. Sus palabras encerraban convicción. A Mary no debería haberle sorprendido que hubiera desentrañado el motivo por el que su vida había tomado un giro tan desagradable. Siempre había tenido un talento para resolver enigmas. Aun así, no quería que cargara con el peso de su estupidez.

—En realidad, no. Fue culpa mía. Me advertiste que no se lo contara a nadie. Pero

¿desde cuándo sigo yo los consejos de los demás?

Sebastian sonrió débilmente, pero, antes de poder contestar a la pregunta, ella continuó.

—Acudí a padre con la convicción de que él solucionaría las cosas, que se enfrentaría a lord David por vosotros. Sin embargo, descubrí que está convencido de que la solución a sus problemas se halla en el fondo de una botella de whisky.

Mary percibió comprensión y tristeza en la mirada azul. Y también remordimiento.

—Lo siento, Mary. ¿Lo pasaste muy mal con las monjas?

—Bastante mal. ¿Te sientes mejor ahora?

—No. Hace que sienta deseos de sacudir a tu padre.

—Y por eso no me pareció buena idea contártelo. Eso ya es pasado. La tía Sophie decidió que tendría mi presentación en sociedad y me devolvió a la vida. Contrató tutores para enseñarme etiqueta y a bailar. Y aquí estoy.

Mary inclinó la cabeza para verlo mejor, y deseó no haberlo hecho. Sebastian la observaba con una intensidad que resultaba inquietante.

—Entonces estoy en deuda con tu tía —observó él al fin—. Es más fácil enfrentarse a Londres sabiendo que estás aquí.

Mary habría jurado que lo había visto sonrojarse bajo la bronceada piel.

—¿Aunque convenciera a mi tía para que salieras de tu escondite?

—bromeó ella.

—Aun así.

—Me alegra que vinieras —le aseguró antes de darse media vuelta y marcharse.

Mary se preguntó por qué le avergonzaba tanto a Sebastian un cumplido. Ni siquiera se atrevía a imaginarse lo dura que debía haber sido su vida para que una palabra amable fuera causa de vergüenza. Y por eso se había marchado antes de invitarlo a dar un paseo

por el jardín para poder hablar de verdad, para recuperar la sensación de comodidad al estar juntos. Pues estaba bastante segura de que acabaría en un desastre.

—Gracias por invitarles —Mary se paró junto a su tía y le apretó la mano.

—La fiesta ya estaba organizada, aunque estoy segura de que a tu padre no le gustará descubrir que les incluí en la lista de invitados.

Mary sabía que lady Hermione y lady Victoria se enfadarían por no haber sido invitadas, pero sospechaba que su entusiasmo por los lores les habría agobiado.

—Esta misma tarde me informó —continuó la mujer— de que debía vigilarte de cerca y asegurar que no hablaras en exceso con ellos.

—Tiene miedo de que Fitzwilliam no tolere el renacimiento de una vieja amistad.

—Y sin duda está en lo cierto.

La conversación fue interrumpida por el final del recital de Alicia, que se puso en pie para recibir el aplauso de los invitados.

—Muchas gracias —Alicia hizo una reverencia—. Y, ahora, los jóvenes pueden reunirse conmigo para practicar algunos juegos de salón.

Sin duda charadas. Mary aborrecía el juego y tenía toda la intención de evitarlo si podía. Desgraciadamente, Fitzwilliam lo adoraba. Oliendo agradablemente a tabaco, su prometido regresó de la terraza y le ofreció su brazo.

—Espera un momento —ella se acercó a Sebastian y a sus hermanos y les sonrió—.

Vosotros también estáis invitados a jugar. A fin de cuentas sois jóvenes.

—Es curioso, pero yo no me siento joven —observó Rafe.

—Pero lo eres —aunque ella le entendía perfectamente, Rafe solo tenía dos años menos que ella—. Vamos. Será divertido.

—Deberíamos agradecerle a tu tía su hospitalidad y marcharnos —intervino Sebastian.

—Todavía no. Mi prima se sentirá muy defraudada —no acababa de comprender por qué deseaba tan desesperadamente que se quedara—. Solo un ratito.

—Supongo que no nos hará ningún mal —asintió Tristan.

—Ninguno —le aseguró ella.

Capítulo 9

Mary se descubrió de repente deseosa por jugar a las charadas. Poco importaba lo mal que se le dieran. Nunca le había encontrado la gracia al juego elegido por Alicia.

—Preguntas —estaban sentadas en círculo dieciséis personas.

No había sido intención de Mary colocarse entre Fitzwilliam y Sebastian.

Simplemente había sucedido así. Cada uno sujetaba una carta con un número escrito. En el centro del círculo había un montón de cartas.

El juego era sencillo. Alguien hacía una pregunta y descubría una carta. La persona que tuviera ese número en su carta, debía reclamar la pregunta.

—Empiezo yo —anunció Alicia—. ¿Quién es la persona más tonta en la sala? —

tomó una carta y leyó el número tres. Nadie respondió y Mary empezó a sospechar que el juego no iba a acabar nada bien.

—¿Quién tiene el número tres? —Alicia frunció el ceño.

—Yo lo tengo —contestó Tristan.

—Se suponía que debías dejar la carta y anunciar que eres la persona más tonta en la sala —Alicia miró al lord con gesto enojado.

—Pero es que no lo soy.

—Eso da igual. Es lo que lo hace divertido. La pregunta no se aplica a la persona que responde y, por tanto, nos hace reír. Ahora tú debes hacer una pregunta y sacar una carta.

—¿Cualquier pregunta? —inquirió él con un brillo travieso en la mirada.

—Cualquier pregunta.

—¿Quién no lleva ropa interior bajo la falda? —Tristan bajó la mirada y Mary no dudó de que no pocas mujeres habían entrado en su cama por esos ojos.

—Esa es la idea —Alicia sonrió cuando una dama dio un respingo.

Tristan tomó una carta y la mostró. El número cinco.

—Creo que soy yo —anunció Fitzwilliam, claramente molesto mientras arrojaba la carta sobre la mesa.

—Debería haberme imaginado que te gustaba llevar falda de vez en cuando, Fitzwilliam —Tristan sonrió—. ¿También utilizas corsé?

—Cuidado con tus modales, muchacho —rugió Fitzwilliam.

—No es más que una broma —Mary apoyó una mano sobre la de su prometido.

—Pues claro que lo es —insistió Alicia—. No te ofendas, Fitzwilliam. Estropeará la diversión. Ahora haz tu pregunta.

—¿Quién huele a rosas? —preguntó el vizconde tras tomarse unos momentos para recuperar la calma.

—¡Qué aburrido! —murmuró Tristan.

A su lado, Mary sintió cómo su prometido se ponía tenso y, antes de preguntarse por qué Fitzwilliam había elegido el perfume de su prima y no el suyo, de orquídeas, alargó ella misma la mano hacia el montón de cartas y le dio la vuelta a la primera.

—Seis.

—Yo huelo a rosas —contestó lady Kathryn, aunque lo cierto era que olía a vainilla

—. ¿Quién se escabulló de la sala de música para celebrar un encuentro secreto en el jardín? —de inmediato volvió una carta—. Doce.

—¡Fui yo! —Alicia soltó una carcajada—. ¡Menudo truco hacerlo mientras tocaba el pianoforte!

,2—Tu madre siempre dice que se te da muy bien hacer dos cosas a la vez —Mary rio.

—Un talento muy útil, en efecto —observó Fitzwilliam algo más relajado.

—Me ha hecho sonrojar, milord. Y ahora veamos, ¿quién es el hombre más atractivo de Londres? —preguntó Alicia mientras descubría la carta con el número diez.

Sebastian se quedó tan quieto que Mary no habría podido asegurar si respiraba. ¡No, por Dios! Quiso arrancarle la carta de la mano.

—Es tarde —anunció él poniéndose en pie—. Si me disculpan, es hora de que me vaya.

—Pero si aún no hemos terminado de jugar —Alicia parecía perpleja.

—Alicia... —¿cómo era posible que su prima no se hubiera dado cuenta de quién tenía la carta con el número diez?

—Mi hermano tiene razón —intervino Rafe—. Si me disculpan, yo también debo irme.

Sin esperar respuesta, Rafe siguió a su hermano. Mary también se levantó de la silla, no muy segura sobre cómo proceder, pero segura de que no podía dejarles ir de ese modo.

—Disculpenme...

Mientras se iba, oyó la voz de Tristan.

—Lady Alicia, quizás le gustaría que le mostrara un juego que aprendí en Oriente.

Es preciso vendarse los ojos y...

A Mary no podía importarle menos la mecánica del juego, aunque sospechaba que sería escandaloso. Corrió por el pasillo, vacío salvo por el mayordomo.

—El duque de Keswick.

El hombre la miró perplejo.

—El de las cicatrices —ella se tocó el lado izquierdo del rostro—.
¿Adónde fue?

—Salió por la puerta principal, milady.

Mary corrió escaleras abajo y lo vio de pie en la acera.

—¡Sebastian!

Él se volvió. Las luces de las farolas eran amables, pues solo revelaban su lado intacto. Mary de repente comprendió que era el hombre más atractivo del salón de juegos.

Aunque Tristan y él eran gemelos, había algo en los rasgos de Sebastian que le conferían un aire más noble. Siempre había sido así, pero con los años se había agudizado.

—No te vayas —ella se detuvo en seco para no chocar contra él—,
así no. No es más que un estúpido juego. No significa nada.

—Soy demasiado viejo para juegos, Mary.

—¿Qué dices? Solo tienes veintiséis.

—Llevo todo ese tiempo en el mundo, pero me convertí en un
hombre a los pocos

días de abandonar Pembroke. Añade doce años más y yo diría que
he pasado de la treintena. No tengo tiempo, ni ganas, para
jueguitos de salón.

—Vuelve adentro. Buscaremos un rincón tranquilo donde poder
hablar.

—¿Y cómo crees que se lo tomaría tu prometido? —Sebastian soltó una lúgubre carcajada.

—Eres mi amigo —Mary sabía que Fitzwilliam no se lo tomaría nada bien, y su padre aún menos—. Siempre serás mi amigo. Y quiero que estés a gusto aquí.

—No lo estoy. Aún no, pero con el tiempo lo estaré —él le acarició la mejilla y detuvo el pulgar en el punto donde aún conservaba una peca.

Tenía los dedos rugosos y ella se preguntó cuándo se había quitado los guantes.

Avergonzada, reconoció para sus adentros que se alegraba de ello.

—Gracias por esta noche, Mary. Y dale las gracias a tu tía también.

Antes de que ella pudiera decir nada, Sebastian se encaminó hacia un coche que se acercaba por la calle. Con una gracia poco vista en otros hombres, se subió antes de que el coche se hubiera detenido por completo, claro que la mayoría de los hombres esperaba a que los carruajes se detuvieran antes de subirse a ellos. Mary dio un paso al frente sin saber muy bien qué quería hacer. Una mano se posó sobre su hombro.

—Déjale ir —le ordenó Fitzwilliam.

—Era un juego estúpido —ella se frotó el entrecejo.

—No tan estúpido como el juego al que su hermano quería jugar. Te lo juro, Mary, cuando ocupe mi lugar en la Cámara de los Lores, me encargaré de que el único juego permitido en los salones sea el de las charadas.

Mary no pudo contener una carcajada y se apoyó contra su prometido que le rodeó los hombros con un brazo y le besó la frente.

—No puedes seguir protegiéndolos, querida niña. Tienen que apañárselas solos.

Mientras se dejaba conducir de regreso a la casa, ella tuvo que darle la razón. Aun así, le resultaba muy difícil quedarse quieta y ver cómo la sociedad les rechazaba.

Mary se cepillaba el pelo sentada en la cama cuando oyó el reloj de pared dar las

doce de la medianoche. Un sirviente pronto lo pararía hasta el día siguiente. No sabía por qué su tía insistía en que las horas sonaran hasta el fin del día. Su padre imponía el silencio mucho antes.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Sí?

—¿Estás muy enfadada conmigo? —Alicia se asomó a la habitación.

—No mucho —Mary sacudió la cabeza ante el gesto compungido de su prima—. No estoy enfadada. No fue culpa tuya.

—Me alegra que decidieras quedarte a dormir —Alicia corrió hasta la cama de su prima y se subió de un salto—. Y siento mucho lo de ese estúpido juego. Nunca pensé que fuera Keswick el que tuviera la carta. Fue una estupidez de pregunta. Quería parecer ingeniosa, como Tristan.

—No sé si es ingenioso o descaradamente travieso.

—Lo es, ¿verdad? —Alicia sonrió—. Quería que jugásemos a una cosa con los ojos vendados. Teníamos que acariciar a alguien y adivinar quién era, pero Fitzwilliam dijo que ya bastaba de juegos. Después, fue a buscarte, aunque creo que primero encontró a mi madre, porque ella llegó y anunció que era hora de tomar un refrigerio.

Alicia parecía terriblemente defraudada.

—Y entonces lord Tristan se marchó. Después de eso la velada ya no fue tan divertida —la joven apretó una almohada contra su pecho—. Al menos la cena salió muy bien. Los lores de Pembroke no dan tanto miedo cuando no van blandiendo pistolas por ahí, aunque lord Rafe me confesó que llevaba una encima. Y un cuchillo.

A Mary no le sorprendió. Cuando habían abandonado Pembroke, sus vidas habían estado en peligro. Normal que no se fiaran de nadie.

—¿Os estuvisteis haciendo ojitos Keswick y tú durante la cena? —preguntó Alicia.

—¿Qué? —el corazón de Mary inició un alocado galope. Ya corrían bastantes rumores sobre ella, a causa de la decisión de su padre de no presentarla adecuadamente en sociedad, como para que Fitzwilliam empezara a dudar de ella—. ¿Por qué dices eso?

—No dejabas de mirar en su dirección.

—Estaba sentado frente a mí.

—Y yo también, pero apenas me miraste.

—Solo quería asegurarme de que, con todo esto que está pasando, se sintiera cómodo.

—Me parece que a lord Fitzwilliam no le gusta Keswick.

—En eso te doy la razón, pero eso es porque no le conoce. En cuanto se conozcan mejor, creo que se harán buenos amigos.

—Yo no estoy tan segura. Creo que él también se dio cuenta de que mirabas a Keswick.

—No le di ningún motivo para dudar de mi afecto —aunque Mary no podía negar que su prometido se había mostrado mucho más

relajado y agradable después de que los hermanos se hubieron marchado.

—Esos hombres me fascinan. Parecen ser unos caballeros y, al mismo tiempo, una se queda con la impresión de que no lo son. Yo me atrevería a decir que parecen muy capaces de arruinar la reputación de una dama.

En efecto, lo eran. Mary les creía capaces de lograrlo con tan solo una mirada.

Sebastian se sentó junto al fuego en el estudio, saboreando un whisky para intentar olvidar el recuerdo de la suave piel de Mary bajo sus dedos. Había sido una estupidez tocarla.

La puerta se abrió, pero Sebastian no apartó la mirada del fuego mientras oía acercarse las pisadas de Tristan. En cuanto había regresado a su casa, el duque había enviado el coche de regreso a la residencia de lady Ivers para recoger a su gemelo.

—Deberías haberte limitado a arrojar la carta. Quitarle importancia.

—¿Y no crees que eso habría avergonzado a la chica?

—No más de lo que ya lo estaba. Era un juego, Sebastian. No tenía ninguna importancia.

Eso ya lo sabía, pero aún no había llegado al punto de ser capaz de reírse de su deformidad. Y no sabía si llegaría alguna vez.

—¿Qué te pareció Fitzwilliam? —preguntó para redirigir la conversación en otra dirección.

—No me gusta.

—¿Por qué no? —el duque contempló a su gemelo que miraba fijamente la copa que tenía en la mano, como si pudiera leer su futuro en ella.

—¿Necesito un motivo? —Tristan levantó la vista del vaso.

—Las opiniones suelen basarse en algo.

—Mi instinto.

—¿Crees que hará feliz a Mary?

—Creo que tú le harías más feliz —observó su hermano mientras apuraba la copa.

—Ya casi no nos conocemos.

—Aun así pareces incapaz de apartar la mirada de ella —él levantó una mano—. Y

no te culpo. Es bastante atractiva.

—Es más que eso. Es preciosa.

—Tú también te has dado cuenta.

—Solo estoy medio ciego.

—¡Ahí lo tienes! —Tristan sonrió—. Así deberías haber reaccionado durante ese estúpido juego—. Solo soy medio atractivo —la gente se habría reído.

—No me divierte que la gente se ría de mí —Sebastian frunció el ceño.

—Y por eso debemos reírnos de nosotros mismos los primeros. Pero, claro, tú siempre fuiste el más serio.

—Tenía más responsabilidades.

—Es verdad —Tristan suspiró y se puso en pie—. Voy a casa de Rafe a hacer un poco de ejercicio. ¿Me acompañas?

—No.

—Esto ya no huele tanto al tío.

—Los sirvientes han trabajado duro para lograrlo. A lo mejor a ellos tampoco les agradaba el hedor.

—Yo creo más bien que los aterrorizas, lo cual no siempre es malo

—antes de que Sebastian pudiera añadir algo, su gemelo continuó

—. ¿Tu hombre pudo seguirlo?

—Sí. Se ha instalado en una habitación en una pensión a las afueras de Londres.

—Pues no ha ido muy lejos. Te aconsejo que duermas con un ojo abierto.

Fue evidente que Tristan lamentó sus palabras en cuanto salieron de su boca, pero Sebastian alzó una mano en el aire para detener cualquier amago de disculpa.

—No hace falta que vigiles tus palabras conmigo.

—Deberías haber sido tú el que se embarcara y yo el que se alistara en el Ejército.

—Puede que no hubiera cambiado nuestro destino. He visto más de un marinero al que le faltaba un ojo. Además, tengo cierta tendencia a marearme.

—Estás de broma —Tristan miró a su hermano.

—Me temo que no. Pasé casi todo el viaje de regreso de Crimea con la cabeza metida en un cubo.

Tristan soltó una sonora carcajada. Tenía las piernas separadas como si estuviera sobre la cubierta de un barco.

—Buenas noches, hermano.

Y salió de la habitación, dejando a Sebastian a solas con sus demonios.

Capítulo 10

Durante la semana que siguió a su regreso de Easton House, Sebastian se mantuvo ocupado revisando y organizando los documentos que su tío había dejado atrás. Ese hombre era un chapucero holgazán a la hora de llevar las cuentas de las cinco propiedades que había tenido bajo su cuidado. Tenía contratados a varios gestores y abogados para ocuparse de diversos aspectos, pero allí no reinaba precisamente el orden.

Sentado tras el escritorio en el estudio, miró a Tristan, tumbado en el sofá, leyendo tranquilamente unos documentos que habían encontrado en unos cajones. Parecían informes de varios supervisores, pero Sebastian necesitaba conocerlo todo sobre los asuntos más importantes en el menor tiempo posible. De no haber sido por su taimado tío, habría permanecido junto a su padre, aprendiendo todo lo necesario para dirigir sus dominios. Y

en cambio se veía obligado a descubrirlo todo por su cuenta. Se sentía agradecido porque su hermano había decidido quedarse a vivir con él y ayudarlo en la monumental tarea.

También era lógico que Tristan se familiarizara con todo lo relacionado con los títulos y propiedades. A fin de cuentas, era el siguiente en la línea sucesoria.

Y, si Sebastian no tenía suerte en su búsqueda de una esposa, sería Tristan o su hijo el que heredaría todo, incluyendo los títulos. El heredero, fuera quien fuera, debía ser educado y formado en todos los aspectos.

—Esta noche deberías acompañarme a casa de Rafe —observó Tristan distraídamente—. Las mesas de juego son excelentes.

—Lo cual, supongo, quiere decir que nadie te ha pillado haciendo trampas.

—En el mar, si pillas a un hombre haciendo trampas —Tristan sonrió. Incluso de pequeño había tenido inclinación por los atajos—, se le arroja a los tiburones, o se le hace probar el látigo de nueve puntas.

—¿Fue eso lo que te sucedió? ¿Te hallaron culpable de hacer trampas?

Solo había visto la espalda desnuda de su hermano en una ocasión, cuando había entrado en su habitación sin llamar a la puerta. Pero había bastado para que una sensación de culpa e ira le inundara. La espalda de Tristan parecía haber sido desgarrada, y en más de una ocasión, a juzgar por el grosor de las cicatrices. Tristan se había limitado a ponerse la camisa y a ordenarle a su hermano que no volviera a entrar sin llamar.

—Esto es muy aburrido —su gemelo arrojó a un lado los documentos que había

estado leyendo—. No sé por qué nos molestamos con ello.

—Porque no sabemos qué puede haber de valor. Y no me has contestado a la pregunta.

Tristan se levantó del sofá, se acercó a la ventana y contempló los magníficos jardines. Sebastian no podía reprocharle a su tío cómo había cuidado la residencia londinense. Todo estaba en perfecto estado y había abundancia de bebidas. Los caballos eran muy fuertes y los coches muy cómodos. Nada estaba descuidado. Excepto los libros.

Sebastian tenía la sensación de que había pasado por alto algo vital.

—No estaba acostumbrado a recibir órdenes —confesó Tristan al fin—. Disfrutaba con una buena pelea. Tenía mucha ira en mi interior, y en un barco había pocos lugares para soltarla.

—Siento las penurias que sufriste.

—¿A ti te resultaba fácil seguir órdenes?

—Ahorrraba cada penique que ganaba para comprar mi ascenso en el escalafón —

Sebastian sacudió la cabeza—, para ser el que diera las órdenes, no el que las recibiera. Y

con el tiempo así fue.

—Ahí lo tienes. Nacimos para ser ociosos caballeros —Tristan abrió los brazos—. Y

aquí estamos.

—¿Y por qué tengo la sensación de que preferirías estar en otro lugar?

—Porque aquí no hay ni una pizca de maldito viento. Me gusta estar de pie en cubierta viendo cómo el viento hincha las velas. Allí fuera hay libertad. Aquí tengo la constante sensación de que estoy a punto de ser apresado.

—¿Por el tío? —¿había sufrido amenazas? ¿Había descubierto a alguien agazapado entre las sombras? Sebastian estaba en desventaja porque solo veía lo que había a su derecha.

—¡No, por Dios! —bufó su hermano—. Ojalá intentara hacerme algo. No pueden colgarme por actuar en defensa propia —sacudió la cabeza—. No estoy seguro de qué me preocupa tanto. La idea de sentar cabeza, quizás. De ser controlado.

—Pues una mujer entonces. ¿Alguna ha llamado tu atención?

—Todas llaman mi atención —Tristan soltó una carcajada.

Sebastian era muy consciente de que también Tristan llamaba la atención de las mujeres. Durante los días que se habían alojado en casa de Rafe, las chicas habían

revoloteado embobadas alrededor de él. Incluso durante la cena en casa de lady Ivers, las jóvenes habían mirado al gemelo del duque como si fuera su marca favorita de chocolate.

Sebastian no era envidioso, pero sí echaba un poco de menos el entusiasmo con el que las mujeres solían acudir a su lecho.

La puerta se abrió y el mayordomo entró con una bandeja de plata. El duque se levantó de la silla mientras se preguntaba quién había acudido a su casa.

—Ha llegado una misiva, Excelencia.

Sebastian tomó el sobre y le dio la vuelta. El sello lacrado no llevaba escudo, simplemente el contorno de una rosa. El perfume llegó claramente a su nariz. Orquídeas.

Había pasado más de una semana desde la última vez que había oído la deliciosa fragancia que usaba Mary, pero la reconocería en cualquier lugar.

—Puedes retirarte, Thomas. Te llamaré si necesito enviar una respuesta.

—Muy bien, señor.

Sebastian esperó a que el mayordomo se hubiera marchado antes de sentarse de nuevo. En todos esos años, no había mantenido correspondencia con nadie y había envidiado a los hombres que recibían misivas desde sus hogares. Tomó el abrecartas y se deleitó con el sonido que hizo al desgarrar el sobre. Por último, sacó la hoja y la desdobló.

Y leyó:

Es importante que nos veamos en Rotten Row a las cuatro. Montaré un caballo castaño.

Tu amiga siempre,

Mary

Como si necesitara conocer el color de su caballo para reconocerla. Sus cabellos la delatarían antes. Incluso recogidos bajo la gorra, actuarían como una varilla de zahorí.

—No sabría decir si estás contento o preocupado por la nota — murmuró Tristan.

—Es de Mary. Quiere reunirse conmigo en Hyde Park. Dice que es importante.

—Un poco críptico. ¿Alguna idea sobre qué podría ser importante?

—No, aunque me temo que no sea nada bueno —Sebastian pasó el dedo por la

delicada escritura. Se preguntó si la reunión saldría mejor que la anterior. Esperaba que no estuvieran condenados a separarse bruscamente.

—A lo mejor solo se ha inventado una excusa para volver a verte — opinó su hermano—. Casi no pasaba un solo día sin que vosotros dos os vierais, y aquí ya ha sucedido unas cuantas veces.

—Éramos niños. Nos veíamos para jugar.

—Pero ya no es ninguna niña, aunque eso no quiere decir que no podáis veros para jugar.

—¡Por el amor de Dios! Hablamos de una dama —Sebastian reprendió a Tristan—.

No insinúes otra cosa.

—¿Insinúas que no te interesa para nada?

—Como amiga, por supuesto. Si hablamos de algo más... no creo que nos convengamos —ante el gesto de incredulidad de Tristan, Sebastian apartó la mirada—.

Además, está prometida.

—Los noviazgos pueden romperse.

—No sin consecuencias.

—De modo que sí lo has considerado...

—No —maldito fuera su hermano por meterle esa idea en la cabeza.

—Creo que la eligió por su dote. Su padre fue bastante generoso. Las arcas de la familia de Fitzwilliam no están tan llenas como quieren hacer creer a los demás.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—No todas las damas lo son realmente —Tristan sonrió—. Y por mucho que me gusten las chicas de Rafe, prefiero no pagar por mis placeres. Despertamos curiosidad y eso nos abre muchas puertas o, como en mi caso, ventanas, de alcoba.

—Aspiramos a recuperar nuestra posición, y comportamientos como el tuyo podrían perjudicarnos.

—Me insultas, Sebastian. Soy muy cuidadoso y jamás me aprovecharía de una inocente. Pero te juro, hermano, que hay no pocas damas nada inocentes que se mueren por abrazar el peligro que yo puedo proporcionarles. Tú también podrías divertirte un poco.

—Ya hay bastante escándalo asociado a nuestro apellido. No veo ninguna razón

para mancillarlo aún más.

—Y yo no veo ninguna razón para no aprovecharnos de nuestra notoriedad. Pero nos hemos desviado del tema. Estabas interesado en Fitzwilliam.

—No en él, *per se*, sino en su... —¿cómo explicarlo?—. ¿Es bueno para Mary? Su tía asegura que es de buen linaje, pero ¿basta con eso?

—A lo mejor deberías preguntárselo a ella cuando la veas.

A lo mejor.

Mary llevaba su caballo al trote por Rotten Row mientras se recriminaba por no haber acudido a la cita en el landó para que su tía y su prima hubieran podido acompañarla, pero Sebastian y ella habían montado a caballo a menudo siendo niños. No había vuelto a verlo desde la noche de la cena y, si bien no le debía ninguna consideración, sí sentía cierta obligación hacia él. No era lástima. Él no lo soportaría. Lo había visto en su gesto cuando no había podido impedir que los ojos se le llenaran de lágrimas durante el baile en que había aparecido. Quizás fuera una cuestión de caridad. Aunque eso tampoco le gustaría.

Los lores de Pembroke eran tema de conversación en todas las cenas y también lo habían sido en el baile de la noche anterior. Las damas de más edad habían hablado de cómo mantener a sus hijas alejadas de ellos. Las hijas habían hablado sobre cómo verlos.

Alguien había visto a lord Tristan entrar en una sastrería de la calle Regent. Otras veces era en una tienda de ropa para caballeros. Lord Rafe parecía tan ermitaño como Sebastian, pues nadie lo había visto. Entendían las reticencias del duque de Keswick para dejarse

ver, pero discutían sobre cómo hacer salir a los lores de su guarida. Los que más interés despertaban eran lord Tristan y lord Rafe.

A menudo pedían el consejo de Mary, como si conociera detalles íntimos de los hermanos. Sin embargo, ya no eran los chicos que ella había conocido, y no podía proporcionar mucha información cuando le preguntaban si iban a dejarse ver en sociedad.

Aunque dudaba que lo reconocieran, no estaba muy segura de que se alegraran de haber regresado. No les habían instruido en etiqueta ni, sobre todo, en los rituales de la discreción no enseñados a los niños. La reputación podía mejorar, o hundirse, en función de con quién se hablaba. La manera de bailar, de reír, de vestir, todo era minuciosamente analizado y comentado. ¿Una dama debía colocarse detrás de una planta, delante o al lado? ¿Debía parecer que deseaba desesperadamente bailar, o debía comportarse como si no quisiera ser molestada? Gestos triviales que tenían una gran importancia. Por experiencia propia, Mary sabía que la sociedad podía dar bastante miedo, y sospechaba que incluso hombres tan curtidos como los lores de Pembroke pronto lo descubrirían.

Aun así, cuando lady Hermione la había arrinconado la noche anterior para pedirle una vez más que intercediera en su favor para que los hermanos asistieran a su baile, decidió que no pasaría nada por transmitir el mensaje.

Vio a Sebastian a lo lejos montado en su caballo negro. Desde su posición, aunque no veía sus cicatrices, resultaba fácil de identificar. Su porte sobre el caballo era magnífico y montaba con confianza. Aunque no hubiera sabido de quién se trataba, lo habría identificado como un lord. Su porte erguido hablaba de confianza, de un hombre que sabía qué lugar ocupaba, alguien a quien no se debía faltar al respeto. Ya de niño había montado con esa elegancia. A Mary le resultó reconfortante comprobar que no todo había cambiado.

Sebastian guiaba el caballo hacia ella, como si la hubiera visto en cuanto hubo entrado en el parque, como si hubiera sabido exactamente dónde encontrarla. Ella detuvo el caballo al llegar a su

altura. Con las riendas en una mano, Sebastian se llevó la otra al ala del sombrero y ella supuso que se sentiría más cómodo ocultando su rostro. Tal y como había hecho en cada uno de sus encuentros, se había asegurado de ofrecerle a la vista el lado bueno.

—Lady Mary.

—Excelencia —ella deseaba verlo sonreír ante el tratamiento, oír su risa resonar en el parque.

—Dijiste que era urgente que nos reuniésemos.

—Quizás exagerara un poco —Mary se sonrojó y lo miró con gesto travieso—, pero tenía miedo de que, si me limitaba a pedirte que nos viésemos, encontrarías una excusa para no hacerlo.

Sebastian entornó el ojo y encajó la mandíbula. De no conocerlo desde niños, podría haberse sentido intimidada.

—¿De modo que tu nota fue una artimaña?

—Es por tu propio bien. Supongo que no creerás que bastará con asistir a la cena en casa de mi tía para ganarte un lugar en la sociedad. Necesitas dejarte ver. ¿Damos un paseo?

—Prefiero montar.

—Montemos, pues —Mary disimuló su decepción. Caminar facilitaba la conversación, pero por otro lado, ir a caballo sería mejor para su reputación.

Urgió a su caballo a reanudar la marcha. En lugar de dar media vuelta con el suyo, Sebastian lo condujo a su alrededor hasta colocarse junto a ella del lado bueno. A Mary le irritó que la considerara tan superficial.

—No me asustan tus cicatrices.

—Pero no hay motivo para obligarte a soportarlas habiendo una alternativa.

—Eres bastante obstinado.

—Lo aprendí de ti.

—Creo, Excelencia, que fuiste tú quien me enseñó a ser obstinada —Mary soltó una carcajada—. Yo era bastante sumisa de niña.

—Jamás, ni siquiera por un instante desde que nuestros pasos se cruzaron, fuiste sumisa.

Aunque las palabras hacían pensar en una broma, el tono de voz no. Como si Sebastian se estuviera obligando a cumplir con un papel que no encajaba del todo con él.

—No permitas que tu incomodidad durante el juego de salón te impida asistir a otros eventos —observó ella con tranquilidad.

—No lo ha hecho. He estado muy ocupado organizando mis asuntos.

—¿Por ejemplo? —lo desafió ella.

Sebastian encajó la mandíbula. Era evidente que no deseaba darle explicaciones, pero su larga amistad le impedía aconsejarle meterse en sus asuntos. Se lo debía y, si bien mandaría a cualquier otro al infierno, jamás lo haría con ella.

—Si tanto te interesa, mi tío compró varias cosas a crédito —le explicó sucintamente.

—La mayor parte de la aristocracia lo hace —el padre de Mary pagaba a sus acreedores anualmente.

—Sí, bueno, pues a mí no me gusta esa costumbre. He informado a los acreedores de que no recibirán más dinero de la casa de Keswick para abonar cualquier cosa que él haya comprado.

—¿Tiene sus propios fondos?

—No lo creo. Actualmente vive en una zona de categoría ligeramente superior a miserable —él la miró—. Supongo que considerarás que carezco de compasión.

—No, claro que no. Creo que tienes derecho a mostrarte así de duro en lo que a él se refiere. Pero me preguntaba... —Mary se interrumpió. No le resultaba fácil decir lo que tenía en mente.

—¿Qué, Mary? ¿Qué te preguntabas?

—¿Y si lo entendí mal? —ella se obligó a mirarlo a la cara—. ¿Y si hablaba de sacrificar unos pollos para la cena del día siguiente? No sé. ¿Por qué esperó tanto para reclamar el título?

—Para evitar que alguien sospechara de su juego sucio —Sebastian la observó con atención—. ¿Exactamente, qué oíste aquella noche?

Todo parecía tan lejano. Los recuerdos se habían ido borrando con el tiempo y, aun así, las palabras regresaron a su mente como si acabara de oírlas minutos antes.

—Alguien dijo: «los muchachos, milord, ya están en la torre. ¿Qué quiere que haga con ellos?». Y luego oí a tu tío responder: «pues, matarlos, por supuesto», y se rio. ¿Podría haber estado de broma? Mi padre no cree que hablara en serio. Ojalá supiera con quién hablaba.

—Yo diría que con uno de los hombres que nos llevó a la torre. No he visto a ninguno de ellos desde nuestro regreso. Debería consultar el registro de los empleados contratados y despedidos, para ver si consigo averiguar qué fue de ellos.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro. Los acompañamos como corderitos. Seguíamos aturdidos por la muerte de nuestro padre. Hasta que la puerta de la torre se

cerró y oí girar la llave en la cerradura no comprendí que pasaba algo. No sé cómo no me di cuenta.

Mary contempló la vegetación que les rodeaba. Allí se respiraba mucha paz y no resultaba fácil creer que hubiera tanta maldad en el mundo.

—¿Y por qué crees que vuestro tío quería haceros daño?

—Debería haberlo sospechado. Pero hasta que no estuvimos en la torre ni siquiera se me ocurrió que quizás hubiera matado a mi padre.

—¿No crees que tu padre muriera en un accidente a caballo? —
Mary lo miró boquiabierta.

—Golpeaste a un guardia en la cabeza y no eras más que una cría
—Sebastian la miró fijamente.

—Pero no murió. Al día siguiente regresé a Pembroke para asegurarme de que estuviera bien, y lo vi andando por ahí.

—¿Te das cuenta de la imprudencia que cometiste? —la reprendió él.

—Tenía que saberlo. No habría podido perdonármelo si hubiera muerto.

—A diferencia de mi tío que parece perfectamente capaz de vivir con ello.

—¿Tienes alguna prueba de que matara a tu padre?

—No, únicamente sospechas.

—Puede que nunca tengas pruebas, Sebastian.

—Soy consciente de ello, pero no descansaré hasta que pague por sus actos.

Mary comprendió que se había apartado de su propósito al pedirle que se reuniera con ella. Sentía las miradas sobre ella y se imaginó las especulaciones que se habrían desatado. Tiempo atrás, a ella no le habría importado, pero en esos momentos su reputación se extendía también a Fitzwilliam y no iba a hacer que se arrepintiera de haber pedido su mano. Jamás haría nada para avergonzarlo. Y, sin embargo, allí estaba flirteando al filo de la navaja. No le cabía la menor duda de que alguien le informaría de haberla visto en el parque montando con Keswick. Había permanecido demasiado tiempo allí.

—La condesa de Weatherly celebra un baile esta noche —le informó Mary—. Sé que recibiste una invitación —lady Hermione se la había hecho llegar por medio de un sirviente, a pesar de las objeciones de su madre—. Tus hermanos y tú deberíais hacer acto de presencia. Aunque solo sea un rato.

—¿Sigues cuidando de nosotros, Mary?

—Alguien tiene que hacerlo. De lo contrario la liaríais. Tu tío tuvo doce años para hacer amistades y ganarse la confianza entre la gente importante. No bastará con echarlo de tu casa. Hay gente a la que no le impresiona tu reclamación.

—No tengo necesidad de impresionar a nadie. La ley está de mi parte.

—Pero la sociedad no —espetó ella con brusquedad. Ojalá supiera cómo decírselo de modo más suave—. Supongo que, en algún momento, tus hermanos y tú querréis casaros. Querréis tener hijos. Si la sociedad no os acepta, poco importará tu título. Tu familia sufrirá el escándalo y los chismorreos.

—Estoy muy ocupado atendiendo otros asuntos.

—Sí, ya me lo has dicho, pero no puedes utilizar esa excusa para ignorar ese aspecto de tu título. Te vendrá muy bien ser bien considerado.

—¿Insinúas que no lo soy?

—No te conoce nadie, Sebastian. Todos especulan, chismorrear. Llegan a sus

propias conclusiones. Y, aunque a mi pesar, debo admitir que no resultan halagadoras.

Desgraciadamente, no he estado en Londres el tiempo suficiente para conseguir crédito para que mis palabras de apoyo hacia vosotros tengan algún peso.

—¿Y qué hay de tu prometido? —Sebastian se puso muy tenso—. ¿Tienen peso sus palabras?

—No tanto como el que tendrán cuando herede el título de su padre.

—Fitzwilliam —él pareció dudar antes de hablar—. ¿Es un buen hombre?

—¿Me crees tan boba como para elegir a un mal hombre? —ella lo reprendió con fingido enfado.

—Supongo que ha sido una pregunta sin sentido —al ojo azul asomó un destello de luz, como si le hubiera parecido gracioso, pero no supiera cómo proceder—. Siempre me gustó meterme contigo.

—Temí que te hubieras olvidado de mí —a Mary le había encantado hacer cosas con él.

—¿Con ese pelo rojo? ¿Cómo podría alguien olvidarte?

A Mary le sorprendió la desilusión que sintió al oír sus palabras. Le habría gustado que la recordara por algo más que sus cabellos. Le habría gustado que recordara cada aspecto de su persona, pero, sobre todo, le habría gustado que recordara lo bien que se habían llevado, lo estrecha que había sido su amistad, cómo habían reído juntos, cómo se habían dado un beso prohibido. Le habría gustado oírle reconocer que la había echado de menos tanto como ella a él.

Y comprendió que sus pensamientos se habían adentrado por un peligroso sendero. ¿Desde cuándo se había convertido en una egoísta, deseosa de ser el centro de la vida de Sebastian? Ella ya no podía ser el centro de su vida.

—Me temo que llevo demasiado tiempo aquí. Por favor piénsate lo de asistir al baile de los Weatherly. Te reservaré un baile.

Mary no sabía por qué había pronunciado las últimas palabras. Sebastian no le había dado la menor señal de que pudiera interesarle una oferta así, y empezaba a avergonzarse de haberla hecho. Además, estaba prometida y cualquier tipo de flirteo era inapropiado.

Antes de que él pudiera darse cuenta del color rojo con el que se le habían teñido las mejillas, lanzó a su caballo a un trote ligero.

No le había invitado a bailar por ella. Lo había hecho para intentar asegurarle un puesto en la sociedad, entre sus iguales, de un modo civilizado. Aun así, una parte de ella no podía evitar esperar que aceptara su ofrecimiento para bailar.

Capítulo 11

Acudir a ese maldito baile había sido un error, comprendió Sebastian casi de inmediato. Aunque no había ningún mayordomo para anunciar a los invitados, cuando sus hermanos y él llegaron se hizo un espeso silencio. Las madres se pegaron a sus hijas y los padres dieron un paso al frente para construir un muro invisible a su alrededor.

Los anfitriones, lord y lady Weatherly, se acercaron cautelosos. Junto a ellos, una joven belleza rubia resplandecía excitada con la mirada clavada en Tristan. Sebastian se censuró a sí mismo al pensar en cómo él mismo habría podido despertar esa misma reacción. Además de ser muy atractivo, poseía un título. Habría sido él el hermano más solicitado, no su gemelo. Sin embargo, Mary tenía razón: su regreso a la sociedad pasaba por hacerse ver.

Incluso Rafe, a pesar de todas sus protestas en contra, había reconocido la importancia de acudir al baile.

Los tres iban impecablemente vestidos con frac, camisa blanca y corbata negra. Lo único que llevaban diferente era el chaleco. El de Sebastian era gris, el de Tristan azul marino y el de Rafe verde. Su criado le había arreglado el pelo, pero seguía siendo demasiado largo para la moda. Sus hermanos también se habían arreglado, aunque tampoco iban del todo a la moda.

—Excelencia —saludó fríamente lord Weatherly—. Milores. Les doy la bienvenida a Camden House.

—Nos sentimos honrados por haber sido invitados —le aseguró Sebastian.

—Ha sido un placer —lady Weatherly se volvió bruscamente hacia la rubia, presumiblemente su hija, que se sonrojó violentamente antes de hacer una reverencia.

—Disculpe mi atrevimiento, lord Tristan, pero me he permitido reservarle un baile ante la previsión de que asistiera a la fiesta.

—Me gustan las mujeres atrevidas —asintió Tristan, acompañando sus palabras de una traviesa sonrisa.

Lord Weatherly encajó la mandíbula y su esposa dio un respingo.

—Soy lady Hermione —continuó su hija.

—Estoy deseando poder susurrar su nombre.

La chica parecía a punto de desmayarse y su padre parecía a punto de abofetear a Tristan. O al menos de intentarlo. Sebastian dudaba que el hombre consiguiera alcanzarlo antes de que su hermano lo hiciera aterrizar en el suelo.

—Milord... —empezó lord Weatherly.

—Me refería únicamente durante el baile, por supuesto —le interrumpió Tristan—.

¿Y eso cuándo será, milady?

—Dentro de dos bailes.

—Contendré la respiración hasta entonces.

Con una rápida reverencia, la joven se escabulló agitando las manos a tal velocidad que no necesitaba abanico.

—Tranquilo, Weatherly —Sebastian se dirigió a su anfitrión—. Es demasiado joven para mi hermano y ya tenemos bastantes escándalos en la familia como para provocar uno más.

—No es más que un coqueteo inocente, Weatherly —le aseguró Tristan.

—Si desean que les presente... —lady Weatherly se interrumpió al observar la expresión tensa de su esposo.

—Estoy seguro de que nos las arreglaremos por nuestra cuenta —Sebastian sospechaba que la mujer tampoco tenía muchas ganas de hacerlo—. Ya he visto unos cuantos rostros familiares —no tenía ni idea de quién demonios eran esas personas, pero recordaba haberlas visto en el baile celebrado por su tío. Y también había unas cuantas a las que había conocido durante la cena en casa de lady Ivers. Esa mujer les había prestado un gran servicio.

Lady Weatherly no podría haber parecido más aliviada ante sus palabras, salvo que le hubiera anunciado su partida. Tras dedicarles una reverencia a sus anfitriones, pasó frente a ellos y se adentró en el salón, donde localizó un rincón en el que poder ocultarse entre las sombras.

—Bueno, parece que hemos vuelto a llamar la atención —murmuró Tristan lacónicamente.

—No somos conocidos y despertamos curiosidad —contestó Sebastian mientras recorría el salón de baile con la mirada.

Un hombre se acercaba a él. A diferencia de los demás invitados, no parecía ni curioso ni intrigado, sino muy confiado. Llevaba los cabellos negros perfectamente arreglados. A medida que se acercaba, los ojos color esmeralda llamaron la atención de

Sebastian. Ya los había visto antes.

—Keswick —el hombre se detuvo ante él—. Milores...

—Lo siento, caballero —Sebastian sacudió la cabeza—. Me resulta familiar, pero...

—Ainsley. Nuestros caminos se cruzaron en Eton hará algunos años.

—Solo estuve allí un año. No es posible que me recuerde.

—Debo admitir que dudo que le hubiera reconocido si alguien no le hubiera señalado. Tengo entendido que luchó en Crimea.

—En efecto.

—Mi hermano regresó el pasado otoño para recuperarse de sus heridas. Un asunto endemoniadamente horrible. Me alegro que regresara a casa.

—Gracias, Ainsley —Sebastian se preguntó si Ainsley lo habría oído todo. Seguro que sí, pero no parecía de los que especulaban o chismorreaban.

—Si me disculpan, caballeros, debo marcharme.

—La noche aún es joven —observó Rafe.

—No suelo asistir a esta clase de eventos, pero, cuando lo hago, me marchó tras bailar la primera pieza. Así hay menos peligro de

infundir esperanza a las madres.

Caballeros —el hombre salió del salón de baile sin detenerse.

—¿Ainsley? —murmuró Tristan.

—Un duque extremadamente acaudalado y poderoso —le ilustró Rafe.

—Supongo que los conocerás a todos —insistió su hermano.

—A casi todos. Algunos pertenecen a mi club, aunque no es el caso de Ainsley. El que haya hablado contigo te proporcionará prestigio.

—Y ha retrasado mi búsqueda de la encantadora lady Hermione —se quejó Tristan

—. Si me disculpáis, creo que está a punto de iniciarse nuestro baile.

—Ten cuidado con ella, Tristan —le ordenó Sebastian—. Es una dama, no una buscona.

—No soy tan bárbaro como parece creer. Sé que esta noche se nos juzgará por nuestras acciones.

—No pretendía insultarte.

—No me lo he tomado como un insulto.

Pero Sebastian veía claramente la mentira en los ojos de su gemelo. Y, mientras Tristan se alejaba, pensó que lo último que necesitaba era provocar una disputa con la única persona que parecía comprender plenamente la importancia de lo que estaban haciendo. No, eso no era del todo exacto. Mary también tenía una idea bastante aproximada.

—Creo que voy a buscar el salón de juegos de mesa —anunció Rafe.

—Tenemos que hablar.

A punto de alejarse, Rafe se detuvo y miró a su hermano.

—Quiero que me cuentes lo que sucedió mientras estuve ausente —comenzó Sebastian—. Quizás, cuando haya acabado la fiesta, puedas pasarte por Easton House a tomar una copa y charlar un rato —Rafe no había regresado a la casa desde la mañana en que su hermano había tomado posesión de ella.

—No creo que sirva de nada que lo sepas todo, y sospecho que encontrarías mi compañía insoportable. Me quedaré el tiempo necesario para causar una buena impresión perdiendo una modesta suma de dinero.

—¿Puedes garantizar que perderás?

—Puedo garantizarte cualquier resultado que desee. Pero los hombres serán más magnánimos con nosotros si no les vaciamos los cofres. En cuanto me haya ocupado de eso, me marcharé.

Sebastian dejó que su hermano se marchara, sin hacer ninguna objeción. Y entonces vio el verdadero motivo de su asistencia a la velada. Mary. Había querido verla vestida una vez más en traje de noche. Había querido verla bailar, ver el brillo asomar a su mirada mientras se divertía. Como siempre, el color de sus cabellos lo encandiló. Los llevaba recogidos en un moño, dejando el grácil cuello de cisne al descubierto. Todo en ella era grácil. Ya no era ese chico que había corrido con él por los campos, que había trepado por los árboles o que lo había desafiado para entrar en la madriguera de un tejón. A Dios gracias, el tejón no había estado en casa.

Lo había tentado con cosas de niños, pero en esos momentos temía que podría tentarlo con cosas mucho más serias. Cosas que no debería desear de ella, que no merecía recibir de ella. Mary se merecía la elegancia de esa vida. Los bailes y las veladas. Las damas se detenían junto a ella para intercambiar brevemente unas

palabras. Era solicitada, apreciada, amada. Un caballero la miró con gesto de admiración. ¿Cómo no admirarla? El vestido, de color rosa pálido con un ribete de color esmeralda dejaba los hombros y el comienzo del escote al descubierto, y se ajustaba a la diminuta cintura. Los guantes blancos

de cabritilla llegaban más arriba de los codos. Sebastian recordó fugazmente unos esbeltos brazos. Era evidente que se habían transformado en algo mucho más seductor.

Otras tres damas se unieron al grupito de chismosas pendientes de Mary. Sin duda hablaban sobre algún escándalo. Una señaló con el abanico hacia el grupo de invitados que bailaba, entre los que se encontraban Tristan y lady Hermione. No podía negarse que su hermano sabía moverse en la pista de baile, pero también era evidente que sujetaba a la dama con excesiva firmeza. Ella, desde luego, no parecía objetar y lo miraba con una resplandeciente sonrisa que habría bastado para iluminar todo el salón en caso de apagón.

«Cuidado, Tristan», Sebastian murmuró una advertencia hacia su hermano. «Si no tienes cuidado, te vas a encontrar con una pistola apuntándote a la cabeza y un ministro de la iglesia ante ti».

Esas no eran las chicas de Rafe, que no esperaban nada de un caballero, aparte de un rápido revolcón. No, esas damas esperaban, y se merecían, todo.

Otro abanico apuntó hacia él y devolvió su atención al grupo de señoritas. La dueña del abanico lo abrió y ocultó el rostro tras él, como si se avergonzara de haber sido descubierta en un comportamiento tan poco refinado. O quizás le había asustado la mirada del duque. Sin duda, la joven estaba más a gusto con el chismorreos cuando el objeto de sus comentarios no le prestaba atención. No reconoció a ninguna de las damas de la cena.

Había muchas personas a las que conocer.

Mary se volvió hacia él y sonrió. A Sebastian le habría gustado creer que la sonrisa obedecía al placer de haberlo visto, pero era mucho más probable que estuviera reaccionando a algún comentario hecho por una de las damas. Tras intercambiar algunas palabras más, Mary avanzó hacia él.

Sebastian rezó para que no fuera a reclamar su baile.

Para Mary, las cicatrices que atravesaban el rostro de Sebastian eran el símbolo del coraje. Pero era evidente que él opinaba de otro modo, pues, como solía hacer siempre que se veían, ocultó el lado izquierdo entre las sombras. Lo que no podía ocultar era la anchura de sus hombros o la fuerza de su mandíbula. No podía ocultar su regio linaje o su impaciencia. Se notaba que estaba allí por obligación, con una misión. Necesitaba transmitir un mensaje.

El duque de Keswick había reclamado lo que le había sido robado, pero Mary no podía evitar sentir que Sebastian aún no lo había conseguido todo. Los títulos, sí. Las tierras, la residencia de Londres. Pero quedaba mucho más, algo que no podía ser definido fácilmente. Temía que eso se le siguiera negando. Por eso le había sugerido que asistiera al

baile de aquella noche. Pero no le servía de nada esconderse por las esquinas y asustar a las jóvenes doncellas.

—No pensé que fueras tan tímido —declaró ella cuando se detuvo frente a él.

—Solo estaba reconociendo el terreno.

—Pues la intensidad con la que lo haces resulta bastante intimidante. Las jóvenes no se atreven a pedir ser presentadas. Tienen miedo de que les muerdas, aunque yo les he asegurado que solo ladras.

—No estés tan segura de eso.

No había rastro de broma en su voz. Al desaparecer de su vida, Mary había temido que Sebastian hubiera perdido su alma y su corazón. Suponía que tenía buenos motivos para sentir tanta amargura, y eso hacía que no fuera un buen candidato para tener compañía.

—Deberías intentar suavizar tu gesto. Incluso los lores se muestran desconfiados.

—Y, sin embargo, aquí estás, enfrentándote al ogro.

—No eres ningún ogro. Un poco reservado, lo cual es comprensible, dadas las circunstancias. ¿Hay alguien a quien te gustaría que te presentara?

—Esta noche me limito a observar.

—Eso no servirá. Quizás te sientas más cómodo en cuanto bailemos.

—No tengo ninguna intención de bailar.

Mary intentó disimular el efecto que le producía su rechazo, lo mucho que había soñado con tener una excusa para estar cerca de él. De niños solían bailar con entusiasmo en las ferias del pueblo, pero apenas habían pasado de tomarse de la mano y correr en círculo. Se preguntó si él lo recordaría.

—¡Qué pena! Te había reservado un vals.

—Pídeselo a Tristan. Parece estar muy a gusto bailando.

Ella miró hacia la pista de baile y lo vio bailar con su prima, lady Alicia.

—Mi prima a menudo se queja de lo aburridas que son estas veladas. Sospecho que esta noche no lo hará. Espero que la cuide bien. Parece entusiasmada.

—Me gustaría poder tranquilizarte, pero no puedo decir que confíe plenamente en el carácter de mi hermano.

Mary se volvió y se encontró con la mirada de Sebastian fija en ella. Mientras ella había estado mirando a los jóvenes que bailaban, él la había estado mirando a ella. La sensación era muy extraña. Sebastian no flirteaba, pero la intensidad de su mirada hacía que su mente se desviara hacia derroteros prohibidos. ¿Y si él no se hubiera ido? ¿Y si doce años atrás el destino no se hubiera confabulado para obligarles a separarse? Sus caminos habían vuelto a encontrarse, pero el encuentro no había sido fácil, como un paseo en el bosque. Más bien se parecía al choque entre un prado luminoso y una montaña rocosa.

Extraña analogía surgida en su mente, y que le produjo la sensación de que la vida nunca iba a ser sencilla para Sebastian. Otra cosa más que había perdido.

—¿Tus hermanos te resultan tan extraños como el resto de nosotros? —preguntó ella.

—En algunos aspectos —con cierta turbación, Sebastian añadió solemnemente—.

Te has puesto la gargantilla.

—Sí —Mary se llevó la mano al cuello. Había elegido ese vestido para acentuar la belleza de la esmeralda, consciente de que también resaltaba el verde de sus ojos—. Es preciosa. Te pido disculpas por no agradeceros a ti y a tus hermanos vuestra amabilidad.

—No te habríamos hecho ningún regalo de no ser por el valor que mostraste —él soltó una oscura carcajada, que no se vio acompañada de ninguna sonrisa.

—Sospecho que habrías encontrado el modo de frustrar los planes de tu tío.

—Eso nunca lo sabremos. Gracias a ti.

Sebastian negaba su propia inteligencia en beneficio de ella. Y, sin embargo, ella había actuado sin ningún plan, sin reflexionar. Aun así, no podía quejarse de los resultados.

Estaban allí.

—Querida.

Mary se volvió ante la familiar voz y sonrió, censurándose a sí misma por las especulaciones que leía en los ojos de Fitzwilliam. Había superado el tiempo tolerable de conversación en solitario con Sebastian. No era un comportamiento digno de una mujer prometida y no quería que él dudara de su lealtad.

—Fitzwilliam.

—He venido a reclamar mi baile.

—Lo siento, me distraje. No sé qué haría si tú no llevaras la cuenta.

Su prometido no sonrió ante el tono de broma y Mary no podía culparle por ello. Se volvió hacia Sebastian y le dedicó una significativa mirada. Seguro que comprendería la

necesidad de saludar a Fitzwilliam.

—Fitzwilliam —Sebastian asintió.

—Excelencia. Me atrevo a confesarle que estaba disfrutando de un juego de cartas hasta que su hermano me dejó sin blanca. Parece tener mucha suerte con las cartas.

—Todos tenemos algo en lo que destacamos.

La tensión entre ambos hombres podía cortarse con un cuchillo. Mary dudaba que Sebastian se mostrara receloso hacia cualquiera que no hubiera sido desposeído de su fortuna y posición en la

sociedad. En cuanto a Fitzwilliam, ¿estaba celoso? Sinceramente no sabía si sentirse halagada o irritada.

—Hace mucho más que destacar —insistió Fitzwilliam.

—Si le está acusando de algo, dígalo claramente.

La tensión seguía subiendo. Mary posó una mano sobre el brazo de su prometido para recordarle su presencia. Tenía los músculos duros como una piedra. No le gustaba Sebastian, era evidente, pero era lo bastante listo para no olvidar la agilidad con la que se había movido hacia su tío aquella noche al sentirse ofendido por sus palabras.

—No era más que un cumplido —contestó Fitzwilliam al fin mientras empezaba a relajarse.

—Se lo diré a mi hermano.

—Por favor, hágalo. Y ahora, si nos disculpa, llega mi parte preferida de la velada.

—Me alegra haberla visto de nuevo, lady Mary —Sebastian se volvió hacia ella.

—El placer ha sido mío, Excelencia. Espero que reconsidere lo del baile. Las damas siempre son más numerosas que los caballeros. Estoy segura de que no le va a faltar pareja de baile.

—¿Estabas intentando convencerle para bailar? —Fitzwilliam se llevó a Mary antes de que Sebastian pudiera responder.

Ella percibió claramente el fastidio en su voz y supuso que no podía culparle por sentirse así, aunque una dama prometida, incluso casada, podía bailar con otros hombres.

—Lo que intentaba era que dejara de formar pareja con las macetas. No se siente a gusto aquí.

—No veo por qué debería preocuparte eso. Actúas como si hubieras adoptado un

animalito abandonado. Primero te aseguras de que tu tía lo invite a cenar, y luego a esta velada.

—La invitación de esta noche corrió a cargo de lady Hermione.

—¿Afirmas que no has tenido nada que ver con su presencia aquí? ¿Insinúas que os encontrasteis casualmente en el parque y que no fue un intento de convencerle para que viniera hoy?

¿Lo sabía? Por supuesto que lo sabía. En Londres no sucedía nada que no fuese ampliamente comentado.

—Le estaba haciendo un favor a lady Hermione.

—¿Ella quería que viniese?

—Ella quería que viniese lord Tristan. Pero yo sabía que solo vendría si lo hacía Keswick.

—Y es evidente que tú sientes mayor inclinación hacia el duque que hacia su hermano.

—Somos amigos de la infancia. Ya lo sabías. Y también sabes que es imprescindible que se deje ver en estas veladas para ser aceptado.

—Sigo sin entender por qué te importa eso.

—Por nuestra amistad. Comparto las preocupaciones de mis amigos, sean hombre o mujer.

—Pues no olvides que me perteneces —Fitzwilliam la tomó del brazo sin apartar la mirada de sus ojos.

—Nunca te habías mostrado tan posesivo —ella lo miró con ojos desorbitados.

—Te pido disculpas. Contigo me sale la vena celosa. Me temo que no me enaltece.

—Y también eres bastante competitivo. Sospecho que no te gustó perder dinero en la sala de juegos de mesa.

—Mi único consuelo es que no fui el único. Esos hermanos son unos lores bastante atípicos.

—Tampoco es que hayan tenido una infancia o unas experiencias típicas.

—Tu corazón es demasiado blando, Mary. Ten cuidado o te lo romperán.

La advertencia había llegado demasiado tarde, pues su corazón ya sufría por Sebastian mientras se preguntaba cómo podía hacer que se sintiera más a gusto. La vida le había puesto demasiados obstáculos en su camino. Y, al parecer, aún no había terminado.

Capítulo 12

Sebastian admitió a regañadientes que le habría gustado que Mary sonriera menos mientras bailaba con su prometido. Se había vuelto un bastardo egoísta. La relación de Mary con Fitzwilliam no suponía ningún peligro para la amistad que mantenían desde niños.

—Encantadora, ¿verdad?

La dulce voz provenía de su flanco izquierdo y Sebastian maldijo a la mujer por abordarle por su lado ciego. ¿Cuánto tiempo llevaría allí observándolo? Con gran dificultad para controlar su irritación, se volvió hacia ella para poder verla. De inmediato, lamentó su enfado.

—Lady Ivers —tomando la delicada mano enguantada, le besó la punta de los dedos.

—¿Por qué desperdicia sus encantos con una vieja como yo? —la condesa se sonrojó—. ¿Por qué no está bailando?

—No es tan vieja.

—Tonterías —la mujer devolvió su atención al abarrotado salón de baile.

Sebastian deseaba hacer lo mismo, pero, si giraba la cabeza, dejaría de ver a la tía de Mary.

—Ha evitado mi pregunta —insistió ella.

—Hace muchos años que no bailo.

—Eso no se olvida. Forman una pareja interesante, ¿verdad? Mi sobrina y Fitzwilliam.

—¿Acaso no lo aprueba? —a Sebastian le pareció curiosa la elección de palabras de lady Ivers.

—Desde luego no lo desapruedo. Pero les observé durante la cena de la otra noche.

Entre usted y Mary hay algo.

—Amistad —se apresuró a contestar él.

—Una buena base para un matrimonio.

—Ella está prometida.

—Lo está, y a su padre le gusta, pero me temo que solo busca la seguridad de su hija. Como bien sabrá, su sobrino heredará todo cuando mi cuñado muera. Y creo que no confía en la fortaleza de su carácter, o en su generosidad. Winslow teme que le quede poco en este mundo. Su hermano murió a los treinta y ocho años. Su padre a los cuarenta. No me gusta hablar de ello, pero en su familia los corazones no son muy resistentes. Aun así, mi hermana vio en él a alguien digno de amar. Le expliqué a Winslow que no necesitaba apresurarse en casar a Mary. Siempre tendrá un lugar en mi casa, pero creo que desea verla asentada. Y Fitzwilliam proviene de una

buena familia. Ella será feliz, estoy segura. Y, si no lo es, su marido tendrá que vérselas conmigo.

—Mary es afortunada por tenerla como defensora —a Sebastian cada vez le gustaba más esa mujer.

—Soy yo la afortunada por tenerla como sobrina —la condesa le dio una palmada en el brazo—. No permita que las viejas chismosas le impidan disfrutar de esta velada. Si hay algo de lo que estoy segura es de que un caballero que ha lucido el uniforme siempre será un buen bailarín.

Pero no cuando su visión estaba comprometida.

—Inténtelo, Excelencia.

Durante un momento, Sebastian temió que la mujer estuviera insinuando que la invitara a bailar, pero, tras darle otra palmada en el brazo, se marchó. Sin duda en su juventud había hecho que muchos hombres volvieran la cabeza. Tal y como hacía Mary.

Al devolver la mirada al salón de baile, rechinó los dientes. Pues la vio en brazos de Tristan, bailando elegantemente al ritmo de la música. Su hermano estaba triunfando con las damas. No debería molestarle tanto que bailara con Mary. Tristan la conocía mucho mejor que a cualquiera de las otras damas. Pero no le gustaba cómo la miraba con los ojos entornados. De repente, las miradas de los dos hermanos se cruzaron y Sebastian leyó claramente el mensaje de su gemelo.

«Atrévete a interrumpir».

¡Maldito fuera!

Lady Ivers estaba en lo cierto, los soldados eran conocidos por bailar bien. Sebastian siempre lo había considerado una tontería. El lugar de un soldado estaba en el campo de batalla, pero de él se

esperaba que reflejara su gloria en la pista de baile. Había bailado con

no pocas hermosas damas. Incluso había disfrutado, pero tener a Mary en sus brazos sería sin duda una experiencia que superaría a todas las demás. ¿Sería muy difícil bailar el vals sin hacer grandes giros? Quizás podría reclamar para sí un pequeño trozo de la pista.

La tía de Mary había lanzado el guante, bruja astuta. La vio mirándolo, retándolo.

Un baile. A eso sí sobreviviría.

A fin de cuentas, había sobrevivido a la carnicería de la guerra.

Tras bailar con Tristan, Mary se retiró a una esquina para hablar con lady Alicia. Y

habló y habló y habló con ella. Parecía haber encontrado su lugar en el mundo y tener la intención de quedarse allí para siempre. A pesar de la sensación de incomodidad que lo dominaba, Sebastian se cuadró de hombros y avanzó como si fuera al encuentro del enemigo. Tarde o temprano iba a tener que hablar con lady Alicia. Mejor hacerlo cuanto antes.

Antes de llegar a la altura de Mary, ella se volvió y sonrió. Sin duda, su prima le había avisado de que se aproximaba.

—Excelencia —saludó Mary.

—Lady Mary —él inclinó ligeramente la cabeza—. Lady Alicia.

—Excelencia —respondió la prima de Mary con un ligero temblor en la voz y mientras las mejillas se le coloreaban—. Le pido disculpas por el desastre de la otra noche, le aseguro que...

—Déjalo, Alicia —murmuró Mary—. Estoy segura de que Keswick ya lo ha olvidado.

—No veo cómo podría olvidarlo.

—Ya está olvidado —le aseguró él.

—Fui una tonta.

—Ya está. Olvidado —insistió Sebastian con toda la firmeza de la que fue capaz.

—En serio que no quería hacerle daño.

¡Por el amor de Dios! ¿Iba a tener que pedirle a esa niñata que bailara para convencerla de que la mentira era verdad?

—No hubo ningún mal.

—Aun así, fue inadmisible...

—Alicia —interrumpió Mary en tono suplicante.

—Hacerle sentirse incómodo en nuestra casa. Yo...

—Quizás más tarde me honraría con un baile —sugirió Sebastian forzadamente.

—Sí, por supuesto —Alicia abrió los ojos desmesuradamente, pero al menos mantuvo la boca cerrada. Rápidamente, empezó a repasar su carnet de baile.

Mary miró a Sebastian y le sonrió dulcemente, al parecer complacida con el modo en que había manejado la incómoda situación. Esa sonrisa compensaría toda la agonía que sufriría ante los temidos movimientos en la pista con su prima, sobre todo porque no era con ella con quien deseaba realmente bailar. Sostuvo la mirada de Mary. No había ojos más expresivos en toda Gran Bretaña. Ella lo atraía, le hacía creer que todo era posible, que podría atravesar el salón de baile... si era a ella a quien sostenía en sus brazos. Y de repente lo deseó con una ferocidad que solo había experimentado en la batalla, cuando cargaba contra el enemigo,

cuando la derrota no era ni siquiera una opción. Pensó en lo que sentiría al tenerla tan cerca durante unos breves instantes, sabiendo que no podría tenerla para siempre. Sería como encontrar un pedacito de cielo en su infierno, y sufriría por ello cuando hubiera terminado, pero durante unos breves instantes...

—¿Una cuadrilla? —exclamó lady Alicia, interrumpiendo sus pensamientos—.

¿Sería posible una cuadrilla?

—Sí.

—Estupendo —la joven lo anotó en su carnet de baile con profunda concentración antes de levantar la vista—. ¿Lo anoto en su carnet?

—Lo recordaré —los caballeros solían llevar una tarjeta en sus chaquetas para anotar el nombre de sus parejas de baile. Como él no había contado con bailar, no había llevado ninguna.

—Me muero de ganas de que llegue el momento.

—Yo también —¿desde cuándo era un experto mentiroso? Sebastian se volvió hacia Mary—. Esperaba que tú también me honraras con un baile.

—Me encantaría. Y da la casualidad de que ahora mismo estoy libre.

Sebastian le ofreció su brazo y ella apoyó una mano sobre él. Mientras caminaban hacia la pista de baile, él observaba a las parejas con creciente confianza. Le bastaría con

controlar a quiénes les rodeaban.

Pero cuando por fin la tuvo en sus brazos, lo que menos le importó fue lo que tenía a su alrededor. No se había dado cuenta de lo estrecha que era su cintura hasta que posó una mano sobre ella. Dado que era una mujer muy alta, no tenía ninguna dificultad para

mirarla a los ojos. Unos ojos que brillaban mientras los labios se curvaban en una sonrisa de placer.

No quedaba mucho de la chicazo que había sido. Se había transformado en una joven reservada, cortés, una dama que cualquier caballero estaría orgulloso de tener como esposa.

—Has sido muy amable con ella —susurró con dulzura.

—¿Debería haberme comportado como una bestia?

—No te creo capaz de algo así.

—¿Alguna vez tienes la sensación de que no nos conocemos realmente?

—A menudo, y aun así hay momentos en los que me siento como si no hubiera nada sobre ti que yo no conozca. Pero no estaba segura de que me pidieras un baile.

—Tu tía insistió.

—No hace falta que seas siempre tan sincero con tus respuestas — la sonrisa de Mary se hizo más amplia—. Me has roto el corazón.

—Jamás tuve intención de hacerte daño, Mary.

—Lo he dicho de broma —los ojos verdes lanzaron un destello—. No seas siempre tan serio, Sebastian.

—Me temo que no sé ser de otro modo.

—Al menos podrías intentar sonreír.

—Ya lo hice. Una vez, después de ser herido. El aspecto es horrible y reventé el espejo en el que me miraba. Tú quieres que me muestre civilizado, pero no estoy seguro de ser capaz de ello.

—Este baile ya es un comienzo —la sonrisa de Mary se esfumó, pero le apretó más la mano—. Limítate a disfrutar.

Mary tenía razón. Sebastian deseaba ese momento y debería disfrutar de él. Sin conversaciones que le distrajeran, se dejó llevar.

La maldita peca de la parte superior del escote llamaba su atención constantemente.

Si le hubiera preguntado por ella, sin duda perdería el interés rápidamente. Pero ¿cómo

formular una pregunta así? «Me he fijado en tu pecho...».

Lo cierto era que se estaba fijando en todo. Ninguna otra dama en aquel salón podía compararse a ella.

De repente tropezó con alguien y, al perder el equilibrio, pisó el bajo del vestido de Mary. Se oyó un desgarrón, seguido de una exclamación ahogada de Mary.

—Fíjese por dónde... —exclamó una familiar voz antes de interrumpirse.

Sebastian se volvió y se encontró de frente con Fitzwilliam.

—Le pido disculpas, Excelencia —se excusó el prometido de Mary—. Soy yo quien debería haberme fijado por dónde iba.

Las implicaciones eran evidentes, Sebastian estaba discapacitado. Un enorme deseo de plantar su puño sobre el rostro del hombre lo poseyó. Y de no haber sido por la mano que Mary apoyó en su brazo, quizás habría hecho algo que lamentaría después.

—Necesito ocuparme de esto —Mary se agarraba la tela del vestido por la cintura

—. ¿Serías tan amable de acompañarme fuera de la pista de baile?

¿Amable? Él no era amable. Aun así, complació los deseos de su amiga.

—No parece que tenga arreglo —observó él.

—Parece peor de lo que es. Seguro que habrá una costurera en la sala de descanso que se ocupará de todo. Las damas siempre se están pisando los bajos de los vestidos.

—Sabía que bailar sería una horrible experiencia. Siento haberte sometido a ella.

Estaban lejos de las parejas que bailaban, cerca de la puerta que les conduciría hacia las escaleras.

—No seas tonto. Me ha gustado. Y espero tener la oportunidad de volver a bailar contigo.

«Nunca. Jamás», se juró Sebastian para sus adentros, aunque se limitó a asentir antes de alejarse de ella.

Por suerte la costurera estaba libre y tenía los dedos ágiles. En poco tiempo, Mary había regresado al salón de baile. Avistó a su presa junto a un grupo de caballeros y, tras

fijar una sonrisa en el rostro, se acercó al grupo con toda la elegancia de que fue capaz.

—Caballeros, disculpen mi intrusión —la sonrisa se hizo más amplia y fue acompañada de un vertiginoso aleteo de las pestañas—. Milord Fitzwilliam, ¿podemos hablar un momento?

—Enseguida. En cuanto haya terminado...

—Es importante. Me temo que no puede esperar.

—Los hombres son tontos —observó lord Chesney— cuando prefieren perder el tiempo charlando con otros hombres en lugar de disfrutar de la compañía de una hermosa mujer.

—Por supuesto, tiene toda la razón —Fitzwilliam asintió y le ofreció su brazo a Mary.

—Lo hiciste a propósito —en cuanto estuvieron lejos de las miradas curiosas, ella permitió que su ira saliera a la superficie.

—¿Qué dices, mi vida?

La fingida inocencia de su prometido solo consiguió incendiar más a la joven.

—Te chocaste con Keswick.

—¡Qué idea tan absurda! Él se cruzó en mi camino. Pero, como el caballero que soy, asumí la culpa para ahorrarle la humillación.

—No le ahorraste nada.

—No te dirijas a mí en ese tono. Vas a ser mi esposa.

—Eso no me convierte en tu propiedad.

—Según la ley, sí —Fitzwilliam cerró los ojos con fuerza antes de suspirar y volver a abrirlos—. Por el amor de Dios, ¿qué estamos haciendo, Mary? Tuvimos un pequeño encontronazo en la pista de baile que no se merece este enfado ni tus recriminaciones.

Chocar contra él también habría servido para avergonzarte a ti. Jamás haría tal cosa —le acarició la mejilla—. Eres demasiado valiosa para mí.

Era lo más cerca que había estado jamás su prometido de asegurar que tenía fuertes sentimientos hacia ella. Que le importaba no le cabía duda, pero jamás había verbalizado la intensidad de sus afectos. Al parecer pocos hombres lo hacían. Para ellos bastaba con las acciones, y Fitzwilliam siempre le había demostrado el cariño que sentía hacia ella.

Lo cierto era que, sin duda, el incidente había sido provocado por Sebastian. La había estado mirando con tal atención que apenas había podido respirar. Durante unos segundos le había parecido que no había más personas que ellos dos en ese salón de baile, en el mundo entero. Mary se había dejado llevar por ese hombre, por su fuerza, su masculinidad tan aparente que hacía que los demás hombres parecieran faltos de ella.

Considerándolo, el brusco final del baile se había producido en un momento muy oportuno, antes de que hubiera hecho el ridículo pidiéndole que la acompañara a la terraza para disfrutar de unos momentos de intimidad. No sabía qué habría sucedido, pero no habría terminado bien.

—Te pido disculpas por la acusación —se excusó ella con gesto compungido.

—No hace falta. Y ahora, regresemos a la fiesta antes de que nuestra ausencia sea evidente. No quisiera ver mancillada tu reputación antes de la boda.

—Ni después, espero —Mary sonrió burlona y él le devolvió otra sonrisa que encerraba una promesa de pasión.

—Debo admitir que me muero por poder tenerte a solas —le susurró Fitzwilliam al oído.

No había posibilidad de confusión. Apenas había pensado en la intimidad del matrimonio y sintió que las mejillas se le incendiaban. Estaba segura de que hallaría placer en su lecho, pero, de repente, se preguntó si con eso bastaría.

No pertenecía a ese ambiente, reflexionó Sebastian. Jamás lo haría. No en resplandecientes salones de baile donde damas y caballeros flirteaban, bailaban y reían. Las despreocupadas conversaciones le herían profundamente pues, para él, nada había sido fácil. Tenía solo veintiséis años, pero se sentía como si tuviera el doble.

Tras el desastre con el vestido, fue en busca de lady Alicia y le explicó que lamentaba tener que renunciar a su baile. Ella se limitó a sonrojarse y a balbucear que lo entendía antes de desaparecer. Sin duda había sido testigo de la poca elegancia que había exhibido con su prima y se sentiría aliviada de librarse de un destino parecido. Tras conversar con algunos lores sobre asuntos triviales como el clima, la agricultura y las ponencias en el parlamento, se dirigió al salón de juegos de mesa. No vio a Rafe allí. Al parecer se había marchado. Su hermano se sentía tan poco a gusto en esos ambientes como él mismo, pero le habría gustado que le hubiera comunicado su intención de irse por si hubiera querido acompañarlo.

No lo habría hecho. Habría sido una cobardía marcharse al poco de llegar. Optó por

dar un paseo por el jardín. Nadie podría recriminarle por buscar un poco de aire fresco. A su olfato llegó un intenso aroma a rosas que, sin duda, poblaban el jardín. De diversos rincones llegaba el sonido de murmullos y se preguntó si Tristan sería uno de los protagonistas. No lo había vuelto a ver desde que abandonara el salón de baile y esperaba que no cometiera alguna estupidez que lo obligara a casarse antes de finalizada la temporada.

Le ponía furioso conocer tan poco a sus hermanos. Sabía que le eran leales, pero eso les había sido inculcado por su padre. Él era el heredero y le debían lealtad. Aparte de eso, apenas sabía nada de ellos. Despreciaba a su tío por haberle robado eso también. Sus hermanos y él estaban unidos por lazos de sangre, pero apenas habían compartido experiencias. Ninguno parecía querer hablar de los años que habían vivido separados, aumentando aún más la desunión entre los tres.

Por suerte aún le quedaba Pembroke. Teniendo en cuenta el fracaso de aquella noche, había decidido regresar allí cuanto antes. Al infierno con Londres. Tristan parecía más a gusto en la capital y cuidaría de la residencia y de sus intereses. También vigilaría a su tío y cualquier nefasto plan que pudiera estar tramando. En cuanto a

la esposa, ya no estaba de humor para buscarse una. Podría contratar a una casamentera, o...

—¿Sebastian?

La dulce voz detuvo sus pensamientos. Se había adentrado mucho en el jardín y debería continuar, pero se detuvo y se volvió mientras Mary se acercaba hacia él, iluminada por la luz de las farolas que dibujaban el sendero de piedra. Ni siquiera las sombras eran capaces de ocultar su belleza.

—No estás disfrutando del baile —observó ella, la voz cargada de decepción, haciéndole sentir como un ogro por fallarle.

—¿Suelen disfrutar los caballeros?

—Estoy segura de que algunos no lo hacen, pero suelen disimularlo mejor. Alicia me ha contado que has anulado la invitación para bailar con ella.

—Pensé que, dadas las circunstancias, debería ahorrarle la vergüenza de ver su vestido roto.

—El mío ya está arreglado y ha quedado bien.

Ente ambos se instaló un profundo silencio, impregnado de la comodidad que les había acompañado de jóvenes.

—¿A ti te gustan los bailes? —preguntó Sebastian sin saber por qué. Quizás porque la conocía tan poco como conocía a sus hermanos, y le parecía una lástima después de todo lo que habían compartido de niños.

—Supongo que más de lo que debería. Me encanta el brillo y la elegancia. Me gusta ver a las damas enojadas y con sus vestidos de baile, emocionadas ante lo que puede deparar la velada. Y los caballeros siempre están atractivos con sus fracs. Y la música me embarga —ella rio—. Podría seguir y seguir.

—Por favor, hazlo —a lo lejos se oían las notas de esa música que la embargaba. Su padre la había privado de todo eso por su culpa.

Cualquier cosa que ella pudiera contarle le interesaba, incluso si le hablaba de cómo crecía la hierba. No había estado con una mujer, estado de verdad, desde poco antes de la batalla en la que casi había perdido la vida. Prefería a las mujeres que entregaban sus cuerpos voluntariamente, no para ganar dinero. Mary sería una de esas mujeres, y su disposición estaría adornada con el entusiasmo que nacía de su interior. Las medias tintas nunca habían sido lo suyo. Aunque no conocía los detalles de su vida durante los últimos doce años, sí estaba seguro de seguir conociendo los fundamentos de su carácter. Era fuerte, sincera y con tendencia a preocuparse por quienes la necesitaban. Lucharía con la misma determinación para salvar a un gorrión herido que a tres muchachos abandonados.

—Te aburrirías —protestó ella—. Además, no era ese mi propósito al venir en tu busca.

—¿Y cuál es ese propósito? —Sebastian no sabía por qué se le había encogido el estómago, ni por qué estaba tan seguro de que no le iba a gustar lo que Mary tuviera que decirle.

—Quería pedirte disculpas por lo sucedido antes en la pista de baile.

—Tú no tuviste nada que ver. Casi pierdes un pie en el proceso —él la vio sonreír bajo la tenue luz de las farolas y deseó poseer la habilidad para seguir haciéndole sonreír.

Sin embargo, no era ni su lugar ni su responsabilidad—. El maldito Fitzwilliam estaba en lo cierto. Yo no miraba por dónde iba cuando tenía que haber estado muy vigilante.

«Pero estaba perdido en ti y, por un instante, me sentí casi entero».

Por supuesto no podía pronunciar las últimas palabras en voz alta, ni siquiera debería admitirlas ante sí mismo. Pero lo había hecho. El

dulce perfume, el verde de sus ojos, la delicada caricia de su mano sobre la suya...

—Te pido que disculpes mi atrevimiento, me empuja la amistad forjada desde niños, pero me gustaría terminar el baile. Aquí en el jardín, donde es menos probable que tropecemos con algo que no sea un rosal.

—Las espinas también duelen, Mary.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

«Muy mala idea, cariño, tenerte de nuevo en mis brazos, sentir tu ropa contra la mía, aspirar tu aroma de cerca».

—No —masculló entre dientes.

—Es tu orgullo el que habla, Excelencia.

—Déjalo estar, Mary.

Pero ella dio un paso más hacia Sebastian, que tuvo que hacer acopio de todo su valor para no recular. Y con ella arrastró el dulce aroma a orquídeas. Y el destello de unas lágrimas. Y una tozudez reflejada en la mandíbula que él jamás había sido capaz de vencer.

Esa mujer siempre había tenido la capacidad para conquistarlo, para hacerle olvidar todo sentido común.

—Por favor, baila conmigo —Mary le tocó un hombro con dedos temblorosos.

—No quiero un maldito baile.

La brusquedad de sus palabras habría bastado para que cualquier jovencita saliera huyendo hacia la seguridad del salón de baile. Pero Mary no. Jamás había sido capaz de intimidarla o asustarla. Era la criatura más valiente que hubiera conocido jamás.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó ella, dulce a la par que desafiante.

¿Cuántas veces había hecho algo solo para demostrarle alguna cosa? Le mostraría la clase de hombre que era. En qué le habían transformado los años transcurridos.

—Olvidar —hundiendo una mano en los rojos cabellos, le tomó el rostro con la otra mano ahuecada y la empujó hacia las sombras—. Mary —susurró mientras suplicaba a Dios que ella no juntara ambas frases y creyera que era a ella a quien quería olvidar.

No, lo que quería olvidar eran las cicatrices que lo desfiguraban, la ausencia de visión del lado izquierdo, las miradas que se ganaba, y las dudas y la culpabilidad que lo atormentaban. Pero a ella, jamás.

Cubrió sus labios con los suyos. No fue delicado. Quería sustituir los horribles recuerdos con algo digno de recordar. No solo sentía deseo, también ansia. Sabía que se odiaría al día siguiente, se odiaría en el instante en que sus bocas se separaran, porque el canalla en que se había convertido se estaba aprovechando del carácter de Mary.

Ella no protestó, pero su lengua titubeaba junto a la suya. Seguramente nunca la habían asaltado de esa manera. La idea le hizo suavizar el ataque y le permitió saborearla mejor. Mary había bebido champán, que se mezclaba con el aroma a orquídeas llenando sus sentidos.

Mary deslizó las manos por los brazos de Sebastian y las hundió en sus cabellos, apretándose contra él, tan osada como él. Sebastian casi sonrió. Siempre le había igualado en espíritu aventurero y se preguntó si sería el espíritu competitivo de su amiga de la infancia el que la impulsaba hacia adelante y no hacia atrás. ¿O había algo más?

¿Se habría preguntado alguna vez, igual que había hecho él, cómo sería una relación amorosa entre ellos?

Por Dios, qué deliciosa era. Sebastian la abrazó con más fuerza mientras deslizaba la otra mano desde la mejilla hasta el cuello, donde notaba claramente el fuerte latido de su corazón. Y se dejó llevar. Lo había deseado el día que se habían sentado en el banco del jardín, cuando le había regalado la gargantilla. Había querido saborearla. Y desde ese instante sabía que jamás podría olvidarlo, aunque no la volviera a besar jamás.

Estaban disfrutando de un momento prohibido. Mary estaba prometida y se merecía algo mejor de lo que él podría proporcionarle. Desde luego podría darle todas las comodidades de la vida, pero carecía de la capacidad para llevar el consuelo a su corazón y a su alma. No estaba especialmente orgulloso de su carencia, pero no se engañaba pensando que podría ofrecerle a una mujer algo más que un matrimonio satisfactorio. Y Mary se merecía mucho más que eso.

Se merecía amor y adoración. Se merecía un hombre entero capaz no solo de llevarla a los límites insospechados del placer, sino también de sacarla de las profundidades de la desesperación. La vida no era siempre agradable. Y ella necesitaba un compañero capaz de darle todo eso.

Él pertenecía a Pembroke.

El suave gemido de Mary resonó entre los dos e incendió la sangre en las venas de Sebastian. La tormenta rugía entre ellos. Se sentía capaz de llevarla más hacia las sombras, tumbarla sobre la hierba, levantarle el vestido...

Sebastian rugió de desesperación. Se trataba de Mary, la mujer que les había salvado la vida. Se lo debía todo.

Con la respiración agitada, interrumpió el beso y contempló el rostro levantado hacia él. En alguna parte, la luz borró las sombras y Sebastian pudo ver la confusión reflejada en su mirada.

—Perdóname, Mary. Yo... —¿qué podía decirle? ¿Qué posible explicación podría haber para sus acciones?

—¿Te niegas a bailar conmigo en el jardín, pero sí me besas?

—Es evidente que me he convertido en un bárbaro. No hay ninguna excusa posible.

Si nos descubren, tu reputación quedará destruida.

Antes de que ella pudiera responder, Sebastian se dio media vuelta y desapareció por el sendero, aunque cambió de parecer y, en lugar de encaminarse hacia la casa, dirigió sus pasos en sentido contrario, adentrándose aún más en el jardín, protegido por los rosales y los enrejados. Tenía que marcharse de allí de inmediato. Saldría por alguna puerta trasera y le dejaría el carruaje a Tristan. Caminaría de regreso a su casa. Le vendría bien para enfriar su ardor.

Un sonido llamó su atención. Las hojas secas crujieron bajo una pisada.

Sabía que no debería girar a su izquierda, perdiendo su ventaja con una ceguera momentánea, pero pensó que era Mary, que había corrido tras él, como solía hacer cuando eran niños. Solo cuando sintió la hoja del cuchillo atravesarle el costado comprendió el precio de su estupidez. Antes de poder ver al enemigo, lanzó un fuerte puñetazo con el brazo derecho y, satisfecho, oyó el crujir de un hueso roto, el juramento y el gruñido de dolor. Esperaba un nuevo ataque, pero las pisadas se alejaron rápidamente.

Las rodillas de Sebastian impactaron contra el suelo con fuerza. El mundo giró vertiginosamente a su alrededor y luego todo se volvió negro.

Capítulo 13

¿Quién habría pensado que Tristan encontraría tan aburrido que las mujeres se arrojaran en sus brazos? Había vivido una vida de desafíos, soñado con una vida regalada como correspondía al hijo de un duque, pero, cuando por fin lo había conseguido, no podía evitar preguntarse por qué había deseado tal cosa.

Despertaba la curiosidad de las damas. Todas deseaban ser presentadas y bailar con él, pero no le resultaban en absoluto fascinantes. Eran todas iguales. Sonreían, aleteaban las pestañas, miraban por debajo de sus abanicos de marfil. Antes de que abrieran la boca, ya sabía lo que le iban a preguntar. Todo estaba ensayado, mil veces practicado. Incluso las que habían bailado en sus brazos habían estado actuando. Y había sido una gran actuación, pero no dejaba de ser un poco falso.

Asistir al baile había sido un error. Tenía que encontrar a Sebastian para comunicarle que se marchaba. Había visto a su hermano salir por la cristalera que conducía al jardín, pero no lo había visto regresar. A lo mejor había organizado una cita romántica.

De ser así, lamentaba tener que interrumpirle.

Debería marcharse sin más, pero tenía una extraña sensación y necesitaba encontrar a Sebastian antes de irse. Era un sexto sentido. Siempre sabía cuándo le pasaba algo a su gemelo. Quizás porque habían compartido el mismo seno materno. Con Rafe jamás había tenido esa conexión, ni lazos, ni nada que lo mantuviera a su lado. Tristan había sentido las graves heridas de Sebastian, aunque en ese momento estuviera en alta mar. Una frialdad, frígida como la muerte, lo había invadido. Él jamás rezaba, pero ese día había rezado por su hermano.

Aunque era consciente de que heredaría el título si algo le sucedía a su gemelo, Tristan jamás había deseado la muerte de Sebastian. Y por eso le resultaba aún más difícil comprender a su tío. Los hermanos deberían anteponer la sangre a las posesiones, a los títulos, a las tierras.

Salió a la terraza y tropezó con Mary, que subía apresuradamente los escalones que conducían al jardín.

—Lady Mary.

—Milord —ella se paró en seco y miró hacia el jardín, luego al salón de baile, y por último a él.

—¿Sucede algo?

—Todo está bien. Gracias.

Ahí estaba. Una mujer que no dominaba el arte de las mentiras. Toda una diversión.

Tomándola del brazo, la condujo hacia una zona más oscura.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Y no habrás visto a Sebastian por un casual?

—Nos cruzamos en el jardín —Mary asintió.

—Teniendo en cuenta los labios inflamado, juraría que te ha besado —Tristan le sujetó la barbilla para levantarle el rostro.

—¡Dios mío! —ella se frotó los labios con la mano—. ¿Se nota?

—No. Ha sido una suposición —él sonrió brevemente—. No tienes los labios hinchados.

—¡Eres un canalla! —Mary lo abofeteó.

—¿Te besó o no? —de no haber sido por la seriedad de la situación, Tristan habría soltado una carcajada.

—Por favor, que esto quede entre nosotros —ella volvió a asentir.

—¿Y le devolviste el beso? —insistió él.

—No hice nada para disuadirle —Mary lo miró con franqueza—. Debería contárselo a Fitzwilliam.

—Por el amor de Dios, ni se te ocurra. Si no fue nada más que un beso...

—No lo fue. Estábamos hablando y, de repente, ya no hablábamos.

—¿Sabes hacia dónde se dirigió después? —Tristan tenía ganas de gritar de júbilo.

Su hermano no era perfecto.

—Se adentró más en el jardín. Empecé a seguirlo, pero pensé que sería mejor no hacerlo. Parecía enfadado.

«Más bien frustrado si lo único que reclamó fue un beso».

—Seguro que lo estaba, pero no contigo, mi dulce dama. No le imagino perdiendo el control.

—Ha cambiado, Tristan.

—Todos hemos cambiado, cielo.

—Tú no —Mary sonrió.

Si tan solo fuera cierto... Simplemente se le daba mejor disimularlo. Alargó una mano y recogió un mechón de rojos cabellos detrás de la oreja de Mary.

—Vete adentro antes de que te echen de menos. Encontraré a Sebastian y después nos iremos, tranquilamente y sin ruido.

—¿De verdad no se nota que me han besado? —preguntó ella preocupada.

Los miembros de la alta sociedad le daban una enorme importancia a esas trivialidades. Y él se habría comportado del mismo modo si su vida no hubiese dado un giro tan drástico. ¿Le habría gustado más ese Tristan que el que era realmente?

—Nadie se dará cuenta —le aseguró.

—Nunca pensé que tú fueras el gemelo amable.

—Porque no lo soy. Y ahora márchate. No querrás que te vean conmigo en las sombras —ante la evidente reticencia de Mary, Tristan saltó la barandilla de la terraza con la facilidad de un hombre que ha trepado a las velas en medio de una tormenta y lo ha contado. Mirando atrás, vio que ella se iba, y respiró aliviado. No quería ser el responsable de arruinar su reputación. Le debían, al menos, intentar asegurar que fuera feliz. Se preguntó si lo sería con Fitzwilliam. A él le parecía un tipo más bien aburrido. Claro que Tristan había descubierto que la mayoría de los hombres que había conocido aquella noche lo eran. Sus vidas eran tranquilas y seguras, sin rastro de aventura.

Algo que, desde luego, no podía decirse de él y sus hermanos. Sabía que Rafe hacía cuanto se le antojaba. Quizás Sebastian podría también.

Se cruzó con varias parejas que regresaban a la casa, todos con expresión culpable.

Entre las sombras junto al sendero oyó una risita y una reprimenda susurrada. Se imaginó los corazones acelerados ante el peligro de ser descubiertos. De no haber intervenido el destino, lo más emocionante que le habría sucedido en su vida también habría sido llevarse a una dama a un rincón oscuro para robarle un beso.

Los peligros a los que había sobrevivido hacían que todo aquello pareciera trivial y carente de atractivo.

Redujo el paso al ver a un hombre dirigirse hacia él desde el sendero.

—Fitzwilliam.

—Milord.

Tristan se preguntó qué haría allí solo. ¿Habría sorprendido a Sebastian y a Mary?

Seguro que no, pues de haberlo hecho se habría enfrentado a ellos.

—Supongo que no habrá visto a mi hermano en el jardín —observó él lacónicamente.

—¿A cuál de ellos? ¿El que hace trampas a las cartas o el que airea sus trapos sucios en público?

—Tenga cuidado con sus acusaciones, milord —le advirtió Tristan con una voz que reflejaba la calma antes de la tormenta.

—¿Me está amenazando?

—Por un instante temí que no fuera muy perspicaz. Me alegra ver que estaba equivocado.

—Usted y sus hermanos no pertenecen a este lugar. Son unos bárbaros.

—Al contrario, milord. He formulado una pregunta sencilla. Es usted el que ha respondido despreciando el carácter de mis hermanos.

—No los he visto. Y ahora, si me disculpa...

Fitzwilliam siguió su camino sin esperar respuesta. Tristan se felicitó a sí mismo por contenerse y no ponerle la zancadilla a ese arrogante imbécil.

Se adentró en la parte más oscura del jardín.

Despreciaba a los demás lores por no respetar a Sebastian como era debido. Por el amor de Dios, había luchado en una guerra. Y seguía luchando por reclamar sus derechos de nacimiento. Por lo que a él respectaba, no era suficiente privar a su tío de recursos financieros. Necesitaban reunir pruebas sobre las acciones llevadas a cabo contra ellos tres.

Ni siquiera la palabra de Mary tenía el peso suficiente para anular el argumento de que los chicos se habían escapado. Y si había matado a su padre, tal y como sospechaban...

Alguien lo arrolló, haciéndole perder el equilibrio. Tristan ya tenía el puñal en la mano antes de caer al suelo bajo el peso del otro hombre.

—¿Tristan? —la voz de Sebastian era ronca.

—¿Qué demonios, Sebastian? —Tristan estaba muy familiarizado con la cálida y pegajosa humedad que empapaba sus ropas.

—Mary. Tengo que asegurarme de que esté bien.

Sebastian agarraba a su hermano del brazo con fuerza mientras intentaba incorporarse.

—Está bien. Acabo de verla en la terraza —Tristan tranquilizó a su hermano.

—Pues entonces sácame de aquí —Sebastian se dejó caer de nuevo.

Capítulo 14

—Ha tenido mucha suerte, Excelencia —observó el médico mientras terminaba de vendar el costado de Sebastian—. El cuchillo no afectó a ningún órgano.

Si ese era el dolor que sufría un hombre afortunado, Sebastian no quiso ni imaginarse lo que sentiría uno que no lo fuera.

—Entonces no se trataba de un asesino profesional —opinó Rafe, apoyado en uno de los postes de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho. En cuanto Tristan había llegado a la casa con Sebastian, había enviado un mensaje a Rafe, que había acudido de inmediato con el médico. William Graves no parecía mucho mayor que ellos, pero conocía bien el oficio de curar.

—Ni de un soldado —asintió Tristan mientras miraba por la ventana—. De lo contrario, habría sabido dónde clavar el cuchillo.

—Me giré. Podría habérmelo quitado de encima.

—Cualquiera de los dos se habría quedado para terminar el trabajo —continuó Tristan—. Dijiste que huyó.

—A lo mejor oyó acercarse a alguien.

—De haber sido un asesino, eso no habría importado —insistió Rafe—. Habría terminado el trabajo por el que le habían pagado.

—Sabes mucho de asesinos, ¿no? —preguntó Sebastian.

Para consternación de Sebastian, Rafe le sostuvo la mirada desafiante antes de volverse hacia Tristan.

—No hace falta que montes guardia. Tengo a un par de hombres vigilando.

—Entonces ¿vivirá? —Tristan soltó las cortinas.

—Desde luego —Graves terminó y se apartó de la cama.

—¡Qué pena! Me había hecho ilusiones de ser duque.

El médico se detuvo en el proceso de cerrar el maletín y miró fijamente a Tristan.

—Mi hermano tiene un curioso sentido del humor —le explicó Sebastian mientras se recostaba contra la almohada.

—Mañana volveré para cambiar los vendajes y evaluar la herida —
Graves asintió.

—Le acompaño —Rafe escoltó al médico fuera del dormitorio de
Sebastian.

—Nuestro hermanito parecer tener muy buenos conocimientos de
asuntos turbios —

Tristan se dejó caer en un sillón cerca de la cama.

El duque no quiso ni preguntarse cómo habría adquirido esos
conocimientos. Rafe regresó y volvió a apoyarse contra el poste,
junto a los pies de la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho.
No daba ninguna sensación de querer ponerse cómodo. O quizás
simplemente no se sentía cómodo.

Su regreso sirvió de acicate a Tristan para seguir indagando en los
acontecimientos de aquella noche.

—¿Entonces no viste al tipo que te atacó?

—Se acercó por mi izquierda —Sebastian sacudió la cabeza.

—Mientras te buscaba, me crucé con Fitzwilliam. Quizás él lo
ahuyentó.

—Fitzwilliam no asustaría ni a un conejo.

—Ese tipo no te gusta —Tristan sonrió—. ¿Por qué?

Sebastian se encogió de hombros y de inmediato lamentó el gesto.
El costado le ardía como si alguien hubiese encendido una hoguera
bajo su piel. Sin embargo, había soportado cosas mucho peores. El
médico le había administrado láudano antes de empezar a curarle la
herida y se sentía como transportado en medio del sopor,
resultándole muy difícil mantener una idea más de unos segundos
en su mente.

—¿Tiene esto algo que ver con Mary? —preguntó Tristan.

Mary. Había estado con él. Se había marchado. Los latidos del corazón de Sebastian se aceleraron. Y entonces recordó que su gemelo la había visto. Sin embargo, su corazón se negó a ralentizar el ritmo. Si algo le había sucedido...

—Sé que la besaste —continuó su hermano.

—¿Y por qué demonios ibas a hacer algo así? —Rafe dejó caer los brazos a los lados del cuerpo y se irguió como si hubiera recibido un golpe en el estómago.

—¿Por qué besa un hombre a una mujer, hermanito? —preguntó Tristan divertido.

—Pero, Mary, por el amor de Dios, no queremos destrozarle la vida, no después de lo que hizo por nosotros.

—No tengo ninguna intención de destrozarle la vida —aclaró Sebastian—. Fue una simple... distracción.

—Pues distráete con una de mis chicas. No con Mary.

—No necesito que me des lecciones de comportamiento. Ya le he pedido perdón.

No volverá a suceder.

—¿Por qué no? —preguntó Tristan—. Si la deseas, tómala.

—Ella quiere a Fitzwilliam. De no ser así, jamás habría accedido a casarse con él.

—Cuando aceptó la proposición de matrimonio, ella pensaba que estabas muerto.

No para de invitarte a cenas y bailes. ¿Para qué iba a hacerlo?

—Nos invita a los tres. Y lo hace para ayudarnos a reclamar lo nuestro. Va en su carácter ayudar siempre que puede. Y ahora déjalo estar —Sebastian se llevó una mano a la cabeza en un vano intento de evitar que la habitación siguiera girando. No podía negar que Mary era una mujer hermosa, ni que despertara en él ciertos sentimientos, pero se merecía un hombre entero, un hombre que pudiera amarla, y él ya no podía amar a nadie. Casarse con él la condenaría a una existencia miserable—. Creo que nos hemos desviado del tema.

Supongo que podemos suponer que nuestro tío tuvo algo que ver con el incidente.

—Es un imbécil si cree que puede matarnos a los tres sin que nadie se dé cuenta —

observó Tristan.

—A lo mejor cree que, si mata a uno, los otros dos huirán, como hicimos de niños

—sugirió Rafe.

—Entonces es que no se ha dado cuenta de que ya no somos niños. Por desgracia.

Sin embargo, nosotros sabemos dónde encontrarlo. Yo digo que nos encaremos con él —

propuso Tristan.

—Lo mejor será averiguar primero con qué recursos cuenta. Puede que su esposa lo sepa —contestó el más pequeño de los tres.

—Podríamos pedirle a Mary que hablara con ella —murmuró Tristan.

—No vamos a involucrar a Mary —sentenció Sebastian.

—Ya está involucrada.

—En esto no —el duque intentó incorporarse para dotar a sus palabras de más fuerza, pero el dolor lo paralizó y tuvo que recostarse de nuevo. Respirando con dificultad y apretando los dientes, abrió el ojo para observar con rabia a su gemelo inclinado sobre él.

Había sufrido dolores peores. No iba a desmoronarse por una herida sin importancia.

—Necesitas descansar —ordenó Tristan—. Rafe y yo haremos algunas preguntas.

—A Mary no.

Tristan lo miró unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—No, no involucraremos a Mary.

Seguro de que la mantendría a salvo del escándalo y el peligro, Sebastian se sumergió en el olvido del láudano.

«¡Maldito imbécil! ¿Cómo has podido ser tan estúpido?».

Lord David se dirigió a su reflejo en el espejo. La herida provocada en su mejilla por el anillo de su hermano le ardía. Golpeó la palangana con el puño cerrado.

«Debe parecer un accidente».

—¡Eso ya lo sé!

No había tenido intención de atacar a su sobrino, pero la oportunidad se había presentado.

«¿Por qué desaprovecharla?», se había dicho a sí mismo. Ni siquiera había sabido que sus sobrinos acudirían al baile de los Weatherly. Había estado merodeando con la esperanza de ver a

Lucretia. Le gustaba tanto bailar... No se le había ocurrido que no asistiría. La echaba muchísimo de menos.

Y entonces sus malditos sobrinos habían desviado su atención del verdadero propósito.

No podía quedarse allí. Sabía que lo seguían. Sabían dónde encontrarlo. Esos mocosos eran astutos, pero él lo era aún más.

«¿Adónde irás? ¿Y cómo llegarás allí? Ningún comerciante te concederá un crédito.

Ya se encargaron ellos».

Había intentado adquirir algunas joyas para Lucretia esa misma semana, pero no había podido. La palangana salió volando y se estrelló contra la pared, haciéndose añicos.

Su casera ya le había advertido que, si rompía una más, tendría que reponerla. ¿Quién se había creído que era para hablarle así? Para amenazarlo.

¡Él era un lord!

Algún día sería duque. Y entonces Lucretia regresaría a su lado. Volvería a tenerlo todo, todo lo que siempre debía haber tenido.

Le enseñaría a su hermano cuál era el precio a pagar por arrebatarse la única mujer a la que había amado. Ni siquiera Lucretia podía compararse con su belleza.

«Deberías haberlo matado, haberle hecho sufrir más».

Pero la oportunidad se había presentado y no había podido ignorarla. Y volvería a suceder.

Capítulo 15

La tarde después del baile de los Weatherly, Mary estudiaba su reflejo en el espejo.

Apenas podía creerse que la hermosa dama vestida de blanco satén y encaje fuera ella. La exquisita prenda se parecía muchísimo al traje que había lucido la reina Victoria el día de su boda. Imitar el vestido de la reina era el último grito, pero, aun así, Mary jamás había soñado con llevar puesto algo tan bonito.

—Es precioso —exclamó Alicia—. Me muero de ganas de poder lucir yo un vestido así en mi boda.

—La temporada que viene, querida —le aseguró su madre—. Este año es la de Mary y no puedo estar más feliz por el resultado. Eres muy afortunada por haber atrapado a lord Fitzwilliam.

—Sí —Mary se mordió el labio para intentar borrar el cosquilleo que le producía recordar el beso de Sebastian, un beso por el que él le había pedido perdón. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá se hubiera marchado sin decir una palabra, eso sí, después de besarla una vez más.

Aún no estaba segura de cómo había sucedido. Ella le había tocado el hombro y, de repente, sus labios la estaban devorando. La pasión la había golpeado con fuerza, haciendo que ella lo animara aún más. Sus gemidos y suspiros habían estado de más.

La primera vez que se habían besado, ella tenía doce años y él, catorce. Pero el contacto prohibido de sus labios ni siquiera les había dado una pista del calor que podría estallar entre ellos de adultos. Mary no sabía si sentirse aterrorizada o fascinada.

Sebastian ya no era el niño al que había amado de pequeña. Era un hombre lúgubre lleno de ira. ¿Quién sabía cuándo podía estallar y con qué consecuencias? La había dejado sola en el jardín tras marcharse sin mirar atrás. De haberlo hecho, de haber mirado atrás, ella podría haberlo seguido. Podría haberse subido a su carruaje para huir a algún lugar donde pudieran estar solos, para hablar, para

explorar sus sentimientos, para dejar de comportarse con tan forzada cordialidad el uno con el otro.

—¿Crees que Keswick te habría cortejado de haber regresado antes a Londres?

¿Antes de que pidieran tu mano? —preguntó Alicia.

—¿Por qué...? —Mary se volvió bruscamente.

—Por favor, quédese quieta, señora —imploró la costurera mientras marcaba el bajo.

—Sí, lo siento —murmuró ella antes de darse la vuelta otra vez. Contempló la mirada de su prima en el espejo—. ¿Por qué dices eso?

—Me he dado cuenta de que Keswick te mira con algo muy parecido al deseo.

—Te equivocas. Solo me mira como un amigo.

—¿Nada más?

¿A qué demonios jugaba su prima? ¿Les había descubierto en el jardín?

—Estoy bastante contenta con el marido que he elegido.

—Mi querida niña, ¡dime que no es así! —intervino su tía con profunda angustia.

—¿Preferirías que no estuviera contenta?

—El contento no encenderá una hoguera en tu cama.

Sebastian, sin embargo, a juzgar por cómo besaba, incendiaría todo el dormitorio.

Mary ni siquiera quería pensar en cómo ese beso había despertado en ella el deseo de mucho más, cómo había dado vueltas en la cama toda la noche, enredándose en las sábanas hasta que pensó que se ahogaría. Cada vez que cerraba los ojos se lo imaginaba al acecho, subiéndose a su cama, tumbándose sobre ella...

—Estoy segura de que Fitzwilliam lo hará muy bien en ese aspecto
—ella tragó nerviosamente.

Su tía se colocó delante, bloqueándole la visión del espejo. De pequeña estatura, conseguía parecer enorme si se lo proponía.

—Querida, ¿está teniendo dudas con respecto a este matrimonio?

Desde que Sebastian la había besado, estaba dominada por las dudas y ya no sabía qué pensar. Ella, que jamás había cuestionado sus propias acciones, se lo estaba cuestionando todo. ¿Por qué la había besado? ¿Qué había esperado lograr? ¿Lo había hecho solo por diversión? ¿Para satisfacer una curiosidad? Le había dicho que quería olvidar.

¿Exactamente qué quería olvidar? ¿La guerra? ¿A ella? ¿La había tomado en sus brazos porque le resultaba conveniente? ¿Le habría servido cualquier mujer? La última pregunta despertó en ella una profunda decepción. Quizás debería enfrentarse a él. ¿O sería mejor ignorarlo?

—¿Mary? —insistió su tía.

—No, claro que no —casi había olvidado la pregunta.

Fitzwilliam no destacaba por su pasión. Su carácter se parecía más al constante tictac de un reloj. Sin sorpresas. Solo la seguridad de que a cada tic le seguiría otro. Hasta hacía un mes, ese detalle le había resultado tranquilizador, pero en esos momentos le parecía aburrido. ¡Qué injusto para su prometido! Él no había cambiado desde que había pedido su mano y ella había sabido exactamente qué esperar al aceptar la proposición. Pero ella había cambiado. En

un par de semanas se había convertido en una persona totalmente distinta, alguien que deseaba otra cosa. Demasiado tarde. Además, quizás no fuera más que un sueño pasajero y en otras dos semanas estaría anhelando lo mismo que hacía un mes.

«Más te vale».

—En realidad no importa, mamá —intervino Alicia—. El compromiso ya ha sido anunciado y no puede romperse. Lord Fitzwilliam reclamaría una indemnización y al tío no iba a gustarle. Sería un escándalo.

—Mejor un escándalo ahora que casarte con dudas y pasarte años lamentándolo —

aseguró la mujer clavando la mirada en su sobrina.

—No tengo dudas con respecto a Fitzwilliam —aseguró Mary. Las tenía sobre ella misma.

¿Por qué no había evitado el beso en lugar de alentarlo? No podía negar que durante años había pensado en Sebastian, soñado con él, fantaseado con él, pero el hombre con el que se había reencontrado estaba muy lejos del protagonista de sus fantasías.

Su tía carraspeó.

—¡No las tengo! —insistió ella—. Y Alicia tiene razón. Todo está preparado y estoy segura de que, a medida que se acerca la fecha, todas las damas tienen dudas sobre si han elegido bien.

—Yo no las tuve —insistió su tía.

—Porque papá y tú os fugasteis —intervino Alicia—. No hubo tiempo para dudas.

¡Fue tan romántico! A mí me encantaría fugarme con alguien —la joven suspiró.

Mary se preguntó cuándo había dejado de soñar con el romance, con ser arrastrada por la pasión. ¿Se había conformado con Fitzwilliam? No lo creía. Ciertamente que había sido el único en proponerle matrimonio, pero eso no significaba que no lo hubiera elegido entre cientos. Había llamado su atención desde el principio. Disfrutaba de su compañía. Era encantador y elegante. Su humor apenas cambiaba y no se ofendía con facilidad. El matrimonio con él sería una travesía plácida y tranquila.

La campanita de la puerta sonó. Sin duda otra dama que acudía a la tienda en busca de un vestido. Era la costurera más afamada de Londres.

—¡Lo sabía! —anunció lady Hermione—. Cuando vi tu carruaje en la calle, le dije a lady Victoria que debíamos parar y comprobar si estabas aquí dentro.

Mary contempló el reflejo de lady Hermione y lady Victoria en el espejo. Se las veía excitadas, como si tuvieran algo extraordinario que contar.

—Por favor, ni una palabra a nadie sobre el diseño del vestido —les advirtió Alicia

—. Queremos que sea un secreto.

—Cariño, no podría importarnos menos el vestido. Queremos saber la verdad sobre lo ocurrido en el jardín anoche con Keswick. Londres bulle de rumores y no es fácil separar el trigo de la paja. De modo que, lady Mary, ¿qué demonios sucedió en el jardín?

Mary sintió la mirada de la joven atravesarla con tal fuerza que, de no haber sido por el peligro de clavarse algún alfiler, se habría dejado caer en un sillón.

Las rodillas le temblaban tanto que no estaba segura de poder permanecer de pie.

¿Quién los había visto en el jardín? ¿Y exactamente qué habían visto? Y lo más importante...

—¿Lo sabe Fitzwilliam? —preguntó con voz ronca.

—Sin duda. Da igual adónde hayamos ido hoy lady Victoria y yo, todo el mundo hablaba de lo mismo. ¡Qué deliciosos cotilleos! Debo decir que me sorprende verte aquí, probándote tranquilamente el vestido después de lo sucedido. Y, ahora, vamos, cuéntanos más detalles.

—Solo nos besamos —balbuceó Mary en un intento de detener toda esa locura—.

Keswick y yo.

Su tía dio un respingo y se llevó una mano al pecho. Las tres damas más jóvenes la miraron boquiabiertas. Incluso la costurera parecía paralizada por el impacto de la declaración.

—Y se disculpó después —se apresuró a aclarar—. No significó nada, fue solo un momento de locura —continuó balbuceando.

Tenía que hablar con Fitzwilliam sin tardanza, explicárselo todo, aunque para eso debía comprender lo sucedido, nada más lejos de la realidad.

—¡Vaya! —exclamó lady Victoria con la expresión de estar saboreando el mejor de los chocolates—. Eso sí que no nos lo esperábamos.

—Dijiste que todo el mundo lo sabía, que todos hablaban de Keswick y lo sucedido en el jardín —Mary se volvió bruscamente hacia lady Hermione.

—Sí, pero, al parecer, sucedieron bastantes más cosas de lo que suponíamos.

Mary se debatía entre suplicarles a las damas que no dijeran nada y mantener la cabeza alta sin desviarse de la versión de que todo había sido muy inocente. Pero el beso la había sacudido en lo más profundo y solo con pensar en él se sonrojaba.

—Vamos, lady Mary, ahora debes darnos los jugosos detalles de lo que pasó con Keswick en el jardín —insistió lady Hermione.

—¿No sabíais nada del beso?

—No. ¿Cómo sucedió? Detalles. Queremos detalles.

—No lo entiendo. Si no hablabais del beso, ¿qué creéis que sucedió? ¿De qué está hablando la gente? —¿podría ser algo peor de lo que ya había admitido?

—Se trata solo de Keswick.

—¿Y cuál es ese chismorreo?

—Mucho menos interesante que el tuyo, al parecer.

—¡Por el amor de Dios, chiquilla! —espetó lady Sophie—. Deja de torturar a Mary.

¿Qué demonios crees que sucedió en el jardín?

—Alguien intentó matar a Keswick.

Sebastian acababa de levantarse de la cama e intentaba erguirse por completo cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe y Mary irrumpió como un ángel vengador seguida de su prima y su tía.

Por suerte llevaba puestos los pantalones. Desgraciadamente, no llevaba camisa y seguía agachado como el jorobado de Notre Dame. Luchando contra el dolor, se obligó a enderezarse, pero antes de comprender la estupidez del gesto cuando lady Ivers soltó una exclamación y dio un paso atrás mientras lady Alicia palidecía. El sol que entraba por la ventana acariciaba sus cicatrices. Todas

sus cicatrices. El maldito parche descansaba sobre la mesilla de noche. Debería habérselo puesto en lugar de estirarse con dignidad.

—¿Qué demonios haces aquí? —rugió antes de arrastrarse como un viejo hasta la mesilla.

Con torpes movimientos marcados por el dolor, intentó colocárselo. ¿Dónde estaba

su ayuda de cámara?

—Excelencia... —Thomas se abrió paso entre las damas que bloqueaban la puerta.

Pero incluso el mayordomo se paró en seco ante la horrible visión. A diferencia del ayuda de cámara, el hombre jamás había visto las cicatrices de Sebastian que la ropa solía ocultar.

—Hemos sabido que fuiste atacado —explicó Mary, avanzando hacia Sebastian como propulsada por un cohete.

Su tía la llamó, pero ella siguió adelante. Sebastian sintió el impulso de apartarse, pero se obligó a permanecer en el sitio. Algo en la determinación de la joven le inquietaba.

Era peligroso para ella estar allí. Peligroso para ambos.

Mary se paró tan cerca de él que el aroma a orquídeas le llegó claramente.

Alargando una mano, la joven le ajustó el parche antes de acariciarle suavemente el rostro, el hombro, deteniéndose en el corazón, que palpitaba con tal fuerza que podría romper una costilla.

—Te han hecho mucho daño —susurró.

Sebastian estaba a punto de desmoronarse. Y lo habría hecho de haber visto una sola lágrima. Sin embargo, lo que vio fue mucho peor. En los deliciosos ojos verdes se reflejaba ira, quizás incluso

odio. Mary apretó los labios y deslizó la mano hasta el costado. El gesto fue de tal ternura que él sintió ganas de llorar, de rodearla con sus brazos, de abrazarla. De no soltarla jamás.

Pero ni siquiera podía permitirse un instante de ternura, no podía revelar la menor debilidad. No podía tomar lo que jamás podría conservar. Ella no le pertenecía. Era la letanía que se había repetido en la niebla de láudano cuando el dolor lo había mantenido consciente. Mary no le pertenecía.

—Estás sangrando —observó Mary.

Apartando la mirada de ella, Sebastian contempló la mancha roja que empapaba el vendaje.

—Lo hizo él, ¿verdad? Tu tío.

—No lo creo tan osado.

Ella le sostuvo la mirada y, por un instante, Sebastian se sintió de nuevo en Pembroke, joven e inocente, confiado en que un día el mundo le sería entregado en bandeja de plata. La vida se reduciría a cazar zorros y faisanes. Ni un solo rifle apuntaría a ningún hombre. Montaría a caballo por diversión, no para sobrevivir. Los placeres incluirían

hermosas mujeres que querrían yacer con él, en lugar de mujeres que daban un respingo y se asustaban cuando lo veían acercarse, como si las cicatrices fueran contagiosas, como si fuera a transmitirles la fealdad.

Había besado a Mary en la oscuridad, ocultándole su aspecto. Pero en esos momentos, la despiadada luz del sol le revelaba el monstruo en que se había convertido. Sin embargo, la joven no había hecho ademán de apartarse. Y Sebastian se preguntó qué pasaría si se agachaba e intentaba besarla de nuevo, ya sin la protección de las sombras. ¿Le arrancaría un suspiro de placer o una exclamación de asco?

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Tristan, rompiendo el hechizo, devolviendo a su hermano a la realidad—. ¿Mi hermano con tres hermosas damas en su dormitorio? Me están entrando celos.

—No estamos en su dormitorio —protestó lady Alicia.

—Lo bastante cerca, mi querida dama —insistió Tristan mientras entraba en la habitación y miraba con gesto significativo a Sebastian y a Mary.

Mary dio un paso atrás y apartó la mano del costado de Sebastian, llevándose con ella el calor, provocándole un intenso frío.

—Tu hermano está sangrando. Si traes vendas, yo me ocuparé de ello —ella empezó a quitarse los guantes que había llevado puestos todo el tiempo.

La caricia había sido tan delicada, tan cálida, que Sebastian habría jurado que había sentido su piel.

—Mi ayuda de cámara se ocupará —protestó él—. Thomas, acompaña a las damas hasta su carruaje.

—Yo no me muevo de aquí hasta que sepa qué sucedió anoche —Mary lo fulminó con la mirada.

—¿Y cómo te has enterado? —¡qué mujer tan cabezota!

No se lo habían contado a nadie y habían planeado mantenerlo en secreto. No tenía sentido expandir rumores hasta estar seguros de lo que había sucedido.

—Desgraciadamente es la comidilla en todo Londres —contestó Tristan—. Por eso estoy aquí. Pensé que deberías saberlo.

—Yo me enteré en el taller de la costurera —confirmó Mary.

—¿La costurera? —repitió Sebastian.

—Mary se estaba probando el traje de novia —aclaró lady Alicia.

Sebastian no había preguntado por qué estaba en el taller de la costurera, sino por qué la noticia había llegado hasta ese lugar. Pero averiguar lo que había estado haciendo allí, saber que pronto estaría casada...

—Puede que tengamos un problema —observó Mary con calma.

—Y tanto —intervino su tía—. Al parecer, Excelencia, la besó en el jardín, y esa parte de la noticia sin duda será conocida en todo Londres antes del anochecer.

—La he fastidiado por completo —Mary cerró los ojos. Las mejillas le ardían.

—Bueno —murmuró Tristan—, la vida en Londres empieza ponerse interesante. Y

yo que pensaba hacerme a la mar, pero, ahora, ¿cómo voy a irme?

—Según los rumores, fuiste atacado por un soldado de tu regimiento que te acusa de ser un cobarde y provocar la muerte de muchos hombres.

De pie frente al espejo, Sebastian contemplaba el reflejo de su hermano, tumbado en un sillón. Incluso cuando estaba recostado había en él un estado de alerta que sugería que podía entrar en la batalla antes de la siguiente respiración.

Había esperado tener al menos un día de descanso. Lo que más le apetecía era tomarse una buena dosis de láudano y meterse en la cama. El dolor del costado era insufrible. El ayuda de cámara le había cambiado el vendaje y le estaba ayudando a vestirse para poder atender a las visitas en el salón.

—¿De dónde han salido los rumores si nosotros no hemos dicho nada y nadie nos vio?

—Sospecho que tío ha tenido algo que ver. Intenta desacreditarte y quiere que los lores apoyen la petición que está preparando para que la reina le conceda el título porque tú eres indigno de él.

—Si ser digno fuera un criterio, un buen puñado de lores se encontrarían sin título

—Sebastian hizo una mueca y, con la ayuda de su sirviente, se puso la chaqueta. Era de color azul marino, muy conservadora. Aun así, se notaba que no estaba en su mejor momento.

—¿Crees a tío responsable del ataque? —preguntó a su gemelo.

—¿En el campo de batalla te comportaste como un cobarde?

—¿Hace falta que lo preguntes?

—Otros lo harán —Tristan enarcó una ceja—. Si bien yo no te veo como un cobarde, debo admitir que no te conozco tan bien como podría.

—No, no fui ningún cobarde.

—Entonces sí, creo que el tío es el responsable. Y, al fallar, intenta sacarle el mayor partido a la situación, quizás para desviar las sospechas de su persona. O bien contrató a un incompetente o lo hizo él mismo. ¿Crees que podría haber sido él?

—No lo vi —Sebastian soltó un juramento—. Sé que le golpeé, pero no pude calcular su estatura.

—Apuesto a que fue él.

—Aunque tenga éxito y convenza a la reina Victoria de que el título no debería ser mío, el siguiente en la línea de sucesión eres tú. Deshacerse de mí no lo convierte en duque.

—Sospecho que planea cruzar ese puente cuando llegue a él. Sinceramente, dudo que a la reina Victoria le guste tener a un

antiguo pirata como noble a su servicio. Y la reputación de Rafe también es cuestionable. Sospecho que el tío te ve como el único que debe caer. El resto te seguiremos.

—¿Cómo de implicado estuviste en la piratería? —Sebastian despidió al ayuda de cámara y, en cuanto abandonó la habitación, se volvió hacia su hermano.

—O eres un pirata o no lo eres —Tristan soltó una carcajada—. No hay distintos grados. Del mismo modo que la reputación de una dama no puede arruinarse ligeramente o tremendamente. Simplemente se arruina. La pregunta es qué vas a hacer al respecto.

Sabía que Tristan se refería a Mary y el beso en el jardín. Podía ignorarlo mientras fuera un secreto, pero si los demás lo sabían...

Habría que tomar medidas para protegerla.

Los únicos sonidos en el salón eran los de las tazas de té contra los platillos y el reloj sobre la repisa de la chimenea. Una joven sirvienta había llevado té y la tía Sophie lo estaba sirviendo. No había dicho una sola palabra desde que abandonaran la habitación del duque.

Mary supuso que no sabía qué decir al respecto del poco edificante comportamiento de su

sobrina.

Una dama como era debido no irrumpía sin ser anunciada, ni invitada, en el dormitorio de un caballero. Pero el mayordomo no había querido proporcionar ninguna información sobre el estado del duque. Y una dama no abordaba a un hombre sin ropa, salvo los pantalones. Y nunca, nunca apoyaría una mano sobre su pecho. Aunque llevaba unos guantes de cabritilla, había sentido perfectamente el calor de su cuerpo, el fuerte latido de su corazón contra la palma de su mano, las sutiles vibraciones que surgían de su garganta cada vez que hablaba.

Por primera vez, su rostro había estado desprovisto de sombras. Había estado demasiado estupefacto para ofrecerle solo el lado bueno del rostro, aunque ella no se lo habría permitido. Lo había acorralado en una esquina, en la intimidad de su dormitorio, y había visto claramente todo el daño que había sufrido en un lejano campo de batalla. Había sentido deseos de besar cada cicatriz para aliviarle el dolor. De no haber habido testigos, no estaba segura de si él habría tenido la fuerza para detenerla, aunque se imaginaba la solitaria palabra que habría salido de sus labios: «no».

No habría aceptado su lástima o simpatía. Habría dado por hecho que ella había detectado su debilidad, cuando lo único que había visto era fuerza. Hasta ese momento no había comprendido el esfuerzo que le suponía a Sebastian aparecer en público. Sus cicatrices eran mucho más profundas de lo que parecían.

En cuanto a ella, su reputación pronto estaría tan mancillada como el cuerpo del duque, cuyas heridas eran un mapa de nobleza, pues las había recibido mientras defendía a su país.

—Hay algo distinto aquí —al fin Alicia se atrevió a hablar, sacando a su prima del ensimismamiento—. Ha cambiado desde el baile, y no consigo averiguar exactamente qué es.

—El verdadero duque al fin ha tomado posesión de su casa —contestó Mary.

—Fuiste bastante osada en tu comportamiento en el dormitorio —la censuró su tía.

—Necesitaba ayuda —Sebastian la odiaría por decir algo así. Eran tan orgulloso, tan decidido.

—No era asunto tuyo prestársela.

—No podía quedarme tranquilamente a mirar cómo luchaba por recuperar su dignidad.

—Una dignidad que no habría perdido si no hubieses irrumpido en su dormitorio —

lady Ivers suspiró ruidosamente—. Por desgracia, tu osadía al parecer no empezó ahí. Me temo que esta noche, todos sabrán lo de tu escandaloso beso en el jardín y tu padre me

echará en cara no haberte vigilado más de cerca.

—Quizás lady Hermione y lady Victoria mantengan la boca cerrada —se aventuró Alicia.

—Sí, es una posibilidad —espetó su madre—, y mañana por la mañana me despertaré veinte años más joven.

Mary ocultó una sonrisa. Dadas las circunstancias, no debería encontrar divertido el tono empleado por su tía. Pero mientras siguiera conservando la sonrisa, quizás no estuviera todo perdido.

Los hermanos hicieron su entrada en el salón, Sebastian con un paso más ágil que Tristan. Mary seguía sin comprender cómo la gente había podido confundirlos. Aunque ese ya no era un problema, los gemelos nunca le habían parecido idénticos. Sebastian siempre había sido el más serio, y lo era cada vez más.

—Señoras, les pido disculpas por no haberlas recibido adecuadamente —saludó.

—Nosotras nos disculpamos por irrumpir en su intimidad —contestó la tía de Mary.

—Me parece que la única que irrumpió fui yo —señaló Mary. Habría jurado que Sebastian casi había hecho una mueca y se preguntó qué haría falta para arrancarle una sonrisa a ese hombre.

—Sí, bueno, no tiene sentido buscarle tres pies al gato —continuó la tía Sophie—.

Nos alegra comprobar que ha escapado a las garras de la muerte.

—Y yo también.

Sebastian eligió la silla más alejada de Mary, mientras Tristan se sentaba algo más cerca. Su mirada parecía querer desafiar a su hermano y ella se preguntó de qué iría todo eso. De niños cada gemelo sabía siempre lo que pensaba el otro, pero sospechaba que los años separados habían cambiado su relación. Odió a su tío por la tragedia desencadenada, por todo lo que les había robado a sus sobrinos, por tantas cosas que no podían ser identificadas fácilmente.

—¿Exactamente qué pasó anoche? —preguntó Mary—. ¿Dónde te atacaron?

—En el jardín. Después de... —Sebastian miró furtivamente a lady Sophie antes de volver a dirigirse a Mary—, de que nos despidiésemos. Yo me dirigía a la salida con el objeto de caminar hasta casa. Oí un sonido, me volví, y sentí el cuchillo clavarse en mi costado.

Tanto la tía como la prima de Mary exclamaron horrorizadas. Mary, sin embargo, se fijó en que Sebastian relataba los hechos sin ninguna emoción, como si le hubiera sucedido

a otra persona. Quería saber si se había sentido enfadado o asustado, o si pensó que iba a morir. ¿Cuáles habían sido sus últimos pensamientos? ¿Se había lamentado? ¿Había pensado en los felices años de su juventud, en los hombres junto a los que había combatido, las mujeres que había conocido? ¿En ella? En su caso, su último pensamiento seguramente sería para él. ¡Qué injusto para Fitzwilliam!

—Por suerte, Tristan me encontró —continuó Sebastian—. Nos marchamos confiados en que nadie se había enterado, pero al parecer los rumores campan a sus anchas.

—¿Consideras a tu tío responsable de esto? —preguntó Mary.

—Aún es pronto para acusar a nadie.

A ella le impresionó la contención del duque. ¿Quién salvo su tío querría hacerle daño?

—Lady Mary —intervino Tristan—, ¿anoche se cruzó por un casual con alguien en el jardín?

—Con Su Excelencia —ya era demasiado tarde para ella. Mejor contar la verdad.

—Aparte de mi hermano —Tristan le dedicó una sonrisa lobuna que seguramente triunfaba con más de una dama.

—No, en realidad, no. Oí susurros en las sombras y, por supuesto, vi parejas que paseaban. Pero todo a lo lejos. No pude identificar a nadie. Y mis pensamientos estaban en otra parte.

—De eso estoy seguro.

Los hombros de Mary se cargaron de tensión mientras Tristan se volvía hacia Alicia.

Su prima parecía a punto de desmayarse y tenía visibles dificultades para respirar.

—¿Alguna de ustedes, señoras, dio un paseo por el jardín?

—Desde luego que no —contestó ofendida su tía—. Y hablo por las dos. No abandonamos el salón de baile.

—Supongo que lady Alicia estuvo muy ocupada bailando.

—No tanto como pueda pensar —sonrojándose, la joven bajó la mirada.

Mary desvió su atención hacia Sebastian en un intento de determinar qué podría estar pensando del pequeño intercambio de palabras. Pero, al descubrir con qué intensidad la miraba, casi se le

cayó la taza. Consideró dejarla a un lado, pero le temblaban tanto las manos que no quería que el tintineo sobre el plato la delatara. Se preguntó si estaría

enfadado con ella por haber desvelado lo del beso. Era evidente que lamentaba haberla besado, de lo contrario no se habría marchado a la carrea. Y, si ella no hubiera sido una cobarde, regresando al salón de baile, quizás habría visto quién lo había atacado.

—Supongo que jamás averiguaremos quién atacó a Keswick —se lamentó Tristan.

—A no ser que regresara sangrando al salón de baile. Conseguí golpearlo.

—No me imagino que ningún lord le atacara —afirmó la tía Sophie—. Los lores no atacan a otros lores. Sin duda fue algún rufián, aunque no sé qué podría estar haciendo allí.

A lo mejor pretendía robarle.

—A lo mejor.

Mary percibió la duda en su voz y sospechó que hacía responsable a su tío. Desde luego no lo culpaba, porque ella opinaba igual.

—Nos alivia comprobar que no fue herido de gravedad —continuó su tía poniéndose en pie—. Deberíamos marcharnos.

—Me gustaría hablar con Mary —observó Sebastian.

—Por supuesto —su tía se sentó.

—A solas.

—No me parece muy apropiado.

—No estoy en situación de aprovecharme.

—Aun así...

—Tía, mi reputación está, sin duda, hecha añicos. ¿Qué daño puede hacer si hablamos en privado unos minutos? La puerta puede permanecer abierta. Y tú puedes quedarte en el pasillo y mirar.

—Si Fitzwilliam lo descubre...

—Yo no pienso decírselo —además, en cuanto supiera lo del beso, todo habría terminado entre ellos.

—Muy bien —la mujer volvió a levantarse—. Alicia, ven conmigo.

Ambas damas se dirigieron a la puerta mientras Tristan se levantaba de su asiento.

—Procuraré que las señoras no se metan en ningún lío.

Mary sonrió ante el comentario. Sospechaba que habían pasado muchos años desde que su tía se hubiera metido en algún lío y Alicia estaba demasiado pendiente de su reputación como para hacer algo inapropiado. Una lástima que ella no pudiera asegurar lo mismo.

—Te has puesto pálido —observó cuando todos se hubieron marchado.

—No estoy en condiciones de recibir visitas.

—Siento la imposición, pero, cuando supe que alguien había intentado matarte...

Necesitaba ver por mí misma lo herido que estabas.

—Pues viste bastante más que eso.

—Sí, y también lo siento —aunque lo cierto era que no lo sentía, no realmente.

La imagen de las heridas de Sebastian iba a atormentarla desde ese día. Debería haberle insistido aquella noche, cuando eran niños, para que le pidiera ayuda a su padre.

Sebastian había elegido un camino nada fácil para él y sus hermanos.

—Te agradezco que me reprendas en privado.

—No era mi intención reprenderte —él se frotó la barbilla—. Yo solo... ¿Cómo se enteró tu tía de lo del beso y por qué se va a enterar todo Londres?

Mary casi prefería ser reprendida por su comportamiento en el dormitorio antes que tener que admitir lo imbécil que había sido. Tiró de un hilo de la falda. Pensó que, con su suerte, se desharía la prenda y se quedaría sin ropa. Sencillamente no era su día.

—¿Mary? —insistió él con dulzura.

—Cuando lady Hermione entró en el taller de la costurera —empezó ella, animada por el tono amable del duque—, y nos contó que todos hablaban de lo sucedido en el jardín, fui tan vanidosa como para creer que se referían a mí.

—Tú no eres nada vanidosa.

—Eres muy amable, pero solté sin más que solo había sido un beso y que no había significado nada. De modo que ahora saben que nos besamos. Y no puede decirse precisamente que sepan guardar un secreto.

—¿Y unos simples rumores sobre un beso, sin un solo testigo, bastarán para arruinar tu reputación?

Mary había olvidado que Sebastian llevaba mucho tiempo alejado de la sociedad y no sabía la rapidez con la que trabajaban los chismosos y lo preciosa que era la reputación

de una dama. De niños, él a veces le había levantado la falda para comprobar la gravedad de un raspón en la rodilla. Pero el mundo de los adultos era muy diferente. Si su tía no la hubiera instruido, ella se habría mantenido igual de ignorante.

—Me temo que a Fitzwilliam no le va a gustar cuando se entere.

—¿No le contaste nada? —Sebastian frunció el ceño.

—Por supuesto que no —ella sacudió la cabeza—. De todos modos no lo vi después.

Sebastian se quedó completamente inmóvil y Mary lo miró perpleja.

—¿Sucede algo?

—Tristan se cruzó con él en el jardín.

—¡Cielo santo! ¿Crees que nos vio? —explicaría por qué su prometido no había regresado al salón de baile, ni la había buscado para un último baile.

Había estado tan obsesionada con lo sucedido entre Sebastian y ella que casi no había pensado en el hecho de no haber vuelto a ver a Fitzwilliam. Lo cierto era que se había sentido aliviada, porque

temía que se lo leyera en la cara. A pesar de la afirmación de Tristan de que no se le notaba que acababan de besarla, ella se sentía completamente seducida.

—De habernos visto, ¿no habría dicho nada?

—Sí, claro. Se habría encarado contigo, con nosotros. Su orgullo no le habría permitido pasar por alto un acto así sin exigir algún tipo de satisfacción. No me refiero a un duelo ni nada de eso, pero sí quizás a algún asalto en el cuadrilátero de boxeo. De modo que no creo que fuera testigo de nuestro inapropiado comportamiento. Aun así, debo hablar con él. No puedo permitir que se entere por otros.

—No le va a gustar.

—No —ni a su padre tampoco.

—Mary, siento mucho los problemas que te haya podido acarrear.

—Ha sido culpa mía. Jamás debería haberte seguido por el jardín — Mary se levantó de la silla—. Por favor, no te levantes.

Sebastian la ignoró y, con una mueca de dolor, se puso en pie mientras ella hacía acopio de toda su fuerza de voluntad para no correr en su ayuda.

—Descansa —le aconsejó Mary—, y asegúrate de que no se te infecte la herida.

—Tengo bastante experiencia con heridas, te lo aseguro. Dentro de poco estará bien.

Mary, yo, mis hermanos, estamos en deuda contigo, pero parece que solo te traigo problemas. Lamento cualquier humillación que puedas sufrir por mi mal comportamiento en el jardín.

¿Qué otra cosa podía decirle? ¿Debía admitir que el beso lo había destrozado, dejándolo con deseo de más? ¿Debía confesar que se

había dado cuenta de que ya no era una niña? ¿Podía un beso encerrar tanto poder?

—Estaré bien —mintió ella—. A fin de cuentas, no fue más que un beso.

Capítulo 16

Solo había sido un beso. Mary lo había repetido varias veces al referirse a lo sucedido entre ellos, añadiendo la pequeña salvedad de que no había significado nada.

Nada.

A medida que el carruaje avanzaba por las calles de Londres, Sebastian se preguntaba qué había esperado. ¿Pretendía que ella confesara sentirse sobrecogida y que anhelaba volver a ser besada? ¿Quería que le confesara que el beso en el jardín había sido mucho más poderoso que el pequeño roce intercambiado en las ruinas de la abadía siendo niños?

—Estás muy melancólico —observó Tristan.

—Llevo doce años melancólico —Sebastian miró a su hermano, reclinado en el asiento frente a él.

—No, esto es diferente. Sospecho que tiene algo que ver con la conversación mantenida con Mary.

El duque se preguntó cómo sería la vida sin mantener una conexión tan fuerte con otra persona. Seguramente sentiría soledad, mucha más de la que sentía en esos momentos.

Y, al mismo tiempo, sentiría alivio al saber que sus estados de ánimo y los motivos subyacentes no podían ser tan fácilmente descifrados.

—Estoy agotado.

—Entonces deberíamos regresar a la residencia. La visita a Fitzwilliam podría resultar infructuosa. No recuerdo haberlo visto manchado de sangre.

—Pero también afirmas que estaba oscuro y que no lo viste claramente.

—¿Y qué motivos podría tener?

—Quizás me viera besar a Mary.

—Matar a un hombre por besar a tu prometida me parece un poco exagerado.

En efecto lo sería, reflexionó él, sorprendido por la vehemencia de su hermano. En su mente se formó rápidamente la imagen de Mary alzando el rostro para recibir un beso, pero el que se inclinaba sobre ella era Fitzwilliam, no él. El estómago de Sebastian se encogió con tal fuerza que temió que se le fuera a soltar uno de los puntos del costado.

¿Qué demonios le ocurría? Para ella no había significado nada, se lo había dejado bien claro. Y para él había significado aún menos.

Una distracción, eso había sido. Un desahogo momentáneo de la pesadilla en que se había convertido la velada. Asistir al baile solo había servido para remarcarle sus carencias y había buscado recuperar parte de lo que había perdido. La pasión era una poderosa distracción.

Y con Mary lo había sido. La había utilizado y debería ser azotado por ello, pero estaría dispuesto a volver a utilizarla. Sus labios eran tan jugosos como las fresas recién arrancadas. Lo que quería era hundirse en ellos y perderse en el placer.

—No irás a matarlo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —Sebastian se volvió hacia Tristan.

—Pareces alguien a punto de cometer un asesinato.

—Mis pensamientos vagan por lugares oscuros. Últimamente me sucede mucho.

Creo que lo más probable es que sea él el que me mate, si es que ha oído los chismorreos sobre Mary.

—Y, si no se ha enterado, ¿se lo vas a contar tú?

—La posibilidad de que los rumores sobre Mary no se hayan extendido es muy remota —él sacudió la cabeza.

—Me temo que sí lo habrán hecho. Lady Hermione no me pareció muy familiarizada con el concepto del silencio. Nunca he conocido a una mujer que hablara tanto sobre cualquier tema. Casi la besé en la pista de baile para que se callara.

—De haberlo hecho, la tendrías unida a ti el resto de tu vida.

—Por eso me contuve. No me daría un segundo de paz.

El carruaje se detuvo frente a la modesta residencia de Fitzwilliam. Un lacayo abrió la puerta y Sebastian se bajó, seguido de su hermano.

—De modo que aquí vivirá Mary cuando esté en Londres —observó Tristan.

Sebastian se abstuvo de opinar que se merecía mucho más. Se limitó a subir los escalones y golpear la puerta con la aldaba. El mayordomo abrió y, en su honor, el duque constató que apenas enarcó una ceja al verlo.

—El duque de Keswick desea ver a lord Fitzwilliam.

—El señor no está en casa.

—¿Para mí o para nadie?

—No está en casa significa, Excelencia, que no se encuentra aquí.

—¿Sabes dónde está?

—El señor no tiene por costumbre informarme de sus intenciones, aparte de anunciar su ausencia.

Por supuesto. La pregunta no había tenido sentido.

—¿Cuándo regresará?

—No sabría decirlo.

—¿No sabes o no quieres decirlo?

—No sé cuándo regresará.

Sebastian se dio media vuelta y bajó furioso los escalones.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Tristan.

—Volver a mi residencia y descansar.

Se había excedido y el esfuerzo había sido en vano. Esperaba que, al menos, la fragancia de Mary se hubiera disipado de su casa. De lo contrario le iba a resultar muy difícil no pensar en ella durante el resto del día.

Lo primero que sintió Mary al entrar en el estudio de su padre, adonde había sido convocada, fue alivio al no ver señales de golpes en el rostro de Fitzwilliam. A punto de abrazarlo de alegría, tuvo que reconocer para sus adentros que había considerado la posibilidad de que fuera él quien hubiera lastimado a Sebastian.

Pensándolo mejor, era ridículo. Su prometido no era un hombre vengativo. Celoso sí, él mismo lo había admitido, pero a las damas les gustaban los hombres un poco celosos.

Era una demostración de lo mucho que significaba para él, de que le importaba.

Sin embargo, temía que a Fitzwilliam le importaban diferentes cosas que a ella.

Estaba de pie frente a ella, el gesto solemne y las manos juntas a la espalda. Mary lo miró a los ojos, sintiéndose una niña mala pillada con las manos en la lata de las galletas.

Su padre tampoco parecía muy contento. Sentado en un rincón vaciaba la copa de whisky como si temiera que ese placer pronto le fuera retirado.

—Mary —empezó Fitzwilliam.

—Milord —ella sonrió y vio cómo su novio encajaba la mandíbula.

Aquello no presagiaba nada bueno. Solo había pasado un día desde el desastre desatado en el taller de costura. Era imposible que se hubiera enterado. Había estado escribiéndole una carta, una explicación. ¡Menuda cobarde! Debería haber acudido directamente a su residencia el día anterior y contárselo todo a la cara, pero una pequeña parte de ella había albergado la esperanza de que su tía hubiera amanecido con veinte años menos, y que lady Hermione y lady Victoria hubieran mantenido en secreto lo que ella les había soltado.

—Consentí que hablaras con Keswick durante el recital de lady Alicia porque sabía que era amigo tuyo y que hacía muchos años que no lo veías. Y, cuando me enteré de que te habías reunido con él en Hyde Park, opté por ignorar la transgresión.

—No creo que pueda considerarse una transgresión. Simplemente quise convencerle de la importancia de asistir a los bailes. Estuvimos constantemente a la vista de todo el mundo.

—Lo sé, ya que quienes me informaron de haberos visto dejaron bien claro que tú ibas montada a caballo y que no sucedió nada inapropiado. Aun así, estuviste allí con él. Y

en el baile, estuviste hablando a solas con él y sin carabina.

—Había cientos de carabinas en ese salón de baile.

—¿Y en el jardín? —Fitzwilliam enarcó una ceja—. ¿Cuántas carabinas había allí?

Mary se sentía atrapada. Su prometido buscaba su humillación. Muy despacio, se sentó en una silla.

—Sí, ha llegado a mis oídos que tuvisteis una cita en el jardín.

—¡Por Dios santo, Mary! —exclamó su padre.

—Yo no diría que fue una cita.

—¿Niegas haberlo besado? —preguntó Fitzwilliam.

—¿Mary? —rugió su padre.

Ella fijó la vista en la punta de sus zapatos mientras se preguntaba cómo podría conseguir darse una patada a sí misma.

—De modo que los rumores son ciertos —insistió su prometido.

—Después del incidente en la pista de baile —Mary le dedicó una mirada significativa—, quise hacerle comprender que podría haberle sucedido a cualquiera, ya que tú me aseguraste que no lo habías hecho a propósito.

Fitzwilliam se arrodilló ante ella y le tomó las manos. Mary no recordaba haberlo tenido tan cerca, ni siquiera cuando se había declarado. Ese día habían estado tomando el té y él ni siquiera se había molestado en dejar la taza sobre la mesita. Tras un pequeño

sorbo le había anunciado: «Me estaba preguntando, querida niña, si querrías considerar casarte conmigo».

No había sido romántico ni apasionado, pero le había conmovido. Fitzwilliam era deliciosamente reservado. Sin embargo, tras los últimos acontecimientos, ella lo había lastimado. Lo veía en su mirada.

—Supongo que, si de algo eres culpable, Mary, es de tener un corazón de oro. Pero Keswick no es tu problema.

—Pero es mi amigo, Fitzwilliam.

—Era tu amigo, cuando erais niños. Si lo siguiera siendo no habría hecho todas esas cosas que han mancillado tu reputación y la mía.

—Sucedió sin más. El beso. Ni siquiera estoy segura de por qué empezó. Estábamos hablando y, de repente, nos estábamos besando. Lo siento. Jamás pretendí darte motivos para dudar de mí.

—Y por eso voy a pasarlo por alto. Esta vez. Iremos juntos al siguiente baile para que todo Londres vea que me perteneces. Porque me perteneces, ¿verdad?

—Sí, sin duda alguna —Mary sentía las lágrimas arder en sus ojos, pues últimamente le habían surgido muchas dudas en su mente.

—Estupendo. Pero debes prometerme que jamás volverás a hablar con él.

—¿Nunca? —ella lo miró sobresaltada—. ¿Sugieres que corte por lo sano, que lo ignore?

—O él o yo, Mary. Si le escribes una carta para explicarle los límites, él debería comportarse como un caballero y no volver a colocarte en una situación en la que te veas obligada a elegir.

—He pasado doce años sin verlo, sin hablar con él. No puedes negarme... —«ese placer», estuvo a punto de decir.

En realidad no era un placer, sino más bien un desafío, justicia. De niños habían compartido muchas cosas. No volver a compartir nada nunca más sería una desgracia.

—¿Y si prometo no estar nunca a solas con él? Eso debería bastar.

—Veo que vas a ser una esposa rebelde —Fitzwilliam se llevó la mano de Mary a los labios y cerró los ojos.

—No lo seré, te lo prometo.

—Rebelde —él abrió los ojos y sonrió—, porque cuando me pides algo, me resulta muy difícil negártelo. Me contentaré con que no estés nunca a solas con él y que solo hables con él en mi presencia, o la de tu padre.

—Gracias, milord —ella sintió un inmenso alivio—. Pensé que no querrías saber más de mí tras oír los rumores.

—¿A dos semanas de la boda? Hará falta mucho más que cotilleos para mantenerme alejado de la iglesia. Pero desde luego me gustaría no oír ninguno más.

—Quizás debería encerrarla en sus aposentos hasta el día de la boda —sugirió su padre.

—No es una niña, Winslow —contestó Fitzwilliam—. Confío en su palabra.

Mary sintió ganas de abrazarlo por su voto de confianza, y se juró que jamás volvería a decepcionarlo. Sería una esposa ejemplar y no le daría más motivos para dudar de ella.

—Una cosa más —soltándole las manos, él se puso de pie—. Esa gargantilla con la piedra verde que llevaste la otra noche, no volverás a ponértela. En realidad creo que lo mejor sería que se lo devolvieras a Keswick.

—¿Cómo te has enterado? —ella lo miró estupefacta.

—Le pregunté a tu padre sobre él. Y él preguntó a tu doncella. No permitiré que mi esposa acepte regalos de otro caballero.

—Yo aún no soy tu esposa.

—Pero, si quieres serlo, tendrás que devolvérselo. Considéralo un gesto de buena fe.

Me has hecho daño, Mary. ¿De verdad crees que estoy pidiendo demasiado?

Mary sacudió lentamente la cabeza. Ya le había dicho a Sebastian que no debería aceptar el regalo.

—Se lo devolveré enseguida. Aunque deberías saber que no fue un regalo de Keswick, sino de los tres hermanos.

—¿Un regalo de tres hombres? No quiero ni imaginarme los chismorreos que saldrían de ahí. Motivo de más para devolverlo.

Fitzwilliam se despidió de su prometida y su padre antes de marcharse mientras Mary se preguntaba si lograría ser feliz con ese hombre.

—Necesitas este matrimonio, Mary —señaló su padre—. Yo lo necesito, para saber que estarás a salvo. Si te fallo a ti, habré fallado en todo.

—Tú no has fallado en nada, padre.

—No conseguí engendrar un heredero que te cuide cuando yo ya no esté.

Mary sospechaba que el fallo era compartido a partes iguales por su madre.

—Lo dices como si estuvieras pensando en abandonarme en cualquier momento.

—La vida es precaria, hija. Pensaba que los chicos Pembroke te habrían enseñado eso.

—¿Sabías que alguien intentó matar a Sebastian?

—Un suceso horrible —el hombre asintió—. Dicen que fue un soldado que lo acusa de ser un cobarde.

—¿Y tú lo crees?

Su padre sacudió la cabeza lentamente.

—Pero, si eres lista, te guardarás tus opiniones para ti misma. Deja de intentar ayudar a los lores de Pembroke, solo puede llevarte a tu caída. Tu lealtad debe estar ahora con Fitzwilliam.

—Sí, padre —ese hombre no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo, lo que le pedía su prometido. Abandonar a sus amigos.

Sabía que los tres hermanos no se lo echarían en cara. ¿Acaso no le había pedido Sebastian que se mantuviera al margen? Aun así, no podía evitar sentirse como una traidora.

Mi queridísimo Sebastian,

Con un profundo pesar, debo devolverte este precioso regalo que me hicisteis tus hermanos y tú. Desgraciadamente, también debo pedirte que, caso de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, no me dirijas la palabra. Mi prometido opina que debo comportarme de manera intachable para superar esta tormenta de chismorreos que nos ha complicado la temporada a todos. Por favor, no olvides que siempre te llevaré en mi corazón.

Tuya siempre,

Mary

Tumbado en la cama, Sebastian recogió la gargantilla que se había deslizado de la nota que su mayordomo le acababa de entregar. No

entendía por qué había tenido que devolvérsela. ¿Quién la había obligado a ello? ¿Era por culpa de los rumores que corrían por la ciudad sobre el ilícito beso que habían compartido en el jardín?

Un beso que a él no le había parecido nada ilícito, sino maravilloso.

A diferencia del costado que le ardía endemoniadamente.

La fiebre había comenzado en algún momento de la noche. Debería habérselo imaginado. No había guardado cama, tal y como le había aconsejado el médico. Hasta ese día, cuando ya no había tenido energía para levantarse. Debería contactar con Mary para asegurarse de que todo iba bien. Debería visitar a Fitzwilliam y explicarle que no suponía ninguna amenaza. Solo quería lo mejor para Mary.

«Eso es. Levántate. Solúcionalo», se ordenó a sí mismo. Eso debía hacer.

Y, sin embargo, sucumbió al arrullo del olvido.

Capítulo 17

La tarde siguiente al día en que había devuelto la gargantilla a Sebastian, Mary estaba sentada en el jardín, intentando leer. De cuando en cuando incluso pasaba una página, por si su padre la estuviera vigilando desde el estudio. No había esperado, aunque sí soñado, que Sebastian le devolviera el regalo para ofrecerle la oportunidad de explicarse.

Claro que se suponía que no debía hablar con él.

Aunque, si él acudía a su casa, la etiqueta exigía que lo recibiera con amabilidad.

Claro que su padre lo echaría antes de que pudiera verlo.

Y luego se lo contaría a Fitzwilliam.

Mary se hubiera arrancado el cabello a tirones.

La chiquilla que había corrido a Pembroke aquella noche no habría permitido que otros dictaran su voluntad. ¿Cuándo había cambiado eso? ¿Formaba parte de ser una dama?

¿O una cobarde?

¿Tan desesperadamente deseaba casarse como para dejar de ser fiel a sí misma? ¿O

acaso era a Fitzwilliam a quien deseaba desesperadamente?

Y, si lo deseaba, ¿por qué cuando estaban juntos nunca se preguntaba cómo se sentiría al besarlo? ¿Por qué no conseguía olvidar la sensación de los labios de Sebastian sobre los suyos? ¿Por qué deseaba que volviera a besarla? Más dulcemente, no tan salvajemente, aunque no podía negar que había resultado excitante. ¿Por qué pensaba que la dulzura haría que regresara el chico al que había conocido?

Ese chico se había ido para siempre.

Dudaba mucho que pudieran volver a ser amigos como lo habían sido de niños. Un amigo no te miraba como si deseara devorarte. Por otra parte, Sebastian parecía no tener paciencia para nada, y no podía culparle después de doce años de espera. Sin embargo, esa impaciencia le haría la vida difícil a su esposa. Tener que prever siempre sus estados de ánimo y sus deseos podría llevar a cualquiera a la locura.

Fitzwilliam era mucho más sencillo de descifrar. Controlaba su estado de ánimo e,

incluso cuando estaba enfadado, se conducía siempre con corrección. Si se sentía tan avergonzada era por haberse dejado llevar por un comportamiento impropio que jamás debería haberse

producido. Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadado con ella.

Estaba decepcionada consigo misma.

Ya no era una niña, libre para corretear de un lado a otro y hacer lo que le apeteciera. Tenía responsabilidades. Se le pedía que se comportara de determinada manera, que fuera digna de su esposo. Fitzwilliam era vizconde y algún día sería marqués.

Comprendía por qué no le gustaba que hablara a solas con otros hombres, que hubiera ignorado su falta de juicio en aras del futuro matrimonio. Jamás abusaría de ella ni se mostraría descortés. No tendrían disputas, tormentas o aventuras.

Mary suspiró. No sería de extrañar que se volviera loca de aburrimiento.

Cerró los ojos con fuerza. No debería pensar en tales cosas. Nunca se le habrían ocurrido de no haber regresado Sebastian, aunque desde luego no lamentaba que lo hubiera hecho. Porque significaba que seguía vivo. Y su amigo de la infancia le importaba demasiado para desearle ningún mal.

—¿Milady?

Mary abrió los ojos y los fijó en el mayordomo, de pie ante ella con una bandejita de plata en la mano. Al parecer lady Hermione y lady Victoria deseaban más información sobre los lores de Pembroke. ¡Qué decepción iban a sufrir cuando supieran que ya no podría servirles de fuente de diversión!

—Las recibiré aquí —le indicó al mayordomo—. Haz que traigan té y pastelitos.

—Sí, milady.

Mary se levantó para recibir a la visita. En dos semanas lo haría en casa de Fitzwilliam. Bueno, quizás un poco más tarde, ya que partirían un mes a Italia tras la boda.

Sería la primera vez que abandonaría las costas de Inglaterra y se moría de ganas.

Al ver acercarse a las damas se obligó a sí misma a sonreír. Hermione llegó la primera y, para sorpresa de Mary, apoyó las manos sobre sus hombros, la atrajo hacia sí y le rozó las mejillas con las suyas.

—Mi querida niña, qué horrible habrá sido para ti. Ojalá nos lo hubieras contado todo.

¿De qué demonios hablaba?

—Debo confesarte que, lamentablemente, Victoria y yo no mantuvimos tu secreto sobre el beso —lady Hermione se apartó ligeramente, aunque no la soltó.

—Nunca confié en que lo hicierais. Era un cotilleo demasiado jugoso, me temo.

—Pero de haber sabido que te había forzado, que tuviste que escabullirte a la fuerza...

—¿Qué? —Mary reaccionó horrorizada—. ¿De qué estás hablando?

—Keswick se comportó como un sinvergüenza y no te dio ninguna oportunidad.

—¿Quién te ha contado esas tonterías?

—Circula por todo Londres. Sus hermanos y él serán rechazados en cualquier residencia decente. Y no es justo. No es nada justo.

—No podría estar más de acuerdo. Es intolerable —Londres estaba lleno de mentiras. ¿Cómo había empezado todo?

—Gracias a Dios que lo entiendes. ¿Significa eso que hablarás por lord Tristan para que, al menos él, sea recibido en las casas?

—¿Lord Tristan? —Mary se sentía arrastrada por un torbellino de palabras sin sentido.

—Sí. Él no debería sufrir las consecuencias, yo no debería sufrirlas, de que su hermano sea un salvaje.

—Keswick no es ningún salvaje. Él no me forzó. ¿De dónde han salido esos horribles rumores?

Hermione al fin soltó a Mary y dio un paso atrás.

—Pues de donde surgen todos los rumores. De la verdad.

—La verdad es que compartimos un beso en el jardín. Un beso que ambos, o al menos yo, disfrutamos.

—¿Lo animaste a que se tomara libertades contigo? —lady Hermione arqueó una ceja.

—Yo no lo animé, y no se tomó ninguna libertad —Mary era consciente de que sus palabras podían ser malinterpretadas—. Él me besó. Nada más. Unos labios explorando —

de nuevo se interrumpió. Cualquier explicación que se le ocurriera no haría más que empeorarlo todo.

—Dicen que te rasgó el corpiño. La costurera ha admitido haber arreglado tu vestido.

Mary estaba estupefacta. Toda esa locura le recordaba a un juego de salón en el que una persona le susurraba algo al oído a otra, que a su vez se lo susurraba a otra, hasta que el mensaje regresaba a la primera persona, que debía pronunciarlo en voz alta. La frase final apenas solía parecerse a la original. Era un juego divertido. Pero en esos momentos no se estaba divirtiendo nada.

—¿Y quiénes están propagando esas ridículas afirmaciones?

—Bueno, pues todo el mundo por supuesto.

—Regresé al salón de baile después del beso.

—Yo no te vi, aunque me contaron que te marchaste apresuradamente.

—Tenías el cabello revuelto —intervino lady Victoria—. Vi a lord Tristan recogértelo. En la terraza.

Mary había vivido años ignorada por todos y sin que nadie se hubiera dado cuenta de que ya tenía edad para su presentación en sociedad en Londres. Y, de repente, estaba en el objetivo de todo el mundo.

—Todo este asunto es absurdo.

¿Qué estaría pensando Sebastian? ¿Había oído los rumores? ¿Y Fitzwilliam?

¡Menudo lío!

—El té, milady.

Una doncella había llevado una bandeja con tazas de porcelana y pastelillos. Todo muy civilizado y apropiado. ¿Cómo iba a sentarse y tomar el té como si nada hubiera sucedido?

—Llévatelo de nuevo a la cocina.

La doncella hizo una reverencia y se marchó corriendo, como si presintiera la inminente tormenta. Hermione, al parecer, no era tan intuitiva.

—Pero a mí me gustaría tomar un poco de té mientras seguimos charlando. Si nos proporcionaras los detalles de lo sucedido aquella

noche, quizás podríamos arreglar las cosas para que lord Tristan vuelva a ser recibido en las casas.

¿Otra vez lord Tristan? ¿Cómo era posible que lady Hermione no comprendiera que lord Tristan era la menor de sus preocupaciones?

—Nunca fue bienvenido, ni siquiera en tu casa. Tus padres no lo querían allí.

¿Cómo puedes ser tan obtusa, tan centrada únicamente en tus propios deseos?

—No hace falta ponerse así —lady Hermione se irguió.

—Si me disculpáis, debo hablar con lord Fitzwilliam. Los rumores le habrán alterado enormemente —¿y si había retado a Sebastian en duelo?

Con su entrenamiento militar, Sebastian lo destrozaría en segundos. Aunque con la visión mermada, era muy probable que ya no fuera capaz de acertar a su objetivo.

Fitzwilliam podría provocar un daño irreparable.

—Pues Fitzwilliam no parecía muy alterado cuando habló con mi padre acerca de ellos —intervino lady Victoria.

—¿Y por qué iba a hablar de ellos con vuestro padre?

—Dijo que los caballeros debían asegurarse de que Keswick no se acercara a ninguna mujer. Dijo que su cobarde comportamiento en el campo de batalla al parecer se extendía a su manera de tratar a las damas. Quieren que abandone Londres.

Aquello no tenía ningún sentido. ¿Por qué iba Fitzwilliam a hablar mal de Sebastian? Con miles de preguntas bullendo en su mente, se dirigió hacia la casa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó lady Hermione.

Mary no contestó, dejando a las dos jóvenes mirándola.

Pensó en hablar con su padre, pero él le aconsejaría que lo dejara estar y esa no era una opción. De modo que se cambió de ropa e hizo que le prepararan el carruaje. Mientras avanzaba traqueteando por la calle, empezó a llover. Muy acorde con su ánimo. ¿Qué le pasaba a la gente? ¿Por qué no se alegraban del regreso del lord? ¿Por qué los contemplaban con desconfianza? ¿Por qué se creían los rumores de que Sebastian había sido un cobarde en el campo de batalla? ¿Por qué lo creían capaz de haberla forzado?

¿De verdad pensaban que, de haber sucedido, ella no habría dicho nada? Habría pateado, arañado y gritado. Jamás habría sucumbido voluntariamente a algo que no deseara.

El carruaje se detuvo. La puerta se abrió y el lacayo, paraguas en mano, la ayudó a bajar. Pero ni siquiera con sus largas zancadas le resultó sencillo mantener el ritmo de Mary, que corría hacia la puerta de entrada de la residencia de Fitzwilliam. No le importó que la lluvia cayera sobre su rostro.

—¿Dónde está tu señor? —preguntó al mayordomo.

—Anunciaré su llegada.

—Tan solo dime dónde está, o te juro que te relevaré de tu puesto en cuanto me convierta en la señora de esta casa.

—En el estudio, milady.

Mary avanzó por el pasillo con los puños cerrados. Si hacía falta, estaba preparada para entrar en combate, aunque esperaba descubrir que estaba equivocada en sus sospechas.

Un sirviente hizo una reverencia mientras le abría la puerta del estudio. Ella entró como un vendaval y se detuvo de golpe. Fitzwilliam estaba recostado en un sillón junto al fuego con una copa en la mano y, aparentemente, perdido en sus pensamientos.

Durante un instante le pareció vulnerable y ella se imaginó muchas noches como aquella, sentados junto al fuego. Leerían juntos, hablarían y, con suerte, reirían sobre alguna tontería.

Fitzwilliam levantó la vista y frunció el ceño mientras se levantaba lentamente, como si acabara de despertar de un sueño. Aunque quizás simplemente no podía creerse que ella estuviera ante él, empapada.

—Lady Mary, ¿sucede algo? ¿Qué haces aquí?

—¿Eres tú el responsable de los rumores según los cuales Keswick me forzó en el jardín? —preguntó ella a bocajarro tras respirar hondo.

—No —el ceño fruncido fue sustituido por una expresión de irritación.

La respuesta se asemejaba a un disparo. Lo había ofendido. Pero, por mucho que lo lamentara, necesitaba saberlo. Por qué necesitaba saberlo le inquietaba, pero ya lo analizaría más tarde.

—Entonces debe haber sido su tío en un intento de desacreditarlo, de lograr que toda la sociedad le dé la espalda. Estoy segura de que también propagó la absurda historia sobre la cobardía de Keswick en el campo de batalla.

—¿Y por qué debería preocuparte?

—Porque es mi amigo.

—¿Y tanta prisa tenías por interrogarme que ni siquiera pudiste proveerte de un paraguas? —Fitzwilliam avanzó hacia ella.

—Estaba alterada y no reflexioné.

—No le crees a él carente de moral, ¿y sin embargo cuestionas la mía?

—Lo siento —Mary no solo le había ofendido, también herido—. Sé que eres un buen hombre.

—Pues al parecer no lo crees.

—Sí lo creo. Jamás habría aceptado tu proposición de matrimonio si dudara de la clase de hombre que eres. Pensé que quizás lo hubieras hecho en un intento equivocado, aunque bienintencionado, de proteger mi honor.

—Te aseguro que no tengo por costumbre equivocarme en mis acciones.

—Por supuesto que no. Y espero que consigas perdonar mi impertinencia.

—Ojalá pudiera asegurarte que te perdonaría cualquier cosa, pero debo admitir que empiezo a cansarme de encontrar a Keswick constantemente en nuestras vidas. En cuanto nos casemos, no aparecerá por aquí. Espero contar con tu palabra.

¿Qué le estaba pidiendo? ¿No le permitiría volver a verlo?

—Y supongo que no harás nada para acallar los rumores según los cuales se aprovechó de mí —insinuó ella tímidamente.

—Si lo hiciera, estaría dando por sentado que lo besaste voluntariamente —

Fitzwilliam se apartó de ella—. ¿Comprendes en qué posición me colocaría eso? Cornudo antes de casarnos. Opino que el silencio es lo mejor. Los rumores se desvanecerán si no se reavivan constantemente con más fuego.

Por supuesto tenía razón. Si no reaccionaban a los rumores, la gente pronto se aburriría de ellos. Pero, ¿quién reparaba el daño causado a Sebastian mientras tanto?

—Debo admitir que admiro tu lealtad hacia ese hombre —Fitzwilliam se volvió de nuevo hacia ella—. Ojalá yo disfrutara del mismo tratamiento.

—Y así es —de repente, Mary se sintió poco digna de él—. Seré una esposa tan devota que jamás tendrás motivo de duda.

—Eso espero. ¿Asunto terminado?

Todavía no.

—Lady Hermione mencionó que te oyó aconsejar a su padre que convenciera a los demás para que no permitieran la entrada de Keswick en los hogares decentes.

—Me pidió mi opinión y yo se la di. Desde su regreso, no han causado más que problemas. Le dije que no serían bien recibidos en mi casa. Lo que él decida hacer es asunto suyo.

—No es justo.

—Quizás con el tiempo aprendan a comportarse con un poco más de decoro.

Cuando aprendan a conformarse, la gente estará más a gusto con ellos.

Si de algo estaba Mary segura era de que los tres lores no se conformarían nunca. A lo mejor se había apresurado al animarlos a participar en la vida social. Fitzwilliam tenía razón, tenían que abrirse camino ellos solos y a su debido tiempo.

—Fuiste muy traviesa al venir aquí sin carabina —su prometido le acarició los cabellos mojados.

Mary se preguntó si se aprovecharía de ella, incluso podría besarla. No se imaginaba a Sebastian dejando pasar una oportunidad así, caso de encontrarse a solas con la mujer con la que iba a casarse.

No lo consideraba ningún bárbaro, simplemente un ser marcadamente sensual, aunque él no se viera así.

—Esta noche vamos a cenar a casa de los Moreland —Fitzwilliam deslizó los nudillos por su mejilla y la contempló con ternura—. Permíteme acompañarte hasta tu coche para que puedas regresar a tu casa y prepararte. Te enviaré mi carruaje a las siete y media.

No debería sentirse decepcionada por que no se hubiera aprovechado de ella. Su reputación ya era lo bastante frágil y no había ninguna necesidad de hacerle dudar de su capacidad para comportarse como una dama.

Fitzwilliam le ofreció su brazo y se dirigieron a la puerta. Iban tan juntos que la falda de Mary rozaba los pantalones de su prometido. Sin embargo, la proximidad no resultaba escandalosa. ¿No debería sentir deseos de apretarse contra él?

¿Por qué se hacía esas preguntas últimamente? Ese hombre era bueno para ella.

Encajaban perfectamente.

Un lacayo les siguió con un paraguas hasta el carruaje.

—Te veré enseguida. No olvides tu promesa. Nada de Keswick. La reputación de un hombre no es tan importante como la de una dama. A nadie le importa realmente lo que hagamos. Todo este feo asunto sobre el beso se olvidará pronto, sobre todo cuando estemos casados.

—De nuevo te pido perdón por pensar que querías hacerle daño —ella asintió.

—No me casaría contigo si no fueras como eres.

Tras cerrar la puerta del carruaje, el vizconde dio instrucciones al cochero para que la llevara de regreso a su casa. Mirando hacia

atrás, Mary vio a su prometido observando su marcha. Se preocupaba por ella.

Pero ¿quién se preocupaba por Sebastian? Si oía los rumores, si la creía capaz de haberlos propagado...

No soportaría esa posibilidad.

En cuanto el carruaje giró la esquina y estuvo segura de que Fitzwilliam ya no la veía, sacó la cabeza por la ventanilla, haciendo caso omiso de la lluvia.

—Chambers, llévame a Easton House.

—Sí, milady.

Reclinándose sobre el banco, Mary se secó el rostro con un pañuelo. Sabía que Fitzwilliam no lo aprobaría. Simplemente debía asegurarse de que jamás lo descubriría.

—Chambers —volvió a sacar la cabeza por la ventanilla—, ve por la callejuela, no por la puerta principal.

Si el cochero respondió, sus palabras quedaron ahogadas por el rugido de un trueno.

Mary se volvió a acomodar en el banco mientras rezaba para que no fuera una señal de desaprobación del Altísimo. Nadie se fijaría en ella si entraban por la puerta de servicio. Se reuniría con Sebastian, le explicaría que no era responsable de los feos rumores y que, si los ignoraba, desaparecerían. Con cinco minutos le bastaría. Después regresaría a su casa.

Así de sencillo. Aprovecharía también para explicar el motivo de la devolución de la gargantilla y cómo debían evitarse el uno al otro. Sin duda él comprendería los celos de su prometido, pues también sentiría lo mismo si eligiera una mujer para casarse. Jamás toleraría que ella estuviera a solas con otro hombre.

Y de repente un horrible pensamiento la asaltó. ¿Y si no quería verla? ¿Y si la carta y los horribles rumores que circulaban habían cortado los últimos hilos de su frágil amistad? Para cuando el carruaje se detuvo, estaba muerta de preocupación. Si no estaba enfadado con ella, si lo comprendía, al menos le habría enviado una misiva en ese sentido.

Sin embargo, lo único que había recibido de él era silencio. El lacayo abrió la puerta y la ayudó a bajar y, al igual que le había sucedido en casa de Fitzwilliam, al hombre le costó mantener el paso de Mary, que corría hacia la puerta. Le había entrado una enorme urgencia por ver a Sebastian, por conseguir arreglar las cosas entre ellos. Su lealtad estaba con Fitzwilliam, pero no podía ignorar a Sebastian.

La lluvia racheada la golpeaba, cada helada gota un aviso de la frialdad con la que podría tratarla Sebastian. Los charcos que pisaba le empapaban el bajo de vestido. Al llegar a la puerta la golpeó con fuerza. Un sirviente abrió y ella irrumpió sin ser invitada.

El lacayo la miró con ojos desorbitados, pero nadie la detuvo hasta que llegó al vestíbulo y se encontró con el mayordomo. Estaba empapada y los cabellos goteaban, pero le daba igual.

—Por favor, dile a Su Excelencia que lady Mary Wynne-Jones desea verlo.

—Lo siento, milady, pero el señor no recibe a nadie.

—A mí sí me recibirá —Mary alzó la barbilla y habló con todo el peso del rango de su padre.

—Le informaré de su llegada —el mayordomo hizo una leve inclinación.

Ella esperaba que desapareciera pasillo abajo, sin embargo el hombre subió las escaleras hasta los aposentos. Se preguntó si Sebastian se estaría arreglando para la velada de los Moreland. Le

parecía un poco temprano, y ni siquiera se le había pasado por la mente que fuera a acudir. Verse allí resultaría bastante incómodo, a no ser que él lo hubiera comprendido todo. Su decisión de acudir a Easton House había sido acertada por su parte, en realidad esencial, para no enfurecer innecesariamente a Fitzwilliam aquella noche.

Mirando a su alrededor, vio un espejo y se acercó. El reflejo que la saludó le provocó una exclamación. Estaba hecha un horror. El sombrero estaba aplastado y los cabellos seguían goteando. Parecía un gato al que alguien hubiera intentado ahogar.

Sebastian sin duda se echaría a reír como había hecho de niños cuando ella se había caído al río. En aquella ocasión la había rescatado. Por suerte había estado cerca, pues ella no sabía nadar. Y entonces la había enseñado, llevando puesta únicamente la ropa interior.

Ya casi lo había olvidado. En aquellos momentos, algo así sería impensable.

El sonido de unas pisadas la hizo volverse hacia las escaleras. Sorprendida vio que no era Sebastian quien se aproximaba.

—Lord Tristan.

—Lady Mary —él sonrió tímidamente.

—Perdona la formalidad. Resulta pretenciosa después de todo lo que hemos compartido. Es que me has pillado por sorpresa. He venido a ver a Sebastian.

—Eso me ha dicho Thomas. Desgraciadamente, Sebastian no puede recibir visitas.

—¿Visitas o a mí? —sin esperar respuesta, Mary empezó a subir las escaleras.

—Mary, espera —Tristan la alcanzó y la agarró del brazo para detenerla.

—Ya sé que estará alterado por los rumores, pero debo darle una explicación. —

soltándose, ella prosiguió su camino.

Tristan no intentó detenerla aunque la seguía muy de cerca.

Mary siguió el familiar camino que ya había acelerado su desgracia en una ocasión.

Sin embargo, esa vez no había testigos salvo Tristan, que sin duda mantendría la boca cerrada. Hablaría con el duque y se marcharía. La puerta estaba abierta y entró sin más, pero enseguida se detuvo bruscamente.

Sebastian estaba tumbado en la cama, respirando con dificultad, bañado en sudor.

Llevaba una camisa de dormir, desabrochada y empapada. Mary se acercó con cautela y posó una mano sobre su frente. Tenía fiebre. Más que fiebre. Jamás había tocado una piel tan caliente.

—Está ardiendo.

—Se le ha infectado la herida. Ya he llamado al médico.

Mary percibió el rancio olor y, de repente, vio algo que sobresalía de la mano cerrada de Sebastian, la gargantilla. Su gargantilla. Con delicadeza, le tocó el puño.

—No he conseguido que la soltara —le explicó Tristan.

—¿Cómo ha podido suceder? —la causa de la fiebre no podía ser la devolución de la gargantilla—. A nosotras nos recibió sin problema.

—Creo que se levantó de la cama demasiado pronto. Se excedió.

Por su culpa. Por las sospechas. Por su tío.

—No puedes quedarte, Mary.

Ella asintió. Lo sabía.

—Te enviaré un mensaje en cuanto lo haya visto el médico. Te haré saber cómo está.

De nuevo ella asintió, justo antes de sentarse en el borde de la cama y sacar el paño del cuenco con agua y escurrirlo.

—Mary, no puedes quedarte —insistió Tristan.

—Ya lo sé —ella apretó la frente de Sebastian con el paño mojado. Tenía que asistir a una cena. Su prometido iría a buscarla a las siete y media. Debía prepararse. Continuó pasando el paño por el cuello de Sebastian, por las cicatrices. Le había prometido a Fitzwilliam que no se acercaría a Sebastian, que no volvería a estar a solas con él.

Y no estaban a solas. Tristan estaba allí.

—Mary...

—Si sigo así de empapada, voy a enfermar. ¿Te importaría pedirle a una de las sirvientas algo de ropa y que venga a ayudarme a cambiarme?

—No tienes que salvarnos siempre, Mary.

Pero en esa ocasión, ella se preguntó si no se estaría salvando ella misma también.

Capítulo 18

Había abandonado Pembroke. Había dejado a Rafe en el hospicio. Huérfano. Le obligarían a trabajar, pero le darían ropa y comida. Había vendido a Tristan a un capitán de navío. Aquellas acciones

podían ser excusadas porque no había sido más que un niño. Pero ya era un hombre y no abandonaría a un soldado en el campo de batalla. No volvería a abandonar a nadie nunca más.

La batalla proseguía con furia. El calor lo consumía. No debería hacer tanto calor.

En Crimea hacía frío, pero en el fragor de la batalla estaba sudando. Tenía que alcanzar a su compañero caído. Se agachó. Los proyectiles caían, los cañones disparaban. Los hombres gritaban. Los caballos relinchaban. La sangre le salpicaba, le quemaba. Algo afilado le atravesó el costado.

El tortuoso grito lo sacó de las profundidades del infierno.

—Tranquilo.

Respirando con dificultad, fijó la mirada en los familiares ojos verdes. Quería tocar la suave mejilla. Sin duda estaría fresca. Calmaría su fiebre. Pero, cuando intentó alargar el brazo, no le obedeció. Y comprendió que estaba atado. Tiró con fuerza.

—¡No!

—Tranquilo —insistió ella—. Hay que curar esa herida. No va a ser agradable, Sebastian.

—Suéltame —ordenó con voz ronca.

—No podemos dejar que manotees, hermano.

Tristan. Maldito fuera. Lo habría esperado de Rafe, pero no de Tristan. Rafe sin duda disfrutaría con la agonía que le provocaba su impotencia.

—El médico te va a aplicar éter —le informó Mary—. Estarás dormido durante la peor parte.

—No, no me mandes de nuevo allí —Sebastian movía la cabeza de un lado a otro.

No quería regresar a las pesadillas, a los remordimientos.

—Te sujetaré la mano. No la soltaré.

—No —algo se interpuso entre su visión y Mary.

—Respire, Excelencia —ordenó alguien—. Respire profundamente.

No quería dormir. Odiaba dormir. Cuando dormía, soñaba. Todos los remordimientos, las pesadillas, regresaban.

Intentó mantener el ojo abierto, permanecer con ella, no sucumbir...

Mary temía que el médico le hubiera administrado demasiado éter. Tras limpiar la herida, que tenía un aspecto espantoso, había despertado a Sebastian únicamente para asegurarse de que siguiera vivo, y luego le había suministrado láudano antes de marcharse.

—Lo mejor será que duerma.

De vez en cuando, de sus labios escapaba un gemido o un gruñido. A menudo decía que no. A veces gritaba.

—¿Contra qué crees que está peleando? —preguntó ella mientras le mojaba el cuello y el pecho con el paño mojado.

—Contra lo que luchamos todos —Tristan estaba reclinado en una silla al otro lado de la cama, los pies descalzos—. Los demonios.

Mary supuso que ella también iba a tener unos cuantos contra los que combatir en los días venideros. El honor le había obligado a escribirle una nota a Fitzwilliam. La prudencia le había llevado a mentir, asegurando sufrir una terrible jaqueca que la mantenía postrada en cama y que le impediría asistir a la cena. No creía que

su padre fuera a comprobar su presencia. Sin duda pasaría la noche en algún club de caballeros.

Si su verdadero paradero era descubierto, estaría metida en un tremendo lío. Pero jamás lamentaría estar allí. Pensó en confesarle a Tristan lo que jamás le había contado a Sebastian.

—Siempre me molestó que me dejarais atrás.

—Y a Rafe le molestó ser abandonado en un hospicio. Vosotros dos deberíais hablar.

—¿Y a ti te molestó tener que embarcarte? —Mary miró a Tristan.

—Pensé que sería una divertida aventura.

—¿Lo fue?

—A veces.

Ella devolvió su atención al torso de Sebastian, ancho y fuerte. Se lo imaginó blandiendo una brillante espada. O quizás un rifle y una bayoneta.

—¿Has oído los rumores de que me forzó en el jardín? —preguntó ella. Las mejillas le ardían.

—No presto mucha atención a los rumores.

—¿Entonces los has oído?

—Desafortunadamente.

—Quería explicarle a Sebastian que yo no los propagué. Y Fitzwilliam tampoco.

Creo que podría haber sido vuestro tío, aunque no estoy segura de qué pretende conseguir.

—Lo que quiere, sospecho, es complicarnos la vida. Sebastian le retiró todos los fondos y ha avisado a los acreedores de que ya no pagará las deudas de lord David. No creo que la vida le resulte muy cómoda.

—¿Crees que quien atacara a Sebastian volverá a intentarlo?

—Creo que Sebastian estará mejor preparado. Ahora se lo espera.

—No fue Fitzwilliam. Pensé que lo creeríais responsable, pero no vi ningún rasguño en su rostro.

—Entonces supongo que jamás sabremos quién fue. Si quieres que esa nota que le enviaste sea algo más que una táctica para retrasar su descubrimiento de la verdad, deberías dejarme llevarte a casa.

—No hasta que le baje la fiebre —ella sacudió la cabeza—.
Márchate tú.

—¿Y dejarte aquí sin carabina? ¿Por qué clase de canalla me tomas?

Tristan había conseguido hacerla sonreír cuando pensaba que no volvería a sonreír jamás.

—No creo que esté en condiciones de violarme.

—¿Y qué sabes tú de violaciones, milady?

Tristan sonrió. Era la misma sonrisa pícara que ella conocía tan bien de su infancia.

Y se alegró de que no la hubiera perdido. Ojalá Sebastian también recuperara la suya.

—Nada, en realidad —Mary rio tímidamente—. Solo lo que he leído en las novelas.

—Estaré al otro lado del pasillo si me necesitas —Tristan se agachó para recoger sus botas antes de adoptar un gesto sombrío—. Me alegra que estés aquí, Mary. Y, aunque mi hermano no lo admitirá cuando despierte, estoy seguro de que él también se alegrará.

«Si despierta».

—Que descanses.

—Ojalá pudiera.

Por el tono de voz de Tristan, Mary comprendió que, al igual que su hermano, él también luchaba contra sus propios demonios.

La habitación se sumió en un profundo silencio, el único sonido provenía del reloj y la dificultosa respiración de Sebastian. Mary apagó todas las lámparas, salvo la que tenía a su lado. Iluminaba pálidamente el lado bueno del rostro de Sebastian. A ella no le causaban repulsión las cicatrices, pero sospechaba que a él le gustaría saber que no las había estado analizando.

—¡Pembroke!

Ella se sobresaltó ante el inesperado estallido y procuró mantener la calma ante la repentina agitación. De nuevo, Sebastian repitió el nombre de sus dominios, con un poco más de fuerza.

—Pembroke —exclamó mientras abría el ojo.

—No. Estás en Londres —sin duda deliraba y ella le acarició la frente.

—Pembroke —Sebastian la agarró de la muñeca y la atrajo bruscamente hacia sí.

Después de que el médico hubiera terminado con las curas, lo habían desatado. La mirada azul desprendía fuego—. Pembroke es lo único que importa. Debo reclamarlo.

—Ya lo has reclamado. Y vuelve a ser tuyo. Nadie volverá a arrebatártelo.

—Mío —él pareció calmarse aunque no dejó de mirarla.

—Tuyo.

Sebastian se durmió de nuevo y Mary siguió humedeciéndole el cuello con el paño mojado. Hasta ese momento no había estado segura de haber entendido su obsesión con

Pembrook. Para él lo significaba todo. Febril, próximo a la muerte, no llamaba a ninguna mujer o a sus hermanos, ni siquiera a ella, su amiga. Llamaba a sus dominios, su tierra, el viejo castillo que había resistido el paso del tiempo.

Pembrook no podía rodearle con sus brazos o consolarlo, ni hablar con él durante las largas noches de invierno. Aun así, no parecía importarle. Lo amaba. Lo era todo para él.

¿Qué tenía Pembrook que hechizaba a todos los hombres? Para ser su dueño, su tío había hecho cosas horribles. Para reclamarlo, Sebastian se había convertido en un hombre con una única obsesión: Pembrook. El chico que ella había liberado años atrás había regresado con un corazón en el que solo cabía su herencia. Pembrook.

Capítulo 19

—¿Dónde está?

—Milord —Tristan intentaba calmar al hombre que había irrumpido en casa de Sebastian poco después de la medianoche. Uno de los hombres que Rafe había apostado ante Easton House lo había retenido hasta encontrar a Tristan, que aún no se había ido a dormir.

—¿Dónde está? —gritó lord Winslow—. ¡Mary!

—Tranquilo, milord.

—¿Sois conscientes de lo que le habéis hecho? —el hombre lo miró furioso—.

¿Usted y su maldito hermano? La han arruinado.

—Él no tuvo nada que ver —la dulce voz surgió de la planta superior.

Tristan miró hacia la escalera por la que descendía Mary. Al mirar de nuevo a Winslow, creyó que le iba a dar una apoplejía allí mismo.

—Va vestida como una sirvienta... y viene del dormitorio —balbuceó.

Quizás fuera vestida como una sirvienta, pero el regio porte jamás permitiría que se le confundiera con una. Mary había recogido sus cabellos en una trenza. A Tristan le resultaba familiar. De niños, cuando acudía a Pembroke de visita, solía peinarse así, aunque ya no tenía el aspecto de una niña.

—Tú te vienes a casa conmigo ahora mismo —rugió su padre.

—No. Sebastian está luchando contra la fiebre. Permaneceré aquí hasta que le baje.

—¿Osas desafiarme?

—No tengo elección.

—Pueden contratar a una enfermera.

—No —ella sacudió la cabeza lentamente, apesadumbrada.

—Fitzwilliam no tolerará esa mancha en tu reputación. Toda la noche en la residencia de un hombre soltero...

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Me encontraba en el club. Fitzwilliam también. Dijo que había excusado su presencia en casa de los Moreland, que no tenía ganas de ir estando tú en casa sufriendo una jaqueca. ¡Jaqueca! Tú ni siquiera has sufrido un resfriado en tu vida. Cuando volví a casa y descubrí que no estabas, interrogué al cochero, quien confesó haberte traído aquí.

¿Qué es toda esta locura? Sin reputación, no tienes nada.

—En una ocasión salvé a Sebastian —ella dio un paso al frente y acarició la mejilla de su padre—. Puedo volver a hacerlo.

Winslow miró furioso a Tristan, que se limitó a encogerse de hombros.

—Intenté convencerla para que se marchara, milord. Está empeñada en quedarse.

Una de las sirvientas la acompaña. Si le hace sentir más tranquilo, puedo pedir a todo el servicio que acuda al dormitorio de mi hermano. Le debemos la vida. Jamás nos aprovecharíamos de Mary.

—Poco importa si lo hacen o no. Los chismosos se lo van a pasar en grande con esto.

—Se lo explicaré a Fitzwilliam —se ofreció Mary—. Lo entenderá.

—Yo no contaría con ello, Mary. ¿Y luego qué? Ningún otro hombre te querrá. A los hombres no les gustan los artículos usados.

—Ella no está usada —protestó Tristan.

—A ojos de la sociedad, lo estará.

—Solo si dices algo —intervino Mary con calma—. Si apoyas mi historia de que estaba en la cama con jaqueca, nadie sabrá la verdad.

Tristan observó la lucha desatada en el interior de Winslow y rezó para no tener jamás una hija. Parecían dar muchos problemas.

—El asunto de tu presencia aquí quedará entre nosotros —el hombre al fin asintió

—. ¿Tengo su palabra, lord Tristan?

—La tiene.

—De acuerdo. Regresa a casa en cuanto puedas, Mary, y hazlo de noche.

—Gracias —susurró ella mientras abrazaba a su padre.

En un abrir y cerrar de ojos, corrió de nuevo escaleras arriba.

—Es una chica muy valiente, Winslow —observó Tristan con gesto sombrío.

—Eso servirá de poco consuelo, milord, si alguien se entera de su presencia aquí.

Se le había dormido el brazo, pero no quería moverse para no despertarla.

La situación de Mary era precaria, mucho peor que tras el beso en el jardín. Estaba en su cama, la cabeza apoyada en su hombro y, aunque ya no lo sentía, sabía que su brazo la rodeaba. Daba igual que estuviera completamente vestida.

Estaba en su cama.

¿Cuánto tiempo llevaría allí? ¿Cuánto tiempo le había durado la fiebre? Le dolía el costado. Recordaba fugaces imágenes del médico, Tristan, Rafe. «No te atrevas a abandonarme otra vez». ¿O eso lo había soñado? Mary proporcionándole agua fresca, cubriéndole la frente con un trapo húmedo. Tranquilizándolo. La voz

de Mary. Dulces caricias. Mary. Ánimos. Mary. Un brebaje de horrible sabor. Mary. El sutil aroma a orquídeas. Mary.

Los cabellos se habían escapado del lazo con el que los había sujetado. Unos cabellos espesos y rizados. Se preguntó cómo conseguía recogerlos en lo alto de su cabeza.

Con el brazo que seguía teniendo sensibilidad, acarició los mechones, ásperos en apariencia, pero sedosos al tacto. Igual que aquella noche en que había hundido las manos en su pelo, hundido la lengua en su boca. Había sido un bárbaro. Durante unos instantes se había perdido en ella, olvidando al fin las decisiones que lo atormentaban, las cicatrices que estropeaban...

Bruscamente, se llevó la mano al rostro. ¡Maldición! ¿Dónde estaba el parche?

Girando la cabeza, lo vio sobre la mesilla. No lograría alcanzarlo.

Mary gimió y suspiró, y Sebastian comprendió que sus movimientos la habían despertado. Por suerte estaba acurrucada del lado bueno. Eso la libraría de la grotesca visión, aunque era un poco tarde para ocultársela del todo.

—Tranquilo —ella levantó la cabeza y entornó los ojos—. Ese lado está oculto en la sombra.

Su voz era la de una mujer adormilada. El estómago de Sebastian se encogió al imaginársela adormilada tras una noche de apasionado amor.

Una noche con Fitzwilliam.

Eso, en el caso de que su reputación no estuviera del todo arruinada. De nuevo se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

Mary se estiró lentamente y sus pechos se alzaron, desafiando la resistencia de los botones del corpiño. Por desgracia, los botones

resistieron.

¿De dónde había surgido esa idea? Se trataba de Mary. Amiga, consejera, enfermera.

Mujer. Lo que más le inquietaba era lo último. Cada vez que la veía recordaba que se había hecho adulta, pero, allí en su dormitorio, era evidente que ambos se habían hecho adultos.

Los juegos a los que podrían jugar ya no serían inocentes, llenos de risas. Más bien incluirían largos gemidos y profundos suspiros.

—Tus cabellos están revueltos —la sangre que regresaba a su brazo le provocó dolorosos pinchazos, devolviendo sus pensamientos al lugar que les correspondía.

Ella soltó una suave risa.

—La lluvia me empapó camino de tu casa. Solo lo he secado, por eso está así. Lleva mucho tiempo domarlo.

—A mí me gusta salvaje.

Mary lo miró, la respiración acelerada. Bajándose de la cama permitió que él la mirara más detenidamente. Llevaba puesto un horrible vestido negro que le hacía parecer un cuervo.

—¿Anticipándote al duelo por mi muerte?

—Sabía que no morirías —la joven sonrió tímidamente—. No te lo iba a permitir.

Del mismo modo que se había negado a permanecer al margen cuando había sabido que su tío planeaba matarlos.

—Estás mejor —añadió ella—. Sentí un gran alivio cuando la fiebre empezó a remitir anoche.

—¿Cuánto tiempo...?

—Tres noches.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—Mi padre está al corriente —Mary asintió—. Aunque no se mostró muy feliz.

—Ya me imagino.

—Pero hará lo que sea por mantener mi paradero en secreto —ella lo miró con el ceño fruncido—. Tristan amenazó a los sirvientes con echarlos si alguno hablaba de lo que sucedía entre estos muros. Puede ser bastante intimidante.

—Pues debía haberte intimidado para que te marcharas.

—Lo intentó —Mary sonrió brevemente—. No soportaba estar lejos de aquí mientras tú sufrías. Ojalá hubiera permanecido junto a ti en todas las ocasiones en que sufriste.

Estaba a punto de llorar y parpadeó rápidamente. Sebastian aborrecía las lágrimas.

Él quiso explicarle que se alegraba de que ella no hubiera estado a su lado en algunos momentos, que solo habría empeorado las cosas porque habría estado preocupado por ella.

Igual que se preocupaba en esos momentos. Tres noches. Su reputación quedaría sin duda destrozada.

—¿Cómo explicará tu padre tu ausencia? —preguntó él con una voz que sonaba acusatoria.

—No te preocupes, Keswick. No eres responsable de mí. Haré llamar a tu ayuda de cámara para que puedas arreglarte y pediré al cocinero que suba una bandeja. Descansa y recupera fuerzas. Me temo que tu tío aún no ha terminado contigo.

Mary se dispuso a marcharse.

—No sé cómo darte las gracias.

Sebastian se incorporó, antes de comprender que no iba vestido para recibir a nadie.

En realidad no iba vestido en absoluto. Rápidamente sujetó la sábana a la altura de la cintura.

—Puedes seguir siendo mi amigo.

¿De verdad pensaba que cabía la posibilidad de que no fuera así? ¿Pensaba que no seguiría siendo amigo suyo, que no podía? Aparte de sus hermanos, no había nadie que le importara más en el mundo que ella. Pero incluso mientras lo pensaba comprendió que sus sentimientos hacia ella no eran los que siempre habían sido. Ya no estaba seguro de qué eran el uno para el otro. De niños, había ido a nadar con ella sin importarle la visión de su ropa interior pegada al cuerpo. Pero, en esos momentos, la visión le inspiraría otros muchos pensamientos. Percibiría las sombras que tentaban a un hombre, que lo tentaban a él.

—Siempre —le aseguró él con voz ronca, tan débil que ni siquiera estuvo seguro de

que ella lo hubiera oído.

—Procuraré que estés bien atendido y luego me marcharé a mi casa.

«No te vayas», las palabras permanecieron en la punta de la lengua de Sebastian, pero las contuvo. No mostraría debilidad, no podía confiar en nadie. Haberlo hecho ya en exceso le irritaba. Necesitaba recuperar fuerzas y regresar a Pembroke.

En Londres apenas hacía otra cosa que arruinar la reputación de Mary. Necesitaba distanciarse de ella. Quizás entonces dejaría de hacerle daño.

Capítulo 20

—Mi padre está profundamente disgustado con los rumores que circulan. Al parecer han pasado de un beso a pernoctar en la residencia de Keswick —lord Fitzwilliam pronunció las palabras como si fuera incapaz de soportarlas.

Tras asegurarse de que lord Tristan fuera despertado para vigilar a su hermano, el ayuda de cámara se dirigiera al dormitorio de Sebastian y un sirviente le preparara una bandeja con comida, Mary pidió un carruaje. Ya en su casa, durmió profundamente hasta la tarde. Acababa de bañarse cuando fue informada de que lord Fitzwilliam aguardaba. En el estudio de su padre. Donde se le había declarado.

Su prometido se cuadró ante ella, igual que había hecho tras oír los rumores sobre el beso. Los rumores que habían llegado a sus oídos desde entonces eran mucho peores.

Tanto, que vio a su padre junto a las botellas, sirviéndose una copa y apurándola con tal ferocidad que ella se preguntó por qué no bebía directamente de la botella.

—No debías hablar con Keswick...

—Y no lo hice. Durante todo el tiempo que estuve allí, no le dije una palabra —no era del todo mentira. Le había susurrado, mimado, animado. Y ni una sola vez se había limitado a una sola palabra. Siempre habían sido al menos dos. Sabía que estaba hilando demasiado fino, pero no le gustaba ser reprendida.

—Pasaste tres noches en su residencia.

Mary miró a su padre, que se limitó a sacudir la cabeza. De modo que no había sido él. Entonces, ¿quién...?

—Alguien te vio entrar —continuó Fitzwilliam como si ella hubiera formulado la pregunta en voz alta—. Alguien te vio salir.

—De modo que lord David tiene espías apostados —Mary no quería ni pensar que fuera Fitzwilliam—. Keswick estaba enfermo. No hubiera podido aprovecharse de la situación. Y aunque hubiera podido, no lo habría hecho.

—No, a él le gusta aprovecharse de ti en el jardín.

—Él no se aprovechó de mí en ningún momento.

—De modo que recibiste de buen grado sus atenciones.

—Ya hemos pasado por esto —ella suspiró mientras se contemplaba las manos desprovistas de joyas. Sospechaba que jamás las adornaría con una alianza—. No veo ningún motivo para discutir de nuevo.

—Me temo que debo retirar mi proposición de matrimonio.

Mary cerró los ojos con fuerza. Sentía una opresión en el pecho, si bien lo había considerado una posibilidad. Tragando con dificultad, hizo acopio de todo su valor y miró a Fitzwilliam a los ojos.

—Por supuesto, milord, ya lo esperaba.

Durante unos segundos, él pareció incómodo, incluso pesaroso.

—Lamento cualquier dolor o humillación que mis acciones puedan haberte causado

—insistió ella—. Te considero un buen hombre, y casarme contigo habría resultado de lo más satisfactorio. Pero no está en mi naturaleza ignorar a alguien que me necesita, independientemente de las consecuencias personales. Es una cualidad que, opino, me convertiría en una esposa ejemplar, aunque también en una muy rebelde.

Habría jurado que una tímida sonrisa había asomado a los labios del vizconde.

—Mi padre insiste en que termine con este acuerdo antes de que se produzca más perjuicio al buen nombre de mi familia. Si bien no puede privarme de mi herencia tras su muerte, sí puede retirarme todos los fondos hasta que llegue ese día. No tengo ninguna fuente de ingresos aparte de su generosidad.

—Milord, si me permite —intervino su padre—, yo podría aumentar su dote.

—¿Me supondrían unas cinco mil libras al año?

—No, milord —lord Winslow inclinó la cabeza—. Mil quizás, dos mil en el mejor de los casos.

—Entonces me temo que no bastará. Además, mi padre ya no cree que Mary pueda ser una buena marquesa. Mi familia no tolera el escándalo. Y yo no quiero perder su favor.

—No puedo culparte por ello —asintió ella.

—Te deseo todo lo mejor —con una leve inclinación de cabeza, Fitzwilliam salió del estudio.

Mary pensó que debería sentirse destrozada, pero lo único que sentía era un inmenso cansancio.

—No debería haberte permitido quedarte —se lamentó su padre.

—Eso no importa. Alguien estaba espiando. Debo hacerle saber a Sebastian que...

—Mary.

—Una carta. Nada más. Debe saber que puede que tenga un espía cerca.

—Entonces, manda esa carta y haz las maletas. Nos marchamos dentro de dos días.

—¿Y después? —preguntó ella.

—Aún no lo he decidido.

—No quiero regresar al convento.

—Y yo no quiero enviarte de vuelta —su padre se sirvió otra copa—. Mary, sé que consideraste el convento como un castigo, pero no sabía cómo protegerte. Eras una niña tan impulsiva y testaruda, que temí fueras a enfrentarte a Lord David.

—¿Entonces me creíste? —a ella ni se le había ocurrido enfrentarse a ese hombre.

—De niño, lord David disfrutaba arrancándole las alas a las moscas, pero yo nunca fui bueno para las confrontaciones. Solo teníamos tu palabra de lo que podrías haber oído, o no.

—Lo oí.

—Si él lo hubiera averiguado, quizás te habría visto como una amenaza. La noche que fuiste a su baile... yo no quería que fueras, pero Fitzwilliam insistió.

Y, una vez más, su padre había capitulado. A Mary le dolía comprobar lo débil que era. Siempre había amado a su padre, pensado en él como en un gigante entre los hombres.

Pero hacía falta muy poco para que se empequeñeciera.

—¿Ibas a dejarme en el convento para siempre?

—No lo sé. Ya por aquel entonces bebía demasiado. No quería que me vieras. Pero tu tía, bendita sea, se hizo cargo de todo. La bebida me atrae demasiado, Mary. Me alegré mucho cuando Fitzwilliam mostró interés por ti. Estarías en Cornualles. A salvo. Nunca consideré casarte como un modo de protegerte, pero tu tía tenía razón. Sin embargo, con los lores de Pembroke de vuelta, ellos podrán librar sus propias batallas. Lord David te dejará en paz —

volvió a llenar su copa, que siguió el mismo camino que las anteriores—. Te merecías un padre mejor. Hablaré con mi sobrino, intentaré hacerle comprender que debe concederte una asignación anual.

Con la debilidad de carácter de su padre, ella dudaba que saliera bien.

—Quizás cuando regresemos a Willow Hall se nos ocurra algo — sugirió.

Su padre asintió y se volvió hacia la botella de brandy. Mary nunca se había sentido una carga tan pesada como en esos momentos. Se levantó con elegancia de la silla y salió del estudio, dejándole con sus demonios. Habría sido una excelente esposa para Enrique VIII, encarando su destino con la cabeza alta.

—Uno de nosotros debe casarse con ella.

Sentados en la zona de estar de los aposentos de Sebastian, ni Sebastian ni Rafe pestañearon ante la propuesta de Tristan que, de pie frente a la chimenea, frotaba el mármol de la repisa como si hubiese descubierto una mancha que se resistía a desaparecer.

Sebastian aún no había salido de sus aposentos. Estaba sanando lentamente y se agotaba con facilidad. Le había pedido a Tristan que se diera una vuelta y averiguara si la reputación de Mary estaba intacta.

Al parecer no lo estaba.

—Podríamos jugárnoslo a las cartas —propuso Rafe—. El perdedor se casa.

—No me extrañaría que hicieras trampas —observó Tristan.

—La cuestión es: ¿haría trampas para ganar o para perder?

—No vamos a decidirlo jugando a las cartas —rugió Sebastian—. Además, la decisión ya está tomada.

—¿En serio? —Tristan enarcó una ceja—. ¿Y quién va a ser entonces?

—Tú. Tú le permitiste entrar y luego le permitiste quedarse.

Había esperado que su gemelo protestara, pero se limitó a asentir.

—De acuerdo. Será mejor que vaya a pedir su mano mientras siga en Londres.

Dicen que su padre la va a enviar lejos.

—¡Maldito seas, Tristan! —rugió Sebastian antes de que su hermano diera dos pasos

—. Sabes que seré yo.

—Por un momento, pensé que habías recuperado tu carácter bromista —Tristan sonrió y regresó junto a la chimenea.

—Tú eres el jocosos —Sebastian había olvidado cuánto le gustaba bromear—. Yo siempre fui el más serio. Así nos distinguía ella.

—Sospecho que había algo más profundo.

Quizás, pero Sebastian no estaba de humor para explorar lo que podría haber sido.

—Doy por hecho que no estás locamente enamorado de ella —se volvió hacia Rafe.

—Poco importaría aunque lo estuviera. El matrimonio no es para mí.

El duque estuvo a punto de pedirle a Rafe que se explicara, pero el pequeño de los tres parecía empeñado en mantener en secreto cómo había sido su vida. De modo que se volvió hacia Tristan.

—¿Nos dejas un momento?

—Y ni siquiera me sentiré ofendido.

Sebastian sospechaba que su gemelo empezaba a hartarse del malhumorado Rafe.

—Tendré un carruaje dispuesto para ti —continuó Tristan mientras abandonaba la estancia.

A solas con Rafe, Sebastian de repente no estuvo seguro de qué quería, o necesitaba, decirle.

—Mientras la fiebre me consumía, soñé que tú te inclinabas sobre mí y me pedías que no te abandonara.

—Tristan pensó que podrías morir —Rafe se encogió de hombros. Solo tenía veintidós años, pero su mirada le hacía parecer mucho mayor, quizás incluso mayor que Sebastian—. Y decidí venir.

—Te habría llevado conmigo de haber podido, pero si permanecíamos juntos era más probable que nos descubrieran y temía que eso supondría nuestra muerte.

—Podríamos habernos embarcado los tres en un mismo barco.

—Y, si se hundía, ¿quién quedaría para regresar y reclamarle a tío lo que nos robó?

Teníamos más probabilidades de sobrevivir y reclamar nuestros derechos si nos separábamos.

—¿Y a quién le importaba? Tierra. Títulos. No son carne. No son sangre.

—Es nuestra herencia.

—Nuestra sangre también —Rafe evitó la mirada de su hermano—. Jamás nos pondremos de acuerdo en esto. Pertenece al pasado. No

tiene sentido discutir sobre algo que no podemos cambiar.

—No te pediré perdón porque no considero que hiciera algo que lo exija. Hice lo que pensé era mejor en ese momento. Quizás con los años o la experiencia habría tomado otras decisiones.

—¿Y podrás decir lo mismo con respecto a Mary? —Rafe miró fijamente a Sebastian.

—No, de ella sí espero recibir perdón.

—Me alegra oírlo —Rafe le dedicó una amarga sonrisa—. Empezaba a temer que te consideraras perfecto.

—En absoluto. Tengo muchos defectos y solo puedo rezar para que Mary no sufra excesivamente por ellos.

Esperaba que aceptara su ofrecimiento de matrimonio. Había dicho la verdad. No consideraba que le debiera una disculpa a Rafe, pero eso no significaba que no se sintiera culpable. Y, para empeorarlo todo, debía añadir la pérdida de la reputación de Mary a su lista de arrepentimientos. Mary.

Una mujer condenada a ser su salvadora.

—Si Fitzwilliam te amara de verdad, se habría enfrentado a su padre. Habría encontrado el modo de casarse contigo —observó Alicia.

Había llegado unas horas antes para ayudar a su prima a hacer el equipaje, pero hasta ese momento no había hecho otra cosa que sentarse en la cama y observar.

—Él nunca aseguró amarme —le explicó Mary.

—Pero pidió tu mano en matrimonio.

—Sospecho que lo que más le gustaba era mi dote. Además, tienes razón, debería haberse enfrentado a su padre. Y eso me preocupa

más que su falta de amor. Pensar que

habría permanecido bajo la influencia de su padre... —ella se estremeció al recordar la facilidad con la que su propio padre solía ceder—, casarme con él habría sido un terrible error.

No quería considerar la posibilidad de que pensara así por Sebastian. Él sí se mantenía firme, tomaba sus propias decisiones. Claro que su padre estaba muerto, pero no creía que hubiera permitido que su padre decidiera cómo debía vivir su vida.

—No quiero que te vayas. La temporada aún no ha terminado —se lamentó Alicia.

—Para mí sí —le aseguró Mary—. Te dejo mis vestidos. Hará falta arreglarlos un poco de largo, pero a mí ya no me harán falta.

Era evidente que su prima luchaba entre la alegría de aumentar su vestuario y la pena por la partida de su prima.

—No es justo —insistió la joven.

—Sabía lo que hacía. Sabía que era una estupidez. Sabía que tendría consecuencias.

—¿Y por qué lo hiciste?

¿Cómo explicarlo? Mary se detuvo en el proceso de doblar un vestido. Podría haberles pedido a las doncellas que hicieran el equipaje, pero necesitaba algo con lo que entretenerse para no volverse loca ante la incertidumbre del futuro. Era tonta. Debería ir al parque y disfrutar todo lo que pudiera de Londres antes de marcharse.

—Están tan solos aquí, Alicia, y no debería ser así. Ellos no hicieron nada malo, pero todos los contemplan con sospechas y dudas. La palabra de su tío tiene más peso que la suya. Son extraños en el mundo en el que nacieron. Cuando vi lo enfermo que estaba

Sebastian, lo mucho que sufría, simplemente no pude marcharme de allí. Habían sido abandonados por todos los demás, y yo no iba a hacerlo también.

—Eso es lo que Fitzwilliam debería haberle dicho a su padre. Algo así, por lo menos.

—Si hubiera creído en mí, sí, supongo que debería haberlo hecho.

—Mamá intentará convencer al tío para que te permita quedarte con nosotros.

—No lo conseguirá.

—¿Lo amabas?

—De niña, sí.

—Yo creía que habías conocido a Fitzwilliam en el primer baile de esta temporada

—Alicia frunció el ceño.

—Sí, claro, tienes razón —Mary cerró los ojos. ¿Por qué sus pensamientos eran siempre para Sebastian?—. Le tenía cariño. No sé si lo amaba. De haberlo hecho, opino, estaría ahora mismo tumbada en la cama deshecha en lágrimas —se sentó junto a su prima en la cama—. Debería mostrarme desconsolada, ¿no?

—Si lo amaras, yo creo que sí. ¿Puedo ser sincera contigo?

—¿Insinúas que no lo has sido en el pasado?

— A propósito nunca —Alicia le dedicó una traviesa sonrisa—, pero esta cuestión, bueno, nunca me pareció que Fitzwilliam fuera el adecuado para ti. Es tan formal... Es como un huevo duro. Cada vez que rompes uno, sabes exactamente qué habrá en el interior.

—Un huevo duro. ¡Qué halagador! ¿Y con qué clase de huevo debería casarme?

—No estoy segura de que te convenga ningún huevo. Quizás pudin navideño. Nunca sabes de qué va relleno.

—Voy a echarte de menos, y a tu sabiduría —Mary abrazó a su prima y rio.

—Los aburridos bailes lo serán aún más.

—Ya quedan muy pocos esta temporada.

Tras un golpe de nudillos en la puerta, su tía entró en el dormitorio.

—¿Tuviste suerte? —Alicia saltó de la cama.

—Me temo que no —la tía Sophie tomó a Mary de las manos—. Tu padre quiere verte en el estudio. Arréglate un poco, pues Keswick está con él.

—¿Qué quiere?

—Me temo que no me lo dijo.

¿Había acudido para despedirse? ¿Sabía lo de su marcha? ¿Quería contarle lo bien que se estaba recuperando y ella tendría que anunciarle que regresaba a Willow Hall?

Con la ayuda de Alicia, se preparó lo más deprisa que pudo para reunirse con su padre y el invitado. El vestido rosa elegido, de cuello alto y manga larga, estaba desprovisto de adornos. Todo quedaba a la imaginación. En lugar de recogerse el pelo, lo ató con una cinta. Quería parecerse más a la chica de los páramos que a la dama de Londres. Quería que la despedida fuera agradable y no sintió ningún deseo de arreglarse. No pretendía

impresionar a nadie.

Cuando entró en el estudio de su padre, comprobó que no podía decirse lo mismo de Sebastian. Llevaba una chaqueta azul oscura sobre un llamativo chaleco rojo. Estaba tan acostumbrada a su discreción, que le parecía impropio de él, pero era el complemento perfecto a la inmaculada corbata blanca. Estaba recién afeitado y se había cortado el pelo.

—Lady Mary —Sebastian se volvió hacia ella e hizo una leve inclinación.

—Excelencia. Me alegra ver que te estás recuperando.

—Todavía me queda un largo camino, pero al menos voy mejorando gracias, en gran parte a tus tiernos y generosos cuidados.

Sonrojándose, ella se volvió hacia su padre, de pie junto a la chimenea con una copa en la mano. No había fuego encendido, pero su frente estaba perlada de sudor. Se lo secó con un pañuelo antes de apurar su copa mientras Mary se preguntaba por qué parecía necesitar apoyarse en la chimenea.

—Su Excelencia ha pedido tu mano —anunció su padre.

Mary se volvió bruscamente hacia Sebastian. Él la contemplaba con calma, aunque en su gesto no había rastro de felicidad.

—Os dejaré a solas para que habléis —lord Winslow dejó la copa a un lado antes de acercarse a su hija—. Dadas las circunstancias, te aconsejo que aceptes.

Le estaba ofreciendo la ilusión de la decisión, pues en su mirada ella detectó que su padre tomaría cartas en el asunto si hacía falta. Estaba preocupado por su futuro. ¿Quién la iba a querer?

El sonido de la puerta cerrándose a su espalda se parecía mucho al tañer a muerto.

Mary recordó la noche en que Sebastian y ella se habían besado. Al cubrir su boca con la suya le había hecho perder todo sentido del decoro. No podía negar que se había sumergido en las sensaciones que él había creado, pero eso apenas bastaba para asegurar que harían una buena pareja.

—Tu boda, programada para finales de mes, puede celebrarse según lo planeado, solo cambiará el novio —explicó Sebastian con calma.

—¿Consideras eso una propuesta?

—Intento arreglar el mal hecho contra ti.

—Un mal que yo misma provoqué.

—Te besé en el jardín.

—Y Fitzwilliam me perdonó por ello. Me prohibió volver a verte y yo fui a tu casa por culpa de los horribles rumores de que me habías forzado.

—Y te quedaste para cuidarme.

—Fue elección mía. No deberías sufrir las consecuencias.

—¿Y cómo, en el nombre de Dios, crees que podría sufrir si te tuviera como esposa?

—El escándalo va conmigo.

—No tienes peor reputación que yo.

—Supongo que nuestras malas reputaciones están unidas, ¿verdad? —Mary se mordió el labio.

—Bastante.

—¿Tú me amas, Sebastian?

—¿Te amaba Fitzwilliam? —preguntó él en un tono desconcertado, como si la idea de que alguien estuviera locamente enamorado de ella fuera intolerable.

—Sentía cariño por mí —Mary se acercó a la ventana —. ¿Qué planes tienes?

—Casarme contigo.

El tono no dejaba lugar a dudas. Ella podría haberse relajado, reído, recibido de buen grado la idea del matrimonio si hubiera percibido siquiera la más breve broma.

—Aparte de eso, me refiero.

—Regresar a Pembroke lo antes posible —sacó algo del bolsillo, lo desenvolvió y reveló un sucio trozo de tela.

Mary arrugó la nariz antes de prestar atención a la descolorida cinta que lo ataba.

Era casi blanca, pero una vez fue amarilla.

—Mi lazo.

—Sujeta la tierra de Pembroke, la tierra que me llevé aquella noche. Esto es lo que me ha mantenido con vida, lo que me permitió seguir adelante durante los interminables años en los que luché por regresar. Podía oler la tierra, los siglos que mis ancestros habían luchado y muerto allí —Sebastian apretó el puño—. Para mí lo es todo, Mary. Es lo único

que importa.

Hija de un conde, ella apreciaba el valor de la tierra y los títulos, pero para Sebastian parecía ser casi una obsesión. Familia, carne, sangre, hermanos. Seguro que tenían que importarle más.

—Mis hermanos y yo sufrimos tales penurias para recuperar Pembroke —explicó él como si le hubiera leído la mente—. Ahora es mío, y no permitiré que nada, nadie, me lo arrebatase. Como esposa mía, lo compartirás conmigo.

—No sé si podré amar ese lugar como lo amas tú. Es un sitio duro y funesto y, después de la actuación de tu tío, está asociado a una sórdida historia.

—Es mi hogar.

Esas tres palabras lo decían todo.

—¿Y nosotros qué? —Mary se volvió hacia él y se encontró con su mirada. Como siempre. Pero no había calidez, ni deseo. Sebastian había levantado un muro alrededor de su alma que ella dudaba poder derribar—. ¿Qué tienes previsto para nosotros?

—Sé que no soy tu primera elección como marido —él encajó la mandíbula y desvió la mirada—, y lamento las circunstancias que te obligaron a elegirme. Pero haré todo lo que esté en mi mano para que no lo laments nunca.

Elección. Elegir. Palabras sin significado. Ella se había quedado para vestir santos y llevaría muchos años dejar atrás el incidente, que otro caballero la considerara digna. Sería mucho mayor, quizás más sabia. Quizás no.

Había juzgado mal a Fitzwilliam. ¿Y si se había equivocado también con Sebastian?

De niños habían sido amigos. ¿Podrían llegar a ser algo más?

De no ser así, ¿le bastaría con la amistad? ¿Les bastaría a ambos?

—Me temo que apenas nos conocemos ya. ¿Y si no encajamos?

—Yo diría que el beso en el jardín demostró que nos convenimos el uno al otro.

—Eso fue solo físico. Yo necesito más. Necesito tu corazón.

—No te lo puedo prometer —Sebastian encajó la mandíbula.

—Al menos eres sincero —Mary soltó una carcajada cargada de tristeza—. Pero ¿y si un día conoces a una mujer que te roba el corazón?

—¿De verdad crees que alguna mujer, al ver en lo que me he convertido, va a

amarme?

—Sí —ella tenía que creerlo, tenía que creer que había algo en él que merecía ser amado.

—Estás más ciega que yo —Sebastian rio con amargura y le sujetó la barbilla—.

¿Qué elección tienes realmente? Tu reputación está destrozada.
¿Qué clase de vida tendrás cuando regreses a las tierras de tu padre? Y, cuando él muera, ¿quién cuidará de ti?

—Puedo cuidar de mí misma. Podría convertirme en gobernanta, o en enfermera.

Podría invertir mi dote. Encontrar una casita.

«Vivir una vida de soledad, sin hijos, sin amor».

—Te lo debo —insistió él con calma—, y jamás podré recompensarte. Seré tan buen esposo para ti como lo fue mi padre para mi madre. Nunca te dejaré. Nunca te pegaré. Te concederé una generosa asignación.

Habían sido amigos de pequeños. Mary sabía que el corazón del niño le había pertenecido. Y se negaba a creer que no podría poseer el corazón del adulto también.

Respiró hondo y soltó el aire. Y esperó no vivir para lamentar su decisión.

—Sí, me casaré contigo.

De nuevo Sebastian hundió la mano en el bolsillo, pero en esa ocasión sacó la gargantilla de esmeralda.

—No me gustó tener que devolvértela —Mary la tomó de su mano y sonrió con dulzura.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque Fitzwilliam me lo pidió —en realidad, lo había exigido—. ¿Me la habrías devuelto si hubiera rechazado tu proposición?

—Por supuesto.

Mary se humedeció los labios mientras notaba la mirada de Sebastian sobre ellos.

¿Iba a besarla?

—Bueno, supongo que debería pedir una licencia —fue la única reacción de su prometido.

—Sí, supongo que sí.

Capítulo 21

Mientras Mary esperaba en una sala privada de la iglesia de St. George, se preguntaba si sería normal estar tan tranquila. Apenas sentía algo.

—Ojalá tu madre pudiera verte —suspiró la tía Sophie mientras le ajustaba el velo una vez más. Alternaba el velo con la cola, como si cada movimiento de Mary no lo descolocara todo. Quería pedirle a su tía que lo dejara estar hasta el último momento. Pero se limitó a soportar sus manoseos, que en el fondo la tranquilizaban.

—La iglesia está a rebosar —Alicia entró en la habitación con las mejillas arreboladas y los ojos brillantes.

—Pues claro. La escandalosa lady Mary y el bárbaro del duque de Keswick —Mary había sido una mujer avergonzada, despreciada. Y de repente se había convertido en una figura romántica.

—Esta boda limpiará tu nombre, querida —vaticinó su tía—. Y el suyo también.

Sus reputaciones no importarían mucho después de ese día. Iban a esconderse en Pembroke, lejos de las fiestas y los bailes de Londres. Mary los iba a echar de menos, aunque no los cotilleos. Sin eso último se sentía capaz de vivir el resto de su vida.

Alguien llamó a la puerta y Alicia corrió a abrir.

—Llegó la hora —anunció su padre en un tono parecido al que usaría un guardia que anunciara el momento de la ejecución a un condenado.

Su tía la besó en la mejilla y ajustó el velo por enésima vez antes de salir por la puerta tras su hija. La mujer se sentaría en un banco mientras que Alicia ejercería de madrina. No había damas de honor, a pesar de que lady Hermione se había ofrecido a ello, sin duda para estar más cerca de lord Tristan. La novia la había rechazado amablemente. Su prima bastaba.

Su padre seguía en la puerta con el mismo aspecto de incomodidad que adoptaba cada vez que Sebastian acudía de visita. Si estaba allí no era por su hija, sino por la imagen.

La gente se daría cuenta si el padre de la novia no acudía a la boda y desataría aún más rumores.

Mary deseaba oírle hablar. Que le dijera que estaba guapa, o que le deseaba toda la

felicidad, o que el duque de Keswick era una buena elección como esposo.

—Acabemos con esto —fue lo que surgió de labios de lord Winslow.

Esos eran sus mejores deseos.

Mary cuadró los hombros, alzó la barbilla e intentó no sentirse decepcionada porque todo aquello se debía a una falta de juicio. Si hubiera mantenido en silencio lo que había oído en Pembroke, no la habrían enviado al convento, habría celebrado su presentación en sociedad cuando correspondía, a una edad más casadera. Si no hubiera seguido a Sebastian al jardín... Si no hubiera irrumpido en su residencia...

El día de su boda debería ser un día de alegría y, sin embargo, no era más que un intento de deshacer un error. Sebastian no la amaba. Quizás nunca lo haría. En su corazón solo había cabida para Pembroke. Ella siempre sería el segundo plato, pero eso no significaba que estuviera condenada a la infelicidad. No se conformaría con nada menos que la complacencia.

Apoyó una mano sobre el brazo de su padre y le permitió conducirla a la sacristía.

La música sonaba y allí estaba Alicia. No entendía por qué nadie se había interesado por su prima. Quizás al año siguiente, sin la problemática prima a su lado, tendría más suerte.

Merecía ser feliz.

—¿Preparada? —Alicia sonrió.

Mary asintió.

Alicia entró en la iglesia y la música cambió, anunciando la llegada de la novia.

—Alégrate por mí, papá —suplicó Mary.

—¿Qué es la alegría, hija? No te faltará de nada, me lo ha prometido. Me ha pedido que te guarde la dote. Dijo que era tuya para hacer con ella lo que quieras. Él no la necesita.

Es raro encontrar un hombre que toma a una mujer por esposa sin una dote.

—Sí lo es —admitió ella con voz ronca.

—Tiene más agallas que Fitzwilliam, eso se lo tengo que conceder.

—Gracias, papá.

—Como dije antes, acabemos con esto de una vez —el hombre asintió.

Y, antes de que a ella se le ocurriera una respuesta, ya estaban en la iglesia. Mary fue vagamente consciente del gran número de asistentes. Había cientos.

Frente al altar aguardaba el hombre con el que iba a casarse. La miraba de frente, porque no tenía otra elección si quería verla bien. El lado del rostro con las cicatrices quedaba de su lado, del lado de todos.

Él, que se esforzaba tanto por ocultar sus cicatrices, las estaba revelando, iluminadas por el sol que entraba por las vidrieras. Tenía que haberse imaginado que habría mucho público. Debía saber que la sombra le sería negada.

Podrían haber viajado a Pembroke y casarse allí en una tranquila ceremonia en una pequeña iglesia. Sin embargo Mary comprendió al verlo más de cerca que el motivo de casarse en Londres no era por conveniencia, ni porque ya estuviera todo planeado.

No. Era su regalo de bodas. Era la boda con la que ella había estado soñando durante meses. El vestido que había elegido, la ceremonia que se había imaginado. Y era más. Era el

reconocimiento público de que, a pesar de lo maltrecha que estuviera su reputación, él se mantendría orgulloso a su lado.

Al deslizar la mano del brazo de su padre al de Sebastian, Mary sonrió resplandeciente, conteniendo las lágrimas que inundaban sus ojos. Quizás el suyo no fuera un matrimonio lleno de amor, pero tendrían más momentos como ese, momentos en los que ella se sentiría agradecida por tenerlo a su lado.

Capítulo 22

La lluvia que los recibió a su llegada a Pembroke resultaba de lo más conveniente, pensó Mary. Los cielos grises soltaban una helada llovizna que amenazaba con convertir en noche el pleno día. El barro levantado por las ruedas de los carruajes y los cascos de los caballos golpeaba rítmicamente el coche camino del lúgubre castillo.

La ceremonia nupcial había proporcionado un irreal momento de felicidad y expectación. Pero, en cuanto la recepción posterior hubo concluido y se subieron al carruaje, toda ilusión de un final feliz se había desvanecido. Sentado frente a ella, Sebastian se había vuelto huraño y taciturno. Apenas hablaron. Al parar en una posada para pasar la noche, habían dormido en habitaciones separadas. Tres posadas, tres noches sin conocer las caricias de su esposo.

¿Dónde estaba el fuego desatado en el jardín? ¿Dónde la ternura que le había mostrado en la cama mientras se recuperaba de la herida? ¿Había sido todo fingido? ¿Había perdido el interés en la conquista?

—¿Cómo sabes que tu tío no estará aquí? —preguntó ella.

—Tenemos a alguien vigilándolo en Londres. Así sabemos dónde está.

—Pero ¿y si se escapa?

—Conozco a algunos soldados que no continuaron en el Ejército. Los contraté como vigilantes, para asegurarme de que mi tío no ocupara mi residencia mientras yo estuviera en Londres. Debería haber contratado más sirvientes. Me temo que hay mucho trabajo que hacer.

Les seguían dos carruajes con sirvientes. Muchos provenían de la residencia de Londres. Otros acababan de ser contratados. El padre de Mary había autorizado que Colleen acompañara a su señora. Al menos tendría a un sirviente conocido.

—Así tendré algo con lo que ocupar mi tiempo —aseguró ella.

—No quiero demasiados cambios.

Un recordatorio de que Pembroke le pertenecía a él, no a ella. Ella era una intrusa.

—No me gustaría sentirme como una invitada —le informó.

—Preferiría que consultaras conmigo cualquier plan que tengas antes de ponerlo en práctica.

—Por supuesto, Excelencia. Si quieres, podemos hablar ahora. Había pensado hacer barrer los suelos, ventilar las cortinas para quitarles el polvo, lavar las ventanas, abrillantar los muebles...

—Estás enfadada —le interrumpió Sebastian.

—No —más bien dolida, aunque no iba a ser una esposa quejica y admitir tal cosa

—. Quiero que sea nuestro hogar. No quiero sentirme en Pembroke como te sentías tú en Londres, como si no pertenecieras a ese lugar.

—Tú perteneces a este lugar, Mary. Eres mi esposa.

—¿Lo soy, Sebastian? —ella soltó una pequeña carcajada—. Qué curioso, porque, cuando intercambiamos los votos, pensé que me sentiría como una esposa, pero me siento igual que antes. Nuestra relación parece la misma. No ha cambiado nada.

—Algo sí ha cambiado. Ya no estamos en Londres.

—No, no lo estamos —Mary se obligó a sonreír. Su esposo no había entendido nada.

—No quiero que te sientas extraña aquí, Mary —tras unos segundos de silencio, Sebastian habló—, pero hasta que no sepas qué es lo más importante, no hagas nada drástico.

—¿Y qué pasará con las cosas de tu tío? Sin duda habrá dejado algo suyo atrás.

—Mi intención es quemarlo todo.

La brusquedad en su voz inquietó a Mary. Siempre aparecía cada vez que su esposo hablaba de su tío, y le preocupaba saber que seguía albergando tanto odio en su interior. Si bien una parte de ella comprendía lo mucho que había sufrido por culpa de las maquinaciones de lord David, estaba preocupada por si la amargura les privaba de la poca felicidad que podrían hallar en sus vidas.

—A lo mejor venir aquí no ha sido buena idea —aventuró ella con cautela.

Sebastian apartó la mirada de la ventana y la posó sobre su esposa con tal intensidad que ella se sintió obligada a darle una respuesta aunque él no hubiera formulado ninguna pregunta.

—Hay muchos malos recuerdos asociados a Pembroke. Tienes otras propiedades.

Quizás sería más conveniente trasladarse a alguna de ellas.

—Pembroke es la propiedad ducal. Siempre lo ha sido. Y yo soy el duque.

—No estoy cuestionando tu título, sino lo que nos va a perseguir aquí.

—Nos enfrentaremos a ello. Juntos.

Mary se preguntó cómo sería posible cuando, para empezar, se sentaban uno frente al otro en el carruaje, tal y como habían hecho durante todo el viaje. Eran marido y mujer, podían sentarse juntos. Pero no lo hacían. Incluso en los momentos en que se había quedado dormida, había sido sobre el mullido tapizado, no el hombro de su esposo. No había esperado que se mostrara tan distante, tan indiferente.

Ni una sola vez se había inclinado hacia delante para tomarle la mano o apretarla en un gesto tranquilizador. Era como si viajase solo. No obstante, era demasiado pronto para lamentarse, para pensar que había cometido un tremendo error de juicio.

Sebastian le había explicado que Pembroke era lo único que importaba, pero Mary había pensado que ella también, siquiera un poco. De lo contrario, ¿por qué le preocupaba su reputación? Porque era un caballero, porque se responsabilizaba de sus acciones. Su acción, no obstante había sido solo besarla. Era ella la que lo había revelado a los cuatro vientos.

El duque volvió a mirar hacia Pembroke, de frente. Era ridículo sentirse celosa de un montón de piedras. El foso hacía tiempo que se había llenado de suciedad. El muro externo se había hundido. El lúgubre castillo se mantenía con sus torres, magníficas contra el cielo gris. Un relámpago iluminó la torre que se alzaba al fondo, haciéndola parecer más terrorífica, un edificio donde los asesinatos eran habituales.

Allí moraba el oscuro pasado, mucha tristeza. ¿Cómo iba a poder convertirlo en un lugar alegre? ¿Cómo iban a encontrar la felicidad

entre los recuerdos de la traición cometida?

Aun así, al observar el rostro de su esposo vio paz, orgullo, satisfacción... Se lo había usurpado a su tío, había reclamado lo que era suyo, lo que había pertenecido a su familia durante generaciones.

—Pembroke —susurró el duque.

Mary no quería admitir lo mucho que deseaba que susurrara su nombre.

El carruaje se detuvo.

—Es lo único que importa —afirmó él con convicción—. Bienvenida a casa,

duquesa.

Mary vio salir a dos hombres de entre las sombras y temió, sobresaltada, que lord David los hubiera enviado para asesinar a su esposo. Pero enseguida recordó que había contratado a un par de hombres para vigilarlo todo.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje y Sebastian salió, ignorando la fuerte lluvia.

Tenía cosas más importantes en qué pensar.

—Saunders —saludó al hombre que se acercó el primero—. ¿Cómo va todo?

—Tan tranquilo como los hombres antes de una batalla.

—Bien. Acompaña a mi duquesa a la residencia —se volvió hacia ella y le puso un objeto en la mano enguantada. Una llave—. Me reuniré contigo enseguida.

Y sin más desapareció. Mary le oía gritar instrucciones. Alguien le acercó un paraguas. El hombre al que había saludado como Saunders la ayudó a bajarse del carruaje y le sujetó el paraguas sobre la cabeza mientras corrían hacia el pórtico. El bajo del vestido estaba empapado y ella helada, pero aun así se volvió para observar la actividad que se desarrollaba en el camino de entrada. Una docena de sirvientes llegados de Londres corrían de un lado a otro. La mayoría de los baúles eran suyos. Incluían el equipaje que había preparado para el ansiado viaje a Italia. También había incluido un par de sus vestidos de baile favoritos. Sin duda tendrían que dar alguna fiesta, y el resto se los había regalado a Alicia.

—¿Desea que abra la puerta? —preguntó Saunders.

—Esperaré a mi esposo —Mary sacudió la cabeza.

Menos alto y robusto que Sebastian, Saunders, no podía ocultar su porte militar.

—¿Sirvió con mi marido en Crimea? —preguntó ella casi sin darse cuenta.

—Sí, señora. No sabía que era un duque hasta que me buscó y me contrató para vigilar todo esto. Parecía uno más de nosotros. Jamás confesó que fuera noble.

Mary observaba a su marido, que seguía dando órdenes. ¿Cómo no podía alguien darse cuenta de que pertenecía a la nobleza? Lo llevaba grabado en cada centímetro de su ser, en el modo en que se movía, en cómo hablaba a los demás. Ella apretó los labios, pero no pudo contenerse, pues la siguiente pregunta ya salía por su boca.

—En Londres hubo rumores de que fue un cobarde en la batalla.

—Jamás —Saunders la miró horrorizado—. Ni siquiera con tres balas alojadas en su cuerpo. Fue el cañón el que consiguió derribarlo. De lo contrario, habría seguido luchando.

—Yo jamás creí en esos rumores —se apresuró a aclararle Mary—. Esa batalla debió de ser horrible.

—Enseguida nos dimos cuenta de que alguien la había fastidiado, pero cumplíamos órdenes. Cobardes no fuimos, aunque quizás tontos sí —el hombre hizo una inclinación de cabeza—. Veré si se me necesita para algo más.

—Saunders, me alegra que esté aquí para cuidarlo a él y a la propiedad.

—No estaría aquí para hacerlo si no hubiera sido por él —sin esperar respuesta, bajó las escaleras.

Mary sospechaba que la conversación le había resultado incómoda, pero a ella le había proporcionado una interesante visión de su esposo. Ni por un momento había pensado que fuera un cobarde, pero tampoco se le había ocurrido que algunos hombres hubieran sobrevivido gracias a él. No solía pensar mucho en los detalles de la guerra, solo en el horror en términos generales. No era de extrañar que Sebastian encontrara los juegos de salón ridículos.

—Te di la llave para que no tuvieras que quedarte aquí con el frío que hace —el duque subió corriendo las escaleras.

—Quería que entrásemos juntos, como marido y mujer.

Sebastian pareció sorprendido, como si aún no hubiera asimilado que estuvieran casados. Teniendo en cuenta la pasión que habían desplegado desde la boda, podrían ser simplemente buenos amigos. Mary se preguntó si al menos la besaría antes de cruzar el umbral, pero él se limitó a tomar la llave de su mano y abrir la puerta.

—Adelante —insistió con impaciencia.

—Tenía entendido que el marido cruza el umbral con la novia en brazos.

—¿Por qué? Eres perfectamente capaz de andar.

—Es la tradición. Da buena suerte. Da igual. Ya sé que es una estupi...

Mary soltó un pequeño grito de sorpresa cuando él la tomó en sus brazos. El agua que goteaba del sombrero del duque la mojaba. Ella estudió el semblante serio, deseosa de poder creer que se había casado con ella porque lo deseaba, no porque se sintiera obligado a ello.

—Nos vendrá bien toda la suerte posible.

De repente se oyeron aplausos, provenientes de los sirvientes.

—No me había dado cuenta de que teníamos público.

—Un público que debería estar trabajando.

—¡Qué romántico eres!

—No lo soy —él sacudió la cabeza—, aunque por ti, desearía serlo.

Las lágrimas quemaban los ojos de Mary, aunque las contuvo. Enseguida le asaltó el olor a rancio, propio de un lugar deshabitado. Sebastian la dejó en el suelo y ella sintió más frío sobre el suelo de piedra de lo que había sentido en el exterior. Acercándose a una mesa, él encendió las velas de un candelabro y lo sostuvo en alto para ahuyentar a las sombras.

Mientras los sirvientes entraban en el castillo, Mary siguió a su esposo al salón delantero. Sin duda parte del servicio se ocuparía de acarrear los baúles mientras otra parte sacaría y colocaría su contenido. Sin embargo, esos detalles no le interesaban. Toda su atención estaba puesta en el duque, que paseaba por la estancia, quitando las telas blancas que cubrían los muebles, y levantando nubes de polvo en el proceso.

—Lo siento —Mary no pudo evitar un estornudo que llamó la atención de Sebastian.

—La culpa es mía. Debería haber enviado a los sirvientes por delante para que se ocuparan de todo, pero no me había parado a pensar que llegaría con mi esposa.

—Míralo de este modo, es casi como una aventura, ¿no? Lo descubriremos todo juntos.

—Eres muy optimista.

—No me satisface ser pesimista —Mary se quitó los guantes—. Al menos tuvo el detalle de cubrir los muebles antes de marcharse. Hay huecos vacíos en las paredes —se veían claramente rectángulos de papel pintado que no se habían descolorido por el sol.

—Igual que hizo en Londres, retiró todos los retratos de mi padre, de mí y mis hermanos. Curiosamente, dejó los de mi madre.

Ella lo miró mientras, candelabro en mano, el duque seguía descubriendo tesoros: sofás, mullidos sillones, mesitas.

—¿Y para qué dejar esos cuadros y deshacerse de lo demás?

—No lo sé. Creo que jamás entenderé cómo funciona su mente. Y tampoco estoy

seguro de querer hacerlo.

—Es muy curioso —insistió ella antes de volver a estornudar.

—Maldita sea.

—¿Qué? —Mary se volvió de nuevo. Sebastian había dejado de ocuparse de los muebles—. ¿Has descubierto algo?

—Sí, he descubierto que tu esposo es un idiota desconsiderado. Tenía tanta prisa por mostrarte Pembroke que no caí en la cuenta de que estás empapada y fría por la lluvia. He pedido a los sirvientes que enciendan las chimeneas. Tu habitación debería estar caldeada ya. La cocinera está preparando la cena. Será algo ligero, lo que trajimos de Londres, hasta que ella pueda ir al mercado.

Sebastian le ofreció su brazo y ella se acercó.

—De todos modos apenas tengo hambre.

El duque la condujo hasta el enorme vestíbulo del que partían dos escaleras curvas que conducían a la planta superior. Mientras subían los peldaños, la luz iba iluminando su camino y los retratos de los duques anteriores. Pero también había huecos vacíos.

Al llegar a lo alto de la escalera, la guio hacia la izquierda y pasaron ante una puerta cerrada.

—Es mi habitación —le informó él con calma.

Sebastian sí abrió la siguiente puerta y ella entró. Los muebles habían sido descubiertos y frente a la chimenea encendida había dispuesta una agradable zona de estar.

Las cortinas abiertas revelaban que la noche se había impuesto. Las ventanas estaban ligeramente abiertas para airear la estancia.

—¿Te apetecería un baño antes de cenar? —preguntó su esposo.

—Eso estaría muy bien, sí.

—Haré que los sirvientes se ocupen de ello.

—¿Funcionan los llamadores?

—No lo sé.

—Pues vamos a ver si sube Colleen —Mary se acercó a la cama y tiró con fuerza de la campanilla.

—¿Te acuerdas de dónde está el comedor?

—Creo que sí.

—Te veré allí dentro de una hora —el duque abandonó la habitación y cerró la puerta.

Mary se sentó en la cama y se preguntó qué le depararía la noche.

La cena resultó, como todas las que habían compartido desde la boda, muy silenciosa. Al parecer Sebastian no había llegado a dominar el arte de la conversación. Sin embargo, se mostraba muy eficaz dando órdenes a su alrededor. Estaba satisfecho con la rapidez con la que habían limpiado las estancias principales. Quedaban muchas cosas por hacer: barrer, abrillantar, frotar, pero al menos se intuía el potencial de la residencia.

Tras la cena siguieron paseando por Pembroke. Sebastian deseaba que su esposa sintiera lo mismo que él por aquel lugar, que apreciara su magnificencia, su historia, su herencia, pues le pertenecía a ella tanto como a él. Y pasaría a manos de su primer hijo.

La risa de Mary había llenado las estancias cuando eran niños, y allí habían encontrado muchos y buenos lugares para esconderse. Pero en aquella época era una niña que no había prestado atención a lo que le rodeaba.

El castillo había sido remodelado por su padre. El interior era tan grandioso como la mejor mansión de Inglaterra. Durante dos años los carpinteros habían trabajado para construir cuarenta dormitorios, cuatro bibliotecas, varias galerías y un buen número de salones. Era enorme, pero acogedor. Entraron en uno de los dos grandes salones.

—Había olvidado lo bonito que era todo.

—Me sorprende que te dieras cuenta. Solías estar demasiado ocupada buscando un lugar en el que esconderte.

—Se me daba muy bien esconderme de ti —Mary soltó una risa musical que despertó muchos recuerdos—. Casi nunca me encontrabas.

—Pues no cuentes con que siga siendo así. Ya no podrás escapar de mí tan fácilmente —la intención del duque había sido mantener un tono desenfadado, pero casi había sonado a amenaza.

—¿Y debería querer escapar?

Él la miró. Error. La fuerte Mary parecía vulnerable, y él comprendió que retrasar su unión había suscitado en ella serias dudas, quizás incluso era responsable de la incomodidad que parecía haberse instalado entre ellos. Pero Sebastian quería que su primera vez, como marido y mujer, se produjera en ese lugar. En sus posesiones. Si estaba andando por esos pasillos era gracias a ella, a su valentía. Lo más adecuado sería que se unieran allí.

—Espero que no —contestó finalmente.

Capítulo 23

Había retrasado todo lo posible la unión conyugal.

Sebastian apuró otra copa de whisky para armarse de valor aunque por Dios que no tenía miedo de ella. Más bien temía la repulsión que su esposa pudiera sentir al verlo sobre ella si abría los ojos...

La tomaría en la oscuridad. En la más absoluta oscuridad. Fingirían que seguía siendo tan endemoniadamente atractivo como Tristan.

No era la primera vez que ella lo veía, por supuesto, incluso lo había mirado con amabilidad, pero sería muy distinto unirse a la bestia sabiendo que eran sus manos las que se deslizaban sobre su

cuerpo. Se odiaba a sí mismo al recordar que solo había tenido amantes bellísimas. Jamás había prestado atención a las chicas del montón. Sospechaba que a las damas les gustaba yacer con hombres atractivos tanto como a los hombres con hermosas mujeres.

¡Cómo le gustaría verla a la luz! Quizás podría despertar temprano, al amanecer.

Ella estaría preciosa, de eso no le cabía la menor duda. Aun así tenía que cargar con él como esposo.

Debería haber dispuesto que Tristan se casara con ella. ¿Qué importancia tenía cuál de los hermanos fuera? Todos estaban en deuda con ella. Pero solo casándose con él podría convertirse en duquesa. Lo mínimo que se merecía era un título y el prestigio que le proporcionaría.

Contempló el atadillo que descansaba sobre la mesa, junto a la botella de whisky.

Alargó una mano y, sonriendo, acarició la cinta de seda, enroscándola alrededor de su dedo.

Que él recordara, nunca había estado tiesa, siempre se había rizado, al igual que los cabellos de Mary. Quizás esa noche tendría algunas cintas de seda que desatar.

Apartó de su mente los recuerdos de aquella niña que le había dado la cinta. En el dormitorio junto al suyo le aguardaba una mujer. Desde el instante en que se habían reencontrado, había intentado pensar en ella como en la chica delgaducha de infinitas piernas que había corrido con él por el campo. Pero estaba muy lejos de ser aquella chiquilla, y la mujer en que se había convertido lo tentaba como ninguna otra.

No era justo para ella que el escándalo les hubiera forzado a casarse, pero le había prometido que nunca lamentaría haberle

tomado por esposo.

Y ya era hora de que hiciera efectiva esa promesa.

Mary estaba sentada en el sillón de terciopelo azul junto a la ventana con las piernas encogidas y cubiertas por el camisón de satén. Con la barbilla apoyada sobre las rodillas, acababa de decidir que iba a retirar los malditos relojes de las malditas habitaciones. Estaba harta del tictac, su única compañía.

Sebastian no le había deseado buenas noches al acompañarla a su habitación. En realidad no había dicho nada. Simplemente había abierto la puerta, cerrándola en cuanto ella hubo entrado. Sin embargo, Mary había percibido claramente la tensión que había emanado de su esposo durante la cena y el recorrido posterior por el castillo. La residencia era tan grande que tenía la sensación de haber sido engullida. Allí hacía falta un señor enérgico y Sebastian, desde luego, parecía muy a gusto. También requería una señora fuerte, aunque ella no estaba tan segura de estar a la altura. ¿Cómo iba a manejar la casa si ni siquiera podía manejar su matrimonio?

¿Por qué apenas la tocaba? ¿Dónde estaba la pasión que los había consumido en el jardín?

El sonido de la puerta al abrirse casi la hizo levantarse de un salto. Sin embargo, respiró hondo para calmar el alocado corazón mientras observaba a su esposo entrar en la habitación. El duque miró hacia la cama, sorprendido al verla vacía, antes de que su mirada la encontrara.

No parecía feliz, aunque sí aliviado. Quizás había temido que hubiera huido.

Se quitó la corbata, la chaqueta y el chaleco. Algunos de los botones de la camisa estaban desabrochados. Llevaba puesto el parche. Mary se había preguntado si se lo dejaría puesto o no y no pudo evitar tener la sensación de que se ocultaba de ella. Los enormes pies descalzos revelaban unos dedos torcidos. La primera

vez que los había visto había sido de niños cuando habían decidido cruzar un arroyo. Su visión la tranquilizó. Algo en él no había cambiado.

—¿Sonríes? —preguntó él con desconfianza.

—Tus dedos. Siguen siendo tan raros como cuando eras niño. Pensé que no vendrías

—Mary pronunció todas las frases juntas y comprendió que estaba nerviosa. No debería. Se trataba de Sebastian.

El duque se detuvo junto a la cama y se apoyó contra uno de los postes. Ella se preguntó si sus palabras, pronunciadas cuando aún se había sentido con valor para ello, habrían detenido sus avances.

—¿Preferirías que no lo hubiera hecho? —preguntó él.

—No —Mary sacudió la cabeza—. Soy tu esposa. Eres mi esposo. Quiero ser tu mujer —¿podía sonar más patética?

—Supongo —el duque contempló sus pies, movió los dedos y dirigió la mirada hacia la duquesa— que eres virgen.

Ella tragó nerviosamente. De repente tenía la garganta muy seca.

—Yo nunca... —él se mesó los cabellos.

—¡Cielo santo! ¿Tú también eres virgen? Esperaba que tuvieras algo de experiencia.

No tengo ni idea de por dónde empezar. Lo único que me aconsejó tía Sophie fue que me tomara un par de copas de brandy.

A los labios del duque asomó un amago de sonrisa. ¿Sería posible que al fin lo viera sonreír?

—¿Intentas sonreír? En cuestión de sonrisas, no soy virgen. Podría enseñarte.

Un destello de esmalte blanco surgió, aunque desapareció casi al instante.

—No soy virgen en nada —le explicó Sebastian—. Quería decir que nunca me he llevado a una mujer sin experiencia a la cama. Tengo entendido que la primera vez puede resultar dolorosa. Espero que no sea así. No quiero hacerte daño, Mary.

—Entonces, comparte conmigo algo más que tu perfil —Mary se levantó del sillón y se acercó a él. Tomándole el rostro entre las manos, lo volvió hacia ella para verlo entero.

Sebastian tragó nerviosamente y puso una mano sobre la de ella, que descansaba sobre una cicatriz, la volvió y le besó dulcemente la palma. Mary sintió el húmedo calor de su boca sobre la piel y se preguntó qué otra parte de su cuerpo recibiría ese mismo tratamiento.

—Quizás con el tiempo —observó él con calma—, pero esta noche no.

Ella pensó recordarle que ya había visto sus cicatrices, y en más de una ocasión, pero sabía que pondría como excusa la debilidad del momento que le había impedido evitar que ella lo cuidara. Estaban a punto de compartir una intimidad que él sin duda pensaba se vería empañada si se revelaba tal y como era. O quizás era simplemente su orgullo masculino. Fuera lo que fuera, se lo perdonaría. Les aguardaban muchas más noches juntos y al final conseguiría de él lo que deseaba.

—Quiero verte sonreír de verdad —ella le rozó los labios con los dedos y los deslizó hasta la garganta—, y oír de nuevo tu risa.

—No pides gran cosa.

—No, no mucho.

—Siempre has sido tan alegre... —continuó él—. Me digo a mí mismo que no habrías sido feliz con Fitzwilliam, que quizás lo sucedido fuera lo mejor.

—¿Sabes que no he vuelto a pensar en él desde que salió de la residencia de mi padre? Lamento haberlo herido o humillado, pero no lamento que no fuera el hombre que me aguardaba en el altar. Debes creerme, Sebastian. No podemos pasarnos la vida preguntándonos lo que podría haber sido. Debemos sacarle el mejor partido a lo que tenemos.

—¿Ya te has tomado las dos copas de brandy?

—Tres —ella rio—, pero de eso hace ya un rato. Me temo que se hayan pasado los efectos. No me siento tan caliente como antes.

—Pronto lo estarás —Sebastian le sujetó la barbilla para levantarle el rostro y besarla.

No tenía nada que ver con el beso que habían compartido en el jardín. Carecía de desesperación, aunque no de pasión. Su esposo exploraba y mordisqueaba. Su lengua bailaba con la de ella. Mary deslizó las manos por los fuertes hombros y las hundió en sus cabellos, atrayéndolo hacia sí. El gutural gemido vibró en su torso, resonó contra su pecho, y ella se apretó con más fuerza.

Había sido sincera. No había vuelto a pensar en Fitzwilliam. Con él no se habría sentido cómoda en un momento como ese. Habría temido que la juzgara. Con Sebastian no temía ningún juicio.

A él siempre le había gustado como era. Nunca había tenido que fingir con él. Podía tocar donde le apeteciera, sabiendo que no le molestaría. Podía hundir la lengua en su boca y él intensificaría el beso. Por él, esquivó las cicatrices, para que no se sintiera demasiado consciente de ellas.

Sin apartar la boca de la de Mary, Sebastian la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama, donde la tumbó, solo entonces interrumpió el

beso. Echándose hacia atrás, la estudió detenidamente, como si intentara memorizar cada curva, cada rasgo, cada valle, cada montículo.

—Vas a apagar las luces, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí.

—Ojalá no lo hicieras.

—Esta noche sí —el semblante de Sebastian se tiñó de tristeza—. La fealdad no debería formar parte de la primera vez de una mujer.

Mary sintió las lágrimas agolparse en su garganta, pero se negó a permitirles salir.

Podría protestar, decirle que no era feo, que lo encontraba hermoso, pero sabía que no la iba a escuchar. Generaría tensión entre ellos y mitigaría la felicidad que deberían estar disfrutando.

—Esta noche lo dejo en manos de tu mayor experiencia —ella le acarició el lado intacto de su rostro—, pero te aseguro que aprendo rápido y una de estas noches tendrás que cederme a mí el mando.

—Ya veremos.

El duque se apartó y ella lo observó mientras apagaba las lámparas. Casi desesperadamente, intentó memorizar lo poco que veía de él: las largas piernas, los anchos hombros, la fuerte espalda. Le habría gustado que estuviera desnudo, pero eso llegaría con el tiempo. Era una damisela muy lasciva.

Únicamente permanecía encendida la lámpara sobre la mesilla de noche y, antes de apagarla, Sebastian soltó las cortinas del dosel para que ni siquiera la luz de las estrellas los alcanzara. Al fin todo quedó en la más absoluta oscuridad.

Mary estuvo a punto de pedirle que no apagara la última lámpara, que no soltara la última cortina.

Tras una última mirada a su duquesa, Sebastian se inclinó sobre la lámpara y la apagó.

Sebastian cerró la última cortina. Incluso con las lámparas apagadas, se veían sombras. Era consciente de lo absurdo de desear completa oscuridad para la primera vez, pero quería que ella tuviera la ilusión de yacer con un hombre de rasgos perfectos si no de corazón. Arrojó la camisa y los pantalones a un lado. Quería ofrecerle una noche placentera. Mary lo tentaba para ser mejor de lo que era. Al menos allí, entre las sábanas, podía asegurarse de que ella se alegrara de haberse casado con él. Con cierta dificultad, por culpa de la oscuridad, al fin encontró el hueco entre las cortinas del dosel y consiguió deslizarse bajo las sábanas donde aspiró el delicioso aroma de Mary.

—Creía que ibas a escaparte —susurró ella.

—¡Qué tonta! —murmuró él.

—No soy tonta.

—¿Estás nerviosa?

—¿Debería estarlo?

—No. Tú confía en mí.

—Lo hago.

Sebastian alargó una mano y acarició la seda, pero no era la seda del camisón que había esperado encontrar, sino la seda de su piel, del muslo, de la cadera.

—Tu camisón —exclamó él con brusquedad.

—Me lo he quitado.

—Ya lo veo —ojalá se lo hubiera quitado antes de apagar la última llama.

—¿Decepcionado?

—Claro que no. Debería haberme imaginado que no te mostrarías apocada en esto.

—No es «esto», Sebastian. Eres tú. Yo nunca he sido tímida contigo.

Sebastian sintió la delicada mano deslizarse por su brazos, explorando. Cerró el ojo y se la imaginó explorándole todo el cuerpo. Quizás fuera novata a la hora de hacer el amor, pero sospechaba que aprendería rápido.

Él siguió con la mano la curvatura de su cadera, de su costado, y en su mente la vio claramente tumbada a su lado. Se giró y se colocó sobre ella, sintiendo la cálida seda bajo su cuerpo.

Hundiendo las manos en los rojos cabellos, le sujetó la cabeza y se inclinó sobre ella para besarla. No pudo evitar sonreír para sus adentros al percibir el sabor a brandy. Le añadía un toque de riqueza al beso. Pero debajo del brandy estaba el sabor de Mary, un sabor que él buscó como un sediento al que se le hubiera negado toda bebida.

Pues así se sentía. Había estado en un desierto, buscando un oasis. Y el oasis era Mary. Sus ojos eran la verde vegetación, los cabellos, el rojo de los frutos maduros, los suspiros la suave brisa que refrescaba su piel febril.

No podía negar que hubiera preferido que ese momento hubiera llegado en otras circunstancias, que ella hubiera podido elegir, que no fuera el escándalo el que la hubiera llevado a sus brazos. Pero tampoco podía negar que se alegraba mucho de tenerla allí, y no porque hubiera pasado tanto tiempo sin una mujer, sino porque esa mujer era Mary.

La exuberante Mary, cuyas manos lo exploraban. Allí donde ella tocaba, él se sentía volver a la vida. No recordaba la última vez que había deseado que una mujer lo tocara así.

Si dejaba de tocarlo, si lo obligaban a dejar de tocarla, sin duda moriría.

Sebastian dibujó un camino de besos por el cuello de su duquesa y tomó un pecho con la mano ahuecada. Se deleitó en el peso contra la palma de su mano. Agachándose, deslizó la lengua alrededor de un pezón.

Mary dio un respingo y hundió las manos en los cabellos de Sebastian.

Cerrando la boca sobre la areola, él se preguntó de qué color sería su piel y se maldijo por insistir en la oscuridad. ¡Qué imbécil había sido! Pero apartarse de ella para encender las lámparas sería como dejar de respirar.

Si hubiera un modo de iluminarla dejándolo a él en la oscuridad...

Mary susurró su nombre, espoleándolo a buscar mayores placeres mientras deslizaba un pie por su muslo.

Sebastian se deslizó más hacia abajo, acariciándole los costados. ¿Cómo podía ser tan delgada y a la vez tan voluptuosa? Bajando un poco más, hundió la lengua en el ombligo. Algún día lo llenaría de vino y lo bebería. Pero para la primera vez bastaba con la experiencia de saborear la sal de su piel.

Siguió bajando hasta acomodarse entre los muslos de Mary. El aroma de su sexo lo inundó. Sopló los suaves rizos y ella suspiró.

Mary no objetó ni cuestionó. Sebastian se inclinó y le besó el núcleo de su feminidad, rodeándolo con la lengua, sintiéndola estremecerse bajo su cuerpo. Tan sensible, preparada para él.

Se moría de ganas de hundirse en su interior, pero no lo haría hasta que le revelara todo lo que podía recibir. Usando la boca, la lengua y las manos, la tentó, excitó, empujándola a las alturas. Los pequeños gemidos resonaban a su alrededor, atrapados entre las cortinas del dosel. Oyó su exclamación, la sintió retorcerse.

Los dedos de Mary seguían enredados en sus cabellos, tironeando, acariciando. El cuerpo de Sebastian estaba tenso de necesidad, pero se contuvo. La iba a tener, pero tan húmeda y excitada que podría deslizarse suavemente en su interior sin causarle la menor molestia.

No quería hacerle daño y consideró la posibilidad de darle placer mientras se lo negaba a sí mismo. Pero esa mujer lo tentaba de tal manera que no tenía fuerzas para resistirse. Deseaba saber lo que se sentía al hundirse en sus cálidas profundidades. Quería sentirla latir alrededor de su masculinidad, exprimiéndole hasta la última semilla.

Necesitaba que ella lo hiciera sentirse completo.

No sabía de dónde había surgido esa idea, ni quería admitirla siquiera. Había estado solo demasiado tiempo. No necesitaba a nadie. Pero esa aseveración se burlaba de él.

A diferencia de Mary, que nunca se había burlado de él, que incluso aceptaba sus defectos.

Mary, que gritaba y se retorció bajo su cuerpo, cuyas uñas se clavaban en sus hombros.

Mary, Mary, Mary. Querida, dulce y gloriosa Mary, perdida en la agonía de la pasión.

Irguiéndose sobre ella, se hundió en su interior y soltó un juramento cuando ella gritó.

Sebastian se quedó inmóvil, pero, abrazada a él como estaba, Mary lo sentía temblar. La había llevado a un viaje de exquisito placer, pero no había bastado para distraerla del dolor del desgarramiento de su virginidad.

Quizás, si su masculinidad no hubiera sido tan enorme, no habría dolido tanto.

—Perdóname, Mary, Dios santo —Sebastian hundió el rostro en el cuello de su esposa.

—Calla, no pasa nada.

—No quería hacerte daño.

—Lo sé. Ya duele menos. Dame un momento.

Las respiraciones entrecortadas llenaron el silencio y resonaron a su alrededor. El aroma almizclado del sexo se adhería a sus cuerpos. Mary se preguntó por qué nunca había asociado el sexo con una fragancia. Era curioso cómo aumentaba su deseo, le hacía desear más de lo que ya tenían.

—Por cierto, ha sido encantador —murmuró ella.

—¿Encantador?

—Espléndido en realidad. Espectacular —¿cómo describir lo que había sentido? Sin poderlo evitar, soltó una carcajada.

—Así puede ser cada vez que estemos juntos —Sebastian apoyó la frente contra la de ella.

—Si experimento muchas más sensaciones como esa, moriré.

—No lo harás.

—¿También es así para ti cuando llegas a... esa parte?

—Es extremadamente encantador —él soltó una breve risa que resonó en los oídos de Mary.

—Te estás burlando de mí. ¿Se pueden gastar bromas cuando se está haciendo esto?

—Se puede hacer todo lo que quieras.

Sebastian se movió ligeramente y ella cerró los ojos.

—¿Todavía duele? —preguntó él con evidente preocupación. Aunque no le había visto cerrar los ojos, sí había notado la rigidez de su cuerpo.

—No mucho. Muévete un poco más. Creo que empiezo a acostumbrarme.

Sebastian tomó su boca como si fuera el único dueño y ella supuso que, en cierto modo, así era. Había una rudeza en el beso que no había estado antes. Se parecía algo más a la desesperación que había sentido en el jardín. Como si fuera a morir si no la hiciera suya.

Mary sintió un intenso calor y su cuerpo reaccionó encogiéndose. Le llevó unos instantes comprender que Sebastian había empezado a moverse lentamente, saliendo y luego entrando, sin prisas. El beso la había distraído al principio, pero en esos momentos se había convertido en una parte de las sensaciones. La lengua del duque giraba en su boca, sus manos le agarraban los cabellos, sus caderas basculaban contra las suyas.

La incomodidad disminuyó y el placer regresó, más intenso, más rotundo de lo que había sido antes. En esa ocasión ya sabía qué

esperar. Antes lo había temido, había luchado contra ello. Pero en esos momentos lo abrazaba. Abrazaba a Sebastian.

Mary acarició a su esposo hasta donde le alcanzaba la mano. Él también debía estar perdido en las sensaciones porque no reaccionaba cuando ella tropezaba con una cicatriz y la exploraba más a fondo. Formaban parte de él y, por tanto, eran parte de ella.

Interrumpiendo el beso, Sebastian se irguió y empezó a embestirla con una ferocidad que despertó el lado salvaje de Mary. Los gemidos del duque resonaban a su alrededor y ella sintió los fuertes músculos tensarse y temblar. Ella misma sintió su propia rigidez que clamaba una liberación.

Cuando el clímax la alcanzó, temió que Sebastian le hubiera mentido y que, en efecto, fuera a morir. ¿Cómo podía alguien sobrevivir a un placer tan intenso? La había sacudido entera, dejándola sin fuerzas, incapaz de moverse mientras Sebastian gritaba en una última embestida.

Apoyado sobre un codo, él enterró el rostro en los rojos cabellos. Mary sentía el fuerte latido del corazón contra su pecho y no supo de dónde sacó fuerzas para acariciarle la húmeda espalda.

—Eso ha sido mucho más encantador que lo de antes —susurró casi sin aliento.

Sebastian rio de buena gana y se dio media vuelta antes de rodearla con un brazo y atraerla contra su costado.

Resultaba curioso que un pequeño gesto le hubiera agradado más que cualquiera de las cosas que habían hecho aquella noche. Le daba esperanzas de que, algún día, Sebastian se alegrara de haberse casado con ella.

Capítulo 24

Mary despertó al sonido del canto de la alondra. Recordó haber dejado abierta una ventana y comprendió que debía ser de mañana, aunque con las cortinas del dosel echadas era imposible asegurarlo. También servían para conservar el calor de sus cuerpos, el aroma del amor y los ronquidos de su esposo. Se preguntó qué hora sería. Y esa fue la única razón por la que alargó una mano y abrió la cortina, para intentar determinar qué hora era, no para echar una ojeada al cuerpo de Sebastian. Al menos esa había sido su intención. Pero, cuando la luz les iluminó tímidamente, no pudo resistir la tentación de mirar.

Sebastian estaba tumbado de espaldas, las largas piernas enredadas con las sábanas.

Esas piernas habían estado enredadas alrededor de su cuerpo cuando se había dormido.

Tenía el rostro ligeramente vuelto, pero no por ello dejaban de verse claramente las cicatrices. En el transcurso de la noche se había quitado el parche. No era la primera vez que contemplaba las cicatrices, aunque había evitado estudiarlas muy de cerca cuando convalecía de fiebre porque le había parecido que era como robarle su privacidad sin que él lo supiera.

Quizás lo que estaba haciendo en esos momentos podía ser considerado lo mismo, pero estaban casados y no deberían tener secretos el uno con el otro. Mary no podía decir que hubiera belleza en la carne destrozada, pero sí cierta elegancia. Hacía poco que ese hombre había vuelto a formar parte de su vida, pero no se lo imaginaba con las facciones de Tristan. Su rostro encajaba con sus cicatrices. Su temperamento, su determinación, todo lo que había sufrido para volver a pasearse por ese castillo como dueño y señor. Ojalá se sintiera mejor consigo mismo, ojalá aceptara que ella acariciara esas cicatrices mientras hacían el amor.

Porque hacían el amor. No se le ocurría otro modo de describir la ternura con la que él había explorado su cuerpo, o la pasión con la que finalmente la había tomado.

Mary quería tocarlo, apartarle los cabellos de la frente, pero temía despertarlo. Las cicatrices continuaban por su hombro, el brazo... qué horribles debían de haber sido las heridas. Qué dolorosas. No era de extrañar que le hubiera llevado tanto tiempo recuperarse.

Teniendo en cuenta cuándo había tenido lugar la batalla y cuándo había regresado a Inglaterra, debían haber pasado meses. Se preguntó...

—¿Ya has visto suficiente?

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —ella dio un respingo.

—El suficiente.

—Opino que eres hermoso.

—Opino que estás loca —Sebastian se dio media vuelta, ofreciéndole una clara visión de su espalda. Alargó la mano y abrió las cortinas de su lado. Sin duda para recuperar el parche—. Vuelve a cerrar las cortinas, pues quiero hacerte mía una vez más antes del desayuno.

—¡Qué palabras tan bonitas, Excelencia! —Mary frunció el ceño ante la manera tan insensible de hablar de su esposo—. Desde luego están pensadas para que me arroje en tus brazos.

El duque se detuvo. No se volvió, pero ella percibió claramente su rigidez.

—Eres mi esposa —espetó.

—A las esposas les gusta ser cortejadas.

—Pues cierra las cortinas y te cortejaré con mi cuerpo.

—No —Mary las abrió del todo, permitiendo la entrada de la luz del sol.

—¡Maldita sea, Mary! —él se volvió.

Y se paró en seco.

Mary luchó contra el impulso de taparse. La piel del cuerpo se le iba sonrojando por momentos. No se había vuelto a poner el camisón antes de dormirse y se mostraba ante él completamente desnuda, salvo por la sábana que solo le cubría hasta las caderas. Sin necesidad de que la tocara, los pezones se endurecieron ante el ardor en la mirada del duque.

—¡Qué hermosa eres! —observó él con voz ronca—. Es evidente que Fitzwilliam no tenía ni idea de los secretos que escondías bajo la ropa. De lo contrario no habría permitido que el escándalo te apartara de él.

—Ya te dije que era virgen.

—Los hombres imaginan.

—Anoche me tocaste. ¿Fue esto lo que imaginaste?

—Solo en parte —Sebastian sacudió la cabeza lentamente antes de rodearle los pezones con el pulgar—. Te imaginé oscura no rosada —deslizó la mano por el pecho—.

¿Y cómo demonios conseguiste esa peca ahí?

—No lo sé. ¿No te parece mejor poder verme?

—Pero, si yo te veo, tú me ves.

—Ya te dije que tus cicatrices no me repugnan.

—Pero verlas tan cerca, sobre ti...

—Tú eres el que está sobre mí. Con fuerza y decisión. Mis manos son pequeñas y no puedo tocarte entero. Y quiero conocer todo tu cuerpo.

—Esto es horrible —Sebastian tiró de la sábana y la apartó de las caderas de Mary.

—Solo si dejas la luz —ella la sujetó en su sitio.

—Hasta que te haya visto bien. Después se hará de nuevo la oscuridad.

—No. Si la luz se va, yo me voy.

—Soy tu esposo. Harás lo que te diga.

—Soy tu esposa. ¿No quieres verme feliz?

—Había olvidado lo desafiante que podías ser —él suspiró profundamente.

—Cierra los ojos. Imagina que estamos a oscuras.

—Ni siquiera voy a pestañear para no perder ni un instante de verte a la luz.

—¿Y no comprendes que yo siento lo mismo? —Mary sonrió esperanzada.

—Insisto: estás loca —de un fuerte tirón, Sebastian apartó la sábana y contuvo la respiración al fijar la mirada entre los muslos de su esposa.

—¿La luz? —preguntó ella.

—Se queda, maldita seas.

Con una carcajada, ella apartó la sábana y contempló la inflamada masculinidad.

—No me extraña que doliera cuando nos unimos.

—Ojalá no hubiera sido así.

La voz del duque encerraba tanto lamento que ella sintió ganas de llorar.

—La tía Sophie dice que solo duele al principio, aunque no estoy segura de qué entiende por «principio». ¿Crees que dolerá la próxima vez?

—No lo sé.

—Da igual —antes de que pudiera decir nada, Mary se sentó a horcajadas sobre él.

Con una amplia sonrisa, miró hacia abajo y deslizó las manos sobre el fuerte torso.

—Es verdad que no te repelen —las palabras de Sebastian encerraban sorpresa.

—No, no me repelen —ella se agachó hasta que sus alientos se mezclaron.

Y entonces lo besó. Aunque fue ella quien lo inició, Sebastian tomó rápidamente el mando. A Mary no le importó, pues había ganado la principal batalla. El sol le calentaba la piel tanto como su esposo. Adoraba la sensación de sus manos acariciándole el cuerpo. Las palmas eran ásperas y los dedos, rugosos. Las manos de un soldado. Las manos de alguien que había luchado. No las manos de alguien que se hubiera dedicado a leer libros y beber en exceso. Las lecciones aprendidas por Sebastian habían sido las de la vida, una vida que había estado a punto de perder.

No era de extrañar que se mostrara impaciente en los salones de baile y considerara trivial tanta etiqueta.

Interrumpiendo el beso, ella sonrió y hundió las manos en los cabellos de su esposo.

Pudo ver las cicatrices de la cabeza, cuya visión le había sido negada hasta ese momento, y comprendió por qué llevaba el pelo tan largo. Esperaba que con el tiempo comprendiera que no tenía ninguna importancia, que cuando ella lo miraba, veía al hombre debajo de las cicatrices.

Valiente, considerado, incluso si lo más importante para él era la tierra, no ella.

Sebastian le tomó el rostro entre las manos ahuecadas y lo volvió hacia él.

—Eres toda una belleza —exclamó—. Qué estúpido fui al tomarte en la oscuridad.

Pero pensé que te resultaría más agradable si no veías...

—No intentes leer mi mente —ella le cubrió los labios con una mano—. Sospecho que siempre te vas a equivocar. Lo de anoche fue maravilloso y no lo lamento. La oscuridad le añadió un toque de misterio. Ahora la luz hará lo mismo.

Mary volvió a besarlo y no protestó cuando él le sujetó las caderas, la levantó y la dejó caer sobre su miembro. Ella lo tomó profundamente, sintiéndose satisfecha, completa.

Sebastian guio sus movimientos con las manos hasta que ella se acomodó al ritmo.

Las sensaciones crecían y ella las controlaba. Él deslizó las manos hasta sus pechos, amasándolos, separándolos, frotando los pezones con el pulgar, inundándola de deseo.

Su esposo sabía tanto... y ella tan poco. Aun así, se sintió su igual al hacer el amor.

Sus gemidos y jadeos lo decían todo, y el placer de Mary crecía mientras observaba el rostro de su esposo, la lucha por controlarse,

la mandíbula encajada.

Y entonces fue ella la que empezó a jadear a medida que el placer la lanzaba hacia la cima. El movimiento se hizo más rápido, más duro y ella hundió las manos en su torso, echó la cabeza hacia atrás, arqueó la espalda...

Y sucumbió al feliz despertar mientras se lanzaban juntos al abismo.

Capítulo 25

Sebastian miró de reojo a Mary, que cabalgaba a su lado por los caminos encharcados por la lluvia. Estaba preciosa con el sombrero verde de montar. La mantenía a su derecha, no para evitarle la visión de las cicatrices, sino para poder mirarla cómodamente. Claro que le resultaba casi imposible mirarla sin recordarla completamente desnuda. Había sido un idiota al insistir en que hicieran el amor a oscuras. Debería haberse imaginado que la testaruda Mary se saldría con la suya. Si ella quería luz iluminándoles en la cama, así sería.

También debería haber comprendido que ella abrazaría el sexo con avidez de explorar todos sus aspectos. Fitzwilliam había sido un maldito imbécil al abandonarla, pero no sería Sebastian quien lamentara haberla convertido en su duquesa. No después de aquella mañana. ¡Demonios!, ni siquiera después de la noche anterior.

Todo aquello que le preocupaba, ella lo había convertido en una insignificancia. La suya quizás no hubiera sido una unión por amor, pero estaba basada en una profunda e inquebrantable amistad. Y eso era mucho más de lo que tenían otros.

—¿Qué hiciste todos estos años durante mi ausencia? —preguntó él.

Mary le dedicó una sonrisa traviesa y soltó una pequeña carcajada que lo acarició con la ligereza de una mariposa. Pero no se detuvo

ahí. Lo sacudió por dentro. Sin embargo, Sebastian había aprendido a mantenerse impassible ante la dulzura para impedir que su alma reaccionara.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—No me hace gracia, me anima —respondió ella—. Es la primera vez que me preguntas por mi vida. Yo tenía miles de preguntas, quería saber qué hacías cada minuto

que estuvimos alejados.

Sebastian frunció el ceño y encajó la mandíbula. Sin duda él también se había preguntado por su bienestar. Ocasionalmente. Sin embargo, a su mente no acudió ningún recuerdo. Y no obstante ella se había casado con él. Bendito escándalo.

—Estaba ocupado asegurándome Pembroke y mis títulos.

—Sí, lo sé —ella miró hacia el cielo, como si esperara que fuera a llover.

—Lo dices como si no te pareciera bien.

Mary frunció los labios y agarró las riendas con más fuerza.

—¿Mary? —insistió él.

—Es que no pareces querer mucho más en tu vida —Mary suspiró y contestó de mala gana.

—Porque no hay nada más importante. Siempre ha sido mi norte, ha dado sentido a mi vida.

—Puede que ahora que lo has recuperado puedas expandir tus intereses.

—Todavía hay mucho trabajo que hacer. Necesito repasar los libros de cuentas, diarios, y descubrir exactamente qué ha hecho mi tío en

estos doce años.

—¿Y por qué no puedes empezar de cero a partir de aquí?

Sebastian sacudió la cabeza sin entender por qué le molestaba tanto que a Mary no le gustaran sus métodos. Era su esposa. Su lugar estaba en la cama, no en su estudio.

—Como hija de un conde, deberías comprender la importancia de la historia.

Debemos comprender el pasado para afrontar con éxito el futuro. Además, existe una pequeña posibilidad de que encuentre algo que demuestre que mis sospechas son ciertas y que asesinó a mi padre, o que me permita arruinar su vida para siempre.

Ella se mantuvo largo rato en silencio y el duque se preguntó si debía pedir disculpas por su tono. Si lo hacía, iniciaría una costumbre que sin duda le llevaría a disculparse la mayor parte del tiempo. Añoraba la camaradería que habían disfrutado de niños. Pero ya no eran niños.

—Leía —anunció ella al fin.

—¿Disculpa?

—Lo que hacía en el convento. Leía la Biblia. Fregaba los suelos. Remendaba ropa

—Mary rio, pero su risa estaba cargada de tristeza—. No volveré a usar aguja e hilo en mi vida.

—Aquí tenemos sirvientes para hacerlo.

Al menos la había hecho sonreír.

—Preferiría que me frotaran los pies. Me encanta que me froten los pies.

—Lo tendré en cuenta. Aunque, yo prefiero frotar otras cosas.

—Sebastian, no seas malo.

—Pensé que deberías saberlo. Y también deberías saber que pensé en ti, pero nunca como adulta.

—Pero que me haya hecho mayor no significa que no te pueda ganar —Mary lanzó a su caballo al galope.

Sebastian la observó mientras se alejaba. Tiempo atrás, él solía saber exactamente cuánta ventaja darle y cómo controlar a su montura para que ella ganara. Había sido incapaz de negarle casi nada. ¿Por qué de repente tenía la sensación de que le negaba demasiado?

Espoleó a su caballo. Se estaban acostumbrando a sus nuevos papeles de marido y mujer. Y a todos los años que les habían cambiado. Mary ya no era aquella chiquilla de cuyas trenzas le gustaba tirar. Y él ya no era el chico que había esperado ocupar el lugar de su padre sin apenas un sobresalto en la vida.

Había capeado muchos temporales para llegar hasta donde estaba. Sus hermanos también habían sufrido. No podía olvidar el precio que habían pagado.

Mary se equivocaba. No podía empezar de cero desde el presente. Primero tenía que superar el pasado.

La iba a dejar ganar. Mary estuvo casi segura de ello al alcanzar las ruinas de la abadía unos cuantos cuerpos por delante de Sebastian. El tiempo había hecho estragos en aquel lugar. Las malas hierbas lo habían inundado todo y dos de los muros estaban hundidos. Todo indicaba que los lugareños se habían llevado algunas piedras a sus casas.

—Debería haberme imaginado que vendrías aquí —afirmó Sebastian mientras

detenía el caballo junto al de ella.

—Me gustaría dar una vuelta.

El duque se bajó del caballo y ayudó a su esposa a hacer lo mismo. Tras ofrecerle su brazo, pasearon lentamente por los restos de la construcción medieval. La mayor parte del tejado estaba hundido. El edificio había sido muy alto en sus buenos tiempos.

—Aquella primera noche en el baile, cuando hiciste tu regreso triunfal a la sociedad, mencionaste que Rafe conocía el lado oscuro de Londres. Y, cuando te estuve cuidando, resultó bastante evidente que no vive en Easton House. ¿A qué se dedica?

Apartándose de ella, Sebastian bordeó lo que debía haber sido un santuario y se detuvo frente a una ventana que dominaba las colinas. Lo único que quedaba era el marco y, por encima, el cielo.

—No debes contárselo a nadie —él suspiró profundamente.

—No voy a chismorrear sobre mi familia.

Sebastian la miró con gesto de sorpresa.

—Ahora sois mi familia —le explicó ella—. Tristan, Rafe y tú.

—Te pido disculpas, Mary. Aunque no estuviésemos casados, sé que no participarías en rumores sobre nosotros —él se quitó el sombrero y lo giró en la mano como si necesitara concentrarse en algo—. Es dueño de un antro.

—¿Te refieres a una casa de apuestas? —Mary percibió desagrado en la voz de su esposo.

—Entre otras cosas.

—Bueno, ahora que has reclamado tu título, lo dejará.

—Dice que no.

—Y a ti no te agrada.

—Pues claro que no me agrada. Pero, dado que hace doce años lo abandoné, ha decidido que es tarde para que me preocupe por lo que haga con su vida.

—¿Dónde lo abandonaste?

—En un hospicio. Sabía que nuestro tío no lo buscaría allí.

—¿De un hospicio a un lupanar? Qué extraño camino. ¿Cómo sucedió?

—No sé cómo acabó en las calles de Londres. A lo mejor se escapó. Sobrevivió. No lo sé.

—Lo siento.

—No es culpa tuya —Sebastian soltó una amarga carcajada—. De no ser por ti, todos estaríamos muertos.

Mary se acercó a él y estudió detenidamente su rostro. No eran solo las cicatrices las que le habían cambiado el gesto. También había remordimiento, responsabilidad, arrepentimiento.

—Hiciste lo que tenías que hacer —ella le acarició la barbilla—. Y para eso hizo falta mucho valor.

—El valor no tuvo nada que ver. Estaba aterrorizado.

—¿Y no es eso valor? ¿Hacer algo aunque te de miedo?

—También tenía miedo el día que me besaste aquí mismo — Sebastian la miró fijamente—. ¿Lo recuerdas?

Mary agradeció el cambio de tema. Había tenido la esperanza de que acudir a ese lugar le recordara mejores tiempos.

—Mi primer beso. No es algo que se olvide.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque te vi besando a la tonta de la ordeñadora.

El duque abrió el ojo desmesuradamente y soltó una carcajada que llenó a Mary de esperanza de que hubiera más como esa.

—Yo nunca he besado a una ordeñadora —él sacudió la cabeza.

—Sí, lo hiciste. Te vi.

—No, era la encargada de los huevos.

Mary le dio un manotazo en el brazo. Él le agarró la muñeca y la atrajo hacia sí.

—¿Te pusiste celosa? —preguntó.

—No, me puse furiosa. Tenía miedo de que empezaras a jugar con ella. Pero después de que nos besáramos pensé que tampoco era para tanto y dejé de preocuparme.

—¿No fue para tanto? —él le sujetó la barbilla—. Creo que fue la primera vez que pensé en ti como en una chica. Hasta entonces no eras más que Mary, mi amiga. Tuve miedo de que mi padre lo descubriera y me obligara a casarme contigo.

—Yo también tenía miedo de eso —Mary rio—, pero en mi caso temía que fuera mi padre el que lo descubriera. Estaba segura de que me enviaría lejos. Pero lo cierto es que no fue gran cosa.

—No, no fue gran cosa como beso —Sebastian la miró con gesto serio.

Agachando la cabeza la besó y, en esa ocasión, el beso en la abadía fue espectacular, lleno de calidez y pasión.

Al entrar en el castillo, toda la calidez del ambiente pareció abandonarles y Mary se estremeció. Amaría ese lugar porque

Sebastian lo amaba, pero no podía evitar temer que allí jamás serían realmente felices.

El mayordomo, Thomas, que les había acompañado desde Londres, se acercó. Mary sospechaba que le daba igual dónde trabajara, siempre que sirviera al joven duque.

—Excelencia, uno de los sirvientes encontró en el ático un retrato de su padre. Lo he hecho colgar en el estudio.

—Excelente —sin embargo, algo en la voz de Sebastian hizo que Mary se preguntara si realmente estaba contento con el hallazgo.

—También ha llegado un mensaje de lord Tristan. Lo he dejado sobre el escritorio.

—Muy bien. Cenaremos pronto.

—Me encargaré de ello.

El mayordomo se retiró y Mary tuvo la sensación de que Sebastian no parecía tan relajado como durante el paseo.

—Supongo que debería prepararme para la cena —observó ella.

—Quizás podrías dedicar un momento a decidir si el retrato es de tu agrado.

—Me encantaría, pero mi padre siempre dice que el estudio es el reino de un hombre, de modo que lo importante es que te guste a ti.

—Valoro tu opinión sobre el asunto.

—Como sabes, no suelo andarme con rodeos.

—Es verdad —la sonrisa de Sebastian fue fugaz, pero al menos le ofreció su brazo.

—Hoy me has dejado ganar —Mary sintió tensarse los músculos del brazo de su esposo—. ¿Siempre lo hacías?

—No siempre. Es más fácil ganar si no se monta en silla de amazona.

—¿Has montado mucho en silla de amazona?

—No —él rio—. Nunca. Pero no tiene aspecto de ser muy cómoda.

Al llegar al estudio, un lacayo abrió la puerta. A Mary le encantaba la masculinidad de la estancia, las oscuras paredes, los sólidos muebles de madera y cuero. Los libros.

Tantos libros. Le encantaba leer, pues le permitía conocer distintos personaje y le llevaba a lugares donde nunca estaría sola.

El retrato sobre la repisa de la chimenea era de tamaño natural. El padre de Sebastian había sido un hombre muy alto, como su hijo, quizás no tan corpulento, pero tampoco había tenido una vida tan dura.

—Me había olvidado de lo alto que era —observó ella.

—No sé si me gusta —apartándose de ella, Sebastian se acercó a la mesita del rincón—. ¿Brandy?

—No, gracias. ¿Qué es lo que no te gusta del retrato? Su parecido es increíble.

—Me recuerda que le defraudé —Sebastian apuró el brandy antes de volver a llenarse la copa.

—¿Y de dónde sacas esa ridícula idea?

—Permití que nos llevaran a la torre sin ofrecer resistencia —contestó él con la mirada en el retrato.

—Y, si tus sospechas son ciertas, tu padre permitió que lo golpearan en la cabeza.

De sentirse defraudado, creo que sería consigo mismo.

—Siempre has demostrado una fe inquebrantable en mí —el duque soltó una

carcajada llena de amargura.

—Porque siempre... —«te he amado». Sin embargo había sido un amor infantil, entregado sin condiciones ni expectativas. En esos momentos no estaba segura de lo que sentía por él. Cada vez que lo miraba, sentía una opresión en el pecho y quería aliviar su pena —, siempre he sabido que harías lo correcto.

Sebastian volvió a reír, aunque en esa ocasión con cierta amargura.

—Me temo que no siempre —contempló de nuevo el retrato—. Creo que lo haré llevar a otra habitación. No quiero que me esté mirando por encima del hombro.

—Encontraré un lugar para él.

—Gracias. Veamos qué tiene Tristan que contarnos.

Sebastian se acercó al escritorio, tomó la carta, rompió el sello y sacó el pergamino.

A continuación la leyó sin estar muy seguro de si le gustaba o no.

—¿Qué dice? —preguntó ella acercándose.

—Nos ha comprado unos caballos como regalo de boda —él volvió a meter la carta en el sobre.

—Me ha parecido ver muchas palabras para tan pocas noticia.
¿Qué más?

—Rafe está bien. Tristan está pensando embarcarse de nuevo.

—Hay algo que no me estás contando.

—No tengo ningún secreto.

—Entonces, déjame ver lo que ha escrito.

El duque miró a su esposa largo rato antes de entregarle la carta.

Hermano

Espero que a la recepción de esta carta te encuentres bien y disfrutando de la dicha del matrimonio. He adquirido unos magníficos caballos en Hertfordshire, para ti y tu encantadora esposa, como regalo de bodas. No deberían tardar mucho en llegar.

En Shropshire todo está bien. Mañana me dirigiré a Willshire para echar un vistazo. No entiendo por qué la Corona no concedió a nuestros antepasados todas las

tierras en el mismo lugar, aunque he disfrutado de estar lejos de Londres. Echo de menos el mar. No te molestes si decido llevar anclas en cuanto termine con la tarea que me encomendaste.

El hombre que tenemos vigilando al tío informa que rara vez abandona la posada, salvo para visitar a su esposa.

Cuando abandoné Londres, Rafe estaba bien. Prometió vigilar la residencia. No estoy seguro de qué pensar de él. Parece llevar una especie de vida secreta y tan solo espero que con el tiempo nos la revele.

Saluda a Mary de mi parte. No pasa ni una sola noche sin que lamente que no me permitieras casarme con ella.

Tristan

—¿Tristan quería casarse conmigo? —Mary se volvió perpleja hacia Sebastian.

—Si yo no estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Y por qué no se lo permitiste?

—Porque yo estaba dispuesto a hacerlo.

—Pensé que te habías casado conmigo porque no habías tenido otra elección.

—Deberíamos prepararnos para la cena —observó el duque, ignorando las palabras de su esposa.

Mary no podía creerse que Tristan se hubiera ofrecido a casarse con ella. ¿Habría sido más feliz con él? ¿Se la habría llevado con él al embarcarse o la habría dejado atrás?

¿Importaba realmente? Había sido toda una revelación saber que Sebastian podría haberla entregado a su hermano. Pero no lo había hecho.

«Por supuesto que no lo hizo, tonta. Como mínimo, es un hombre que se responsabiliza de sus acciones. Te besó en el jardín. Se sintió obligado a casarse contigo».

Aunque quizás hubiera algo más.

Capítulo 26

Tras la cena, Mary se sentó acurrucada en un sillón del estudio y tomó notas sobre las tareas que debían realizarse. La residencia tenía un estudio más pequeño con un delicado escritorio que, supuso, había pertenecido a la anterior duquesa. Sin embargo, ella quería permanecer cerca de Sebastian. Él trabajaba en su escritorio, rodeado de libros de cuentas, haciendo anotaciones en hojas de papel. Había tanto que hacer que era casi como empezar de nuevo.

—¿Sebastian?

—¿Sí? El duque no apartó su atención de los libros.

—He pensado que mañana podría ir al pueblo a contratar algunos trabajadores temporales para que ayuden a los sirvientes a terminar de arreglar el castillo. Hace falta tanto limpiar, pulir y barrer que he pensado que podría acelerar un poco las cosas.

—Una espléndida idea —murmuró él distraídamente.

—Después quizás vaya a Willow Hall. Sé que mi padre tenía pensado abandonar Londres poco después que nosotros. Intentaré arrebatarse algunos sirvientes.

—Espléndida idea.

—Por ejemplo, el jardinero ha instruido a su hijo en el oficio. He pensado que podríamos ofrecerle al joven un puesto aquí.

—Espléndida idea.

—Opino que nos va a hacer falta más de uno, pero para empezar servirá.

—Espléndida idea.

—Y luego quizás podría corretear desnuda por el campo.

—Espléndida...

Sebastian se interrumpió y la miró fijamente.

—No estaba segura de que me estuvieras escuchando —Mary sonrió traviesa.

—¿Te sientes ignorada? —el duque llenó una copa con whisky y lo bebió de un trago.

—Un poco.

—Si paso casi toda la mañana en la cama, y buena parte de la tarde montando a caballo, tendré que ponerme al día con el trabajo por la noche.

—Lo sé —Mary dibujó un corazón sobre la hoja de papel—. Es que muchas parejas se van de viaje después de la boda.

—Y nosotros también lo hicimos. Viajamos de Londres hasta aquí.

—No —ella lo miró con el ceño fruncido—, ellos van a algún sitio donde puedan estar a solas.

—Aquí estamos solos.

—Sin responsabilidades —Mary reprimió un gruñido—, para poder dedicarse el uno al otro.

—¿Estás diciendo que te apetece que te tome de nuevo? —el duque se reclinó en la silla y sonrió.

Era cierto, pero no tal y como él lo decía.

—Eres imposible —ella bufó.

—Ven aquí —Sebastian se dio una palmada en el muslo—. Puedo tomarte aquí mismo.

—Eso es justo lo que quiero —Mary se puso de pie—. Un incómodo revolcón detrás de tu escritorio.

—No será incómodo.

—Voy a tomar un baño.

—¿Mary?

Apenas había dado dos pasos y se detuvo, a pesar de que todo en su interior la empujaba a seguir adelante. Oyó acercarse las pisadas de su esposo. Cuando cesaron, sintió cómo la rodeaba con sus fuertes brazos y le besaba el cuello.

—Si me das un ratito más, enseguida acudiré a tu cama.

—¿Y me «tomarás»?

—Sí, a no ser que prefieras que no lo haga.

Al menos le permitía elegir, eso tenía que reconocérselo. No todos los hombres lo harían.

—Preferiría que me hicieras el amor.

—De acuerdo —asintió él antes de volver a besarle el cuello.

—Dilo —le urgió ella con dulzura.

—No puedo.

—¿No puedes porque no me amas?

—No, porque es endemoniadamente poético, y yo odio la poesía.

—¿Me amas? —ella se volvió, sin soltarse del abrazo.

—¿Y tú a mí?

—Eres incapaz de decirlo —de repente, Mary comprendió—. Eres incapaz de pronunciar la palabra «amor».

—Me importas —protestó él—. Sin duda lo sabes.

—¿Me habrías pedido que me casara contigo de no haber sido por el escándalo?

—No, jamás te habría obligado a vivir una vida conmigo.

—¿Y por qué piensas que una vida junto a ti sería tan horrible?

—Porque sé lo que soy —apartándose de ella, Sebastian empezó a caminar por el estudio—. Brusco, obstinado, centrado en una sola cosa: Pembroke. Tú quieres poesía y palabras tiernas, y dulzura. En mi vida no hay dulzura, salvo en la cama. Y el que tú estés en ella lo hace más dulce —se volvió a ella y la miró con gesto contrariado—. ¿Por qué demonios sonríes?

—Para no gustarte la poesía, puedes ser muy poético. Te estaré esperando para que puedas «tomarme».

Mary se dio media vuelta y salió de la habitación. No tenía ni idea de por qué se

sentía tan animada. Quizás fuera porque, si bien no se lo había dicho, sabía que significaba mucho para Sebastian.

Cuando el duque entró en las habitaciones de su esposa, la encontró todavía bañándose. Mary no lo había visto llegar porque la bañera estaba oculta por un biombo. La luz de la hoguera reflejaba su silueta. No había oído abrirse la puerta porque estaba cantando. No, tarareando. No, cantando. No se sabía la letra y cantaba lo que sí se sabía, tarareando lo demás.

—Como siempre, sin pretensiones...

Tenía la voz de la alondra al amanecer. La doncella estaba sentada en una silla y, al ver al duque, dejó a un lado su labor de bordado y lo miró fijamente. Sebastian se llevó el dedo índice a los labios y asintió hacia la puerta, indicándole que se marchara. La mujer se levantó de la silla, hizo una ligera reverencia y abandonó la habitación.

Con los pies descalzos, él se sentó en el borde de la cama y, encandilado, observó a su esposa bañarse mientras seguía cantando y tarareando. Al levantar los brazos, unas gotas de agua

cayeron ruidosas en la bañera y él las imaginó deslizándose por el desnudo cuerpo.

Había pensado en transformar una de las habitaciones en baño, pero al final había decidido que prefería la visión de la bañera frente a la chimenea. Incluso las sombras de Mary le resultaban atractivas.

Quizás se debiera, en parte, a que ella no era consciente de ser observada. Sebastian jamás se había considerado un mirón, pero estaba disfrutando de lo lindo apreciando la escena que se desarrollaba ante él.

Le disgustaba la idea de haberle negado, si bien inconscientemente, algo que ella deseaba: un viaje de novios. Había pasado tanto tiempo lejos de Pembroke, de Inglaterra, que no se le había ocurrido seguir alejado de sus dominios por más tiempo. ¿Había planeado Fitzwilliam llevarla a alguna parte? No soportaba la idea de que ese hombre le hubiera dado algo que él no. Había estado tan preocupado por salvar su reputación que no había pensado en los deseos del corazón de su esposa. Y tenía unos cuantos. Después de que ella hubiera abandonado el estudio, había consultado la hoja que le había dejado sobre el escritorio. Se trataba de una lista de tareas, aunque salpicada con dibujitos de corazones.

Ella quería amor y, lamentablemente, él no sabía si podía ofrecérselo.

Mary sacó una bonita pierna de la bañera y señaló con los dedos de los pies hacia el techo. A Sebastian se le secó la boca. Dios santo, qué flexible era. Podría tomarla mientras ella apoyaba los pies sobre sus hombros. Observó los sinuosos movimientos mientras la joven deslizaba una mano desde el tobillo hasta el muslo. Quizás continuaba hasta la cadera. O a lo mejor se había detenido a medio camino, en la entrada al paraíso que él ya

estaba anticipando.

Había dejado de cantar y se limitaba a tararear una dulce y provocativa melodía que hizo que la respiración del duque se acelerara. ¿Hacía todo eso cada vez que se bañaba?

—Colleen —llamó Mary tras suspirar y echar la cabeza hacia atrás —. Estoy preparada para salir del baño.

Sebastian tragó con dificultad. Él también estaba preparado, pero no para salir del baño, sino más bien para saciar completamente a su mujer.

—¿Colleen? ¿La toalla? No te entretengas. Mi esposo llegará en cualquier momento y quiero estar preparada.

Si estuviera más preparada, él entraría en combustión. Sebastian se puso de pie y se acercó a ella con una toalla en la mano. Bordeó el biombo y de inmediato decidió que Mary estaba mucho más atractiva desnuda. Tenía los ojos cerrados y la cabeza seguía apoyada en el borde de la bañera. Toda su piel estaba húmeda y sus cabellos recogidos de manera caótica sobre la cabeza. Varios mechones habían alcanzado la libertad y se rizaban salvajemente. Las manos colgaban de los lados y los muslos estaban separados. El agua lamía sus pechos, creando dos preciosas islas.

Ella volvió a suspirar y, lentamente, abrió los ojos.

Soltando un grito, se hundió en el agua hasta que las islas desaparecieron en las profundidades. Una pena.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¿A qué viene tanta sorpresa? Ya te dije que vendría a verte y te oí anunciarle a la doncella que llegaría en cualquier momento.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —ella lo miró furiosa.

—Cuando entré estabas cantando una canción, pero había partes que no te sabías.

—¿Me has oído cantar? —Mary parecía horrorizada—. ¡Dios santo!

—Tienes una voz encantadora.

—Es horrible. Canto como una curruca.

—Pues yo diría que se parecía más a una alondra.

—¿Por qué no me hiciste saber que estabas aquí?

—Estaba disfrutando del espectáculo.

—Sombras chinescas —Mary dirigió la mirada hacia el biombo y luego a la chimenea.

—Tremendamente amenas.

—Creo que te lo estás pasando en grande —ella le dedicó una mirada traviesa.

—Así es.

—Puede que tenga que enseñarte una lección por espiarme, negándote mis favores.

—Jamás lo permitiría.

—¿Y cómo, Excelencia, esperas lograrlo? —la duquesa entornó los ojos.

—Besaré cada centímetro de tu cuerpo hasta que estés a punto de desmoronarte de deseo, como lo estoy yo ahora mismo.

—Veo ese doloroso deseo, incluso con los pantalones puestos —ella sonrió traviesa

—. Pásame esa toalla para que pueda secarme y atender a tus necesidades.

—Quiero secarte yo, y luego voy a hacer que estés de nuevo húmeda.

—¡Qué manera tan vulgar de hablar! —exclamó Mary.

—Poesía de dormitorio.

—Y tú que asegurabas no ser un poeta —ella lo estudió largo rato con los ojos entornados.

La sensual bruja le hacía sentir como si fuera él quien estuviera desnudo, no ella. La deliciosa lengua surgió entre los labios entreabiertos y atrapó una gota de agua. A continuación salió del agua como una diosa, totalmente a gusto con su cuerpo, sin un atisbo de timidez.

Esa mujer iba a matarlo.

—Cumple tu promesa, Excelencia —Mary hizo un mohín—. Sécame, y vuelve a mojarme.

Mary no sabía de dónde había sacado el coraje para tanta osadía. En cuanto Sebastian le había confesado que estaba a punto de desmoronarse, se había sentido poderosa, con el control de la situación, independientemente de su amenaza de no permitirle que le negara sus favores. Sabía que jamás la forzaría.

En realidad, él temía que ella no aceptara sus caricias. Extraño. Mary siempre había asumido que era el hombre el que tenía que asegurarse de que la mujer se sintiera cómoda con lo que sucediera entre los dos, y sin embargo era su marido el que necesitaba que le aseguraran que las cicatrices no le repelían. Le encantaba cuando lo sentía superado por la pasión y, por un momento, olvidaba esas cicatrices. Ella quería que dejaran de importar.

Quería que el escándalo que les había forzado a casarse dejara de importar.

Quería que el amor que compartían fuera tan profundo e inquebrantable, que nada más importara.

El frío hizo que se le endurecieran los pezones. La ardiente mirada de Sebastian fue directa a su pecho. Mary percibió el movimiento de su garganta al tragar. Sin duda, el poder era suyo.

—Me estoy enfriando, Excelencia —ella extendió un brazo e intentó fingir inocencia haciendo un mohín con los labios.

Había esperado que Sebastian la arrancara de la bañera y la secara rápidamente. Sin embargo, se arrodilló ante ella y extendió la toalla sobre un muslo. Mary apoyó un pie sobre el improvisado escalón y él empezó a secarla por los dedos de los pies, lenta y suavemente, centrado en su tarea. A pesar de tener las manos aún mojadas, ella deslizó una por los cabellos de su esposo.

—Algún día te devolveré el favor —le aseguró.

—¿Y qué favor es ese? —preguntó él distraídamente.

—Irrumpiré en medio de tu baño.

—Yo no he irrumpido. Te he dejado disfrutar de él.

—Y tú también has disfrutado.

—Inmensamente —Sebastian la miró.

Tras terminar de secarle la pierna, hizo una señal para que apoyara la otra sobre su muslo. Continuó secándola con una delicadeza que ella jamás había conocido, como si temiera que el algodón fuera a arañarle la piel. Cuando hubo terminado con la otra pierna, dejó el pie con cuidado sobre el suelo y se levantó. A Mary nunca le había asustado su elevada estatura y, si bien ella era alta para ser mujer, él lo era mucho más que la mayoría de los hombres.

El duque prosiguió secándole el rostro, el cuello, los hombros, los pechos. Al tomar un pezón con los labios y chupar, ella gimió y echó

la cabeza hacia atrás, la mirada fija en el techo.

—Date la vuelta —le ordenó él.

Mary comprendió que la tarea que se había impuesto su esposo era una tortura, para ambos. Un delicioso tormento.

Como buena esposa, obedeció y disfrutó de la sensación de la toalla absorbiendo la humedad de su espalda. Durante un instante hizo lo que se había prometido no hacer jamás: pensó en Fitzwilliam y comprendió que ella jamás le habría permitido tomarse tantas libertades. Habría agradecido la presencia de la oscuridad en sus encuentros. No se habría mostrado juguetona, seductora ni sensual. Lo que parecía tan natural con Sebastian no lo habría sido con ningún otro.

La toalla se deslizó por su cuerpo hasta llegar al suelo. A continuación, Sebastian le soltó los cabellos, que cayeron sobre sus hombros.

—Ya estás toda seca —susurró él antes de besarle el cuello.

—Yo no diría tanto —Mary era muy consciente de la humedad entre sus muslos.

—Esto es demasiado fácil —Sebastian rio mientras deslizaba una mano hasta la zona íntima.

—No puedo negar la evidencia —ella suspiró.

—Me encanta lo receptiva que eres —susurró él tan bajito que Mary no estuvo segura de si las palabras iban dirigidas a ella o a él.

El duque la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama. Solo entonces se dio ella cuenta de que casi toda la luz provenía de la chimenea, bloqueada por el biombo. La cama estaba entre sombras.

—No —exclamó cuando su esposo alargó una mano hacia los cordones que sujetaban las cortinas del dosel.

Él se detuvo y la miró.

—Esta mañana ya tuvimos la luz del sol —le recordó Mary.

—Esta noche necesito oscuridad, Mary —Sebastian le tomó el rostro entre las manos y le besó la frente.

La súplica era tan sentida que ella fue incapaz de negárselo. Sebastian la había visto

bañarse y la había secado. La anticipación había ido en aumento. No era momento para discutir, para convencerle de que las cicatrices no le repelían. Apoyó una mano en el fuerte torso y lo empujó ligeramente para poder sentarse. Estudiando su rostro, lo besó fugazmente antes de cerrar las cortinas de su lado.

Luego esperó sentada en la cama hasta que lo oyó alejarse y las cortinas del otro lado de la cama se cerraron. De nuevo quedaron sumidos en la oscuridad.

Pero eso no le impidió encontrarlo en cuanto se volvió ligeramente. Deslizó una mano desde el pecho por la garganta, la barbilla, la mejilla, hasta que sintió el parche. De inmediato, Sebastian la agarró por la muñeca.

—Déjame quitártelo —susurró ella—. Está oscuro. No lo necesitas. Si yo estoy completamente desnuda, tú también deberías estarlo.

Los dedos del duque aflojaron el agarre y, muy lentamente, Mary retiró el parche del ojo antes de besar la destrozada carne, sin saber siquiera si él lo sentiría.

—Mary —la voz surgió ronca.

—Soy tuya —volvió a susurrar ella.

Tumbándola sobre la cama, Sebastian se dispuso a cumplir su promesa. La atormentó con las manos, la boca, la lengua, hasta que

ella temió que le saldría vapor de la piel. Llevaba preparada para él desde mucho antes de que hubieran alcanzado la cama.

Sebastian era un amante experimentado y ella tocó hambrienta todo aquello que no podía ver, sintió los fuertes músculos tensos por el esfuerzo de controlarse, el atlético cuerpo entrar y salir de ella, la mandíbula encajada, los cabellos húmedos. El placer creció en su interior al ritmo de los gemidos de su esposo.

Y, cuando el cataclismo les alcanzó a ambos al mismo tiempo, ella lo abrazó con fuerza mientras la ardiente semilla se vertía en su interior. Con la respiración entrecortada, Sebastian rodó a un lado y la atrajo hacia sí.

Y ella se durmió feliz.

Capítulo 27

Los días siguieron su curso, cada uno cargado de descubrimientos.

Mary empezó a entender la devoción de su esposo hacia Pembroke. Cada mañana, el duque daba una vuelta a caballo por sus tierras y a menudo ella lo acompañaba. Hablaba con los arrendatarios, valoraba la posibilidad de futuros ingresos, anotaba mejoras que hubiera que realizar.

Se le veía mucho más a gusto allí que en Londres.

Incluso se había mostrado relajado durante la visita a su padre, pero, sobre todo, había conseguido tranquilizar al conde. Antes de despedirse de él, el hombre la había llevado aparte y le había anunciado que se había casado con un buen hombre.

De lo cual ella no tenía ninguna duda.

Mary estaba en el jardín, observando los esfuerzos del nuevo jardinero. Su padre se había mostrado más que dispuesto a permitir que el joven se marchara.

También le había ofrecido otra media docena de sirvientes, hijos de sus empleados de toda la vida a los que no se sentía capaz de liberar de sus obligaciones. Sin embargo, ya no le hacían falta. La duquesa, en cambio, tenía mucho trabajo para ellos.

Desde su posición veía los establos, y a Sebastian hablando con el mozo de cuadras y señalando a varios caballos. Los recién llegados, regalo de boda de Tristan, habían llegado galopando aquella mañana. El duque se había remangado la camisa para inspeccionar cada ejemplar. No le asustaba mancharse las manos, de eso no cabía duda.

Mary no recordaba a su padre mostrar tanto interés por la gestión de sus propiedades. Para eso tenía supervisores que le entregaban puntualmente sus informes. Pero Sebastian hablaba con todos los sirvientes, daba órdenes, escuchaba sus ideas. Quería que Pembroke recuperara su esplendor.

No había tantos arrendatarios como antes trabajando las tierras, pero proporcionaban unas nada desdeñables rentas. Las demás propiedades iban mucho mejor. A diferencia de Fitzwilliam, Sebastian no necesitaba su dote.

A pesar de la tragedia que rodeaba a aquel lugar, Sebastian se sentía allí en casa.

A Mary le gustaba verlo pasear por sus tierras. Y ese había sido su verdadero

propósito al salir al jardín, pues el jardinero era perfectamente capaz de decidir qué clase de planta había que poner en cada lugar. Sebastian amaba Pembroke con toda su alma, dedicándole toda su devoción, y ella intentaba no sentir resentimiento por no ser el objeto de esa devoción. Lo cierto era que no tenía ningún motivo para quejarse.

Su esposo acudía a su cama todas las noches. Normalmente se quedaba hasta el amanecer, pero algunas noches se sentía inquieto

y regresaba a sus propios aposentos para no molestarla. Su insistencia en que las cicatrices no le repelían no le convencía para quedarse. Esas noches, lo oía gritar y deseaba desesperadamente acudir a su lado, pero sabía que él no querría que presenciara sus pesadillas.

—Excelencia.

—Thomas —Mary se volvió sonriente al mayordomo.

—Ha llegado el correo. Ambos han recibido una carta. Pensé que podría ser importante.

Ella tomó el sobre que le ofrecía. El mayordomo ya lo había abierto, pero Mary ni siquiera se planteó que hubiera leído su contenido. Sabía que no se entrometería en la intimidad de sus señores.

—Gracias.

—Es bueno que Su Excelencia esté en casa —el hombre miró hacia los establos.

—Sí, lo es.

—Si necesita de mis servicios, avíseme.

Mary sonrió al ver que su carta era de Alicia. Sacó la hoja del sobre y empezó a leer.

Mi querida prima.

Espero que a la recepción de esta carta te encuentres bien y feliz en tu matrimonio.

Tengo una noticia que darte. Lord Fitzwilliam ha pedido mi mano, y he aceptado.

Sé que para ti será una sorpresa, pero hace tiempo que me gusta y te consideraba la más afortunada de las mujeres por haberlo

atrapado. No puedo explicarte lo feliz que soy desde que empecé a cortejarme. Me ha escrito hermosas poesías y me envía flores cada mañana. Incluso se las ha arreglado para darme algunos besos a escondidas. A ese respecto, tiene mucho talento.

Perdóname por mi comportamiento, pero soy tan feliz que quería compartirlo.

Siento muchísimo el escándalo que te obligó a marcharte de aquí, y créeme si te digo que no tuve nada que ver en la propagación de los horribles rumores. No me alegré de tus problemas, pero debo confesar que estuve encantada de verlo de nuevo libre y sin compromisos. He rezado cada día para ser perdonada por hallar la felicidad en tu desgracia.

Espero que te alegres por mí, mi querida Mary. Siempre me han gustado los huevos duros. Te deseo todo lo mejor y espero que seas muy feliz con tu pudin navideño.

Siempre te querré,

Tu prima, Alicia.

Por cierto, mamá te envía un beso.

Fue el mozo de cuadras, Johnson, el que alertó a Sebastian. Mary se acercaba a toda prisa. Maldijo su limitada visión. Si se hubiera acercado desde el otro lado, la habría visto antes. Por su manera de moverse, supo que algo iba mal.

—Termina tú —ordenó al joven. Por suerte, sus largas piernas acortaron la distancia entre ambos. Ella sonreía, pero había algo raro.

—Demos un paseo —sugirió Sebastian.

Mary se acompasó a su paso.

—¿Estás contenta con el jardinero?

—Sí. En primavera el jardín estará lleno de color. Hemos hablado de la posibilidad de construir un invernadero para tener flores frescas todo el año.

—Si eso te agrada, lo haremos.

—¿No te interesa conocer el precio primero?

—Puedo acusar a mi tío de muchas cosas, pero no de ser un despilfarrador.

—Entonces, ¿por qué matar a quienes estuvieran delante de él en la línea de sucesión por el título?

—Por prestigio, poder. Puede que incluso amor. Los hombres hacen cosas horribles por los motivos más extraños.

Caminaron en silencio durante varios minutos antes de que él se atreviera a preguntar.

—¿Qué te preocupa?

—¿Y por qué crees que me preocupa algo?

—Mary, te conozco —Sebastian intentó disimular su impaciencia.

—He recibido una carta de Alicia —Mary suspiró—. Fitzwilliam ha pedido su mano y ella ha aceptado.

—¿Y eso te molesta?

Ella se detuvo, aunque mantuvo la vista fija al frente. Sebastian se colocó delante, obligándola a mirarlo.

—¿Lamentas no haberte casado con él? —tenía un nudo en el estómago y no estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—¡Oh, no! —Mary lo miró perpleja antes de soltar una carcajada—. Eso jamás se me ha pasado por la cabeza. Estoy preocupada por

Alicia. Me siento como si le hubiera tocado un artículo de segunda mano. Ella se merecía ser la primera elección del hombre que pidiera su mano.

—Visto así, tú también serías un artículo usado.

—¡Cielo santo! —ella se quedó boquiabierta—. No lo había pensado. Sebastian,

¿tienes dudas sobre mi deseo de ser tu esposa?

—¿Debería tenerlas?

—No. Que alguien preguntara primero y yo aceptara no significa que cuando tú me lo propusiste quisiera negarme.

—Quizás ocurra lo mismo con tu prima. Pudo elegir. Si no le gustaba...

«Lo cual es más de lo que tuviste tú», pensó él. Si Mary no hubiera accedido a casarse con él, ¿qué clase de vida le habría aguardado?

—Has hecho una observación muy aguda —Mary asintió—. Es posible que Fitzwilliam sintiera algo por ella. Dice que le da besos a escondidas y que se le da muy bien.

—¿Besar o esconderse?

Ella soltó una carcajada. A Sebastian le encantaba su risa, pero no la había oído mucho desde su regreso.

—Besar, supongo. No estoy segura. Él jamás me besó.

—¿Nunca? ¿Qué clase de mequetrefe era?

—Ni siquiera cuando tuvo la oportunidad, cuando estábamos solos.

—¿Cuándo estabais a solas? —¡por Dios santo! ¿Estaba celoso? No, claro que no.

Mary había estado con Fitzwilliam, pero en esos momentos estaba con él. No había motivo para los celos.

—Fui a verlo, a preguntarle sobre los horribles rumores. Ahora que lo pienso, estaba en el estudio y parecía muy pensativo. Me pregunto si ya empezaba a tener dudas sobre nuestro matrimonio — la duquesa abrió los ojos desmesuradamente—. La dote de Alicia no es tan elevada como la mía, y él le dijo a mi padre que quería una gran dote. ¿Crees que buscaba una excusa para romper? ¡Menudo canalla!

Sebastian oyó un extraño ruido a su alrededor y comprendió que era él riéndose.

Con una sonrisa radiante como el sol, ella le acarició la garganta.

—Pensé que no volvería a oír ese sonido —los verdes ojos se inundaron de lágrimas.

—Ni te atrevas a llorar.

—Yo... —Mary se enjugó las lágrimas con la mano—. La echaba tanto de menos.

¿Qué he dicho para hacerte reír? Volveré a decirlo.

—Quieres que tu prima signifique algo para él y, cuando crees que por fin es así, le consideras un bribón.

—Y las dos cosas no pueden ser, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Quiero que sea feliz.

—¿Y tú? ¿Eres feliz, Mary?

En lugar de contestar, ella se puso de puntillas y besó a Sebastian, quien la abrazó con fuerza.

En la mente del duque surgió la pregunta que le había hecho Rafe:
¿haría trampas

para ganar o para perder?

¿Lo había besado Mary porque era feliz o para distraerle de una
pregunta que no deseaba responder?

—Casi lo olvido —ella abrió los ojos desmesuradamente y sonrió—.
Tú también has recibido una carta.

Le entregó el sobre y Sebastian sacó la carta y la leyó de inmediato.

Sebastian,

Me temo que hay malas noticias. A mi regreso a Londres supe que Rafe había sido atacado por tres rufianes cerca de tu residencia. Se está recuperando de una herida de bala en la pierna. He descubierto que nuestro hermanito es algo especial. Al parecer se deshizo de dos de esos tipos con facilidad y consiguió que el tercero le describiera al hombre que lo había contratado antes de cargárselo a él también. Si no ha sido tío, tiene un hermano gemelo.

Por culpa de las heridas, Rafe no pudo enfrentarse a tío de inmediato. Yo me puse manos a la obra, pero, desgraciadamente, el tío se escabulló de la pensión sin ser visto. La última vez que lo vio el hombre que Rafe había apostado allí fue una noche que regresó de un pub, fuertemente ebrio, o eso le pareció al vigilante. Aquella misma noche vio a una mujer mayor marcharse con un morral. Pero, cuando interrogué a la joven que regenta la pensión, me dijo que la única persona mayor que se alojaba allí era nuestro tío.

Supongo que tu primer impulso será venir a Londres de inmediato, pero te aseguro que Rafe se está recuperando bien. Eres de mucha más utilidad allí. Ocúpate de Pembroke. Yo seguiré buscando a tío hasta que encuentre su rastro.

Vigila tus espaldas, hermano.

Tristan

—¡Maldita sea! —Sebastian arrugó la carta.

—¿Qué sucede? —Mary lo agarró del brazo y lo miró con gesto preocupado.

—Mi tío ha intentado matar a Rafe. He desperdiciado el día mirando caballos cuando debería buscar alguna evidencia de lo que estuvo tramando años atrás. Debo redoblar mis esfuerzos, centrarme en demostrar su culpabilidad en la muerte de mi padre, o en su intento de matarnos.

¡Había fracasado de nuevo a la hora de proteger a Rafe!

—¡Saunders! —casi había alcanzado la casa cuando se dio cuenta de que Mary no lo había seguido.

—¿Sí, Excelencia?

—Mi esposa no puede quedarse sola en estas tierras. Encuéntrala y acompáñala a la residencia.

Abrió la puerta y se dirigió al estudio. Destruir a su tío se había convertido en una prioridad. Ese hombre no iba a rendirse. Pero estaba a punto de descubrir que su sobrino podía ser igual de obstinado.

Capítulo 28

Aquella noche, después de hacerle el amor a Mary, Sebastian se sentía inquieto y no paraba de dar vueltas en la cama. Tras besar a su esposa en la frente, le anunció que dormiría en sus aposentos. A Mary no le gustaba verlo marchar. Se había mostrado extrañamente callado durante la cena y sospechaba que tenía algo que ver con su preocupación por Rafe. Aunque no había dicho nada, ella sabía que se sentía culpable.

Después le había hecho el amor casi con desesperación, como si intentara escapar de algo, como la noche del baile cuando le había confesado en el jardín que quería olvidar, y a continuación la había besado de un modo que jamás olvidaría.

No le gustaba sentir la cama vacía y sopesó la posibilidad de reunirse con él en sus aposentos. Sin embargo, era evidente que lo que quería era estar solo. De modo que, en lugar de hacer lo que quería, hizo lo que más necesitaba hacer: quedarse donde estaba y dormirse.

Despertó cuando se desataron los infiernos. Al menos así le pareció que sonaba. Los truenos estallaban a su alrededor. Saltó de la cama y corrió a la ventana, pero no se veía ningún relámpago contra el negro cielo. Sin embargo, sí vio luz en la pequeña ventana de la torre noreste. La torre de los prisioneros. También veía sombras, y casi sintió temblar el edificio.

Corrió hacia la cama y tomó el echarpe con el que se envolvió antes de irrumpir en el dormitorio de Sebastian. Una solitaria lámpara permanecía encendida, iluminando una cama deshecha que más bien parecía el escenario de una batalla.

Mary salió del dormitorio y corrió escaleras abajo. El reloj del vestíbulo dio las doce y el sonido que retumbaba por los pasillos le resultó muy inquietante. Sujetó el echarpe con más fuerza, como si con ello pudiera protegerse de lo que iba a encontrar.

No temía por ella, sino por Sebastian, y rezó para que encontrara la fuerza para destruir los demonios a los que se enfrentaba. Lámpara en mano, atravesó corriendo el patio, ignorando los dolorosos pinchazos en los pies. Con las prisas no se había puesto zapatos. Solo había tenido una cosa en mente: hacer lo que fuera para aliviar el dolor de Sebastian.

La pesada puerta de madera que conducía al interior de la torre crujió. Después de todos los años transcurridos, aún le provocaba

terror, como aquella noche en que había aferrado la llave con tanta fuerza que le había hecho sangrar la mano. Subió por la estrecha escalera con la mano en la pared, sintiendo la vibración cada vez que sonaba el trueno.

Al llegar arriba, vio la puerta en la que, años atrás, había introducido la llave. Estaba abierta de par en par. Había liberado a los chicos. Al menos esa había sido su intención, aunque temía que Sebastian aún seguía atrapado entre esas paredes. Se acercó lentamente y miró al interior.

Seguía tal y como había estado años atrás. En el centro, una pequeña mesa y dos taburetes. Y allí estaba su esposo con un mazo en la mano, estrellándolo con fuerza contra la pared. Se había quitado la camisa y su piel brillaba de sudor.

Los cabellos húmedos lamían la nuca y el rostro con cada movimiento. Mary solo veía un lado de su cara, pero le bastaba para saber que estaba retorcida de ira. Su impulso fue de huir, de dejarlo allí solo con su locura.

Pero no podía dejarlo encerrado en la prisión de su ira, como años atrás no había podido dejarlo encerrado entre esas paredes. Había sido su amigo de la infancia, y quizás, de haber sido mayores, habrían sido algo más.

Desde luego en esos momentos lo eran.

Mary odiaba lo que les había hecho a todos el paso de los años. Sebastian se había vuelto un ser enfadado y amargado, y en esos momentos la asustaba. La niña que había sido no habría dudado en arriesgarlo todo para hacer lo correcto. Pero la mujer dudaba y, al hacerlo, permitía que continuara el tormento del duque.

—¿Sebastian? —Mary tragó nerviosamente y dio un paso al frente.

El siguiente golpe del mazo fue tan fuerte que consiguió abrir una brecha en la pared. No más que un pequeño agujero, pero agujero al fin y al cabo. Sebastian contempló su obra antes de volver a levantar el mazo.

—¿Sebastian?

Él se volvió bruscamente. El cuerpo cubierto de sudor también presentaba pequeños cortes allí donde los fragmentos de piedra lo habían alcanzado. Y en su corazón, como causadas por miles de cuchilladas, había mucho dolor. Mary quería acercarse, pero se mantuvo inmóvil. El único momento en que vislumbraba un rayo de esperanza de que entre ellos pudiera haber amor, era en la cama, donde podía dejar libre su imaginación. Y se imaginaba felicidad, sonrisas, risas. Se imaginaba despertar feliz y no sola.

—Vuelve a la cama, Mary.

—Déjame ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —una amarga carcajada resonó a su alrededor y golpeó a

Mary como si le hubiera lanzado el mazo.

Dándole la espalda, Sebastian volvió a empuñar el mazo y golpeó con fuerza el borde del agujero abierto. Dos piedras cayeron al vacío de la noche. Y otra más. Poco a poco, el agujero se hizo más grande. El esfuerzo seguía humedeciendo sus cabellos, el pantalón.

Mary se sentó en uno de los taburetes y lo sintió tambalearse bajo su peso. Con lágrimas en los ojos, depositó la lámpara sobre la mesa. Su esposo sufría una tremenda agonía y ella no sabía cómo ayudarlo. Lo único que sabía era que no podía marcharse. Sin embargo, también había peligro en el acto de acercarse a él. Estaba enloquecido y, si la golpeaba con ese mazo, sin duda la mataría. Allí, en la austera y solitaria torre donde tres niños habían aguardado a la muerte.

Con el paso de los años, había intentado no pensar en lo que debían haber sufrido.

Era demasiado doloroso para poderlo soportar. Qué miedo debían de haber pasado. Qué solos debían de haberse sentido. Qué traicionados. Mary se cubrió la boca con una mano para evitar gritar, para no distraerlo. Si se desconcentraba, Sebastian podría hacerse mucho daño.

El agujero era cada vez más grande y los movimientos del duque cada vez más lentos y más flojos. Al final se detuvo, dejó caer el mazo, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito gutural que resonó a su alrededor, y a Mary casi le partió el corazón.

Sebastian cayó de rodillas.

Mary corrió hacia él y se dejó caer a su lado. A pesar de tener los puños cerrados, se veía que las manos estaban en carne viva.

—¡Oh, Sebastian! Querido, querido, Sebastian.

Ella arrancó un trozo de tela del camisón y empezó a vendarle una mano.

—Aquí empezó todo —le explicó él con la voz entrecortada—. Pensé que, si podía derribarlo, las pesadillas se terminarían.

—Debisteis pasar tanto miedo aquí —ella le tomó el rostro entre las manos—, esperando, sin saber...

—Lo sabía muy bien. Prohibí a Tristan y a Rafe que comieran lo que nos trajeron.

Pensé que podría estar envenenado. Rafe lloriqueaba porque tenía hambre, sed y frío. Era tan pequeño, tan débil... Sabía que al final el tío enviaría a alguien a buscarnos. Alguien que fingiría ser nuestro amigo. Alguien que nos llevaría al bosque y nos mataría. Sabía que

era eso lo que iba a suceder. Tenía un plan para atacarle, pero entonces llegaste tú.

—Escapasteis —Mary le mesó los cabellos.

—Abandoné a Rafe en un hospicio —Sebastian sacudió la cabeza—. Todavía lo oigo llorar, implorándome que no lo dejara. Pero precisamente por eso debía hacerlo. Él no era lo bastante fuerte. Tristan no me dijo ni una palabra mientras nos dirigíamos a los muelles. No me dijo una palabra cuando lo vendí. Lo vendí, Mary, como si fuera una baratija que ya no me gustaba.

Mary quería que dejara de hablar. No quería oír todo aquello.

—No me dijo una palabra cuando me marché. Y eso, en cierto modo, fue mucho más duro que oír los gritos de Rafe pidiéndome que regresara.

—No tuviste elección —le aseguró ella.

—¿Te crees que no lo sé? Cada noche cuando me duermo, oigo los gritos de Rafe y el silencio de Tristan, y me siento condenado por ambos. Solo quiero que la pesadilla desaparezca. Quiero paz. Pensé que, una vez recuperado Pembroke, lo lograría. Pero no hay paz para mí. No mientras mi tío siga respirando. Debería haberlo matado en Londres, pero eso me habría convertido en lo mismo que él.

—Tú jamás podrías ser como tu tío —Mary lo abrazó y lo meció con dulzura—.

Tristan y Rafe comprenden por qué tuviste que hacer lo que hiciste. Necesitas perdonarte a ti mismo.

Él sacudió la cabeza.

—Sé que es duro, pero si no lo haces cada vez estarás más amargado y enfadado, hasta que seas como él. Y entonces tu tío

habrá ganado —ella le sostuvo el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla de frente—. Y no voy a permitir que eso suceda.

Sebastian le acarició la mejilla con los nudillos y ella percibió el aroma cobrizo de la sangre.

—Siempre has sido tan fuerte, Mary.

—No tanto. Solo lo parezco.

—Me alegra que estés aquí.

Sebastian se inclinó hacia su esposa y la besó. Fue un beso vacilante, si ardor, porque sabía, al igual que ella, que aquel no era lugar para unirse. En ese lugar se destrozaban vidas, y ni siquiera su unión tendría la fuerza suficiente para deshacer aquel mal. Allí hacía falta el mazo que había estado utilizando, y más trabajadores. Él no podía hacerlo solo.

—Llévame a la cama —susurró ella.

El duque se puso en pie y levantó a su duquesa para llevarla lejos de aquel infierno.

Sebastian se hundió en la bañera de agua caliente. Le quemaba donde las piedras le habían hecho heridas y le calmaba donde no tenía ninguna. Le dolían los músculos del esfuerzo y sospechaba que a la mañana siguiente estaría rígido y dolorido. No se acordaba de haber trabajado tanto nunca, de haberse esforzado tanto en una tarea. Pero la recompensa...

Cuando había visto la luz de la luna entrar por el hueco que había abierto, se había sentido exultante. Iba a derribar la torre entera. Cada centímetro. Convertiría el solar en un patio donde la luz de la luna y las estrellas siempre mantendrían alejadas las sombras. Y

entonces sería más libre, aunque no del todo. No hasta que hiciera que la vida de su tío fuera miserable, no hasta que encontrara

pruebas de los crímenes de lord David. Tenía que encontrar lo que buscaba, pues lo estaba matando.

No debería quedarse tanto tiempo en la bañera, pero la sensación era maravillosa.

Sus baños solían ser rápidos, mientras que los de Mary parecían eternos. Quizás ella estuviera acertada.

A pesar de lo tarde que era, la duquesa había despertado a dos lacayos para que calentaran agua y la llevaran a los aposentos de su esposo. No podía culparla por desear que se deshiciera de la suciedad antes de acostarse con ella. Estaba cubierto de una gruesa capa de sudor y polvo, y apestaba. Aún le sorprendía que lo hubiera abrazado y besado.

Mary había pedido que llevaran también el biombo. Él nunca se había molestado en colocar uno y pensaba que ella lo hacía por modestia, pero enseguida había comprendido que ayudaba a mantener el calor de la chimenea. Y no podía negar que creaba un ambiente muy acogedor.

Ella había prometido bañarlo y Sebastian empezaba a hartarse de la espera. Con la cabeza apoyada en el borde de la bañera, observó las sombras que jugaban en el techo y se preguntó qué la mantenía alejada. No le gustaba que hubiera presenciado su rapto de locura, pero no podía negar que se había alegrado de verla allí de pie, cual ángel vengador. De no haberle hecho entrar en razón, habría seguido golpeando esa pared toda la noche. Esa mujer siempre estaba a su lado en las horas más oscuras.

Cuando hubiera saciado su sed de venganza, la compensaría por todo. La llevaría de viaje de novios. Le compraría un libro de poesía. Arrancaría flores del jardín para ella.

Sebastian gimió. Él no era un hombre que sedujera a una mujer con poesía y flores. Y ella lo sabía. No, seguiría agasajándola con sus besos.

Y en esos momentos quería besarla, unirse a ella. ¿Dónde demonios estaba? A lo

mejor se había quedado dormida. De ser así, iba a despertarla, lentamente, con un reguero de besos por todo el cuerpo. Empezaría por los dedos de los pies y seguiría hacia arriba.

Pero primero debía lavarse.

El duque se incorporó.

—No te muevas.

La orden de su esposa provenía del otro lado del biombo. Sebastian contempló de nuevo las sombras en el techo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo bastante para comprobar que no cantas mientras te bañas. Casi he terminado y, cuando lo haga, cumpliré mi promesa de lavarte.

—¿Qué estás haciendo?

—Es un secreto.

—No me gustan los secretos.

—A mí tampoco, pero eso no te ha impedido tenerlos conmigo.

—Yo no tengo ningún secreto para ti.

—¿Con qué frecuencia te despiertan las pesadillas?

Sebastian rechinó los dientes.

—¿Todas las noches? —insistió ella.

—A menudo. Dime qué estás haciendo o saldré de aquí y te tomaré.

—Eso me gustaría mucho, pero todavía no.

—¿Qué haces? —insistió él con más impaciencia.

—Últimamente le he encontrado el gusto a dibujar siluetas. Me gusta y lo único que necesito es una sombra.

Sebastian recordó haber observado las sombras de Mary cuando se había bañado, y comprendió que el biombo que había insistido en que usara no tenía por objeto conservar el calor.

—¿Estás dibujando mi silueta?

—Sí. Quiero que veas lo que veo yo cuando te miro.

—Ya sé lo que ves.

—Creo que no.

—Insisto en que pares —él salió del agua.

—No te estoy pidiendo gran cosa, Sebastian. Concédemelo.

¿No le pedía gran cosa? Al menos nada que tuviera consecuencias. El duque volvió a hundirse en el agua, con tal fuerza que salpicó por un lado de la bañera. Con profunda ira, miró hacia la chimenea. Necesitaba mostrar su disconformidad.

—Sigue mirando al frente como estabas haciendo antes de saber que estaba yo aquí.

Él obedeció de mala gana.

—Gracias.

—Será horrenda, toda desfigurada. No sé para qué la quieres.

—¿Nunca nos van a hacer un retrato?

Lo había considerado. Era importante, cara a la posteridad, que hubiera un retrato del octavo duque y su duquesa.

—Le pediré a Tristan que pose contigo.

—Pero él no es ni el duque ni mi esposo.

—Tiene el aspecto que yo habría tenido.

—Qué vanidoso eres.

—No soy vanidoso. Pero no creo necesario someter a las futuras generaciones a esta visión.

—Me niego a posar con él.

—Entonces encargará retratos individuales.

—Eso ya lo veremos.

Las palabras de Mary eran todo un desafío, pero Sebastian no estaba dispuesto a ceder en ese asunto. Se hundió más en el agua e intentó no pensar en su esposa mirándolo,

deslizándose la mirada por su sombra. De nuevo sintió la urgencia de regresar a la torre y empezar a golpear.

Oyó movimiento y Mary apareció de detrás del biombo. En la mano, el resultado de sus esfuerzos, el dibujo de su silueta. Era todo negro. No había cicatrices, ni agujeros donde debía haber habido carne. No había ojo, pero tampoco faltaba ninguno. La impresión era de estar entero.

—Esto es lo que veo cuando te miro —anunció ella—. El porte noble. La nariz de tu padre, o eso creo. La barbilla de tu madre. Rasgos fuertes. Veo atractivo. Sé que has sufrido, pero veo resiliencia. Veo al hombre con el que me he casado. El hombre al que me alegra llamar esposo. Derriba la torre. Derriba el maldito

castillo entero —Mary se arrodilló junto a la bañera y acarició las cicatrices de su barbilla—. Por favor deja de ocultarte de mí

—continuó deslizando los dedos por el torso, hasta el lugar donde latía su corazón—. Esta noche, en la torre, he visto una parte de lo que ocultas.

—Lo que has visto es a un loco.

—He visto a un hombre que ama a sus hermanos, que tuvo que tomar unas decisiones difíciles por el bien de todos ellos, a un hombre atormentado por la culpa.

Cuando te miras en el espejo, solo ves cicatrices. Cuando yo te miro, veo esto —Mary le mostró el dibujo—. Veo a un hombre al que podría llegar a amar.

Que Dios lo ayudara, pues no se la merecía. Jamás se la había merecido. Sebastian hundió las manos en los rojos cabellos, se inclinó hacia delante y besó esos labios capaces de pronunciar palabras que lo desarmaban. ¿De dónde salía tanta fe en él, cuando él no tenía ninguna en sí mismo? Ella aceptaba sus defectos, veía bajo las cicatrices al hombre que le gustaría ser. Por ella.

Por esa noche.

Con su ayuda, Sebastian se deshizo rápidamente de la suciedad. Ni siquiera se molestó en secarse, simplemente salió de la bañera y la tomó en brazos. Derribó de una patada el biombo para que el calor del fuego se extendiera por toda la habitación. Después la llevó hasta su cama y comprendió que jamás la había hecho suya allí. La había mantenido alejada de su dormitorio, su fuente de solaz. Pero ella pertenecía a ese lugar.

Pertenecía a todas las habitaciones del castillo.

La depositó sobre el suelo y le arrancó el camisón antes de tumbarla sobre las sábanas. Sábanas limpias y con olor a aire puro y sol. Ella

debía haber hecho que las cambiaran mientras él se bañaba. Una lámpara estaba encendida sobre la mesilla. Él quería apagarla, pero la dejó encendida. Por ella. Él prefería las sombras, pero ella estaba hecha para la luz del sol.

Se lo concedería. No más cortinas cerradas, no más llamas extintas.

Las manos de Mary se deslizaron por el cuerpo de Sebastian, arrancándole sensaciones de placer allí por donde pasaban. Ni siquiera le preocupaban las cicatrices y las heridas cuando ella lo tocaba. Nada le molestaba. Todo se alejaba. Los problemas, la culpa, las preocupaciones. Allí, en su cama, ella era lo único que importaba.

Las lámparas siguieron encendidas, las cortinas permanecieron abiertas. Y ni siquiera había tenido que pedírselo. Mary tenía la sensación de que algo había cambiado en el interior de su esposo.

De repente la invadió una renovada sensación de esperanza de que pronto el pasado quedaría atrás. Sebastian siempre hacía el amor con pasión, pero había algo diferente aquella noche. Daba la impresión de que la estuviera adorando. No hubo un centímetro de su cuerpo que quedara sin besar, sin acariciar, sin explorar.

Mary había insistido cientos de veces en que las cicatrices no importaban, pero esa noche había encontrado el modo de demostrárselo y él tan solo podía admirarla por ello.

Había dicho muchas verdades: se había visto obligado a tomar decisiones difíciles cuando solo era un chiquillo. Había hecho lo que había creído necesario hacer. Y en esos momentos, ella hacía lo mismo.

Amarlo, a pesar de saber que quizás él nunca sería capaz de amarla. Ella le daría todo lo que pudiera, le daría un motivo para dejar el pasado atrás.

Mary lo empujó de espaldas sobre el colchón y se sentó a horcajadas sobre él, besándolo, acariciándolo, excitándolo. Cada vez que llegaba a una herida provocada por las piedras, se mostraba delicada. No soportaba la idea de que algo lo lastimara y desearía tener el poder para protegerlo.

Sebastian rodó sobre ella y entró con una fuerte embestida. Alzándose sobre su cuerpo, ella lo contempló maravillada. Tenía el rostro tenso, concentrado, y Mary alargó una mano para acariciar ese rostro.

El duque le agarró las muñecas y las sujetó juntas por encima de su cabeza. Hundió el rostro en el delicado cuello, mordisqueándolo, mientras ella se retorcía y le rodeaba la cintura con las piernas para sentirle hundirse más profundamente en su interior. El placer creció por momentos. Sebastian se irguió y el placer de Mary se incrementó al observar el gesto de pasión en el masculino rostro. La silueta podía capturar la fuerza, pero no la belleza del conjunto. Y deseó que su esposo pudiera llegar a verse como lo veía ella.

Capítulo 29

Para Sebastian, encontrar pruebas contra su tío se había convertido en una obsesión.

Sentada en su estudio, Mary lo observaba repasar libros de cuentas, diarios, papeles, cualquier cosa que pudiera encontrar. Se le escapaba por qué su marido pensaba que su tío dejaría alguna prueba tras de sí.

El duque había contratado a más vigilantes y la había prohibido salir a montar o salir de la residencia. Ni siquiera le permitía pasear por el jardín. Se había convertido en una prisionera.

Durante el día, Sebastian se ocupaba de dirigir la propiedad, pero las tardes las dedicaba a su obsesión. Cada vez que ella quería elegir un libro tenía que pasar por encima de un montón de papeles

y diarios. No se le permitía tocar nada. Algunos montones ya los había mirado, pero la mayoría estaba aún por revisar.

Bajo su ojo se empezaba a formar un oscuro círculo. Cada vez se afeitaba menos, como si no pudiera perder tiempo con el aseo, o con su esposa.

El único momento en que estaban realmente juntos era cuando acudía a su cama por las noches. Mary disfrutaba de esos momentos, los saboreaba, los devoraba.

Se sentía muy sola y falta de atenciones.

—Sebastian, ¿qué te parece si hacemos un picnic mañana?

—No tengo tiempo para esas tonterías —contestó él secamente.

—Entonces, ¿me consideras una tontería? —preguntó Mary muy dolida.

—Tú nunca has sido de las que lloriquea —Sebastian levantó la vista de los libros.

Mary no sabía por qué se había molestado siquiera en sugerir lo del picnic.

Últimamente no disfrutaba con la comida y se sentía falta de energía. Se echaba a llorar a las primeras de cambio, sin que mediara provocación alguna. Y también se sentía irritada.

—No lloriqueo. Es que me estoy volviendo loca. Teniendo en cuenta la libertad que me concedes, podría estar encerrada en la torre.

El cerrojo, sin embargo, no serviría de gran cosa. Sebastian había derribado un buen trozo de pared. A menudo se le oía martillar a altas horas de la noche y, al día siguiente, los sirvientes estaban agotados. Todo lo que hacía el duque giraba en torno a Pembroke.

Incluso, cuando hacían el amor, Mary tenía la sensación de que no gozaba de toda su atención. Cuando terminaba, su esposo se apartaba de ella y se quedaba tumbado mirando al techo con las manos bajo la nuca. Al final se marchaba y unos minutos después se oía el estruendo de la piedra al caer.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte. Seguro que hay papeles que yo pueda leer o...

—Dedícate a los asuntos domésticos.

—Y lo hago, pero incluso yo necesito divertirme de vez en cuando.

—¿Divertirte? Esto no es un juego, Mary. Intentó matar a mi hermano. Quiere Pembroke y no lo va a conseguir. Aunque me lleve el resto de mis días, voy a arruinarlo.

«¿Y qué pasa con mi vida, con nuestra vida?», estuvo a punto de preguntar ella.

Sebastian no estaba seguro de qué lo había despertado. Al girarse vio a Mary de pie junto a la ventana, con el camisón puesto. Una lámpara encendida sobre una mesita iluminaba su silueta.

El duque saltó de la cama y se puso los pantalones antes de cruzar la habitación y detenerse detrás de ella, rodeándola con sus brazos. Sin embargo, su esposa no suspiró ni se recostó relajadamente contra él como solía hacer. Permaneció rígida. Él depositó un beso en la sensible zona detrás de la oreja.

—Quiero que nos marchemos de Pembroke.

—¿De vacaciones? —Sebastian contempló el reflejo de Mary en la ventana.

—Para siempre. Tienes otras cinco propiedades. Podemos instalarnos en cualquiera de ellas.

—Mi hogar está aquí.

Ella se soltó del abrazo y se volvió bruscamente.

—¿Has oído lo que has dicho? «Mi hogar». ¿Qué pasa con nuestro hogar?

—Este es nuestro hogar.

—No, Sebastian, no es un hogar. Nuestra vida aquí consiste en que tú leas viejos libros de cuentas.

—Intento encontrar pruebas de lo que hizo.

—¿De verdad lo crees tan estúpido como para dejarlo escrito? ¿Qué esperas encontrar aquí?

—Quizás alguien a quien pagara mucho por muy poco trabajo. Alguna cuenta que no cuadre. El nombre de un amigo. Algún sitio al que pudiera ir. No lo sé, pero aquí tiene que haber algo.

—Cuando no estás en el estudio estás en la torre martilleando — Mary sacudió la cabeza—. Entiendo que necesites derribarla, pero contrata a alguien para que lo haga.

—Debo hacerlo yo. Cada piedra debe sentir el peso de mi ira.

—Eres igual que tu tío.

Una intensa furia invadió al duque, que dio un paso hacia Mary. No sabía qué expresión reflejaba su rostro, pero sí que su esposa dio un respingo antes de cuadrarse de hombros.

—Yo no soy como él —rugió.

—Estás obsesionado con esta fortaleza.

—¡Es mi herencia!

—Sus muros rodean tu corazón. ¿Es que no lo ves?

—No sabes de qué estás hablando —él se apartó bruscamente.

—Sé que han muerto personas por este lugar.

—Durante siglos —lleno de ira, Sebastian se volvió de nuevo hacia ella—. Y tú me pides que lo abandone.

—Sí. No puedo vivir aquí. No consigo llenarlo de calor.

¿Todas esas tonterías porque tenía frío, por unas pocas corrientes?

—Construiremos más chimeneas. Te compraré más ropa de abrigo.

—No me refiero a calor físico —Mary puso los ojos en blanco y se volvió hacia la ventana contra la que golpeaba la lluvia con fuerza—. Hablo de, de, hablo de amor. Aquí no hay amor.

¿Cómo era posible que ella no lo viera? Él amaba Pembroke con una ferocidad que no podía negarse. Le pertenecía. Lo había mantenido con vida, lo había empujado hacia delante cuando había querido retroceder. Mary jamás sabría cuántas veces había considerado tomar una salida fácil, pero Pembroke siempre lo llamaba.

—Este lugar es tu amante —afirmó Mary, como si le hubiera leído la mente—. Se lo das todo y no queda nada para mí.

Sebastian quiso negar las palabras de Mary que solo consiguieron inflamar aún más su ira. No le gustaba que se quejara de él.

—Entonces, márchate. Vete a alguna de las otras propiedades que crees te proporcionará el calor que buscas. Vete a vivir con tu tía. Vuelve con tu padre. Mi lugar está aquí. Nada conseguirá que lo abandone.

Sebastian se dio media vuelta y cerró de un portazo al abandonar la habitación.

Estúpida. ¿Cómo no era capaz de comprender lo que esa tierra significaba para él?

Lo era todo. Sin Pembroke, él no era nada.

La suya no había sido una unión por amor. Mary sabía que no tenía derecho a quejarse porque su matrimonio no hubiera cumplido sus expectativas. Tras ponerse un sencillo vestido, se llevó una mano al vientre. Estaba casi segura de estar embarazada. Si se lo anunciaba a Sebastian, ¿abandonaría la inútil búsqueda, o alimentaría el fuego de su obsesión?

Se echó la capa sobre los hombros y se puso la capucha. Tenía ganas de montar a caballo y le daba igual que fuera casi medianoche, que la tormenta acechara y que estaría sola. Porque, aunque Sebastian estuviera con ella, seguiría estando sola.

Él estaría pensando en Pembroke y ella estaría pensando en él.

Parecía poco razonable que pudiera amar al duque, pero lo amaba. Curiosamente, lo que la llevaba a amarlo era lo mismo que le auguraba un desgraciado matrimonio: su devoción por Pembroke. Era un hombre capaz de amar, pero solo piedras y argamasa.

Títulos y propiedades. Egoístamente, ella quería la misma devoción dirigida hacia su persona.

Los sirvientes estaban todos acostados y nadie la vio marcharse. Tenía planeado convencer con palabras lisonjeras a cualquier guardia que intentara detenerla, pero no había ninguno.

Sintió un ramalazo de culpa y consideró contarle a Sebastian sus planes. Pero su rabia y las palabras de despedida que le había dirigido le habían hecho daño. Le habían demostrado que entre ellos jamás existiría amor.

Azotada por la lluvia, cruzó el patio hacia los establos. Le pareció oír un movimiento. Un gato, o un ratón. Criaturas nocturnas buscando

refugiarse de la tormenta.

Pero para ella no había refugio alguno.

Unas pisadas resonaron en su dirección. Sebastian...

Alguien la agarró, le rodeó el cuello con un brazo, privándola de oxígeno. No podía respirar, no podía gritar. Un paño le cubrió la nariz. Mary reconoció el penetrante olor de cuando el médico había tratado la herida infectada de Sebastian. Éter. La oscuridad empezó a privarle de visión.

—Duerme, duquesa —murmuró lord David—. Al menos durante un rato.

Mary luchó para escapar de sus garras, pero solo consiguió caer en un profundo sueño.

Sentado tras el escritorio, Sebastian se llenó de nuevo la copa con brandy y la vació de un trago. Miró la silla donde solía sentarse Mary a observarlo. Cada vez que sentía crecer la frustración ante la falta de pruebas de la culpabilidad de su tío, solía levantar la vista, mirar a su esposa y, de inmediato, hallaba la paz y la fuerza para continuar. No se imaginaba la vida sin ella allí.

No quería que se marchara. No debería haberla desafiado. Sin duda en esos momentos estaría haciendo el equipaje. Quizás se iría a casa de su padre. Eso le permitiría ir a verla de vez en cuando. Compartir con ella sus progresos.

Otra copa siguió el camino de las anteriores. ¿Qué le importaban a ella sus progresos? ¿No se lo había dejado bien claro?

«¿Acaso no la escuchaste?», se recriminó a sí mismo.

Había estado demasiado enfadado para dar crédito a las palabras de su esposa.

¿Cómo podía hacerle comprender?

Sebastian sacó un atadillo del bolsillo del pantalón. Desde el instante en que había llenado el pañuelo con tierra y lo había atado con la cinta de Mary, lo había llevado siempre encima. La cinta se enroscó alrededor de su dedo. La estiró y se deleitó viendo cómo, obstinadamente, volvía a enroscarse. Se había descolorido con el tiempo, desgastado, pero seguía igual de firme. Como su dueña.

Como Mary.

Se llevó el atadillo a la nariz y aspiró el rico aroma de...

Mary.

No era la fragancia de la tierra la que lo inundaba, la que le proporcionaba paz. Era una fragancia más sutil. Un toque de orquídeas, la esencia de Mary atrapada en la cinta que seguía enroscada alrededor de su dedo.

Durante todos esos años, ella lo había acompañado. Durante sus horas más oscuras.

Durante sus peores momentos de desesperación. Durante los largos días y las largas noches en las que la muerte había acechado.

Siempre se había aferrado a ese atadillo. Un pañuelo que le había entregado su padre. Tierra recogida por él mismo. Y una cinta que le había dado Mary. Sin dudar. Sin preguntar.

Había luchado, peleado y maquinado. Siempre había creído que deseaba desesperadamente regresar a Pembroke. Pembroke. Para él lo era todo. Pero de repente...

El estruendo del cristal al romperse lo sacó de sus pensamientos. Una piedra había aterrizado sobre la alfombra. Tenía atada una cinta. La cinta de Mary. La que solía ponerse cuando no le apetecía recogerse los cabellos.

El estómago de Sebastian se encogió con un mal presagio. Se levantó con tanta fuerza que la silla cayó al suelo. Tomó la piedra. La cinta sujetaba un trozo de papel, pero el maldito nudo no cedía a sus torpes dedos.

Unos dedos que, comprendió, temblaban.

Corrió al escritorio y utilizó el abrecartas para rasgar la cinta. El papel cayó sobre la mesa. Lo tomó, lo desdobló y contempló la familiar caligrafía.

Admiro tu obra en la torre. Facilitará mucho la caída al vacío de tu esposa.

Si se lo cuentas a alguien, caerá al encuentro de su muerte.

Ven solo, o ella caerá al encuentro de su muerte.

No vengas armado, o ella caerá al encuentro de su muerte.

Tienes diez minutos para reunirte conmigo, o ella caerá al encuentro de su muerte.

Tu amado tío

Sebastian no se demoró. Se puso el abrigo a la carrera mientras salía por la puerta.

Miró hacia la torre. Había conseguido derribar una parte de la pared, aunque no toda. A través de la abertura, lo bastante grande para que pudiera pasar una persona, vio a Mary de pie en el borde, la falda ondeando al viento. Hubo un relámpago y pudo verla con más claridad. Vio que no estaba allí por propia elección. Un hombre la sujetaba.

El terror se apoderó de Sebastian. Había esperado ver otra cosa, aun sabiendo que no sería así. ¿No era ese el propósito de la esperanza? ¿Darle a una persona un motivo para seguir adelante aunque todo estuviera perdido?

Mary lo había reprendido duramente cada vez que pensaba que se había rendido.

Toda su vida, incluso cuando la creía lejos, Mary había estado allí, empujándolo hacia delante. Y de repente corría peligro de perderla.

La lluvia golpeaba inmisericorde la piedra, a Mary, empapándola, sin duda mojando el suelo que debía estar resbaladizo. Qué fácil sería hacerla caer.

Caer desde una altura considerable. Estrellarse. Morir. Desaparecer de su vida cuando acababa de regresar a ella. Habían sido dos extraños revoloteando cautelosos el uno alrededor del otro, hasta la noche en que había empezado a destrozar la torre. Algo había sucedido aquella noche. Algo se había removido en su interior. Ella, con muy poca fuerza, había derribado las paredes que rodeaban su corazón.

Hasta ese momento no lo había visto. Ese era el motivo por el que Mary lo había reprendido aquella noche. Su esposa no sabía lo que él sentía por ella.

Jamás sobreviviría a su pérdida. De eso estaba seguro. Podría renunciar a Pembroke.

Podría renunciar a sus títulos. Pero no podría renunciar a Mary. A ella jamás.

El duque alcanzó la torre y subió las escaleras. A los catorce años, se había sentido aterrizado sin saber qué sucedería al llegar al último peldaño, pero había seguido adelante porque era el duque.

Y sin embargo, en esos momentos sentía mucho más miedo que entonces, pero subió los peldaños a la carrera por lo que pudiera sucederle a Mary si no lo hacía.

La puerta estaba abierta, una oscura invitación para él. Parecía de lo más apropiado que lo que allí había empezado, allí terminara. En

esa habitación había aprendido que había más cosas que temer, aparte de la oscuridad. En esos momentos, el terror de lo que podría perder le hacía estremecerse. Pero no podía mostrar vulnerabilidad. Por el bien de Mary tenía que ser más fuerte y más valiente de lo que había sido en toda su vida. Y, considerando los retos a los que se había enfrentado, eso era decir mucho.

Sebastian respiró hondo y entró en la estancia. Debería haber contratado a hombres para que lo ayudaran a derribarla, ladrillo a ladrillo. Tal y como le había sugerido Mary.

Era tan sabia, tan considerada. Siempre había confiado en sus consejos, pero últimamente parecía ignorarlos. ¿Por qué había prescindido de ella?

La antorcha que descansaba sobre la mesa proporcionaba la luz suficiente para que pudiera ver cómo su tío la sujetaba con fuerza, apuntándole a la mejilla con una pistola, obligándola a sujetar la cabeza en un extraño ángulo. Sabía cuál sería la trayectoria de la bala, sabía que estaría muerta de inmediato.

—No cedas a sus exigencias —balbuceó ella. Parecía desfallecida y luchaba por mantener los ojos abiertos—. No le permitas tener Pembroke. No se lo merece.

—¡Cállate, niña! —le advirtió su tío, hundiendo la pistola en el rostro.

—¿Qué le has hecho?

—Un poco de éter para suavizarla.

—Interesante cicatriz esa que tienes en la mejilla, tío —Sebastian necesitaba ganar tiempo para que Mary se recuperara, en caso de que su plan fallara y ella tuviera que huir.

—¡Ese maldito anillo con el sello! —lord David hizo una mueca y pareció querer frotarse la cicatriz, pero, para hacerlo, debía soltar a Mary.

—Fuiste tú quien me atacó en el jardín de los Weatherly. ¿Tienes intención de matarnos a todos?

—Accidentes. No puedo controlar los accidentes. O a un soldado perturbado deseoso de matar a un cobarde. O a unos rufianes que tienen una deuda que saldar con alguien de la parte oscura de Londres.

—¿Tú contrataste al hombre que intentó matar a Rafe?

—Por supuesto. Unos idiotas. No tan habilidosos como habían asegurado ser.

«Subestimaste a Rafe», pensó Sebastian mientras se preguntaba exactamente cómo habría adquirido Rafe sus habilidades.

—¿Y no crees que levantarás sospechas cuando todos caigamos uno detrás de otro?

—Las sospechas no constituyen ninguna prueba. De ser así, la mitad de los hombres que conozco estarían presos.

Y, si eran amigos suyos, seguramente se lo merecerían.

—Pero tu muerte será la más espectacular —continuó su tío—. Tu esposa enloqueció y te disparó. Luego, abrumada por el dolor, saltó de la torre.

—Desde luego tienes imaginación. Podrías escribir una novela negra. Pero no hace falta que mates a Mary, solo necesitas matarme a mí.

—¿Y dejarla como testigo para que cuente al mundo lo que hice?

—Ya fue testigo antes, y mantuvo el silencio.

A pesar de la tenue luz, Sebastian habría jurado que su tío había palidecido.

—¿Exactamente qué vio?

—Te oyó ordenar a alguien que matara a los muchachos de la torre.

—Fue ella la que abrió la puerta y golpeó al guardia —lord David soltó una carcajada enloquecida—. Debería habérmelo imaginado. Pensé que había sido el mozo de cuadra. Incluso confesó antes de morir en las mazmorras.

—¿Lo torturaste? —el estómago del duque se encogió.

—El guardia dijo que había sido alguien pequeño. Ese crío era pequeño.

—¿Y nadie se dio cuenta de que lo mataste?

—Era un mozo de cuadra. Les dije a mis sirvientes que mis sobrinos debían haberle dado ideas porque se había escapado. ¿Por qué iban a pensar que mentía?

—¿Y el hombre que debía matarnos a nosotros?

—Lo envié a buscaros. Fracasó. Se ahorcó.

—Supongo que con tu ayuda.

—En efecto —su tío sonrió—. Un tipo corpulento. Me hice daño en la espalda al cargar con él. Todavía me molesta.

—¿También ayudaste a mi padre?

—¿Quieres una confesión? —lord David rio de nuevo.

—Quiero morir sabiendo la verdad.

—La verdad es que la amaba. Tú deberías haber sido mi hijo.

«¿Su hijo?». Sebastian recordó los retratos de su madre que seguían colgados de las paredes. A Mary le había extrañado.

—Amabas a mi madre.

—La amaba con toda el alma. Tu padre ya era duque por aquel entonces. Keswick quiso conocerla antes de permitirme pedir su mano. Su familia y ella fueron invitados a una fiesta campestre en otoño. Tu padre entró en la habitación y la conquistó con apenas una sonrisa. En Navidad ya se habían casado. Se la llevó solo porque yo la quería.

Sebastian contaba cuatro años cuando su madre murió, pero estaba seguro de que su padre la amaba. Con todo su corazón. Siempre hablaba de ella con reverencia y adoración.

—Me marché. Durante años me entregué a la bebida y a las mujeres. Y entonces recuperé el sentido. Sabía que para volver a encontrar el amor debía ser duque. De modo que maté a tu padre. Pero entonces tus hermanos y tú os escapasteis. Y, para no levantar sospechas, tuve que esperar para poder reclamar el título. Entonces conocí a Lucretia. Ella quería un duque. ¡Me quería a mí! Pero entonces volviste. Solo podré tenerla si ostento el título.

—Entiendo el poder del amor, tío. Lo que hacen los hombres en su nombre. Mátame a mí, pero deja vivir a Mary y a mis hermanos.

—Sebastian, no —suplicó Mary.

—Mary —gimió él, mirándola furioso, deseando disponer del tiempo suficiente para decírselo todo. Todo lo que sentía, todo lo que había comprendido, demasiado tarde—.

Harás lo que yo diga. Lo que yo deseo.

—Tus hermanos buscarán venganza —observó lord David.

—No. A ninguno de ellos les importan los títulos o las propiedades. Se han labrado una vida alejada de todo esto. Les he escrito una carta. Está sobre mi mesa. Mary se la hará llegar. Contiene instrucciones para que Tristan se embarque con Mary y con Rafe.

En Inglaterra se recibirá la noticia de que el barco se hundió y que están muertos.

—¿En serio crees que lo harán? —su tío rio—. ¿Renunciarán a todo esto?

—Ninguno de ellos quiere esto. Nunca lo han querido. Siempre he sido yo. Yo soy lo único que se interpone entre el título y tú.

—¡Sebastian, no! —gritó Mary.

Su tío la sacudió y Sebastian contuvo la respiración. Si la pistola se disparaba, no habría servido de nada. Todo el dolor que había soportado, todo el sufrimiento... para nada.

—¿Quién habría pensado que fueras tan listo? —preguntó lord David.

—Pero soltarás a Mary, ahora.

—Debes creer que soy imbécil —exclamó su tío.

—Lo juro sobre la tumba de mi padre. ¿Y sabes por qué lo haré? — el duque hundió la mano en el bolsillo y sus dedos se cerraron en torno al atadillo. Lentamente, lo sacó del bolsillo.

—¿Qué demonios? —gritó el otro hombre, apuntándolo con el arma.

Mary gritó y tiró de su brazo.

Utilizando el único arma que llevaba, el duque arrojó el pañuelo hacia su tío con la esperanza de distraerlo mientras se lanzaba...

Un disparo rasgó la noche. Algo le quemó el brazo.

Vio a su tío agacharse para evitar el objeto, y perder el equilibrio. Sus pies resbalaron.

—¡Mary! —gritó Sebastian.

Agitaba los brazos frenéticamente. Su tío podía llevársela por delante en su caída.

Sebastian consiguió agarrarla y atraerla hacia sí mientras se arrojaba a un lado y se estrellaba contra la pared antes de caer al suelo. Mary cayó encima de él. El duque oyó el agudo chillido de su tío, vio la expresión de terror mientras caía al vacío.

Daba la sensación de que había pasado una eternidad, pero Sebastian sabía que no habían podido ser más que unos segundos. No había habido tiempo para idear un plan. Solo para una reacción instintiva.

El duque temblaba violentamente, como si lo hubieran lanzado a un río helado.

Mary también temblaba, y gimoteaba.

—¡Idiota! No deberías haber venido —le gritó.

—No podía dejarte con él.

—¿De verdad crees que iba a tragarse esas sandeces sobre la carta para tus hermanos? —Mary se incorporó y lo miró furiosa con el rostro anegado en lágrimas.

—Era verdad, Mary —Sebastian se mesó los cabellos—. Iba a explicarle por qué...

enseñarle el atadillo con la tierra que llevé conmigo todos estos años.

El duque tragó nerviosamente. Mary se merecía saber lo que él había descubierto en el estudio, cuando había temido perderla.

—El atadillo con la tierra de Pembroke que me llevé, sujeto con tu cinta. Durante los peores momentos, cada vez que temía que mis sufrimientos no servirían de nada, me la llevaba a la nariz. Y hace un momento comprendí que no fue la tierra lo que me empujó a

seguir adelante. Fue tu aroma atrapado en la cinta, la cinta que siempre se enrosca alrededor de mi dedo. Siempre estuviste conmigo, Mary.

Más lágrimas rodaron por las mejillas de Mary, pero ya no eran lágrimas de furia o de miedo. Eran lágrimas de sorpresa.

—Aquella noche te besé en el jardín, sabiendo lo que podría costarte, pero temiendo más lo que perdería si no lo hacía. Perdóname, Mary, por ser un bastardo egoísta. No comprendía por qué no podía dejarte marchar, solo sabía que no podía hacerlo.

—¿Y ahora sí lo sabes? —preguntó ella con voz ronca.

—Nunca se trató de la tierra —él asintió—. Nunca se trató de Pembroke.

—¿El qué?

—Aquello a lo que tan desesperadamente quería regresar. Eras tú. Siempre fuiste tú.

Te amo, Mary. Con toda mi alma. Derribaré el castillo y te construiré un hogar adecuado.

Nos trasladaremos a alguna de mis otras propiedades. Me da igual. Pero no me abandones.

Por favor, no me dejes. Mi vida no vale nada sin ti.

Mary estalló en un intenso llanto y enterró el rostro en el cuello de su esposo.

Sebastian sentía las lágrimas rodar por su piel.

—Nunca te abandonaré —le aseguró ella—. Te he amado durante años. Amado al niño que fuiste, al hombre que eres. Hemos perdido demasiado tiempo. No quiero perder ni un instante más.

Sebastian hundió las manos en los cabellos de su esposa y le sujetó el rostro para poder mirarla a los ojos.

—No más momentos perdidos, Mary. Entre nosotros no.

Capítulo 30

Hacía un día precioso. Sebastian no recordaba otro día en que el sol hubiera caldeado tanto. La suave brisa jugaba con las hojas de los árboles y el cielo era de un vívido azul. Toda la naturaleza parecía celebrar la desaparición de lord David.

Tristan y Rafe habían llegado la noche anterior. Los tres habían estado de acuerdo en que su tío no descansara en la cripta familiar. Habían elegido una iglesia en un pueblo cercano. Era un lugar tranquilo y pacífico, demasiado para él, pero Sebastian estaba harto de sentirse culpable. Al menos tendría un gesto de misericordia.

Había informado a lady Lucretia del fallecimiento de su esposo, recibiendo como única respuesta un mechón de sus cabellos para que lo enterraran con él. No había indicado ningún deseo de llevar luto por él.

Sus hermanos permanecían de pie a su lado junto a la tumba. Aunque las damas no solían asistir a los entierros, Mary estaba allí para darle la mano y transmitirle su fuerza.

—Que Dios se apiade de su alma —las palabras del vicario fueron breves y concisas.

El sencillo ataúd de madera fue depositado en la tumba y dos enterradores comenzaron a arrojar paletadas de tierra sobre él. Sebastian y los demás se dieron media vuelta y comenzaron a caminar hacia el carruaje.

—¿Qué pasará con su viuda? —preguntó Tristan.

—He dispuesto que reciba una asignación mensual—contestó Sebastian—. No debería ser castigada por su mala elección.

A punto de alcanzar el carruaje, el duque se detuvo.

—Necesito hablar un momento a solas con Rafe.

No tendría problemas para encontrar un momento en Pembroke para estar a solas con su hermano, pero prefería un terreno neutral. Allí su alma se sentía en paz.

Mary le sonrió con dulzura y lo besó en la mejilla antes de alejarse con Tristan.

—¿La confías a un hombre al que ninguna madre de Londres confiaría a sus hijas?

—preguntó Rafe.

Aparte de una ligera cojera al caminar, no había ninguna otra evidencia externa del encuentro que había sufrido con la maldad de su tío. El propio Sebastian llevaba el brazo en cabestrillo mientras se recuperaba de la herida de bala.

—Le confiaría mi vida. Y a ti también.

Evidentemente sorprendido, Rafe bajó la vista a las brillantes botas que llevaba.

—Rafe, sé que debería haberte llevado conmigo y te pido que me perdones por dejarte atrás —le pidió Sebastian con calma.

—Considéralo olvidado —Rafe lo miró durante unos segundos, como si intentara calibrar la sinceridad de su hermano.

—¿Así de sencillo? —preguntó desconfiado el duque.

—Te culpé a ti cuando debería haber culpado al tío. Él está muerto. Que el pasado sea enterrado con él.

—Espero que algún día quieras contarme lo que te sucedió durante los años que estuvimos separados.

—Quizás algún día lo haga. Pero no aguantes la respiración mientras esperas.

Sebastian asintió. Se conformaría con eso.

—Pembroke parece distinto —observó Rafe mientras los dos hermanos caminaban hacia el coche.

—Vuelve a ser un lugar lleno de amor.

—¿Amas a Mary entonces?

—Siempre lo he hecho.

—Esta noche ponte tu mejor vestido —le había ordenado su esposo una hora antes

—. Quiero que la cena sea muy formal.

Le había asegurado que no tendrían compañía, solo ellos dos. Los planes de

Sebastian encajaban con los suyos, pues estaba decidida a anunciarle su embarazo. Se estremecía solo de pensar que, de haberla matado lord David, también habría matado a su hijo.

Dos semanas habían transcurrido desde aquella horrible noche cuando lord David la había arrastrado hasta la torre. A menudo despertaba víctima de una pesadilla al oír el sonido del disparo, al ver el gesto de desesperación en el rostro de Sebastian al intentar agarrarla, al oír su grito.

—¡Nooooooo!

Él recordaba que había gritado su nombre, pero poco más de lo que siguió. Ella lo recordaba todo, cada horrible segundo, cuando había

pensado que iba a precipitarse al vacío, cuando él la agarró, cuando se contorsionó para caer dentro de la habitación, con ella encima...

La sangre de Sebastian, sus propias lágrimas, las sentidas palabras de su esposo.

Cómo se abrazaban cada noche en la cama desde entonces. Lo único que no hacían era el amor. Bastaba con abrazarse, escuchar la respiración del otro. Despertar en medio de una pesadilla y encontrarse con los labios del duque en la frente, susurrándole palabras de consuelo.

—Está bien. Todo está bien ahora.

El brazo estaba curando y por fin se había quitado el cabestrillo. Mary lo había visto en un par de ocasiones haciendo pruebas, estirándolo, asintiendo como si estuviera satisfecho con sus esfuerzos. Ella había temido que perdiera el brazo. Ya había perdido demasiado.

Contempló su reflejo en el espejo. Llevaba el vestido rosa con el ribete verde. Y

alrededor del cuello, la esmeralda que le habían regalado los lores de Pembroke.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos y Colleen acudió a abrir.

—¿Está lista? —preguntó una voz impaciente, casi en su susurro.

—Sí, Su Excelencia.

—Debes tener hambre —Mary salió al pasillo y sonrió.

—Verte a ti me ha despertado el apetito.

Poesía de su esposo no poeta. Estaba muy guapo, aunque evitó hacerle la observación porque sabía que no la creería. Acababa de afeitarse y se había peinado. La miraba de frente y el parche le

confería un aire intrépido que hacía que a Mary le temblaran las piernas. Llevaba un frac negro, pantalones negros y una camisa blanca inmaculada. El

chaleco y la corbata eran grises. En el bolsillito donde debería guardar el reloj, se notaba un bulto que, ella sabía, era el atadillo con la tierra de Pembroke que siempre llevaba encima.

—Eres tan hermosa... —susurró él con evidente admiración.

—No pienses que lo que te voy a decir son meras palabras, porque contienen todo mi corazón —le aseguró Mary—. Para mí, eres muy atractivo.

—Ya te dije en una ocasión que estás loca —Sebastian sonrió y su mirada se iluminó.

El tono era ligero y desenfadado.

—¿Vamos? —le ofreció su brazo a la duquesa.

—¿Ya se te ha curado? —ella lo aceptó de buen grado.

—Casi —asintió él mientras bajaban las escaleras—. De vez en cuando me da algún pinchazo.

—He pensado que tus hermanos podrían venir por Navidad.

—Eso me gustaría. Quizás cuando vengán podríamos encargarnos que nos hicieran un retrato.

—No voy a posar con Tristan para un retrato.

—Quiero uno de ti y de mí —contestó el duque con calma—. Y otro de mis hermanos. Nuestros retratos de la infancia han desaparecido para siempre, me temo. Pero Tristan ha oído hablar de un retratista llamado Leo. Dicen que tiene un talento especial para capturar sobre el lienzo el corazón de las personas. A lo mejor puede retratarme con amabilidad.

—Si es la mitad de bueno de lo que dicen, y ve lo que veo yo, creo que te encantará el resultado.

Alcanzaron el vestíbulo y Sebastian la condujo por el pasillo.

—Por aquí no se va al comedor —observó ella.

—Estoy bastante familiarizado con la mansión, gracias.

—Entonces, ¿por qué te has equivocado de dirección?

—No me he equivocado. Antes de cenar quiero hacer algo.

El duque se aproximó a una puerta custodiada por dos lacayos de librea. Conducía al salón más grande de toda la mansión, donde años atrás se solían celebrar los grandes bailes.

—Sebastian...

—Calla.

El lacayo abrió la puerta y, en cuanto Sebastian y Mary hicieron su entrada, la música empezó a sonar. Ella abrió los ojos desmesuradamente, pues había una pequeña orquesta en la terraza. Media docena de lámparas colgaban del techo y todas las velas, debía haber al menos cien, estaban encendidas. Una pared de espejo reflejaba los pulidos suelos y los arreglos florales. No había nada más en toda la sala. Ni un mueble.

—¿Me haría el honor de bailar conmigo, Mary Easton, duquesa de Keswick?

Mary tenía los ojos inundados de lágrimas, pero, antes de poder contestar, se vio arrastrada a la pista de baile.

—¿Cómo has organizado todo esto?

—Con mucha ayuda de mis hermanos y tu padre. La orquesta vino desde Londres y se alojó con él hasta el momento adecuado.

—Me encanta bailar contigo —le aseguró ella. Cuando tenía suficiente espacio para moverse, su esposo era un excelente bailarín.

—He pensado que, si practicamos, la temporada que viene no lo haré tan mal.

—No hace falta que vayamos a Londres. Nos quedaremos aquí si lo prefieres.

—Tendré un asiento en la Cámara de los Lores. No puedo ignorar mis responsabilidades. Además, en una ocasión mi esposa confesó que le encanta el brillo y lujo de Londres.

Continuaron bailando por todo el salón. Mary vio su reflejo en el espejo y pensó que jamás había visto una pareja más feliz.

—Y el momento no podría ser más adecuado —continuó Sebastian—. En primavera, voy a derruir toda la mansión.

—Ya te dije que no era necesario — su esposo se lo había mencionado, pero ella había creído que era producto de la emoción del momento.

La música llegó a su fin y una nueva pieza comenzó a sonar antes de que pudieran recuperar el aliento.

—Yo creo que sí lo es. Esta casa es fría. Tenías razón.

—Pero es tu herencia. En eso tenías razón tú.

Sebastian le dedicó una resplandeciente sonrisa. Mary jamás se cansaría de verla y estaba segura de que, cuando fueran ancianos, su esposo seguiría teniendo la capacidad para hacer brincar su corazón.

—Quiero construir algo que no esté manchado de odio, celos o asesinatos.

Contrataremos a un arquitecto y él diseñará lo que tú prefieras. Grande o pequeño. Me da igual. La tierra encierra la historia de Pembroke, no el ladrillo o la piedra. Construiremos un nuevo legado para mi heredero.

—Pues creo que quizás esté aquí antes de lo que crees —ella suspiró lentamente.

—¿Estás...? —Sebastian se detuvo como si acabara de chocar contra una pared.

—Sí —Mary asintió con lágrimas en los ojos.

—Será un niño —el duque se arrodilló y besó la barriga de su esposa.

—Yo también tengo esa sensación, pero si no lo es...

—Da igual. Ella cabalgará por estos valles como si hubiera nacido para ello. Y, algún día, un hermano suyo la acompañará.

Sebastian se levantó y tomó a Mary en sus brazos. Mientras abandonaban el salón, la orquesta seguía tocando.

—¿Me llevas a cenar? —preguntó ella.

—A la cama. Esta noche, Mary, te voy a hacer el amor.

—Siempre lo haces. No necesito las palabras.

—Pero quiero que las escuches. Cada día, mientras tenga aliento para pronunciarlas.

Epílogo

Esperó a la luna nueva. Quizás fuera superstición, pero era importante que lo que deseaba hacer tuviera lugar una noche sin luna, como no había habido luna aquella aciaga noche años atrás.

Mary cabalgaba a su lado, como había hecho años atrás, pero en esa ocasión era él quien portaba la antorcha. ¡Qué poco caballeroso había sido aquella noche del pasado!

Había contratado a los arquitectos para que diseñaran la nueva mansión. Sería construida en lo alto de una colina y dominaría las tierras por las que habían cabalgado los duques de Keswick. Por donde el duque cabalgaba con la dama a la que amaba. La dama a la que siempre había amado y a la que siempre amaría.

—¿Te has perdido? —preguntó ella.

—Ya no —Sebastian soltó una carcajada. Qué bien sentaba reír—. No contigo a mi lado.

La luz de la antorcha le permitió ver su dulce sonrisa. Ella sabía de qué hablaba. Le daba sentido a su vida, era su norte, su brújula.

—Lo que tú digas, pero llevamos casi una hora moviéndonos en círculo.

—No lo encuentro —admitió él al fin, decepcionado. Pensaba que jamás olvidaría un solo detalle de aquella noche.

Quizás fuera bueno que algunos de los recuerdos se estuvieran borrando, y de paso hicieran sitio para otros mejores.

—¿El qué no encuentras? —preguntó Mary

—¿Te acuerdas de aquella noche, cuando te pedí que te detuvieras y recogí un puñado de tierra? —el duque no esperó a que ella contestara. La pregunta era retórica. Por supuesto que se acordaba—. Estoy buscando ese lugar.

—Creo que nos hemos ido demasiado al sur.

—Pues yo creía que no habíamos ido lo suficiente.

—¿Es importante?

—Pensaba que sí, pero ahora me doy cuenta de que no lo es. Este lugar nos servirá

—Sebastian alargó la antorcha hacia ella—. ¿Te importa sujetarla?

El duque desmontó y se arrodilló entre ambos caballos.

—¿Qué haces? —preguntó Mary.

—Devolver la tierra a la tierra.

—¿Seguro que quieres hacerlo? Lo has llevado contigo muchos años.

—Me quedaré la cinta. Intentaré entrelazarla con la cadena de mi reloj.

—Ayúdame a bajar.

El duque la complació antes de desatar el pañuelo. Arrodillada junto a él, Mary lo observó esparcir la tierra sobre la hierba.

—No estoy segura de que hayas debido hacer eso.

—Yo sí lo estoy —Sebastian tomó la antorcha y la dejó sobre el suelo antes de ayudar a su esposa a levantarse y acariciar la barriga en la que crecía su hijo. Un niño que algún día cabalgaría por esas tierras como habían hecho sus ancestros—. Pertenece a este lugar, del mismo modo que yo estoy donde debo estar: contigo.

—Te amo, Sebastian —ella le tomó el rostro entre las manos ahuecadas—. Con todo mi corazón. Con todo lo que soy.

Tomándola en sus brazos, Sebastian la besó apasionadamente.

Los fantasmas del pasado habían dejado de susurrar. Ya solo oía los dulces suspiros de Mary.

Lo único que le importaba era que, cuando estaba con ella, se sentía tan completo como podía sentirse un hombre.

Document Outline

-
- [Prólogo](#)
-
- [Capítulo 1](#)
-
- [Capítulo 2](#)
-
- [Capítulo 3](#)
-
- [Capítulo 4](#)
-
- [Capítulo 5](#)
-
- [Capítulo 6](#)
-
- [Capítulo 7](#)
-
- [Capítulo 8](#)
-
- [Capítulo 9](#)
-
- [Capítulo 10](#)
-
- [Capítulo 11](#)
-
- [Capítulo 12](#)
-
- [Capítulo 13](#)
-
- [Capítulo 14](#)
-
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)

-
- [Capítulo 17](#)
-
- [Capítulo 18](#)
-
- [Capítulo 19](#)
-
- [Capítulo 20](#)
-
- [Capítulo 21](#)
-
- [Capítulo 22](#)
-
- [Capítulo 23](#)
-
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
-
- [Capítulo 26](#)
-
- [Capítulo 27](#)
-
- [Capítulo 28](#)
-
- [Capítulo 29](#)
-
- [Capítulo 30](#)
-
- [Epílogo](#)
-